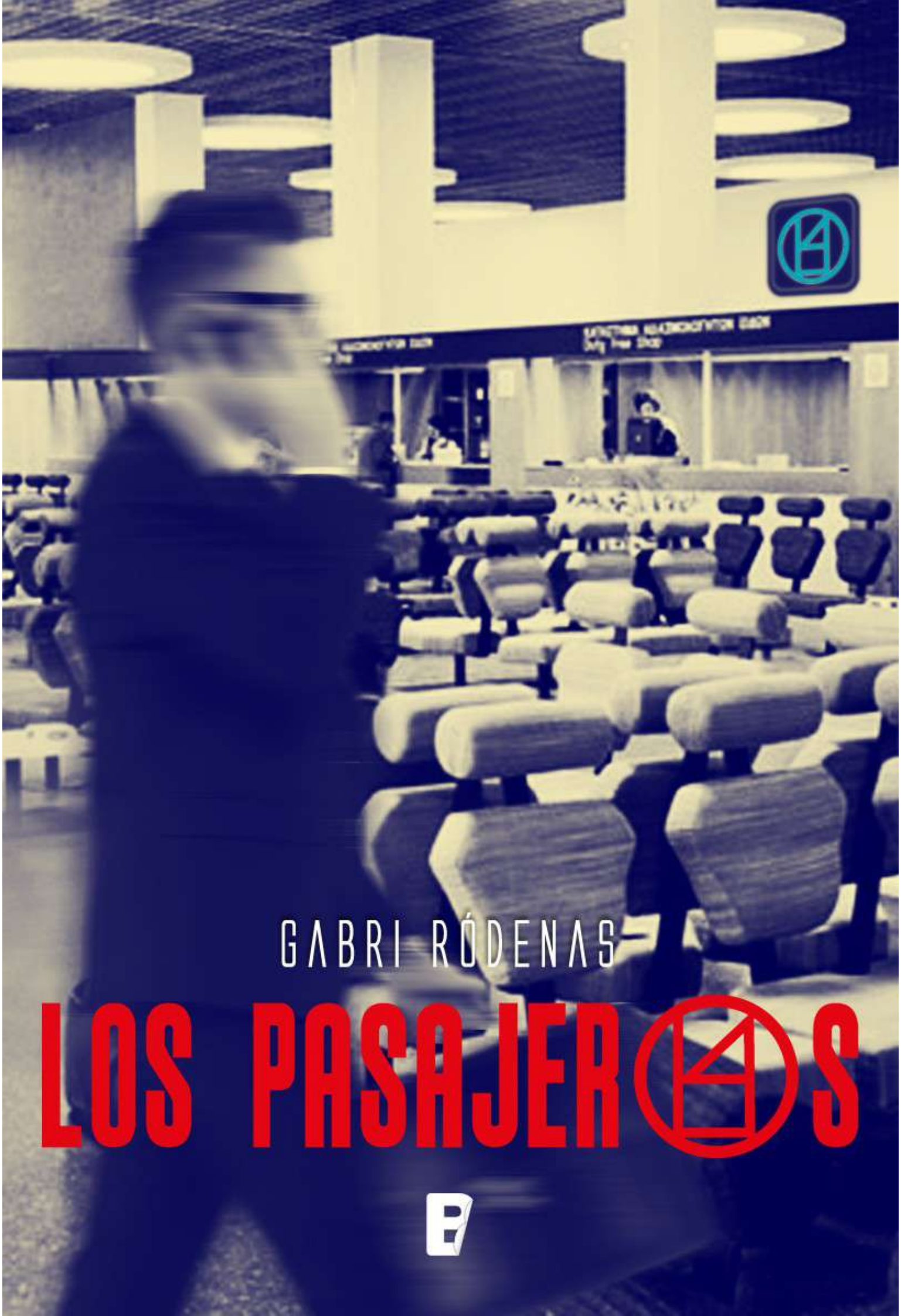

GABRI RÓDENAS

LOS PASAJEROS

B

LOS PASAJEROS

de Gabri Ródenas

«No existe la casualidad, y lo que se nos presenta como azar surge de las fuentes más profundas».

FRIEDRICH VON SCHILLER

1

Sonaba «*Hit The Road, Jack*». Sí, acababa de empezar, enlazando con otro tema popular interpretado por un grupo de japoneses muy divertidos. El sonido se extendía por toda la cubierta del barco que me llevaba desde Miami hasta Jamaica. No sabía muy bien de dónde procedía la música, pero no llegaba a molestarme del todo. En ocasiones, me gusta aterrizar, desprenderme del peso de las letras, de la razón, de mi propio hermetismo y fundirme con el resto del mundo, con la gente, aunque sea desde la distancia, desde el silencio.

Recuerdo que alcé los ojos de mi libro, o también podría decir de mi pequeña infidelidad. Mi nombre es Teresa de Silva y vivo entregada a partes iguales a la filosofía y a la lectura de los textos de G. K. Chesterton. En aquella ocasión, deseosa de un poco de literatura ligera, hojeaba otra vez las páginas de *La máquina del tiempo*, uno de los clásicos de H. G. Wells. Tal vez me movió el hecho de que los nombres de ambos autores —que no sus apellidos— hubiesen quedado reducidos a meras iniciales.

No pude evitar fijarme en una pareja que no se hallaba muy lejos de mí. Reían y miraban el océano. Ella era pelirroja, seductora; él elegante, sofisticado y sensual. Su cara me resultaba muy familiar, aunque no sabría dar razón alguna. Parecían muy felices.

Había decidido tomar unas pequeñas vacaciones en la isla antes de regresar a España. Admito que no me gusta nada Miami y supone un cierto suplicio para mí tener que acudir allí en determinadas ocasiones. Allí y a incontables lugares.

Puede que a las mujeres ya no nos vendan abiertamente. Se ha erigido toda una teoría de la igualdad. No, una teoría no, un discurso. Pero miles, millones, de mujeres como yo seguimos transitando las viejas rutas de la esclavitud, de la invisibilidad. Hombres muy importantes, pero menos inteligentes que yo, procedentes de innumerables países, reclaman

mis servicios constantemente. Se dejan seducir por mis encantos, mas siguen atribuyéndose los méritos. Yo jamás he luchado por salir del anonimato, ya que me encuentro muy cómoda en él. Me exime de asumir más responsabilidades y compromisos de los que estoy dispuesta a tolerar. Me permite seguir siendo libre.

Durante muchos años he sido convocada en calidad de asesora por los dirigentes del mundo. Me consultan para resolver los aspectos más delicados y conflictivos del funcionamiento de nuestras sociedades. No puedo evitar sonreír cuando me preguntan para qué sirve la filosofía y me veo en la obligación de tener que reprimir mi más sincera respuesta: para ordenar el mundo en el que *tú* vives. Por fortuna, la presencia de mujeres en las altas esferas de nuestro Sistema, aun en la sombra, ha evitado no pocas guerras y manifestaciones de testosterona mal canalizada. Es una recompensa más que suficiente para algunas personas, entre las cuales me hallo.

No estimo ni necesario ni recomendable (especialmente para mi integridad física) transcribir las razones que me llevasen a Miami. Baste saber que, después de salir de allí, consideré muy saludable tomar un poco el sol del Caribe y disfrutar de un fabuloso *Blue Mountain* de los que no se dispensan en los establecimientos orientados a los turistas antes de hacer escala en España y viajar de nuevo a París. Por muchas cosas que me fascinen de dicha ciudad, Jamaica, siempre preferiré mi rincón en el Mediterráneo. Ahuyenta toda *saudade* de mi corazón.

La música cesó, los amantes desaparecieron de mi vista. Sólo quedaba el océano Atlántico ante mis ojos y el surco espumoso que el barco dejaba a su paso. Repasé la frase que me había atrapado, la frase relativa a la brevedad del sueño de la inteligencia humana. Cerré el libro. Después de todo, un paseo por la cubierta no me vendría nada mal, debí pensar en aquel instante.

Admito que, a pesar de no haber alcanzado los cuarenta, mi forma de vestir resulta un tanto conservadora. Hace años que tomé la decisión de no lucir otro color en mis prendas que no fuera el negro y nunca me he arrepentido. El negro es un color elegante que siempre realza mis rasgos, que habrían hecho que más de uno me confundiese con Catherine Deneuve de encontrarnos en otro momento del tiempo. Para aquel viaje opté por un vestido decididamente largo que evocaba los tradicionales uniformes de institutriz británica de finales del siglo XIX, a pesar de su corte actualizado. Al margen de las apariencias, sus ventajas con respecto a los ajustados vaqueros resultaban del todo obvias —una vez superado el malestar que las miradas curiosas podían despertar—. Recorrí el pasamanos de la barandilla tratando de recordar el sueño que había tenido la noche anterior. En él pude ver a Velázquez durante la realización del retrato de don Sebastián de Morra. Teniendo en cuenta que no soy una persona que recuerde sus sueños con demasiada frecuencia, tiendo a reflexionar acerca de su posible significado. Cierto que lo considero un pasatiempo, pero siempre extraigo alguna conclusión valiosa sobre mí misma. Así pues, no me importa que la interpretación sea correcta o no; no tengo el menor problema en tildarlos de *meros* pretextos, pues, en última instancia, ¿quién puede determinar la exactitud de la interpretación de un idioma que no conocemos de manera absoluta?

En mi sueño, Velázquez no se dirigía a mí en ningún momento. Se limitaba a pintar a un enano cortesano que, no obstante, seguía recibiendo un trato respetable (hoy nos puede parecer algo corriente; las cosas eran un tanto diferentes alrededor de 1645). Pude observar con todo lujo de detalles aquel pequeño bufón que, por contradictorio que pudiera parecer, ostentaba una nobleza abrumadora. Sus ojos eran penetrantes, su inteligencia resultaba palpable. Sin ánimo de resultar ofensiva, diré que la impresión que aquella escena transmitía era que parte de ese hombre se encontrase en un cuerpo o en un marco que no le correspondía. No por el tamaño, sin lugar a dudas, sino por el extraño conjunto de mirada

salvaje en un envoltorio que intentaba domesticarla en parte. Después hice una pausa en el curso de mis reflexiones. Cabía la posibilidad de que yo estuviese del todo equivocada y que lo grandioso del acontecimiento fuese justamente que un espíritu de tales características —como las que yo le atribuía— se hallase confinado en un cuerpo que le impidiese desarrollarlo al máximo. De no ser así, tal vez el entrañable señor de Morra hubiese acabado encabezando una sangrienta batalla o convertido en un líder despiadado. Pero, por una razón análoga, era plausible pensar que la lógica que rige el universo, y que al ser humano no le es dado acceder, hubiese llevado a cabo un ajuste perfecto. Allí, en mi sueño, en presencia de Velázquez y de don Sebastián de Morra, advertí que una suerte de eco de la mano de *Dios* había convertido a un enano bufón del siglo XVII en un ser entre respetado y temido, una de esas personas que parecen estar dotadas de un aura o estela que impide a los demás el acceso directo y cualquier falta de educación dirigida a su persona, estableciendo una *incomprensible* barrera de seguridad. Fue tal el influjo que ejercía la mirada de don Sebastián que llegué a olvidar que el mismísimo don Diego de Silva Velázquez, más conocido por todos por su segundo apellido a secas, compartía escenario conmigo.

Haciendo memoria, puedo asegurar que durante todo mi sueño el señor de Morra miraba al pintor, al menos al lugar donde éste se encontraba. Fue justo antes de despertar cuando advertí que el cortesano comenzaba a girar su cabeza hacia mí con suma lentitud. Nuestras miradas no llegaron a encontrarse.

Desperté en el hotel de Miami, funcional y un tanto decadente. Encendí una de las lámparas de mesa y luego otra que había junto a un sillón, conformando así una especie de punto de lectura. La ventana de la habitación era muy amplia y, como cabía esperar, no podía abrirse. Me senté en el sillón y miré a través del cristal. Luces de una gran ciudad. El mar a lo lejos. El mar no es igual en ningún sitio. El mar de Miami parece formar parte de un

decorado cinematográfico. Carece de *espíritu*. Intuyes que lo único que surgirá de sus aguas será bien un inmigrante cubano bien un cadáver o un equipo de rodaje.

Eran poco menos de las cinco de la mañana pero me había desvelado. Todavía tenía tres horas por delante y muy poco que hacer allí. Tampoco me apetecía molestar al servicio de habitaciones para solicitar un café. Del mismo modo que algunas personas encienden un cigarrillo nada más abrir un ojo por las mañanas, yo preparo un café de forma automática. En sentido estricto, desayuno más tarde, pero ese café resulta del todo imperdonable para mí. Supone un acto casi ritual y sin él no me siento completa, casi como si todavía no me hubiese despertado. Nunca sabes hasta qué punto dependes de algo hasta que no cuentas con ello. Un simple café. Me dije que lo mejor sería darme una buena ducha, preparar el magro equipaje que transportaba y buscar alguna cafetería abierta. Lo bueno de estar en una ciudad como Miami es que sabía al cien por cien que la encontraría. Además, me encanta caminar por las ciudades cuando todavía no ha amanecido del todo. La luz es fascinante al combinarse con los destellos rojizos de los pilotos intermitentes de los coches en lontananza.

Siempre esbozo una sonrisa a la hora de hacer la maleta, pues ocupan más volumen los libros que llevo conmigo que la ropa y otros efectos personales. Ya sé que ahora hay lectores electrónicos en los que puedes transportar casi toda *tu* biblioteca (dudo que la mía) en un pequeño dispositivo, pero no me gustan nada. No es que sea fetichista, tan sólo un poco anticuada. Por muchas vueltas que le dé al asunto, no encuentro el modo de convencerme de que toda modernidad, por defecto, es positiva y deseable. De eso nada; hay «modernidades» que entrañan un claro y obsceno retroceso. Algo que no muchas personas parecen advertir. Podría transcribir aquí mismo cientos de ejemplos, si bien eso anularía la capacidad de reflexión de un hipotético lector, algo que no estoy dispuesta a llevar a cabo. ¿En qué me diferenciaría entonces de nuestro *establishment*, tan empeñado en atontar a la población e

imponerle lo que debe pensar? No era momento ni lugar para consideraciones sociopolíticas. Había llegado la hora de adecentarse y salir a la calle en busca del ansiado café.

El recepcionista del hotel no pudo disimular su gesto de sorpresa al verme aparecer vestida de aquella guisa, con una maleta tan pequeña y un tanto magullada y a una hora tan intempestiva. Pensaba que un tipo que trabajaba en un hotel de Miami ya lo habría visto casi todo y que poco o nada le sorprendería ver a una dama abandonando su habitación un poco antes de lo habitual. Me equivoqué. Quizá fuera su primer día de trabajo. Siempre lo es.

En lo que no erré tanto el tiro fue en la intuición de lo sencillo que resultaría encontrar un lugar donde tomar un buen café. De hecho, no tuve que caminar ni media manzana. Cuando entré, el local estaba vacío y la camarera me miró con apagado interés. A diferencia del recepcionista, aquella señora que tiempo atrás olvidase los síntomas de la menopausia sí que lo había visto casi todo. Me habría encantado decirle que a mí me resultaba tan llamativo verla en un inadecuado uniforme rosa y blanco como a ella el hecho de ver aparecer a una *viuda negra* en medio de un casi amanecer. La educación y el respeto por los millones de víctimas de un engranaje más que semejante a una picadora de carne hicieron que me abstuviese de hacer tal comentario y, en su lugar, solicité un café triple muy cargado.

Desde el exterior, un paseante habría podido contemplar una escena recién sacada de un cuadro de Edward Hopper: a través del amplio ventanal escapaba la luz, que contrastaba fuertemente con la oscuridad reinante en el exterior. Una dama solitaria, sin más compañía que una vieja maleta, vestida de negro y encaje, tomaba un café humeante, ante la desatenta mirada de una camarera madura, castigada por la vida y deseosa por terminar su jornada laboral. En breve, el sol haría su tímida y progresiva aparición. Mientras tanto, y al tiempo que aguardaba la hora de coger un taxi y encaminarse hacia el puerto, aquella señora de negro, yo, meditaba acerca de un sueño; repasaba los detalles del rostro de don Sebastián de

Morra e iba formulando vagas hipótesis como, por ejemplo, que, al menos en cierto sentido, todos ocupamos un cuerpo que no nos pertenece.

2

Era una puta mierda y además me daba mucha mucha vergüenza. Vivía con mi padre en una furgoneta y recogíamos cosas que encontrábamos en los contenedores de basura. En las películas, eso de vivir en una caravana queda muy bien; los afectados, al menos, preservan un mínimo de dignidad. Puede parecer muy *guay*, pero la *furgo* no tenía nada de atractivo y mucho de cutre: un cacharro viejo y oxidado que apenas podía desplazarse, con un panel de aglomerado en la parte de atrás sobre el cual descansaba un colchón viejo y un tanto mugriento. Y poco más.

Imposible olvidar el primer día que metí las manos en la porquería que otros habían tirado. Algunas chicas monas pasaban a mi lado con sus uniformes de hacer *footing* y yo hecho un desastre, con la ropa desgastada y sucia y, lo peor de todo, escarbando entre desperdicios. Paradójicamente, aunque todos los elementos confabulasen para que me convirtiese en lo más llamativo de la estampa, lo cierto es que me convertían en el hombre invisible. Nadie me veía o no me quería ver. Y lo entiendo. ¿Quién quiere darse cuenta de ese pobre adolescente que ha acabado buscando entre desechos? Os aseguro que una chica guapa no.

Nunca habíamos tenido demasiado, pero al menos vivíamos en una casa modesta y mi padre trabajaba como carpintero. Después el mundo se sumió en una locura que, además de poner de manifiesto las entretelas de un modelo económico y social injusto e insostenible, lanzó a muchas familias a la calle (literalmente). Comenzaron las peleas entre mi madre y mi padre y al final se largó para no volver. No he vuelto a saber de ella. Ni una carta, ni una llamada, pero, claro, ¿a qué teléfono iba a llamar? ¿A qué dirección iba a escribir? Lo perdimos todo.

No quise acompañar a mi padre la primera vez que salió a buscar cosas *por ahí*. Me negaba a ver aquello. Abracé los pocos libros que había podido rescatar de nuestro desahucio, casi todos demasiado infantiles para mí ya y que más tarde me vería obligado a vender por unos pocos euros, y apreté el rostro contra la tapa de uno de ellos. Fue mi modo de ocultar las lágrimas. Después empecé a acompañarle e incluso salía por mi cuenta a ver qué encontraba. Me tranquilizaba pensar que los servicios sociales estarían demasiado arruinados y ocupados como para intentar salvar el cuerpo y el alma de un chaval de dieciséis años. No había casas de acogida ni centros para alojar a un adolescente que en poco tiempo sería expulsado. Sí, el Sistema, en su desplome imparable, era prolífico en la creación de paradojas y contradicciones, una de las cuales era que se podía ser más libre en prisión o en un reformatorio que en la calle. Allí al menos tenías un plato de comida y una cama. Fuera no te quedaba mucho tiempo para el esparcimiento y toda tu libertad se reducía a estudiar cómo conseguir algo con lo que alimentarte. Igual que un animal. Igual que un perro a los ojos de un puñado de burócratas miserables cuyos únicos sueños y anhelos eran que llegasen las dos de la tarde de cada viernes y el día de cobro a final de mes.

Admito que mi rabia inicial se fue atemperando con el tiempo. Aún hoy me sigue doliendo, pero he acabado con el odio. Además, no todo era malo. Encontré algunas cosas buenas entre la basura, como algunos libros y, lo mejor de todo, una guitarra acústica. El problema siempre fue que se rompiera alguna cuerda, cosa que tuvo lugar en varias ocasiones. Por aquel entonces tampoco sabía tocar gran cosa, de modo que no suponía una de mis mayores preocupaciones. Una vez mi padre me regaló un juego de cuerdas y yo a él un cartón de tabaco. Creo que poco después dejó de fumar. Llegó un punto en el que *olvidamos* preguntarnos de dónde sacábamos las cosas. Poco importaba. Robado, ahorrado (miento), encontrado…

Lo referido no fue lo único bueno que encontré, aunque, en honor a la verdad, tal vez *aquello* que llegó después me localizase a mí. Hacía bastante frío y yo llevaba poca ropa, como de costumbre. Me disponía a iniciar mi jornada de «explorador» cuando, junto a uno de los contenedores, escuché una especie de maullido. Busqué el lugar exacto del cual procedía ese sonido y, *voilà!,* un minino encantador esperaba agazapado entre las ruedas del contenedor a que algún alma caritativa le ofreciese algo de comida.

—No es tu día de suerte —recuerdo haberle dicho mientras lo cogía y lo examinaba.

Era una hembra, un cachorro de gato romano, el más común. El típico gato callejero, como yo. Ni siquiera de niño había tenido una mascota y, ahora que tampoco tenía muchos amigos por razones obvias, creí que sería una buena idea tener un poco de compañía. A mi padre no le importaría, de eso estaba casi seguro. La gata tendría que buscarse la vida, pero al menos estaría un poco más protegida. Dudé entre llamarla *Gatalina*, haciendo un infantil juego de palabras entre «gata» y «Catalina», mas advertí que *Catalina* ya encerraba un juego de palabras (hasta un chico de la calle sabe que «Cat» es «gato» en inglés). De modo que acabó quedándose con el nombre *Cata*. Quizá no fuera su día de suerte, pero el mío sí.

Llevé a la gata en brazos, como si fuera un bebé, como no recordaba haber sido portado yo jamás. Mi padre todavía no había llegado a la furgoneta. Dejé que Cata anduviese un poco por el colchón y se familiarizase con su nuevo hogar. Encendí una radio que teníamos y en la que estaba sintonizada la emisora favorita de mi padre. No llegué a comprender cómo le gustaba esa música, ni siquiera que le gustase la música en general, pero lo cierto es que durante los años que estuve escuchando aquella cadena aprendí mucho. Digamos que mi gusto musical fue cultivado en una vieja radio y desarrollado posteriormente a través del mástil y las cuerdas de una guitarra procedente de un contenedor de basura. Los primeros compases de «*Beyond Here Lies Nothin´*» de Bob Dylan comenzaron a inundar el interior de la furgoneta. Cata se giró sorprendida. Imagino que la música no debe ser un elemento muy

habitual en ningún vertedero. Corté el culo de una botella vacía que encontré entre los enredos y vertí un poco de agua para ella. No se acercó de manera inmediata sino que lo hizo con ese recelo tan característico que, como pude descubrir con posterioridad, poseen los gatos.

Me senté a su lado, en el colchón, cogí la guitarra e intenté sumarme virtualmente a la banda de Dylan. En realidad pretendía que Cata perdiese el miedo y comenzase a sentirse un poco más cómoda. Puedo decir que lo conseguí. Al cabo de un rato que me pareció bastante corto, la gata se acurrucó a mis pies para, acto seguido, comenzar a ronronear. La acaricié. Era muy suave y agradable al tacto. Descubrí que llevaba algunas heridas pequeñas, sin duda fruto de alguna pelea. Nada serio en cualquier caso.

A través de la ventana vi algunos chicos que tenían pinta de regresar del instituto: aspecto despreocupado y juguetón, mochilas nuevas, ropa moderna. Tal vez en algún momento nos convirtiéramos en compañeros de viaje, aunque, francamente, esperaba que no fuera así. Agaché un poco la cabeza. Ellos no me veían y yo ya estaba casi acostumbrado a la miseria, pero en el fondo de mi corazón, y tan sólo en ocasiones, sentía la punzada de la exclusión. No me habría importado cruzarme en su camino, si bien lamentaría la otra opción: que ellos se vieran forzados a transitar el mío. Mis ojos se dirigieron de nuevo hacia Cata, que seguía durmiendo plácidamente. Estaba convencido de que nunca antes había descansado en un lugar tan sereno (con independencia de que a mí me pareciese otra manifestación del infierno). Los chavales fueron desapareciendo del horizonte uno a uno.

Entiendo que mi padre no pasase demasiado tiempo en la furgoneta. Tampoco yo lo hacía. La falta de espacio y de las comodidades básicas resulta bastante deprimente. ¿Qué haces en una furgoneta? ¿Dónde te sitúas? ¿En el sillón del conductor o del copiloto? ¿Tirado en un colchón desgastado? La ausencia de medios para adoptar una postura medianamente civilizada o decorosa tiende a ser un inconveniente. Ni una mesa con sus sillas para comer o

charlar como el resto de personas ni ninguna otra cosa. De la calle al colchón, así era nuestra vida.

Pasé toda la tarde jugando con la gata y llegué a olvidar mi *dieta* baja en calorías y las temperaturas —también bastante bajas—. Cata se adaptaba sorprendentemente bien. La dejé salir en varias ocasiones y no se separó mucho de la *furgo*. Es curioso cómo cambian las cosas al ser vistas desde distintas perspectivas. Supongo que la gata estaba feliz al sentirse como en un palacio, el mismo del que yo estaba deseando escapar y al que regresó mi padre casi al anochecer.

—¿Cómo va eso, Nico? —me preguntó.

Dejó en un rincón una bolsa con un par de prendas que había encontrado y se sentó en el colchón con la puerta del maletero abierta. Nico. Dudo que a alguien le importe, pero mi nombre es Nico García y este Nico García sabía que la policía poco podría hacer en caso de vernos allí. El vehículo estaba bien aparcado y, sí, se notaba que estábamos viviendo en aquel cuchitril con ruedas, pero ¿qué podían hacer? ¿Multarnos? ¿Decirnos que no podíamos estar allí aparcados? ¿Encarcelarnos? ¿Llamar a los servicios sociales? Una vez pierdes el miedo, en especial el miedo a la autoridad represora, comienzas a experimentar un tipo de libertad que le está vedada a la mayor parte de las personas. Cuando ya no hay hueco en tu corazón para el temor, las circunstancias dejan de amenazarte y te vuelves un poco invulnerable. Poco a poco adviertes que una especie de barrera se forma a tu alrededor. Se hace innecesario protegerse porque eres consciente de que nada se atreverá a atacarte. Tú eres lo que causa el pánico. Tú eres el *monstruo* y el resto huye de ti.

—Tenemos una invitada —contesté.

Mi padre arqueó las cejas. Llevaba varios días sin afeitarse y se le veía cansado. No hacía falta preguntar para saber que no había sido un buen día para él. Lo atroz de nuestra situación

era que, ante la previsión de respuestas negativas, la necesidad de hacer preguntas se reducía hasta el extremo. Mejor dejarlo estar…

No tengo muy claro a partir de qué momento, a pesar de vivir en un espacio tan exiguo, de querernos y de pasar tanto tiempo juntos, mi padre y yo habíamos comenzado a convertirnos en extraños el uno para el otro. Supongo que la pobreza hace algo así con las personas.

—¿De quién se trata? ¿A qué se debe el honor?

Aunque estaba también en el colchón, mi padre no la había visto, así que cogí a la gata y se la presenté:

—Se llama Cata.

Él esbozó una sonrisa. Extendió sus manos para que se la dejase y así lo hice. La miró con ternura y quise creer que en algún momento de mi vida también me había mirado a mí del mismo modo.

—Es muy bonita —dijo.

La dejó de nuevo sobre la cama. Cogió un catálogo de algún supermercado y se puso a hojearlo, como si fuera posible que pudiéramos comprar algo. Imagino que toda persona tiene derecho a la dignidad, aunque sea aparente. He tenido que aprender a ver a mi padre sin pensar que lo que tengo delante es un hombre caído en desgracia. Quizá debiéramos hacer unos carteles y pegarlos por las calles o dejarlos en los buzones: «*Chapuzas* en carpintería» o algo más elegante y menos ambiguo (decididamente, «chapuzas» no era el mejor reclamo publicitario). No llamaría mucha gente, pero alguien lo haría —eso era lo que yo esperaba—. Mejor eso que nada. Sólo nos faltaba una cosa: hacernos con un teléfono móvil y con una tarjeta de prepago. Cosas sencillas que se vuelven complejas en determinadas situaciones: abrir el grifo, que salga agua, ¡y además caliente!; que haya luz; comprar un cartón de leche;

ducharse con jabón; afeitarse, etc. La lista no acabaría en toda la eternidad, pero rara vez las personas somos capaces de valorarlo mientras lo tenemos.

Ésa fue la razón por la que empecé a proteger a Cata, ésa y que estaba tan solo como ella. En el fondo, no éramos tan diferentes y hasta podría decir que se produjo una especie de conexión inmediata entre nosotros. Tal vez no se tratase de otra cosa aparte del recuerdo vago y difuso de un sueño lejano. El caso es que, cuando Cata se sentó erguida, me miró fijamente y emitió un maullido suave, tuve la sensación de que aquello ya había tenido lugar. Como dicen los franceses y los pedantes, experimenté un *déjà vu*.

3

A uno de los maestros o padres fundadores del taoísmo, Chuang Tsé, se le atribuye el sueño de la mariposa: se dice que soñó que era una mariposa, mas, al despertar, no tuvo claro si había sido él quien había soñado que era una mariposa o si, por el contrario, era la mariposa la que había soñado ser Chuang Tsé.

Algo similar le sucedió a Nico García cuando tuvo la sensación de *déjà vu*.

Al margen de que la mayor parte de las personas considere que la reencarnación o metempsícosis es una locura, lo cierto es que, desde una perspectiva científica, resulta bastante sencillo de explicar. Al menos sus rudimentos; al menos superficialmente. Para comprenderlo, sólo hay que imaginar y seguir con atención la siguiente cadena de afirmaciones: si, con Lavoisier —y ciñéndonos a la primera ley de la termodinámica—, asumimos que la materia ni se crea ni se destruye sino que se transforma y que los cuerpos son materia, ya llevamos la mitad del camino recorrido. Supongamos ahora que fallecemos y somos enterrados o incinerados y nuestras cenizas se esparcen por cualquier lugar. La materia en descomposición o los restos calcinados comienzan a hacer su trabajo y acaba produciendo insectos, plantas, que a su vez son devoradas o devorados por otros animales, que a su vez tal vez pasen a formar parte de la cena de algún ser humano propenso a procrear y, al cabo de varias generaciones (o antes, en ocasiones), nace otra persona que comparte una buena porción de materia con su antecesor humano en la cadena de la transmigración.

La teoría se derrumba tan pronto incorporamos el alma en la ecuación. De ahí que únicamente podamos explicar parcialmente el fenómeno. A fecha de hoy no disponemos de pruebas concluyentes de que el alma, en caso de existir, resida en alguna parte del cuerpo o presente alguna base física, por minúscula que sea. Y es ahí, en el fango de la experiencia,

donde aparece el peldaño que nos permite avanzar en nuestras investigaciones al respecto, dado que, si no hay pruebas determinantes en una dirección, tampoco las hay en la contraria.

Una vez aparcamos nuestros prejuicios, nos es dado proseguir. De lo expuesto anteriormente se sigue que la serie de *reencarnaciones* se vería sujeta a un espacio determinado, de hecho, y salvo migraciones drásticas, a un espacio muy reducido, a saber, el delimitado por nuestro perímetro vital: nuestro barrio, nuestra ciudad… Siendo esto así, es fácil deducir que lo excepcional es que seamos piratas chinos en una vida, gánster en Chicago en otra y alpinista noruego en la siguiente. Es posible, cierto, pero, de acuerdo con esta teoría, poco probable. Lo más razonable es suponer que todo gire alrededor de un eje relativamente corto. Así pues, tal vez hayamos sido esposos de quien en otra vida acabaría siendo nuestro verdugo o reyes después de haber sido vendidas a comerciantes sin escrúpulos. Un asunto de dimensiones en apariencia cósmicas acaba quedando en mera cuestión *doméstica*. Esta explicación bastaría para comprender por qué Cata vivió la escena en la caravana de Nico y su padre como algo familiar. Puede que en una vida anterior hubiese conocido a Nico bajo otra forma; tal vez hubiese habitado un lugar similar. Es imposible determinar *a priori* y con precisión quirúrgica el curso de los acontecimientos pasados, presentes y futuros.

También desde una perspectiva científica podemos atribuir una lógica, o como poco un esquema o patrón, al devenir de los hechos. No seríamos los primeros. En 1202, Fibonacci presentó su conocida, incluso tan manida como escasamente comprendida, sucesión numérica, a la cual parecen ajustarse un buen número de sucesos en la naturaleza y, de manera más reciente, determinados ciclos en la bolsa y en la economía mundial. Para nuestros propósitos, lo que debemos tener presente es la idea de ciclo o, mejor dicho, de la repetición cíclica —algo a lo que no fue ajeno el filósofo Friedrich Nietzsche al enunciar su famosa tesis del *eterno retorno* («de lo idéntico», detalle que suele olvidarse o pasar desapercibido)—. Tal vez este concepto no permita incorporar el alma en el problema de la

reencarnación de lo físico de forma directa, pero sí ofrece un atisbo de eso a lo que podríamos denominar *inteligencia cósmica* o *universal*. Una lógica rige el universo, a pesar de que al ser humano, a la vista queda, no le sea dado comprenderla y, en su confusión, haya dado en llamarla «Dios».

Esta combinatoria divina o infernal, este puzle *caprichoso* o esta *matrioska* de infinitas capas, rige cada partida; genera un tablero similar en el que los jugadores alternan los roles, olvidando los anteriores e ignorando los futuros. Algunas personas, en un afán de prevenir ulteriores incidentes, se acogen a ideas como el *karma* que, contrariamente a la opinión general, no acontece en un momento posterior de la vida del mismo individuo sino en vidas futuras. Haz el bien, desecha el mal. La teoría es sencilla, si bien es preciso considerar otra forma de surgir en un escenario parecido pero no idéntico al que el *pasajero* estaba acostumbrado a frecuentar. Indudablemente, es el tiempo. Concretamente un salto en el tiempo. Si dicho salto presenta una naturaleza predeterminada o si está sujeto a la voluntad del viajero tampoco nos es dado constatarlo. Únicamente podemos recurrir a un concepto del cual, tal vez, hablemos en otra ocasión, si es que lo que deseamos es aprehender la finalidad que subyace a toda manifestación *divina*. Su nombre es *dharma*.

4

No soy capaz de describir el espanto que experimenté cuando abrí los ojos. Durante un buen rato tuve la sensación de que me hallaba dentro de un sueño. Ninguna otra explicación acudía a mi mente. Me vi sumergido en un mundo nuevo, extraño, inhóspito, un lugar de pesadilla. Vi caminos negros, edificios altos y carentes de encanto y esos horribles carros mecánicos…

Dos cosas llamaron poderosamente mi atención: la primera, el olor, indescriptible y asfixiante; la segunda, el ruido. En aquel lugar el sonido no cesaba. En todo momento percibía una suerte de murmullo mecánico. Por fortuna, advertí que allí se hablaba mi idioma. Puede comprobarlo al leer los cientos de carteles enormes y realizados en materiales que yo desconocía. Aunque no entendía el significado de los mensajes, sí comprendía las palabras que los conformaban.

Me puse en pie. Estaba lleno de polvo. Me sacudí la ropa, la capa y el sombrero. Ajusté mi antifaz y miré a mi alrededor. Palpé mi cinto y comprobé que la espada seguía en su vaina. Confiado en que nadie fuera a reconocerme en aquella tierra tan extraña, me quité el antifaz y lo guardé en un bolsillo. Di unos pasos con mucha cautela. Recuerdo haber cogido un guijarro y arrojarlo al pavimento negro. No sucedió nada, lo que me dio ánimos para cruzar ese tramo. Al otro lado de la calle se erguía algo que supuse era una cantina. Tenía que sobreponerme al terror que me causaba aquella situación y recabar más información sobre ese extraño escenario. Abandoné la pequeña arboleda donde despertase, tragué saliva e intenté adoptar una postura erguida. No recordaba haber estado tan asustado en mi vida. No podía preguntar a ningún ser humano dónde me encontraba, dado que todos viajaban en el interior

de esos carruajes sin caballos. Algunos me miraban extrañados, pero no interrumpían su marcha.

Llegué a la puerta de la cantina y dudé acerca de desenfundar mi espada o no. No sabía lo que me encontraría en el interior y prefería no correr riesgos, así que decidí desenvainar. Abrí la puerta lentamente y atravesé el umbral. No me había equivocado: aquello era una cantina. A esas horas no había mucha gente, pero los presentes se inquietaron cuando me vieron aparecer empuñando mi espada. El que supuse sería el *barman* levantó las manos. Quizá pensase que yo era un atracador.

—¿Qué quiere? —preguntó visiblemente alterado.

—No voy a hacerles daño —respondí al tiempo que guardaba mi arma.

Los parroquianos me miraban fijamente, llenos de estupor. Estaban muertos de miedo.

—¿Qué le ha pasado? ¿Por qué va así vestido? ¿Ha sufrido algún accidente?

Miré mis ropas antes de responder y las comparé con las del resto. Cierto que había una notable diferencia de estilo entre los habitantes de aquel lugar y yo. Ni siquiera había un hombre que luciese bigote.

—Señor, ¿sería tan amable de servirme un poco de agua?

El tabernero me ofreció un vaso de cristal repleto del líquido que tanto ansiaba en ese momento. Le temblaban las manos. Le di las gracias y me lo bebí de un trago. A la pregunta por dónde estaba me contestó, después de varios intentos (no sabía a qué sitios hacía referencia), que en el sur de España. Reprimí el impulso de exhibir mi asombro, respiré profundamente y por último pregunté por el año. La respuesta casi me deja sin respiración: 2013.

—Usted necesita un médico —dijo el camarero un poco más relajado.

Volví a examinar la sala. Un incomprensible ingenio escupía música e imágenes de algo que imaginé consistía en una representación teatral a todo color y a través de un cristal.

Cantaban en inglés, a pesar de que las personas del bar empleasen el castellano como lengua nativa. A fin de serenarme, me concentré en algunos aspectos como, por ejemplo, el hecho de hallarme en España —tierra de mi padre, don Alejandro Vega—. Di de nuevo las gracias al mesonero, me di media vuelta y me dispuse a abandonar el local ante la mirada atenta de todos los clientes. Miré la máquina de la cual procedía la música antes de marcharme. Leí «*Pepita*» justo al lado de *Calexico* en aquel cristal. Una nueva canción comenzaba a sonar mientras yo cruzaba de nuevo la puerta metálica y mis ojos se topaban con la luz de un sol que me cegó por unos instantes. El polvo del exterior me recordó a mi Los Ángeles natal y hasta ahí llegaban las semejanzas entre ambos lugares.

Anduve unas cuantas horas por esa ciudad construida sobre y a base de lo que parecían escombros, tratando de recordar cómo había llegado hasta allí. La cuestión no era en absoluto baladí, dado que, si no sabía cómo lo había hecho, tampoco podría imaginarme cómo regresar. Ante las miradas de los habitantes del mundo del futuro (ahora ya tenía la certeza de que se fijaban en mi ropaje) me esforzaba por traer a la memoria cualquier detalle que me permitiera formarme una idea del modo en que, ya podía decirlo sin tapujos —y por mucho que me estremeciera sólo de pensarlo—, había viajado en el tiempo. Nada. Sólo recordaba estar cerca de la hacienda. Debía estar contemplando algo que entonces me resultó imposible rememorar. No lo sabía.

Al cabo de la tarde, conforme comenzaba a anochecer, noté el mordisco del hambre. Me sentí afortunado y aliviado al comprobar que todavía guardaba mi bolsa de cuero con un buen puñado de monedas. Me adecenté un poco con la mano y accedí a otra fonda con mejor aspecto que la anterior. Es sorprendente la cantidad de cantinas que hay en el futuro…

Volvió a repetirse la escena anterior. Todo el mundo me dirigió una mirada. Algunos disimulaban más y otros menos. Algunos incluso tapaban una risita con la mano, pero preferí ignorar la afrenta y tener una velada tranquila y sin incidentes. Me acerqué al posadero y

solicité una mesa. Con un gesto de la mano me invitó a tomar asiento en cualquiera de las que hubiese libres. Una señorita de una mesa cercana me dirigió una sonrisa y se la devolví con suma cortesía, inclinando ligeramente la cabeza. Era el primer gesto educado que se me regalaba en el mundo del futuro. Cuando el camarero se acercó a preguntarme qué deseaba tomar, aproveché para saber si tenía alguna información sobre el estado actual de Los Ángeles. Arqueó las cejas y me respondió que si tenía mucho interés podía mostrármelo en un segundo. Le pedí por favor que así lo hiciera. Fue cuando él extrajo un pequeño instrumento de su bolsillo, pulsó algo repetidas veces y me mostró una pequeña pantalla, como una ventana en miniatura, en la que, según él, podía verse una serie de imágenes de Los Ángeles en la actualidad. Era incluso más horrible que el lugar en el que me hallaba. El camarero pasaba aquellos retratos tan realistas deslizando el dedo por el cristal. Yo había tomado la decisión de suspender todo juicio respecto a lo que viera, consciente de que mi mente no estaba preparada para asimilar en tan escaso margen tal cantidad de información y estímulos.

Pedí carne y vino en abundancia. La señorita de la mesa cercana no dejaba de dedicarme miradas y sonrisas y, por mucho que tenga en cuenta el decoro, tuve la sensación de que se me estaba insinuando. Me llamó la atención que una dama se dispusiese a tomar la cena en un mesón sin compañía, hasta tal punto de que estuve cerca de invitarla a sentarse conmigo (intención de la cual fui disuadido por sus modales un tanto descarados).

Llegó la hora de abonar la consumición. Llamé otra vez al mesero y le pregunté cuánto le debía. Ni siquiera comprendí la moneda que requería, de modo que saqué mi bolsa de cuero y entregué unas monedas de oro.

—¿Será suficiente?

—Lo será, señor —respondió él con unos ojos que se me antojaron avariciosos y una sonrisa maliciosa.

—A propósito, ¿conoce alguna posada en la que pueda pernoctar?

El camarero dio muestras de no entender bien la pregunta.

—¿Disculpe?

—Un sitio para dormir. Busco un sitio para dormir.

Nada más formular aquellas palabras, caí en la cuenta de que tal vez no fuera una buena idea dejarme aconsejar por un tipo que daba la impresión de querer atracarme. No le habría resultado nada fácil hacerlo, pero, dada mi excepcional situación, prefería no arriesgarme a meterme en líos.

—Le apuntaré un par de direcciones en un papel, señor.

—Muchas gracias.

Le vi cuchichear algo al oído de una camarera entrada en años. Anotó algo en un papel y regresó.

—Aquí tiene. Le sugiero éste en particular. Está bien de precio y lo lleva un buen amigo.

Le agradecí la información y me levanté dispuesto a dirigirme a cualquier otro sitio que no fuera ése. La señorita que cenaba sola me obsequió una última sonrisa, más prolongada y provocadora que las anteriores. En aquella ocasión, y avergonzado ante sus vulgares maneras, no se la devolví.

La noche se había apoderado de la calle. Pude descubrir que, en el futuro, la noche era oscura de manera parcial. Había luces por todas partes y no resultaba nada fácil ver las estrellas en el firmamento. No tenía dónde ir y estaba cansado. Deambulé por algunas calles sin rumbo fijo. Tuve la impresión de que el mundo se había venido abajo. Todo era sórdido y decadente; mecánico, sucio y ruidoso. Era como si un *espíritu* insuflase vida a los objetos inanimados. ¿De dónde procedía la luz? ¿Cómo se movían aquellos vehículos de metal? Aquella pesadilla no ofrecía la menor respuesta. Así que anduve por entre aquellas horribles construcciones que se alzaban hacia los cielos, como en el bíblico relato de Babel.

Agotado por el *viaje* y por la saturación de emociones, decidí sentarme en uno de esos caminos pavimentados, que luego sabría se llamaban «aceras». Concretamente en un bordillo. A esas horas no había muchos habitantes del futuro susceptibles de ser sorprendidos por un caballero con capa, sombrero y una espada en el cinto. Allí, en la más terrible soledad, en la exclusión absoluta de mi mundo, en la distancia insalvable, tuve el primer destello de esperanza desde que aterrizase en aquel planeta que, aun siendo el mío, se me figuraba ajeno. Oí un sonido semejante al maullido de un gato. Y no me equivoqué. Un pequeño minino se me acercó con cautela, se sentó a mi lado, como si desease hacerme compañía. Recuerdo que acaricié su pelaje suave y me sentí un poco menos abandonado. A los poco minutos escuché la voz de un muchacho que llamaba a alguien.

—¡Cata! ¡Cata!

El sonido se aproximaba cada vez más hasta que, finalmente, llegó donde mi compañero gatuno y yo estábamos.

—Ah, estás aquí —dijo el chaval sonriendo—. Buenas noches.

—Buenas noches —contesté.

—Bonito disfraz.

Suspiré con discreción antes de corregirle:

—No es ningún disfraz.

—¿En serio? ¿Viste usted así de manera habitual?

—Sí. Así vestimos en el lugar de donde vengo.

El muchacho arqueó una ceja, se agachó y cogió al gato en brazos. Éste no opuso la menor resistencia.

—¿De dónde viene? ¿Americano?

Mi acento me había delatado.

—De Los Ángeles.

—¿Y qué le trae por aquí?

—Es una buena pregunta…

Noté que me estaba examinando. Me desagradaba admitir que mi aspecto no presentaba el empaque que hubiese deseado. Me rasqué el mentón a fin de comprobar la espesura de mi barba. El propio de llevar no más de un día sin rasurarla. El polvo de mis prendas había desaparecido pero no en su totalidad. En líneas generales, daba la impresión de haber tenido una larga jornada y de haber realizado un esfuerzo superior al que acostumbraba o de haberme batido con algún malnacido.

—¿Cuándo ha llegado? —añadió.

—Hoy.

—¿Y dónde se aloja? Perdone que sea tan grosero, pero creo que no tiene usted buen aspecto…

—No te preocupes, muchacho. Lo sé. Te podría contar cualquier historia, mas lo cierto es que he aparecido en este lugar. Así, sin más, y no tengo ni el más remoto recuerdo de cómo he podido llegar.

—¿Necesita un médico o algo?

—Lo que necesito es un lugar donde pasar la noche. ¿Conoces alguna posada? Tengo algunas monedas de oro… —Se las mostré.

El joven abrió los ojos de par en par.

—Tal vez pueda pasar la noche con nosotros. Tendría que preguntárselo a mi padre, pero no creo que tenga ningún problema. Nuestra casa, por llamarla de algún modo, es modesta aunque mucho mejor que la calle.

No llegué a comprender por qué un desconocido se me ofrecía con tal naturalidad, si bien no tenía demasiadas alternativas y acepté.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Nico, me llamo Nico García y ella es Cata —dijo refiriéndose a la gata—. ¿Y usted, señor?

—Mi nombre es don Diego de la Vega.

—¿Don Diego de la Vega? ¿Está de coña?

—¿Perdón?

—¿Ése no es el nombre de…?

5

Un médium. Así me describen muchas de las personas que me conocen y razón no les falta. Personalmente habría preferido otra ocupación, pero imagino que algunas circunstancias te eligen o atrapan a ti y no tú a ellas. Me llaman Tim, si bien mi nombre completo es Timoteo Heredia. Reconozco que mis padres no tuvieron mucho tino a la hora de escoger un nombre para mí. He pasado la mayor parte de mi vida en Inglaterra y Francia estudiando textos complejos sobre espiritismo y asesorando a las autoridades de ambos, y otros muchos, países sobre cuestiones, digamos, delicadas.

Desde niño poseo una sensibilidad que me permite comunicarme con aquellos que han abandonado este plano de realidad y habitan en *el otro lado*. No resultó traumático en absoluto darme cuenta de mis capacidades. Mi madre también tenía fama de estar dotada de facultades parecidas a las mías y mi padre había dedicado bastantes años al estudio de la obra de Allan Kardec y William Crookes. No es de extrañar que, cuando anuncié que, en ocasiones, recibía mensajes de indeterminada procedencia, la noticia fuera acogida del modo más natural. La forma en que recibo tales mensajes, dicho sea de paso, es siempre la misma: *noto* (que no escucho) una frase o conjunto de ellas dentro de mi cabeza y automáticamente sé a quién debo transmitirle la información. A veces, yo soy el destinatario final de los mismos. Puntualmente, puedo ver alguna imagen simple. Sin ir más lejos, he regresado a España para localizar a una mujer que está a punto de llegar. Su nombre es Teresa de Silva, a la sazón, filósofa y lectora voraz de Chesterton. Aún no tengo presente lo que debo transmitirle ni qué aspecto tiene ella, pero sé que la respuesta llegará en el momento adecuado.

Tengo cuarenta y dos años y sigo soltero, dedicado en cuerpo y alma al desarrollo de lo que considero mi misión. Asumo que el don que me ha sido otorgado exige de mí una especie de sacerdocio o dedicación completa. No es una postura fácil de mantener, pero tampoco mi vida es convencional en ningún sentido.

Pasaría unos días en una villa que mi familia posee cerca del mar. No hay nada que me relaje más que la presencia del Mediterráneo, a pesar de que deteste bañarme. Puede que esto se deba a que, de niño, vi cómo sacaban del agua el cadáver de un hombre; puede que, sencillamente, odie la combinación de sal y arena en mi cuerpo mojado. Ahora que lo pienso, acariciaba unas cartas Zener mientras contemplaba aquella estampa. Hacía sol pero las temperaturas todavía eran muy bajas y apenas nadie caminaba por la playa. Un pequeño velero de recreo cruzaba la línea del horizonte a ritmo pausado. Nunca he recibido una *visita* estando cerca del mar y eso me reconforta. Es como si el líquido elemento conformase una especie de escudo protector de mi intimidad. No pueden imaginar lo desagradable que resulta ser contactado a cualquier hora y lugar, sin el menor respeto por mi privacidad.

En cierto sentido, mi vida es una larga espera de nunca sé muy bien qué. Paso gran parte del día sentado y contemplando el vacío. En ocasiones me pregunto si no habrá un hilo conductor que conecte todos los *recados* que recibo. Contrariamente a lo que la mayoría supone, las entidades que acuden a mí son del todo inofensivas. Es más, ni siquiera resultan amenazadoras o terroríficas. Olvidaba decir que, en circunstancias excepcionales, he logrado ver a alguno de ellos. Se asemejan bastante a un holograma, es decir, tienen una presencia vaporosa, translúcida. En sus rostros pueden apreciarse el desconcierto y el miedo. No siempre, por supuesto, pero conviene dejar claro que ellos viven más perdidos que nosotros, con el inconveniente añadido de que rara vez disponen de alguien a quien poder formular preguntas o ruegos. Y ahí entro yo.

Sería erróneo, por no decir falso, no señalar que he sido sometido a múltiples pruebas y experimentos orientados a determinar la naturaleza y el alcance de mis facultades. Acerca de lo primero, y como cabía esperar, no hay pruebas concluyentes, pero sobre lo segundo… No quiero abrumar a nadie, pero aseguro que pocos me superan en potencia. Soy una especie de imán extrasensorial, uno de los más poderosos del mundo. Una o dos veces al año me reúno con cuatro o cinco de los otros. Me refiero a los otros médiums con un nivel similar al mío. Las citas se llevan a cabo en lugares no menos rocambolescos, aunque, en fin, ¿qué podría esperarse de cinco mentalistas? Bueno, sí, que las reuniones se desarrollasen telepáticamente, pero, admitámoslo, también nos gusta estrecharnos las manos y abrazarnos; abrir una buena botella de borgoña; degustar unos habanos, etc. A la postre no somos tan extraños; compartimos muchas aficiones con el resto de los mortales (y otras tantas con quienes se niegan a morir del todo, gajes del oficio). Fue precisamente en el transcurso de uno de esos encuentros cuando, por primera vez, llegó a mí, y en portugués, el mensaje mediante el cual se me informaba de que tenía que localizar a una tal Teresa de Silva. Aprovecharé para apuntar que, si bien domino a la perfección el idioma luso, soy capaz de comprender los llamamientos en cualquier idioma, aunque fuera de ese estado de conciencia no pueda articular ni una sola palabra del mismo. «Viaja a España. Teresa de Silva, filósofa y lectora de Chesterton llegará en breve. Debes esperarla», tal fue lo que sentí —la sensación, como ya he señalado, es la vía por la que percibo este tipo de *órdenes*—.

Se impone destacar que no estoy obligado a obedecer a los espíritus ni a atender a sus requerimientos, aunque, como he estado a un paso de sugerir hace poco, comienzo a inclinarme por que estos últimos poseen una lógica superior a la mía y, en consecuencia, prefiero prestarles un poco de atención. Es un necio aquel que antepone su propio ego a las evidencias.

Durante mi último encuentro con el comité de sabios en cuestiones paranormales (debería entrecomillarlo, puesto que, desde mi punto de vista, el prefijo «para» desaparecerá en muy poco tiempo y dicha temática será integrada dentro de la ciencia normal) se discutió acerca de la existencia de un libro que, se suponía, era escrito de manera permanente por el propio universo. Una especie de *I Ching* en incesante cambio, en incesante construcción. Según decían algunos compañeros, en teoría, el libro se iba actualizando en función del devenir de los acontecimientos. Letras y frases desaparecían para dar lugar a otras derivas y, entre toda mutación constante, una serie de líneas maestras acerca del modo de proceder universal; algo así como el algoritmo que regulaba el cosmos, protegiéndolo contra su eterno antónimo: el caos.

Creo recordar que alguno llegó a sugerir que incluso su forma podía alterarse y convertirse en algo diferente de un libro. Su origen y procedencia era del todo impreciso.

Que nadie se lleve a error: no voy a relatar cómo un selecto y secreto grupo de psíquicos comenzaron a buscar el libro prohibido que, de ser descubierto, derribaría los pilares de… Nada de eso. Bebíamos, fumábamos y, cómo no, comentábamos rumores y leyendas para después proseguir nuestras vidas. Todo el mundo lo hace, lo único es que otras personas cuchichean sobre la vecina de al lado y nosotros sobre enigmáticos códices desaparecidos, entidades límite y temas por el estilo. Nada más.

Palpé el bolsillo de mi chaqueta y con gran satisfacción extraje un habano que encendí sin más dilación. Recuerdo la brisa. Recuerdo la taza, que minutos antes contuviese un delicioso café humeante, vacía. Recuerdo el mar y la arena. Lo que apenas recuerdo es haber pasado largas temporadas en esa casa a la orilla de la playa, aun sabiendo que así sucedió. Puedo ver a mi madre llamándome o a mi padre en el porche, pero no me veo a mí mismo. Siempre he pensado que era una de las razones por las que podía hacer de mediador entre los habitantes de ambos planos de la realidad: *no ser* en sentido estricto, dejar espacio dentro de la

personalidad de cada cual para que quepan otras. Se me figura que la mencionada circunstancia convertirá a la mayoría en escritores o artistas. A mí me empujó en otra dirección. En ambos casos, la afirmación de Rimbaud «*Je est un autre*» resuena en mí de manera poderosa. También compartimos, en este caso con los filósofos, el detestable estereotipo de la locura. Personalmente, no veo ningún motivo que permita establecer una conexión entre el amor por la sabiduría o una sensibilidad inusual y la demencia ni tampoco comparto la tesis que establece que los *psíquicos* solemos ser, o tenemos tendencia a serlo, un tanto esnobs, sibaritas y, por qué no decirlo, elitistas y pedantes. Lamento llevarles la contraria a quienes sostengan algo similar, mas concedo que muchos de nosotros presentamos cierta propensión a la cultura, algo que, según creo, no puede hacerle mal a nadie. Lo contrario nos catalogaría de charlatanes y lo que defendemos ser es científicos, aplicados a una ciencia límite pero científicos en cualquier caso. No negaré que buceamos entre libros exóticos, excéntricos, muchos de ellos, sí, escritos por chalados, de donde no se sigue, al menos de manera necesaria, que el mensaje también lo fuera. ¿Qué podría reprocharnos alguien por seguir un camino similar al trazado y recorrido por personas de la talla de Faraday o Tesla? Si nos detenemos un segundo a pensarlo, la diferencia entre ciencia normal, ciencia límite, paraciencia y pseudociencia, reside en escasos matices. Además, seamos francos, llegará un día en la vida de cada uno de nosotros, cuando la senectud ya sea una vieja conocida, en el que la realidad ordinaria para las nuevas generaciones nos parecerá ciencia ficción de todos modos. Así que, ¿por qué no hacer un buen puñado de experimentos antes de llegar a ese punto?

—Caballeros —interrogué a mis doctos camaradas—, ¿alguno de ustedes conoce a doña Teresa de Silva?

En el salón del insigne Jakob Böhme —de nombre, procedencia e inclinaciones idénticas a las del místico, y autor de *Aurora*, tan conocido en los ambientes teosóficos, pero sin ser

él— se hizo el silencio. La mansión estaba situada en Görlitz, también lugar de nacimiento del *otro* Böhme, y poseía una de las vistas más preciosas que yo haya contemplado jamás. Nuestro Böhme había ido creando una biblioteca de las más bizarras, completas y fascinantes de toda Europa. El valor de los libros allí preservados era incalculable. Razón por la cual (imagino que habría otras no menos decisivas) se viera obligado a disponer de un sistema de seguridad acorde al contenido de la vivienda.

—¿Puede usted facilitarnos más datos? —terció el honorable Daniel Dunglas Home, otro ejemplo de inexplicable coincidencia al ostentar mi colega el mismo nombre y *aficiones* que el médium británico, pero tratándose de otra persona distinta.

—Tan sólo puedo añadir que es filósofa y que muestra un evidente interés por la obra de G. K. Chesterton.

—Particularidades que acotan notablemente el campo…

El sonido de risitas cómplices fue unánime.

—Lamentamos no ser de más ayuda, señor Heredia.

Aun a riesgo de acrecentar las burlas de nuestros detractores, apuntaré que cada uno de nosotros hablaba en su idioma natal (salvo que alguno optase por hacerlo en otro distinto). No lo digo por hacer gala de una cultura que no me veo en la necesidad de ocultar, sino a fin de ofrecer algún dato más a cualquiera que pueda estar interesado en tan inusuales convenciones.

—Pues tengo que regresar a España para reunirme con ella. Está al caer…

Nadie objetó nada. En lugar de eso, el único francés de la sala, extrajo un papel y una pluma del bolsillo interior de su chaqueta y anotó algo antes de entregármelo. «PODEMOS» pude leer. Había sido escrito en mayúsculas. Miré a mi compañero, sin apreciar ningún mensaje en su lenguaje corporal. Permaneció en silencio e impasible. Le ahorré a él y al resto el bochornoso e innecesario espectáculo de preguntar si sabía qué significaba. De haber sido

así, me lo habría dicho y su hermetismo daba a entender que sería yo quien acabaría comprendiendo lo que esa nota, esa palabra, tenía que decirme. La guardé con sumo cuidado dentro de mi cartera, me levanté y, tras agradecer a Böhme su hospitalidad y al resto su agradable compañía, subí a mi cuarto, metí mi escaso equipaje en una maleta y abandoné la mansión para dirigirme al aeropuerto.

PODEMOS. Sujetaba el minúsculo papel con ambas manos. No esperaba que alguna respuesta llegase procedente *del* mar, y, en efecto, no fue así. En su lugar sucedió algo parecido, si bien jamás antes me había pasado: recibí una *llamada* hallándome cerca del mar. Lo que me decía era: «Teresa acaba de llegar».

6

¿Qué podemos señalar acerca del *dharma*? En primer lugar, que es un término sujeto a múltiples acepciones y traducciones, algo que suele suceder cuando las palabras proceden de un idioma largo tiempo desaparecido y que tan sólo unos pocos creen saber interpretar con precisión. Para el resto de los mortales, esta clase de conceptos se entremezcla con otros muy próximos. Por ejemplo, *dharma* podría vincularse, por no decir confundirse, de manera íntima con *ritá* (*Ṛta*), vocablo sánscrito que viene a significar algo parecido a «orden cósmico del mundo» o «ley universal» (aunque bien podría apuntar asimismo a otras tantas lecturas). Se puede optar por ignorar sus diversos sentidos y retener la idea de «ley cósmica», dejando también a un lado los problemas que plantea dicha concepción del devenir de los acontecimientos —al relacionarse de manera estrecha con la cuestión del *determinismo*, es decir, la tesis según la cual el destino de cada ser está prefijado desde antes incluso de su nacimiento—. Al igual que respecto a la existencia de Dios, al ser humano no le es dado (ni le será jamás) certificar ni una ni otra respuesta. Ni siquiera en el supuesto de que todas las acciones y pasos del ser humano sean libres en gran medida se puede inferir que dicha libertad, así como el resultado o consecuencias de su ejercicio, no esté ya contemplada en el orden cósmico predeterminado recién mencionado. La mente racional se muestra impotente e ineficaz a la hora de resolver el dilema; la mente racional debe ser abandonada en ocasiones, puesto que su única función es la de llevar a cabo cálculos. Sólo así, un espectador cualquier tendría la capacidad de atar los cabos; de conectar determinados acontecimientos, aportándoles un sentido y una lógica globales.

Gran parte de la educación y cultura desarrollada para y por el ser humano —en particular por sus élites— ha tenido por finalidad la supresión del resto de sus facultades. Por ejemplo,

apenas se presta atención a los instintos, llegando incluso a desconfiar de ellos o racionalizarlos (con lo que, sin lugar a dudas, pierden todo su poder). Miramos pero no vemos. Oímos mas no escuchamos. No hay nada mágico en este planteamiento; no hay postulación de la existencia de un *tercer ojo*, sino una invitación a recuperar las capacidades desaparecidas o aplastadas que toda persona, no obstante, alberga en su interior.

De haber explotado estos poderes, un *pasajero* aleatorio, incluso el más incómodo y menos recomendable, habría constatado la evidencia de un esquema perfectamente ordenado. Nada en la historia que pronto uniría a Teresa, Nico, Tim, don Diego de la Vega y una gata muy curiosa era fruto del azar. Por supuesto que no.

Suele ser conveniente recordar algunas ideas. Una de ellas, por descontado, es que todo sigue un patrón. Todo-sigue-un-patrón.

7

—¿Cuándo descubristeis que me hacía llamar *El Zorro*? —preguntó un escandalizado Diego de la Vega tan pronto el muchacho completó la frase en la que daba a entender sin demasiado celo que conocía la identidad de aquel que se ocultaba bajo el antifaz.

—No sabría decirle. Cuando yo nací creo que todo el mundo ya lo sabía —respondió Nico un tanto divertido.

—No es posible… ¿nadie tomó represalias?

El chaval le miró desconcertado. Empezaba a no quedarle muy claro si ese tipo no era más que un chalado a quien quizá no fuera muy buena idea llevar a casa para que pasara la noche. Además, llevaba una espada.

—Veamos, *El Zorro* es un personaje de ficción. Como Robin Hood o…

Don Diego le impidió acabar lo que estaba diciendo:

—¡No es ninguna leyenda, si es eso a lo que apuntas! ¡Soy real y estoy aquí, en pleno 2013, delante de un joven que acaba de demostrar que conoce mi verdadera identidad! ¡Esto es una locura!

—Lo mejor será que hablemos con mi padre. Espero que él pueda ayudarnos.

—Y yo, mi buen amigo, y yo…

Caminaron sin añadir demasiado a la conversación, a pesar de que la cabeza de Nico García estaba llena de interrogantes. Llevaba a Cata en brazos, a modo de armadura improvisada. El lenguaje corporal estaba traicionando a un adolescente de dieciséis años. Don Diego, por su parte, inspeccionaba lo que iba encontrando a su alrededor, sintiéndose algo más seguro al haber localizado a una especie de cicerone, empero, poco experimentado. Ansiaba vérselas con el padre de su guía, con la esperanza de que éste pudiera aportar un poco de luz sobre tan bizarro fenómeno. Por desgracia, no todas las personas tienen

respuestas y el padre de Nico García tenía suficiente con encontrar el modo de avituallarse. Dos eran las bocas que tenía que alimentar, al menos según su conciencia, pues el muchacho ya había aprendido a sacarse las castañas del fuego y a colaborar en las «tareas del hogar».

—Créame si le digo que no es mi intención asustarle, pero llevar una espada por estas calles no me parece una muy buena idea…

—¿Por qué?

—Ya sabe, la policía y…

—¿Quién?

—La policía, las autoridades, vamos.

—Ah, las autoridades… Pero yo estoy al servicio de la ley.

—No lo dudo pero, en este mundo —precisó, siguiéndole un poco el juego—, llevar armas no es legal.

La última frase hizo caer a Nico en la cuenta de que su *amigo* tal vez careciese de documentación. Claro que podría preguntarle, pero no le quedaba demasiado claro que tuviera el menor sentido. Una de dos, don Diego de la Vega o era un chiflado (la explicación más probable, según el muchacho) o, efectivamente, se trataba de un viajero del tiempo, lo cual no resultaba menos inquietante.

—¿Y cómo se defienden los hombres en estas tierras?

—Es una buena pregunta —observó García—. Normalmente, la policía se ocupa de esas cosas.

—Vaya, ¿y cómo saben cuándo alguien se enfrenta a un peligro?

Responder implicaba hacer un recorrido por el mundo de 2013, interminable en potencia para don Diego: teléfonos, vigilancia, leyes, jueces, burocracia, etc. Demasiado para un recién llegado de tales características.

—Siempre hay algún buen vecino que los avisa —resolvió el joven.

En el fondo, la escena se perfilaba del todo patética: un chaval desterrado por el Sistema a una furgoneta de mala muerte defendiendo las bondades de la sociedad en la que le había tocado vivir.

—Veo que el mundo se ha vuelto mucho más civilizado —se enorgulleció por primera vez *El Zorro*.

—Sí, se ha civilizado mucho… —remarcó Nico con un deje de tristeza e ironía.

No tuvieron que esperar demasiado para tener la ocasión de enfrentarse a su primer problema. Una pareja de agentes hacía la ronda por la zona y un adolescente desangelado con un gato en brazos, acompañado por un tipo vestido de héroe latino, se perfilaba como el objetivo perfecto: tranquilo, escabroso y rico en anécdotas. El pulso de Nico se aceleró ligeramente. El coche patrulla se detuvo y el muchacho lo tuvo muy claro: los iban a interrogar.

—Perdonen, caballeros —dijo uno de los agentes con la típica cortesía forzada que no se corresponde en absoluto con el resto del lenguaje corporal. Típico despliegue de estereotipos: pulgares que se deslizan desde el centro del pantalón hacia los extremos con la finalidad de meter un poco los faldones de la camisa y adoptar una presencia más decorosa; tirón del cinto hacia arriba, para ajustarse los cojones después de haberlos dejado macerar sobre el sillón del vehículo policial; pecho hinchado y andares de gorila alfa de plástico; una goma de mascar inexistente a modo de complemento ideal del eterno cliché.

—¿Sí? —se limitó a contestar Nico.

—¿Va todo bien? —le preguntó mirándolo a él.

La insinuación estaba clara. El poli quería saber si el hombre del disfraz daba muestras de querer aprovecharse de él.

—Sí. He ido a recoger a mi padre. Es actor y ha participado en una gala benéfica. ¿Verdad, papá?

Don Diego se repuso de la incertidumbre a una velocidad propia de un felino.

—Así es, hijo —respondió pasando su brazo por encima del hombro. No había perdido el deje americano, lo que debió hacerle mucha gracia a los policías.

—Es un disfraz muy cuidado —añadió uno de ellos.

—Gracias.

—¿Esa espada…? —inquirió el otro agente.

—¡Oh, no se preocupe! —aclaró con la voz impostada— Se trata de una réplica inofensiva. Punta roma, nada de filo.

—Muy bien. Pasen ustedes una buena noche. Y, si nos metemos en líos —quiso bromear el menos suspicaz—, ya sabemos que *El Zorro* ha llegado a la ciudad.

Nico y don Diego ofrecieron sus mejores sonrisas. Cuando los agentes hubieron desaparecido, el joven suspiró aliviado. Acababan de salvarse de un molesto inconveniente.

—¿Por qué aquí todo el mundo sabe quién es *El Zorro*? —preguntó don Diego en voz baja, con la boca muy cerca de la oreja de su acompañante.

—Es una larga historia.

—¿Quiénes eran esos señores? —insistió como en un susurro.

—Policías, los tipos que resuelven los problemas.

—¿En serio? —se sorprendió el americano—. A mí me han parecido bastante simpáticos.

«No sabes de la que nos hemos librado», pensó el chico. Prosiguieron su ruta.

—Puede que sea una buena idea que no vaya por ahí con el sable. Tampoco estaría mal que adaptase su vestuario al gusto… —buscaba las palabras para no herir a su invitado— actual.

«Ya veremos cómo nos las apañamos para conseguirle ropa», se dijo. Don Diego dio un rápido repaso a su aspecto. No comprendía del todo por qué tenía que renunciar a su elegante, aunque un poco magullado, aspecto en favor de un atuendo tan vulgar como el que

ostentaban los habitantes de 2013. Aun así, fiel a su palabra, le dijo a su nuevo compañero que se lo pensaría. Había decidido suspender el juicio y así lo haría.

La siguiente prueba era enfrentarse al padre de Nico, no porque se tratase de un mal tipo, sino porque, en primer lugar, se sorprendería al ver aparecer a su hijo con tan pintoresco personaje y, en segundo, porque el espacio de su vivienda era más que reducido (en especial cuando se trataba de alojar en su colchón a un desconocido armado).

Dos figuras dispares caminaron bajo las farolas hasta el lugar donde se hallaba aparcada la furgoneta de los García. Una calle cualquiera, un tanto alejada del centro, cierto, era el emplazamiento elegido para situar la vieja residencia móvil. A pesar de las cortinas corridas, se advertía la presencia de luz en su interior, procedente de una potente linterna, señal inequívoca de que el padre estaba dentro. Nico abrió la puerta y lo vio tumbado, sin hacer nada, salvo escuchar la música procedente de la pequeña radio, siempre sintonizada en la misma emisora que, a esas horas, escupía el «*Woyaho*» de Edie Brickell and *New Bohemians*. Se incorporó alertado al ver al acompañante de su hijo

—Un amigo —le tranquilizó Nico al ver su reacción.

La respuesta, no obstante, no tuvo el efecto deseado. ¿Un amigo? ¿De esa edad y vestido como *El Zorro*? Aquello apestaba.

—Permítame presentarme, señor. Mi nombre es don Diego de la Vega, a su servicio. —Hizo una ligera reverencia.

José García, a la sazón padre de Nico, no probaba la bebida por diversas razones. De haber sido así, habría creído que era presa del *delirium tremens*. Pero no. Allí, delante de él, se hallaba *El Zorro*, dispuesto a prestar su ayuda.

—Necesita un lugar donde pasar la noche —dijo Nico—. Ah, él es José García, mi padre.

—Nico, ¿podemos hablar un segundo?

José García salió de la furgoneta y agarró sin fuerza a su hijo por el brazo, alejándolo sin muchos miramientos de su nuevo compañero.

—¿Quién es ese tipo? —prosiguió. El tono de su voz era muy bajo, casi un susurro— ¿No te das cuenta de que aquí no tenemos sitio? ¡Y va armado! Nico, tienes un gran corazón y eso me hace sentir muy orgulloso de ti, pero ¿no crees que ya son demasiados «invitados» por hoy? La gata, *El Zorro*…

Por primera vez, José García cayó en la tremenda ironía que encerraba aquella situación: una furgoneta convertida en un zoo, en una reserva felina. Sólo faltaba saber cómo iban a alimentarse todos aquellos seres.

—Perdonen que les interrumpa —don Diego se acercó donde padre e hijo discutían—, sería un placer para mí ofrecerles unas cuantas monedas para agradecer su hospitalidad, una mera y simbólica colaboración, un aporte para sufragar gastos, no se lo tomen a mal.

José y Nico se miraron desconcertados. Don Diego extrajo unas monedas de su bolsita de cuero y se las entregó a quienes suponía estaban a punto de acogerle. El padre de Nico cogió las monedas, las examino sin entender muy bien de qué iba todo aquello y preguntó:

—¿Esto qué es?

—Monedas. Monedas de oro. Creo que será suficiente para cubrir los costes de mi estancia en su residencia.

El antiguo carpintero miró a su hijo. No daba crédito a lo que estaba sucediendo. Por impulso, se pasó la mano derecha por la frente, como en un rápido e inútil movimiento orientado a medirse la temperatura. ¿Estaría enfermo? Nada apuntaba en esa dirección. Volvió a echar una rápida ojeada al presente de don Diego. ¿Monedas de oro?

—Señor, agradezco su generosidad, pero me temo que no puedo aceptar su ofrecimiento.

—¿Por qué?

—Es demasiado. Puede pasar la noche aquí si lo necesita, pero no se sienta obligado a nada —carraspeó antes de proseguir—. Por otra parte, no le recomiendo ir enseñando su bolsa. Por aquí las cosas se han puesto feas y hay muchas personas que no se lo pensarían dos veces para arrebatarle sus pertenencias por la fuerza.

Don Diego esbozó una sonrisa de satisfacción. Palpó ostensiblemente su sable y dijo:

—Se las tendrían que ver con mi *amigo*, y es francamente tozudo…

—Tampoco le sugiero llevarlo encima.

José García cayó en la cuenta de que hablaba como si conociera algo de la historia de ese tipo, cuando lo cierto es que no era así para nada. Propuso sentarse en la furgoneta y aclarar algunas cuestiones, a saber, todas. Se disculpó por no poder ofrecerle nada ya no sofisticado sino al menos envuelto o envasado de un modo corriente. Don Diego le quitó importancia aduciendo que el *viaje* le había quitado el apetito. Buenas maneras no le faltaban, desde luego.

El Zorro relató cómo había despertado bajo un árbol, en una especie de descampado. No recordaba el instante en que se produjo la transición o, en otras palabras, el cambio de una época y lugar a otra fecha y otro escenario diferentes.

—No recuerdo haberme quedado dormido ni nada similar —hizo una pausa, esforzándose por traer a la memoria los detalles de sus últimos momentos en Los Ángeles antes de ser transportado hasta su emplazamiento actual—. Perseguía a alguien… Nada serio. Imagino que a algún esbirro de Montero, pero mi mente parece estar en blanco.

García escuchaba con atención. De ser un loco, tenía que reconocer que la narración del recién llegado resultaba muy verosímil; su interpretación, excepcional, aunque extraña. Quedaba sin resolver la cuestión de las monedas de oro. ¿Las habría robado? Pronto advertiría que el problema era mucho más grave si bien no exento de cierta gracia. Las personas con un recuento bajo de neuronas tienden a resolver los asuntos de manera

precipitada y superficial, poniendo así de manifiesto su propia estupidez. Alguien, por ejemplo, podría pensar que José García y su hijo no tendrían más que vender las monedas para sacarse una buena recompensa. Fin de la tragedia en la furgoneta. Una solución tan ingenua como los argumentos que cierto crítico literario expuso para despreciar los relatos del escritor norteamericano Raymond Carver. No terminaba de entender por qué los personajes del rey del *realismo sucio* no se limitaban a llevar el frigorífico al servicio técnico cuando éste se estropeaba en lugar de hacer de ello un drama. Lo que el aburguesado estudioso descuidaba era que el drama —o incluso la tragedia— residía precisamente en la existencia de gente que no puede llevar nada a reparar así sin más. Y en dicha tesitura se hallaba José García, ex carpintero e indigente. ¿Dónde vendería las monedas? Nadie creería que eran suyas, avisarían a la policía y lo detendrían al segundo. ¿Estribaba la solución en encargarle su venta a un señor vestido de *El Zorro*? El tema, en efecto, era delicado. Aquel hombre misterioso llevaba encima una pequeña fortuna que no podía gastar (malgastar sí).

Hay un mundo al margen de la normalidad, entendida como lo habitual desde un punto de vista estadístico; un mundo que bulle en el subsuelo y en el cual las reglas de la superficie no se aplican. Un mundo de trapicheos y soluciones poco convencionales. Por ejemplo, ¿dónde se ducha una persona cuya vivienda, si es que cuenta con una, no dispone de agua corriente? ¿Dónde lava la ropa? Por debajo de ciertos umbrales, la cotidianidad se torna en una aventura incesante. Si quería ayudar a ese caballero autodenominado don Diego de la Vega, alias *El Zorro*, y tal era el caso, José García tenía que facilitarle un sitio donde asearse y algo de ropa decente y menos llamativa.

—Confieso que su historia me desconcierta —admitió el padre de Nico tras escuchar el relato de don Diego—. Mírenos, somos personas humildes y lo que usted cuenta… escapa a mi entendimiento.

—Le garantizo, señor, que me sucede lo mismo, con la desventaja de que me veo lejos de casa, en este inhóspito planeta que es el mío sin serlo.

—Me encantaría poder ser de más ayuda, pero me veo un tanto limitado —hizo el ademán de mostrar sus escasas posesiones.

—Por lo pronto me ha permitido pernoctar aquí, lo cual supone un gran gesto y le estaré infinitamente agradecido —sonrió.

José García asintió con la cabeza. Ante la insistencia de don Diego para que aceptase las monedas, el carpintero se las guardó con la condición de que el americano permaneciese con ellos hasta que no encontrase un lugar mejor en el que alojarse. En otras palabras, hasta que no se familiarizase con su nuevo mundo. Una vez que lo hiciera, advertiría que había aterrizado en la planta más baja.

—Muy bien —terció Nico—, asunto resuelto. Todos a la cama.

Su padre dio las buenas noches antes de echarse una manta por encima y cerrar los ojos. No recordaba haber deseado tanto que la noche pasase en un suspiro. Nico también se recostó y don Diego solicitó permanecer unos segundos fuera de la furgoneta. Permiso concedido. *El Zorro* miró al cielo y después a su alrededor. Por muchas vueltas que le diera, no alcanzaba a comprender cómo el mundo había acabado convertido en esa mole amorfa compuesta de metal, cristal, hormigón (material que el hombre de Los Ángeles desconocía por completo), luz y ruido. Tanto ruido. Había algo muy triste en la estampa: torres elevadísimas, similares a prisiones inimaginables por don Diego, dotadas de pequeños ventanucos, de los cuales sólo unos cuantos —muy pocos— se encontraban iluminados. La ausencia de naturaleza era prácticamente absoluta. El olor se le hacía difícil de soportar al caballero del sombrero y el fino bigote definido a la perfección. El día había sido tan duro como bizarro y, con toda probabilidad, la jornada siguiente continuaría la misma tendencia. Trataba de convencerse a sí mismo de la idoneidad de ajustar su estética a la propia de aquella época. Acarició sus

prendas con la mirada. ¿Qué civilización preferiría unos vulgares pantalones de material tosco (pensaba en los vaqueros), camisa carente de estilo y una chaqueta que ni los jornaleros lucirían de buen grado, a la estilizada capa sobre pantalón de tela ceñido y camisa de satén ajustada? Se dijo que tales evidencias atentaban contra las teorías del loco de Darwin: aquello no era evolución, más bien todo lo contrario; una involución que, como pronto descubriría, había permitido que seres física, mental, moral, y espiritualmente inferiores se hicieran con el control de la población apoyándose en una política del miedo, el aturdimiento y un brazo militar disfrazado de banquero.

Suspiró henchido de nostalgia y entró en el vehículo. Se acomodó como pudo y cayó rendido de sueño. Otra extraña noche en la Tierra.

8

No me gusta llegar a casa en mitad de la noche. Eran las cinco de la madrugada. Dejé la maleta en el *hall* (ya la desharía a la mañana siguiente). Todo seguía igual que lo dejé, igual que lo dejo siempre. Me gusta ordenar la casa antes de salir de viaje, en particular cuando éste se prolongará más de dos o tres semanas. Lo hago para no llevarme una desagradable sorpresa al regresar como, por ejemplo, comida echada a perder en el frigo o una cama revuelta. No soporto el desorden, dado que lo asocio a la dejadez —una actitud deleznable, por cierto—.

En ocasiones desearía pasar más tiempo en casa, disfrutando de la fabulosa y nutrida biblioteca que he ido ampliando a lo largo de los años. Todavía recuerdo a mi padre, sentado en su sillón con un libro en las manos y una lámpara de pie con la luz más cálida que jamás haya visto. Imposible no acabar siendo una lectora empedernida. Mi padre era idéntico a Julio Cortázar, aunque yo soy indiscernible de mi madre a mi edad. Sí, recuerdo a mi padre envejeciendo feliz en su sillón de lectura, haciéndose mayor y experimentando los mismos cambios externos que el escritor afincado en París. Nadie más se sentaba en él y no porque hubiese expresado su deseo de que así fuera. Era una especie de acuerdo tácito. Respetábamos el espacio del hombre que se negó a que un televisor entrase en casa. A su muerte, «heredé» sus libros (su pasión por la lectura ya la había adquirido con él en vida) y su rechazo de la caja tonta. Sin embargo adoro la música, algo que también tomé prestado de él. Incluso me permito ciertas licencias (me fascina la música popular). No me falla la memoria cuando digo que encendí el reproductor de alta definición, tan minimalista como caro; seleccioné un tema de Morrissey, el que fuera líder de *The Smiths*, «*Driving Your Girlfriend Home*», y me descalcé. Me encanta caminar sin zapatos sobre un suelo de madera y notar la

vibración producida por los graves sobre el pavimento. Sentí el impulso de prepararme un café, pero caí en la cuenta de lo tarde que era. No suelo dormir demasiado, pero estaba agotada. Un viaje tan largo para una persona incapaz de pegar ojo en un medio de transporte, sea el que sea, suele tener este tipo de consecuencias. Me retiré las horquillas del pelo y sacudí la cabeza con fuerza. Ahora sí, hogar dulce hogar.

Habría leído un capítulo de *El club de los negocios raros*, pero opté por ir a la cama. Pesó más el cansancio que mi viejo amigo Chesterton.

A mi dificultad para dormir fuera de mi cama —por zanjar directamente la cuestión— debo sumarle la fragilidad de mi sueño. En otra vida debí ser un animal; siempre alerta, en duermevela. El caso es que a las siete de la mañana di por concluido mi descanso y me dispuse a trabajar. Primero, cómo no, una cafetera haciéndose en la hornilla mientras me daba una ducha para *resucitar*.

En mi caso, trabajar es pensar. Así de sencillo. O bien todas las teorías acerca de la feminidad son falsas o me he desnaturalizado, dado que la supuesta parte emocional que tanto caracteriza a la Mujer ha sido sustituida en mi caso por una racionalidad hiperdesarrollada. Dejaremos a un lado el hecho de que no deseo, ni jamás he deseado, tener hijos ni, como ya la experiencia me va demostrando, pareja. Vivo para leer y pensar. ¿Aburrido? ¿Triste? ¿Solitario? He tenido el suficiente tiempo y perspectiva espacial para llegar a la conclusión de que una respuesta afirmativa a estas cuestiones es, en el más caritativo de los casos, arriesgada. Por supuesto, como no es mi intención intranquilizar al grueso de la población, sumida en una monotonía institucionalizada, no aportaré más datos al respecto.

Mis contratantes han acabado acostumbrándose a mi curiosa manera de trabajar, en especial se han visto obligados a establecer determinadas concesiones por lo que respecta al modo de comunicarse conmigo. No utilizo teléfonos móviles ni ordenadores y carezco de cuenta de correo electrónico así como de cualquier medio no tradicional de comunicación.

Tengo alimento para palomas y aves mensajeras en el balcón, pero todavía no he abrazado esa aberración social a la que denominan «tecnología». Si los ciudadanos tan sólo imaginasen el grado de control al que están sometidos, el modo en que han entregado feliz y voluntariamente su intimidad y su privacidad o, en definitiva, el mordisco que le han dado a la golosina envenenada del poder, tal vez, se planteasen retornar al *statu quo ante*. No quisiera que nadie me malinterpretase: no soy contraria a la tecnología por principios o por un romanticismo absurdo. Nada de eso. Lo soy porque trabajo para aquellos que se sirven de ella con fines muy poco transparentes. Ah, me parece oírlo, ¿por qué trabajo para individuos así? Ofrecer una respuesta pormenorizada me llevaría demasiado tiempo. Baste señalar que no todos los anarquistas llevan pasamontañas y que una bomba suele ser más efectiva dentro que fuera del Sistema.

Por extraño que pueda parecer, suelo recibir los paquetes, cartas, avisos y mensajes que deben llegarme de manera muy precisa. Ni un solo envío se ha extraviado. Claro, he visto de todo: pizzeros entregándome un sobre procedente de la sede de la Comisión Europea; palomas mensajeras (no es una broma) que llegan volando desde la embajada de cualquier país civilizado; citas en lugares públicos; alguna amable llamada telefónica —mi viejo aparato provisto de disco de marcar me sigue dando sorpresas y alegrías—, etc. Una extravagante colección de ingeniosas vías de comunicación, más seguras y divertidas que un horrendo y fácilmente interceptable mensaje electrónico. Pensando en estas cosas, advierto que el aspecto lúdico de la vida en las sociedades modernas se ha visto adulterado: ocio embotellado; alegría subvencionada, fiscalizada, organizada, institucionalizada y, por supuesto, sujeta al intercambio monetario.

Imagino la *ametralladora de libros*… Un dispositivo que disparase páginas sueltas, en cada una de las cuales apareciese una web y una indicación:

Contacta con el resto y consigue las páginas que te faltan a través de esta dirección (o escríbalo en alguna pared). La única condición es que el cambio se efectúe en persona

Por supuesto que resultaría poco práctico, pero, al terminar de leer cada libro, habríamos conocido a varios cientos de personas, presumiblemente cercanas a nosotros. Se construiría una comunidad muy humana, cercana, no basada en el dinero ni en los objetivos de la clase dominante. Saludaríamos a los vecinos por la calle y dejaríamos de ser almas errantes, mecánicas y anónimas; se generaría un sentimiento de grupo, una sincera complicidad. Un libro, el ingenio y el mundo se transformaría por completo. Es más, en ese caso, me abriría una cuenta de correo electrónico sin pensarlo dos veces…

En lugar de ello, hemos *optado* por una forma de vida más estructurada. Tanto que hemos acabado con nuestra imaginación en estado vegetativo —y un ser que no imagina no es capaz siquiera de pensar en un mundo mejor—. Vaya, he vuelto a ponerme filosófica.

Me serví un café que, tratándose del primero del día, consistía en volcar la totalidad del contenido de la cafetera italiana en una taza junto con un poco de leche fría. Después me acomodé en mi sillón de trabajo, dejé mi libreta de notas en la mesita auxiliar y un lápiz afilado y cogí mi ejemplar de *Las paradojas de Mr. Pond*. A pesar de ser tan británico, Chesterton se me antoja un tanto prusiano en determinados pasajes. En concreto, en aquellos en los que retrata el funcionamiento de las instituciones sometidas al implacable rigor (*mortis*) de la burocracia.

Hojear un libro sobre paradojas donde incluso los criminales son elegantes, caballerosos y ajenos a toda crueldad supone una especie de calentamiento cuando me dispongo a reflexionar acerca del problema del tiempo, que es lo que me acababan de encomendar a través de una nota que me entregó el revisor del tren que me trajo a casa desde el aeropuerto. El eterno problema del tiempo… la madre de todas las paradojas. *Quid ergo est tempus? Si*

nemo ex me quaerat, scio; Si quaerente explicare velim, nescio («¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo a quien me lo pregunta, entonces, no lo sé»). San Agustín siempre tuvo una mente tan brillante como su sentido del humor, tal y como demuestra esta otra cita: «Señor, hazme casto y célibe, pero todavía no». Me satisface constatar que mis contratantes suelen tener muy buen gusto a la hora de plantearme sus requerimientos. No es habitual que aborden directamente el asunto o que mencionen que se trata de un tema delicado sino que optan por expresiones del tipo «Nos gustaría saber su opinión sobre tal o cual cuestión (o frase)». He llegado a recibir mensajes informales para solicitar una lectura mía acerca de asuntos verdaderamente graves. Por ejemplo, un alto mandatario alemán me dijo que había hecho una apuesta con un amigo y que le vendría muy bien contar con mi punto de vista sobre… Bien.

Aunque no se mencionara en la nota que me entregó el revisor, yo ya sabía que en determinados círculos comenzaba a asumirse que eran ciertos muchos de los casos de personas que habían aparecido lejos no sólo de su casa, sino también de su época. El análisis de las ropas (como sucedió en el caso de John Titor), de los propios *viajeros* y de un sinfín de elementos así lo atestiguaba. Imaginé que empezarían a tomarse en serio el estudio del fenómeno a la luz de la evidencia. A efectos prácticos, y centrándome en lo que a mí me atañía, diré que en la nota que se me entregó se leía lo siguiente:

Apreciada señorita De Silva, agradeceríamos enormemente que nos diera su opinión sobre estas dos ideas:

1- El tiempo se hace más lento conforme nos aproximamos a la velocidad de la luz.

2- El segundo principio de la termodinámica plantearía la parada del tiempo alcanzando el cero absoluto, el cero Kelvin.

Einstein, Heisenberg, mecánica cuántica, principio de incertidumbre, estados fundamentales o basales, Maxwell y su *demonio* (la tercera ley de la termodinámica tiene, entre otros objetivos, limitar a la segunda), entropía, Lavoisier… Todo se dejaba ver en esas dos frases. O tal vez no, pero así es como trabaja mi mente: como una caótica tormenta de conceptos, nombres y temas que acaban ordenándose de un modo que, de manera consciente, sería incapaz de razonar. Millones de inferencias mentales para llegar a la explicación de un hecho determinado: la desaparición de una persona en un punto e instante concretos para aparecer en otros muy distintos. ¿Cómo es posible y en qué términos? Podría decirse que era lo que me estaban preguntando. No soy física de formación, pero me manejo bien con los problemas complejos.

Ahora únicamente debía esperar una llamada u otro mensaje que me pusiera sobre la pista de algún *reaparecido*.

Miré al vacío, perdida en mis propios pensamientos, y advertí que algunos elementos de la casa necesitaban un «lavado de cara». Pequeños arreglos sin importancia, salvo que fuera yo quien tuviera que llevarlos a cabo, claro. En ese caso, las cosas habrían cambiado de manera sustancial y lo sencillo se transmutaría en la operación más irrealizable jamás imaginada. Mejor no pensar en ello por el momento. Traté, en su lugar, de ponerme en la piel de los viajeros del tiempo: ¿cómo sería lo de descomponerse a nivel molecular para recomponerse con posterioridad? ¿Sería algo espontáneo o sometido a rigurosas condiciones de laboratorio? ¿A qué atendería? Conocía bien las representaciones populares de los saltos temporales, si bien, como le sucedía al resto de los mortales, no podía establecer a ciencia cierta el modo en que se desarrollaba tal fenómeno. La mayor parte de las incógnitas presentaban un carácter filosófico o teórico en cualquier caso. Dando por sentado que el invento de H. G. Wells resultaba tan deliciosamente ingenuo e infantil como ficticio, cabía

preguntarse si en los *cronoviajes* era posible determinar el momento al que deseábamos desplazarnos o no y, de ser así, volvía a surgir otro interrogante, a saber, de qué forma era posible combinar ambos planteamientos. El del tiempo lineal (que permitía un desplazamiento hacia delante o hacia atrás) y aquella concepción que lo describía como un conjunto de planos, en ocasiones teniendo lugar de manera simultánea. O, dicho en otros términos, la teoría según la cual todos los momentos, todos los acontecimientos, estaban sucediendo a la vez y sin cesar en planos diferentes. Complicado en exceso para esta hora del día.

No medito de forma habitual, aunque me gusta entregarme a lo que denomino «ensoñaciones místicas». Cierro los ojos y espero la llegada de una respuesta a una pregunta que no siempre llego a formular. Lo normal es que no reciba nada, aunque a veces sí. La señal no tiene por qué ser comprendida de primeras y suelo captar su significado horas o días más tarde. Para una persona tan racional como yo, haberse abierto a tales prácticas supone una trayectoria repleta de conflictos internos. Apoyé el libro de Chesterton sobre mi regazo y me propuse dejar la mente en blanco, algo que, como cualquiera que lo haya intentado sabe, entraña una dificultad extrema.

No puedo decir que me llegase ningún mensaje del «más allá», si bien sí que apareció algo por debajo de la puerta: un sobre precedido de una llamada al timbre. Ni me molesté en abrirla para ver si el mensajero seguía allí. No era la primera vez que sucedía algo así, de modo que cogí el sobre y lo abrí con cuidado. Asentí con lentitud y no pude reprimir una leve sonrisa de satisfacción: mi viajero del tiempo acababa de aterrizar muy cerca de mí.

9

Me dispuse a hacer una maleta pequeña pero completa. No podía faltar nada imprescindible: dos pañuelos de seda para la chaqueta y uno para el cuello (un detalle excesivamente arriesgado, pero que definía bastante una cierta actitud transgresora por mi parte a pesar de mi aparente conservadurismo estético), un par de camisas blancas de algodón y una en azul Prusia para más informales y nocturnas ocasiones, un traje negro de repuesto y otros zapatos, así como ropa interior y útiles de aseo. Un viajero experimentado como yo conoce a la perfección las ventajas de ir ligero de equipaje.

Mientras tanto, ordenaba asimismo mis pensamientos. Teresa de Silva había llegado… Pero, ¿dónde? Hacer el equipaje y salir a la calle sin un rumbo fijo se ha convertido en algo cotidiano para mí. Dispuse con cuidado mi valioso ejemplar de *El libro de los espíritus* de Kardec en un discreto bolsillo exterior de la maleta para poder así cogerlo sin necesidad de mostrar mis intimidades. Desconozco las veces que he leído la mencionada obra, si bien admito que, cada vez, descubro algo de lo que no me había percatado con anterioridad.

Algo me hizo salir de nuevo al porche. Tal vez la llamada del mar. Tal vez la necesidad de dar otra chupada al habano. El Mediterráneo siempre ha sido fuente de inspiración para mí. Lo contemplé como si alguna otra respuesta fuese a surgir de sus aguas tranquilas. Es posible que entornase los ojos un poco. Dos respuestas en un mismo día era más de lo que cabía esperar. Sentí la brisa. En ocasiones, las más, la comprensión de un mensaje se demoraba unos días. Es decir, podría estar viendo la solución ante mis narices y no advertirlo hasta semanas después.

Un agradable aroma a *carrot cake* se apoderó de mí de repente. Quise saber de dónde procedía. Me transportaba a Inglaterra, en concreto a una pastelería situada en la calle

Tavistock, en Londres. Fue mi buen amigo Rubin Carter —químico de profesión y no boxeador, a pesar del nombre— quien me llevó allí. La modestia del establecimiento no hacía justicia a la calidad de sus pasteles y cupcakes, lo cual le confería un encanto extra. Era como adentrarse en un local auténtico, alejado de los turistas y de cualquier otro espécimen que no fueran los habituales parroquianos y los vecinos de siempre. Nunca llegué a tener claro cómo el bueno de Rubin, persona excelente si bien un tanto esnob, se decidió a entrar allí por primera vez. La única explicación plausible es que, al igual que él hiciera conmigo, alguna otra persona lo condujese al interior con la promesa de una tarta de zanahorias deliciosa. Me frustró intuir que el olor no estaba fuera sino dentro de mi cabeza y mi memoria regresó a la calle Tavistock, al apartamento de mi amigo Rubin Carter, a su biblioteca sobre temas químicos (ortodoxos o académicos unos y otros, los más interesantes, bastante alejados del *mainstream*) y, cómo no, a su gato Curtis.

Rubin presumía de Curtis, sosteniendo que, por muy ordinario que fuera su aspecto, su mente estaba lejos de ajustarse a la norma. Precisé que su aspecto no era ordinario en absoluto teniendo en cuenta que se trataba de un gato romano, poco o nada habitual en tierras británicas. Rubin esbozó una media sonrisa para mostrar su conformidad. Fue a través de él como conocí las alocadas ideas de Joseph Banks Rhine, quien sostenía que los gatos y otros animales, aunque aquéllos sobre todo, poseían una curiosa capacidad, a la que denominó *Psi Trailing*, que explicaba cómo eran capaces de localizar a sus amos por mucha distancia que hubiera entre ambos. Nada más caer en este recuerdo, fui yo el que estuvo a punto de romper en una sonora carcajada. Teresa de Silva acababa de llegar, pero no sería ella quien me ayudaría a encontrarla.

Decidí alojarme en una pensión de dudosa clientela guiado por un impulso que me resultaba muy familiar. No tenía que hacerme ninguna pregunta, dado que era consciente de que se trataba del lugar correcto. Demasiadas experiencias en ese sentido avalaban mi postura. Ya he superado los reparos que al principio me producía el hecho de introducirme en locales en los que, a todas luces, no solían ver a personas como yo (por incomprensible que pueda llegar a sonar, mucha gente ha perdido del todo la costumbre de colocar un pañuelo en el bolsillo de la chaqueta). En honor a la verdad, en ninguna ocasión me he visto o sentido amenazado en tales museos de la suciedad. La cada vez más mermada clase media tiene por norma la suposición de un nexo ineludible entre pobreza y violencia, lo cual dista notablemente de la realidad en la mayor parte de los casos. Imagino, por lo demás, que también mi aspecto influirá en la inmunidad de la que gozo en dichos entornos. El recepcionista o su homólogo femenino tenderán a pensar que soy una especie de asesino a sueldo o policía. Mi lenguaje corporal aleja toda duda acerca de mis intenciones suicidas (asunto éste que suele incomodar un tanto al personal de la pensión o del hotel, y en esto el estatus del establecimiento no otorga distinción alguna). Al margen del malestar que me causa parecer un agente de la autoridad o un delincuente, debo reconocer que las ventajas son obvias. Una de ellas es que puedo abstenerme de poner el cartel, si lo hay, de «prohibido molestar». Además, me gusta que no me hagan demasiadas preguntas.

Dejé mi bolsa de viaje sobre una silla que había en un rincón. Siempre tomo la precaución de no portar objetos de valor cuando debo alojarme en sitios así. Guardé el libro de Kardec en la caja fuerte que, para mi sorpresa, había en la habitación. Llamó mi atención cuando el recepcionista me informó al respecto, aunque estimo que mayor fue su asombro cuando respondí afirmativamente a la pregunta «¿Desearía usted una llave de la caja fuerte? El servicio no viene incluido en el precio». La probabilidad de que fuera la primera vez que

alguien hiciese uso de alguna de esas excentricidades del promotor, o el sueño roto de un futuro más prometedor para el establecimiento, era muy elevada.

Me gusta tomarme las cosas con calma. Era temprano y se me antojó un buen café con leche cerca de donde tenía la certeza de que aparecería aquello que era preciso encontrase, así que tracé mi recorrido intuido en el navegador de mi móvil y me dirigí hacia allí dando un paseo. Curioso cómo las ciudades se van modificando en función de los barrios que uno transite. A lo largo de mi periplo atravesé las zonas más o menos comerciales y coloridas para, poco a poco, ir adentrándome en un auténtico vertedero de todo tipo de materiales, incluidos seres humanos vivos: coches que debían llevar años allí abandonados, carentes de ruedas y de gran parte de su pintura original; espacios vacíos y sucios a la vez; personas de imprecisa ocupación. Una especie de gueto para ciudadanos caídos en desgracia donde muchos de los antiguos operarios del mundo desarrollado se veían obligados a esconderse después del desplome del estado del bienestar y de la explosión de aquella quimera de la interminable prosperidad.

Lo tenía. Estaba justo frente a mí. O, al menos, eso creía. Serían las siete y media de la mañana cuando miré a mi alrededor. Ningún sitio a la vista para tomar un café y resguardarme de la fresca intemperie. Chasqueé la lengua un poco antes de escuchar el sonido de una persiana metálica levantándose. Me giré hacia el lugar del cual procedía el ruido y sonreí. Acababan de abrir un bar. Caí en la cuenta que hacerlo antes —lo cierto es que incluso a esa hora— suponía una pérdida de tiempo. Al presumirse un barrio donde una buena parte de la población ni trabajaba ni le convenía, por esa misma razón, tomar el desayuno fuera de casa, «madrugar» constituía un hábito innecesario. El camarero me echó una rápida y desconfiada ojeada al entrar en el local. Me senté en una mesa con vistas a la calle, es decir, a mi objetivo, y no tuve que esperar demasiado para que la maquinaria se pusiera en funcionamiento.

Poco antes de las ocho de la mañana, un hombre casi joven pero estropeado y castigado por la vida salió de una vieja furgoneta que estaba aparcada a unos treinta metros de mí. Se frotó las manos para entrar en calor y se alejó calle abajo. Soy tan observador como paciente, lo cual me permite advertir detalles que suelen pasar desapercibidos al resto. Uno de ellos era que aquel hombre todavía sentía vergüenza de su situación. Había mirado a ambos lados para cerciorarse de que nadie le hubiese visto salir del vehículo; su mirada traslucía la humillación que le producía su estado. Además, a menos que fuese a buscar algo de comida o a orinar por ahí, saltaba a la vista que no se dirigía a ningún trabajo o algo que se le pareciera. Demasiado temprano. Lo vi claro: salía para huir. No de un modo permanente, pero sí durante todo el día, hasta la llegada de la noche. Aquel hombre mantenía la disciplina de otros tiempos, aquéllos en los que aún conservaba una ocupación remunerada. Quizá incluso una casa propia.

Cogí un periódico que el dueño del bar —sólo él podría ostentar tal gesto de resentimiento— dejó sobre la barra. Nada como abrir un diario para garantizarme que otra vez estaba en *casa*: innumerables casos de corrupción comentados con desapego, como dando por sentado que nada podía hacerse al respecto, con absoluta desconfianza en el Sistema y con el poso de indolencia que deja la costumbre; escándalos políticos y económicos; noticias insustanciales y personajes de medio pelo condenados a un olvido inminente. Sí, la familiar y «entrañable» prensa española, siempre tan dispuesta a la adoración fugaz de ídolos de barro.

Esperé aproximadamente una hora hasta ver aparecer a un chaval del interior de la furgoneta. No tendría más de dieciséis años y, al igual que sucediese con el señor de antes —supuse que su padre—, se le veía muy desmejorado, aunque sin el deje de melancolía de su predecesor. Junto a él, surgió un tipo que, si no me equivocaba, iba vestido a la manera de *El Zorro*. Arqueé las cejas sorprendido, al margen de que todavía no hubiese localizado lo que

había ido a buscar. No era cuestión de alterarse, pues contaba con la certeza absoluta de que ella acabaría dejándose ver. Y así fue; mi objetivo no se hizo muy de rogar.

Una pequeña gata romana, inevitablemente similar a Curtis, el gato de mi amigo Rubin Carter, descendió con parsimonia de aquella improvisada vivienda. Dos adultos (uno de ellos ataviado como el clásico justiciero de ficción), un adolescente y una gata, pensé. Aquel trasto contaba con un amplio interior, por no decir una peculiar historia. Me levanté y dejé unas monedas sobre el mostrador, más de las solicitadas. Salí a la calle con paso tranquilo, observando cada detalle. Los dos hombres seguían allí, de pie, estirando las piernas o decidiendo lo que iban a hacer ese día. Mientras tanto, la gatita se relamía las patas y aguardaba con paciencia a que los otros dos comenzasen a moverse. Vi que el muchacho le decía algo al tipo del disfraz y dirigía una mirada divertida al felino. El otro asintió.

Los primeros pasos a la hora de presentarse ante cualquiera con mis argumentos y motivaciones son decisivos. Resulta prácticamente imposible que no te tachen de loco, de modo que una de las más poderosas armas es la anticipación. Por «anticipación» quiero referirme al hecho de mencionar algunos acontecimientos o sucesos antes de que éstos tengan lugar o relatar algún aspecto poco conocido de la vida de los interpelados. Yo *sabía* que una señora llamada Teresa de Silva aparecería tarde o temprano. Por otra parte, el atuendo del señor *Zorro* me facilitaba las cosas y reducía la probabilidad de que me acusasen de chalado. O eso era lo que yo esperaba.

Tan pronto comencé a caminar, ambos se fijaron en mí. Adopté una actitud desenvuelta y cercana, aproximándome sin prisas con una sonrisa moderada en la cara. Ni que decir tiene que mi primer movimiento estratégico consistía en que no salieran corriendo. Ya no me impresionan con facilidad las variedades del ser humano, con sus circunstancias personales y sus derivas. De lo contrario, la estampa compuesta por un adolescente que atravesaba más dificultades de las propias de un chico de su edad, un caballero vestido de *El Zorro* y un

desconocido, yo, luciendo pañuelo de seda en el bolsillo de la chaqueta de un traje impecable y hablando de mensajes provenientes del más allá junto a una furgoneta destartalada, habría resultado difícil de asimilar fuera de un contexto psiquiátrico.

—Buenos días, caballeros —saludé finalmente.

—Buenos días —respondieron al unísono.

—Permitan que me presente, soy Timoteo Heredia, aunque todos me llaman Tim a secas.

—¿Es usted policía? —preguntó si demora el chaval.

El hombre disfrazado me miró con atención, sin decir nada.

—¿Acaso tengo pinta de poli?

El joven hizo un movimiento de cabeza indeciso, como si estuviera evaluándome todavía y delante de mis propias narices.

—¿Qué desea? —añadió el mayor de los dos.

—Lo que estoy a punto de contarles puede que les sorprenda un poco. Les ruego que no se asusten y me escuchen con atención.

El adolescente pareció alterarse un tanto.

—¿Le ha sucedido algo a mi padre?

—No, no. Tranquilo, muchacho. No ha pasado nada. —Mi respuesta le tranquilizó—. Me gustaría charlar con ustedes acerca de un asunto importante. ¿Han desayunado? ¿Qué les parece si tomamos algo allí?

El incómodo y tenso momento en el que la ausencia de *cash* violenta a una de las partes.

—Permítanme que les invite a un café al menos —me anticipé.

Resulta difícil determinar si fue mi intervención o la promesa de una bebida caliente lo que les movió a acompañarme a la cafetería. Al verme entrar de nuevo, el dueño me miró con un recelo todavía mayor. Supuse que su opinión acerca de mí se había recrudecido: señor endomingado invitando a desayunar a un chaval necesitado y a su pintoresco acompañante.

Nada bueno podía salir de ahí. Huelga decir que la opinión de los demás me provoca ya la más absoluta de las indiferencias. Un mecanismo de defensa como otro cualquiera.

Mientras, el adolescente devoraba un par de tostadas con tomate y aceite con ostensible voracidad y el *Zorro* hacía lo propio a un ritmo más pausado y con unos modales dignos de un perfecto *gentleman*.

—Disculpe mi grosería —dijo *El Zorro*—, me temo que nosotros no nos hemos presentado: mi nombre es Diego de la Vega y mi joven amigo es Nico García.

Nico asentía con la cabeza mientras daba un mordisco al pan crujiente.

—Encantado, caballeros.

El joven había metido a la gata en la furgoneta antes de acompañarme a la cafetería. Seguía pensando en ella, el *enlace* entre doña Teresa de Silva y yo —que tampoco dejaba de ser un intermediario entre algún espíritu y la filósofa—.

—Me temo que lo que tengo que contarles les parecerá increíble. He venido aquí buscando a una mujer…

—Pues no ha venido al lugar indicado —farfulló Nico con la boca llena.

—Eso ya lo veremos —le corregí con una sonrisa intencionalmente enigmática y confiada.

—¿Cómo se llama la dama en cuestión?

—Doña Teresa de Silva, filósofa de formación, para más señas.

—Mucho nos tememos que no se encuentra entre nosotros y, por lo que a mí respecta, es la primera vez que escucho ese nombre.

—Me hago cargo.

—Pero, bueno, eso no tiene nada de increíble.

—¿Y si les dijera que ha sido su gata quien me ha traído hasta aquí?

—¿Cómo?

—Digamos que tengo la facultad de comunicarme con ciertas entidades que no pertenecen a este plano.

—¿Podría ser más preciso? —rogó don Diego.

—Soy médium.

—Aunque fuera cierto lo que usted dice, que no lo pongo en duda —precisó Nico con desconfianza—, la gata sigue viva.

—Es cierto. Me temo que no me he expresado correctamente: he llegado aquí a través de un gato muy parecido a su gata. No es fácil de explicar y asumo que mis palabras no sean de gran ayuda, pero deben creerme.

—Dos misterios en menos de veinticuatro horas —dijo García poco antes de dar un sorbo al café con leche.

—¿Perdón?

—¿No se ha dado cuenta de que este señor se parece mucho al *Zorro*? —señaló saltándose las reglas más elementales de cortesía y protocolo.

—No me parezco; lo soy. Y, por favor, intenta no decirlo en voz alta.

—Tranquilo, por estos lares todo el mundo sabe quién es usted… —añadió el muchacho.

—¿Usted es el *Zorro*?

—Así es, señor. Para servirle.

La cosa amenazaba con complicarse por momentos, lo cual, lejos de preocuparme, me fascinaba todavía más.

—¿Y la gata? ¿Cómo se llama?

—Cata —contestó Nico.

—¿Dice que la gata le trajo hasta aquí?

—En cierto modo, sí.

—¿Y ella le guiará hasta una mujer?

Me encogí de hombros divertido. Sabía que así sería, pero justificarlo habría supuesto adentrarme en un espeso jardín.

—¿Viven allí? —pregunté señalando la furgoneta.

—Sí.

—Yo soy un invitado —precisó don Diego—. Llegué anoche.

—¿De dónde?

—Es una buena pregunta. No pretendo robarle el protagonismo, pero creo que, por ahora y como poco, hay dos misterios sobre la mesa.

Me adelanté un poco acercando el cuerpo a mi interlocutor, mostrando un claro interés.

—Llegué de Los Ángeles… entonces corría el año 1919.

—Ésa es la fecha en la que Johnston McCulley publicó *La maldición de Capistrano*, en la que, por primera vez, usted aparece.

Don Diego miró a Nico.

—Es la segunda vez desde que llegué que me confunden con un personaje de ficción, según veo.

—Admito que también a mí me causa cierta perplejidad. Después de todo, usted está aquí, justo enfrente de mí, y tiendo a pensar que no se trata de una alucinación.

—Créame, no lo es —avaló Nico—. Ha pasado la noche con mi padre y conmigo.

—1919… ¿Recuerda cómo llegó hasta aquí?

—Lamento no poder ser de mucha ayuda —se disculpó.

—Imagino que ya tendremos ocasión de averiguarlo. Pero, por ahora, tenemos que ocuparnos de otras cuestiones.

Dije esto mirando a través del cristal que nos separaba de la calle. Una mujer de unos treinta y pico, rubia, muy elegante, a todas luces fuera de contexto, vestida de negro y con un cierto parecido a la Catherine Deneuve de los años sesenta, se aproximó a la furgoneta.

—Se lo dije —esta vez sí que miraba a mis acompañantes—, ahí la tenemos. Es la mujer que he venido a buscar y, si no me equivoco, se llama doña Teresa de Silva.

Con un movimiento rápido pero no nervioso me puse en pie y aboné la consumición. Nico y don Diego hicieron lo propio y vinieron junto a mí. Don Diego mantenía una actitud relajada y un cierto aplomo a pesar de las circunstancias y Nico daba claras muestras de excitación. Me pregunté cuánto tiempo haría que ese chaval no se lo pasaba en grande.

Supongo todavía que la irrupción en la escena de tres hombres, nada discretos y del todo heterogéneos, hizo que doña Teresa dirigiese la vista hacia nosotros. No pareció alterarse y permaneció allí, esperándonos sin que se notase demasiado. Conforme me aproximaba, podía apreciar la singular belleza de aquella dama, fría y atemporal. Erguida con confianza, ignorando el marco en el que se hallaba. No se inmutó cuando llegamos a la furgoneta. Nico abrió la puerta para permitir que Cata saliese fuera y yo saludé a la recién llegada.

—Buenos días, señora.

—Buenos días.

Don Diego se descubrió en señal de respeto y volvió a ponerse su sombrero. Sin más dilación, aquella mujer preguntó, dando nada por sentado a pesar del traje de *El Zorro*:

—¿Es alguno de ustedes don Diego de la Vega?

Don Diego se atusó el extremo izquierdo del bigote, Nico se rascó la cabeza sin saber muy bien qué hacer o decir, Cata maulló una vez, en brazos de su flamante dueño, y yo me limité a mostrar mi más amplia y amable sonrisa.

—Depende —respondí—. ¿Es usted, por un casual, doña Teresa de Silva?

Fue la primera vez que vi un destello de sorpresa en sus ojos. El círculo acababa de cerrarse.

10

Lo complicado en determinados casos reside en establecer una lógica u orden mínimo. Las presentaciones bastaron para que cinco individuos —cuatro personas y una gata— advirtiesen que lo que se les venía encima no era, ni mucho menos, una tontería. Todos presentaban algún tipo de conexión: Don Diego había sido localizado por Teresa, la que, a su vez, era el objeto de la búsqueda de Tim, ayudado de un modo muy especial por Cata (quien también *coincidiese* con Nico García). El azar, por tanto, podía excluirse sin mayores reparos. La clave, en cualquier caso, estribaba en determinar la naturaleza y finalidad de dicha conexión.

—¿Me está usted asegurando que una gata, ésta en particular, le condujo hasta mí?

—Así es —respondió Tim a la consulta de Teresa.

Considerando que la señora buscaba al *Zorro*, el médium no se vio en la obligación de justificarse demasiado. Cosa que, por otra parte, tampoco habría hecho.

—¿Es… mágica?

—Todavía es pronto para decirlo.

Nico y Don Diego escuchaban con atención el intercambio dialéctico entre ambos. El americano, veterano en las lides del cortejo, se fijaba en el lenguaje corporal de los dos. Más allá de sus palabras, comenzaba a forjarse una proximidad a la que don Diego no habría tenido inconveniente el clasificar como atracción. Por injusto que parezca a simple vista, dicha atracción entre un hombre y una mujer no necesita más de quince minutos (y esta cifra es muy alta) para emerger. Cruel y verdadero: el chispazo entre dos personas surge de manera instantánea. Encontrar la explicación a tal fenómeno, si es que alguien la buscase, le llevaría, con suerte, algunos años.

—Hablemos de usted —terció don Diego—. ¿Ha dicho que venía buscándome?

—Me temo que sí.

—¿Es usted policía? —intervino Nico.

—No, no. Nada de eso. Soy filósofa. Ya saben, ni mando ni obedezco. Digamos que han requerido mis servicios como asesora externa… Una especie de consultora *freelance*, como dicen por aquí. Es un poco complicado de explicar. Les ruego que confíen en mí.

—Pero, ¿quiénes le han contratado?

—Una pregunta delicada… Sólo puedo decirles que mi misión nada tiene que ver con la detención de don Diego —suspiró pesadamente ante la atenta mirada del resto—. Han aparecido otras personas como él.

—¿A qué se refiere?

—Viajeros del tiempo.

Don Diego suspiró aliviado. Parecía que alguien creía su historia sin reservas.

—¿Y usted se dedica a buscarlos? —preguntó Tim.

—No. Yo me dedico a pensar. ¿Y usted, señor Heredia?

—Yo a sentir.

Don Diego no les quitaba la vista de encima. Lo tenía claro: aquellos dos hacían muy buena pareja, aunque ellos todavía no lo supieran. La danza se había completado y cada uno ocupaba su posición en el puzle que el destino les había planteado.

El pobre Nico García asistía perplejo al desarrollo de los acontecimientos. Se sentía fuera de lugar. Esas personas poseían clase, dinero o incluso mucho más. Demonios, ¡uno de ellos era *El Zorro*, que había viajado en el tiempo para reunirse con él! Y él no dejaba de ser un muchacho corriente en graves aprietos.

—Dado que usted es la que se ocupa de pensar, señora De Silva…

—Señorita —le corrigió.

—… Señorita De Silva, ¿considera que nuestra coincidencia es fortuita?

A pesar del aspecto y semblante serios de Tim Heredia, se percibía en él un tono juguetón, despreocupado, propio de aquél que ya ha visto muchas cosas de difícil explicación lógica.

—No creo ni en las coincidencias ni en el azar —respondió con contundencia.

—Celebro saberlo…

El lenguaje corporal de ambos, especialmente el del médium, denotaba que la conversación se estaba desarrollando en varios niveles distintos. Las palabras y los gestos apuraban todas las acepciones admitidas y algunas recién acuñadas.

«Aterrizando» de nuevo, don Diego retomó el hilo de la conversación, de *su* conversación.

—¿Dice que hay más… viajeros del tiempo?

—Me temo que sí, aunque yo no he visto a ningún otro. Me facilitaron su dirección aproximada y parece que he tenido suerte.

—¿Sugiere que alguien ha seguido a este caballero?

—No sabría decirle, si bien tiendo a pensar que no. De haber sido así, no habrían recurrido a mis servicios. Mi hipótesis es que han obtenido su localización mediante cálculos matemáticos.

—No obstante, resulta evidente que sí sabían de la existencia de este tipo de individuos.

Teresa se mostró hermética.

—Ya les he dicho que había indicios muy evidentes de ello.

—¿Y dice que no ha venido a detenerlo? —repitió el menor.

—No, Nico, no he venido a detener a nadie.

—¿Qué pasará cuando informe acerca del paradero de don Diego?

Otra vez el tipo de preguntas a las que la filósofa no se veía en disposición de responder, no por falta de ganas sino por puro desconocimiento. En última instancia, el empleo final de la información recabada por Teresa o el uso de sus razonamientos quedaba fuera de sus competencias. A fin de dormir tranquila, tenía que convencerse a sí misma de que aquellos para los cuales trabajaba tenían por objetivo el bien, un concepto tan amplio como deseable y tranquilizador. ¿Debía ceñirse a la solicitud inicial, esto es, reflexionar acerca de dos cuestiones teóricas, o desvelar el paradero de un viajero del tiempo? Una cosa tenía clara, jamás traicionaría sus principios, los cuales recogían el rechazo de todo tipo de obediencia a cualquier agente autoritario. Por fortuna, hasta la fecha, los encargos que le habían hecho tenían más que ver con estudios de carácter científico que policial.

Decidió darse un margen de duda.

—Acabamos de conocernos, señor Heredia. Deme un poco de tiempo para que pueda aclimatarme…

—Coincido con usted: es algo que nos vendría muy bien a todos.

Ninguno de los cuatro daba la impresión de haberse percatado que su *petit comité* podía resultar bastante llamativo. Tim sugirió ir a otro sitio. El bar estaba descartado. Tres visitas en menos de dos horas le parecía excesivo y suficiente para generar sospechas aún mayores.

—¿Alguno de ustedes sabe dónde podemos ir?

—¿Les apetece visitar mi casa? —ofreció Nico.

—¿Queda muy lejos? —preguntó Teresa.

García golpeó la chapa de la furgoneta por respuesta. Teresa esbozó una media sonrisa entre compasiva e indulgente.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, pero creo que todos estaremos de acuerdo en que sería más adecuado un lugar más amplio.

Nico bajó la cabeza, pero, por primera vez en muchísimo tiempo, no sintió vergüenza ni humillación. Esos desconocidos no habían emitido el menor juicio de valor sobre él ni sobre su forma de vida. Ni siquiera se compadecían. Simplemente lo aceptaban como un miembro más de un extraño y variado grupo. No pudo por ello dejar de esbozar una sonrisa tímida.

—Hay otra cafetería que no queda muy lejos de aquí —dijo el chaval.

—¿Qué hacemos con la gata?

—La gata se viene.

Los cuatro humanos comenzaron a caminar guiados por Nico García, quien sostenía a Cata en sus brazos. No dieron muchos pasos antes de que Teresa, tan pronto como Tim y don Diego se despistasen un poco, preguntara por el padre de Nico.

—Sí, vivo con él. Ahora mismo ha salido a…

—… Buscarse la vida. ¿Qué hacía antes? ¿A qué se dedicaba?

—Era carpintero.

—¡Vaya! —exclamó la lectora de Chesterton— No sabes lo que me alegra oír eso. Tengo una casa a la que no le vendría nada mal unos arreglos.

La cara de Nico pareció iluminarse. Un observador externo quizá afirmase que ella iba muy rápido, lo cual supondría una falta de consideración hacia la inteligencia hiperdimensionada de la consultora. Su capacidad para establecer relaciones complejas y predecir resultados rozaba lo sobrehumano. En otro momento, tal vez en otra vida, se las habría arreglado muy bien como jugadora de ajedrez de primera división. Quién sabe si ya lo había sido o lo sería en el futuro.

—No nos vendrá nada mal una visita al sastre —dijo Tim al *Zorro*, a modo de confidencia entre caballeros.

—¿Necesita otro traje?

El médium sonrió sin añadir nada más.

Por el barrio de Nico García, la música más reproducida en los bares —todos ellos con una decoración similar, inmutable desde hacía más de treinta años— era el sonido de las máquinas tragaperras procedente de un rincón impreciso del establecimiento.

La primera cuestión que el grupo debía discutir era de carácter logístico: un chico vivía en condiciones poco recomendables y, para colmo, estaba alojando al supuesto don Diego de la Vega. Tenían que resolver esa situación. No había alternativa.

—Señorita, caballeros, tenemos que hacer frente a un hecho bien cierto: por delirante que pueda parecer, estamos aquí, los cuatro, digo los cinco, por alguna razón. Formamos una especie de equipo aunque no sepamos aún qué misión debemos llevar a cabo. Advierto que algunos miembros del grupo estarían mucho mejor en una vivienda más espaciosa. Dispongo de una pequeña casita cerca del mar y no tendría el menor inconveniente en que la utilizásemos como cuartel general. Ni que decir tiene que el padre de Nico también está invitado.

—¿No le parece que va usted demasiado rápido, señor Heredia?

—Cuando voy justo de tiempo, no me ando con paliativos...

Tim echó un vistazo al chico y le guiñó un ojo, cómplice. Sin duda, había prestado atención a la conversación de Teresa y el joven.

—Me temo que el señor García tendrá que realizar unos trabajos de mantenimiento en mi vivienda —anunció De Silva.

—¿Se aloja usted cerca de aquí?

—Más o menos, y pretendo seguir haciéndolo. Por lo demás, no acostumbro a mudarme a casa de nadie a quien haya conocido hace menos de un minuto.

—Hum, pabellones separados para damas y caballeros. Sensacional —el médium estaba disfrutando como un niño con todo aquello—. Ahora que lo dice, confieso que a mi pequeña

casa costera tampoco le vendrían mal unos arreglos… Parece que tu padre va a estar ocupado una temporada, chaval.

—¿Le van a dar… trabajo? —preguntó un emocionado Nico.

—Ha llegado la hora de poner un poco de orden, compañero —concluyó Tim.

Había algo acerado en su mirada. Debajo de su aspecto de *dandy* perfecto se escondía un hombre de sólidas convicciones, que estimaba que la pobreza, la injusticia y la desigualdad conformaban un cáncer del Sistema y que, por lo tanto, había que erradicarlas… o *erradicarlo*.

Entre cafés, tés y algún zumo, se inició otra conversación:

—Acaba usted de decirnos hace unos segundos que formamos un peculiar grupo, ¿no es cierto, señor Heredia?

—Respondo mejor a «Tim». El exceso de florituras entre *amigos* me resulta innecesario. Y, volviendo a su pregunta, eso es justamente lo que he dicho. Les daré una prueba de que nuestro encuentro ha sido diseñado a la perfección y siguiendo un endemoniado plan preconcebido.

—¿Diseñado por quién? —intervino *El Zorro*.

—Todo a su debido tiempo. Quiero decir, todavía no sé la respuesta a esa pregunta.

—Prosiga, por favor.

—Supongo que habrán advertido que ninguno tiene la menor excusa para negar la historia del resto basándose en una mentalidad en exceso racional, puesto que cada uno de nosotros supone una anomalía en sí mismo.

—Lamento contradecirle, Tim, pero no me considero una anomalía en absoluto.

Tim emitió un sonido nasal que sustituía a la risa condescendiente.

—Teresa, ¿puedo llamarle así o prefiere señorita De Silva?, piénselo por un instante: filósofa que ofrece su capacidad de razonamiento y su vasta cultura a los principales

dirigentes de nuestro mundo, recibe la orden de analizar algunas de las cuestiones más complejas en materia de física así como el aviso de que varios viajeros del tiempo han aparecido en los últimos días o semanas, uno de los cuales, El *Zorro* sin ir más lejos, *casualmente*, se halla muy cerca de donde usted reside. ¿Sigue creyendo que su historia es muy convencional?

Teresa optó por dejar la partida en tablas. Por supuesto que habría podido rebatir o, al menos, plantar cara a su interlocutor, pero el resultado no habría modificado de manera sustancial el estado de las cosas, luego mejor decidirse por la economía de medios y argumentos y dejarlo estar.

—Lo que vengo a decirle —prosiguió— es que, por mucho que nos asombremos con las circunstancias de los demás, estamos obligados a reservárnoslo. Fíjese, ¿cómo han llegado a coincidir una filósofa —algo ya de por sí exótico en la actualidad— con un médium atraído hasta aquí por una gata, ¡*El Zorro*! y un chaval que necesita un empujón en estos momentos? ¿Podría yo, un tipo que se relaciona con los espíritus del más allá, objetar algo a la historia de don Diego? Concédame que, de ser así, perdería credibilidad.

—Veo dónde quiere llegar… —Cruce de brazos, mirada sostenida, amago de sonrisa desafiante; la perfecta combinación de atracción y resistencia—. Sólo nos falta saber cuál es el objeto de nuestra unión. Por otra parte, tampoco sabemos gran cosa los unos de los otros. Estimo que sería un buen comienzo. ¿Están de acuerdo?

Acompañados del ronroneo de Cata, los tres hombres asintieron unánimemente.

11

Escuché con gran atención los relatos biográficos de mis compañeros. Por aquel entonces, yo tan sólo era un chico pobre, sucio, tímido y con un futuro nada prometedor. Poco tenía que contar, y mucho menos algo que superase en interés a lo que ellos narraban. Ahora bien, debido a mi duro entrenamiento en las calles y en la vida, había desarrollado una capacidad de observación que rozaba lo sobrenatural o, en cualquier caso, lo sobrehumano; más próximo a la propia de un animal que de una persona. Trataba de hacerme una composición de lugar: la tensión sexual entre Teresa y Tim era evidente, así como lo inusual de sus enormes capacidades mentales; don Diego seguía a la expectativa, cada vez más «cómodo» en nuestro mundo si bien no lo suficiente; Cata convertida en una especie de ángel de la guarda o guía de algún tipo. El siguiente paso era preguntarme qué demonios pintaba yo en aquel asunto, qué podía yo aportar. Suponía que cada uno desempeñaba una función en esa peculiar partida de ajedrez cósmica. El problema estribaba en que desconocía por completo cuál sería la mía. Me habría encantado disponer de uno de esos tableros con muñequitos para poder recrear la «partida» y estudiar las distintas conexiones entre cada uno de nosotros y el rol que nos había sido encomendado por alguna fuerza desconocida. Tenía que ser hábil, observador, cuidadoso, discreto, silencioso, haciendo gala de una actitud similar a la de don Diego.

Durante el, por llamarlo de algún modo, acto fundacional del grupo, las posiciones de cada jugador todavía no se hallaban bien delimitadas. Por razones obvias, aunque no las mismas en los tres casos, tanto don Diego como Cata y yo quedábamos fuera de los puestos más elevados del *ranking*. O, en otras palabras, el *jefe* de la pandilla sería bien Tim bien Teresa. A pesar de que en muchos nuevos movimientos y agrupaciones se rechazara la idea

de la necesidad de un líder, a efectos prácticos, era imposible que no lo hubiera. Quizá una determinada agrupación careciera de normativa que implicase, o siquiera requiriese, una figura que ostentara la máxima autoridad, mas era inevitable que alguien acabara asumiéndola de manera tácita debido a su personalidad, su carisma o, simplemente, su mayor capacidad de organización y mando (a pesar de que la desobediencia de sus *propuestas* no fuese castigada). Significaba esto que, tarde o temprano, alguno o algunos de nosotros dictaría las líneas de actuación. Por el momento, nos limitábamos a conocernos un poco mejor y, ya de paso, tratar de averiguar cuál era nuestro cometido (si lo había...).

Las historias de Tim y Teresa eran ricas en anécdotas y aventuras, pero convencionales por lo tocante a la génesis de su carácter. Ambos hijos de padres más o menos acomodados, con una infancia no muy distinta a la de la mayor parte de los niños, estudios universitarios y trabajo. Teresa estaba dotada de una mente portentosa y Tim de una serie de facultades extraordinarias. Podría decirse que lo más heterodoxo de sus existencias había comenzado cerca de los treinta en los dos casos, lo que equivalía a decir que sólo el veinticinco por ciento de sus vidas hasta la fecha se aproximaba a lo que yo entendía por diversión en primer lugar y por vida de ser humano —y no de rata de biblioteca— en segundo.

Mi historia personal no revestía la menor originalidad, ni antes ni después del desahucio. Mis padres siempre llevaron una vida modesta, y debo decir en favor de ambos que nunca sentí carencias de ningún tipo. Cuando las cosas se pusieron feas, mi madre se largó para no volver. Un espacio tan limitado como la furgoneta en la que vivía fomentaba la comunicación entre dos personas y tuve ocasión de saber que los problemas entre ellos venían de atrás. Mi padre tuvo el detalle de ahorrarme datos penosos y la elegancia de no decir jamás una sola palabra negativa acerca de mi madre. A veces las cosas no terminan como uno esperaba, me solía decir.

A mi juicio, y en aquella época, el caso más delirante era el de don Diego, del cual todos nosotros —de hecho todo el planeta— conocíamos la historia en líneas generales. Lo novedoso residía en que, en teoría, se trataba de un personaje de ficción que no sólo había cobrado vida sino que, además, había cruzado de golpe un siglo para reunirse con nosotros. Tampoco ayudaba gran cosa el hecho de que no recordase ningún aspecto de su viaje o del momento previo al mismo.

Me sentía inclinado a considerar, al igual que los demás (en especial Tim), que el hecho de habernos encontrado no era algo fortuito. Francamente, una concentración de excentricidad demasiado elevada como para ser casual.

—¿Dice usted que la gata le condujo hasta aquí? —pregunté de nuevo al médium.

—En efecto, así fue. Ahora bien, no fue de modo directo. ¿Les he hablado de Curtis, el gato de mi buen amigo Rubin Carter?

—¿El boxeador? —intervino Teresa.

—Éste era químico, aunque no negaré que en más de una ocasión se ha visto obligado a utilizar los puños… Bien, como iba a decir, una serie de recuerdos me trajo hasta aquí.

—¿Dónde interviene la gata? —se interesó don Diego.

Tim relató una peculiar historia que iba del olor de una tarta de zanahoria hasta Cata, pasando por la calle Tavistock en Londres y un gato llamado Curtis.

—¿Por qué lo pregunta?

—No sé si tiene algo que ver, pero fue Cata quien me encontró a mí.

—¿No era tuya?

—La encontré la misma noche en que llegó don Diego.

Éste asintió y un brillo iluminó los ojos de Tim. Su sonrisa satisfecha denotaba que ya no necesitaba más pruebas que demostrasen lo calculado de nuestro encuentro.

—Vaya, vaya —le dijo a Cata, acariciándola—, eres una gatita muy inteligente. —Ella ronroneó complacida.

—¿Sugiere usted que la clave para desvelar este misterio, sea el que sea, reside en la gata? —preguntó doña Teresa.

Tim Heredia se encogió de hombros y orientó las palmas de ambas manos hacia arriba sin dejar de sonreír.

—Lo que parece obvio es que carecemos de punto de partida —prosiguió la filósofa.

—O tal vez no.

Las miradas se centraron en Tim.

—Por una parte, sería deseable, y creo que él no se opondrá, descubrir bajo qué condiciones don Diego pudo llegar hasta nosotros. Y, por otra, debo decirles que el día que recibí la señal de que debía buscar a Teresa me hallaba en casa de otro psíquico, acompañado de más amigos.

—¿Psíquicos? —se interesó *El Zorro*.

—Mentalistas, espiritistas. Al preguntar si alguno de ellos tenía idea de quién podía ser ella, uno me entregó una nota.

—¿Qué decía?

Tim extrajo un papel muy pequeño de su cartera y nos lo mostró. PODEMOS, se leía.

—¿Qué significa?

—Como pueden ver, ya tenemos trabajo.

—Hablando de trabajo, si vamos a mudarnos de residencia debería hablar con mi padre.

—No creo que se resista —dijo Tim—. Cuando vea la nueva casa, le encantará.

—¿Dónde está él ahora?

Tim se empeñó en hacer una parada antes de encontrarnos con mi padre. Su intención era proporcionarnos ropa nueva a don Diego, a mi padre y a mí. Recuerdo que su deseo me incomodó un poco. Tal vez fuera pobre y estuviera jodido, pero aceptar la caridad seguía hiriendo mis sentimientos. Don Diego se apresuró a sacar la bolsa de monedas.

—¿Será suficiente?

—Guarde eso, señor De la Vega. Quizá nos haga falta más adelante.

Dentro del centro comercial al que nos desviamos, nos separamos en dos grupos: don Diego acompañó a Tim y yo seguí a Teresa.

—¿Por qué hace esto? —le pregunté sin más rodeos una vez nos quedamos solos.

—No sabría decirte. Me caes bien.

—¿No le parece una locura todo este asunto?

—Estoy bastante acostumbrada a los sucesos raros.

—Ya.

Visitamos varias secciones de ropa juvenil. Admito que me sentía ligeramente minimizado en aquel entorno, pero era consciente de que debía tragarme mi orgullo, el poco que me quedaba, y tomar lo que se me ofrecía.

Elegí algunas camisetas, una cazadora, un par de camisas, una sudadera y un par de vaqueros, así como unas zapatillas nuevas. Casi se me saltan las lágrimas cuando me vi en el espejo del probador. Volvía a parecer una persona normal. Un lavado de cara en los aseos y nadie sospecharía que había pasado una sola noche durmiendo en una furgoneta. Teresa dijo que cogiese algo para mi padre también y así lo hice: unos vaqueros nuevos, una camisa y una camiseta.

—Creo que va a necesitar algo más que eso.

Añadí otra camisa, otra camiseta y un suéter.

—Estoy deseando cambiarme —confesé.

Teresa me regaló una sonrisa llena de ternura.

—Nico —dijo— ¿cuánto tiempo lleváis en la furgoneta?

—Unos dos años.

Asintió con la cabeza y no dijo nada más.

—Quiero darles las gracias por lo que están haciendo por mi padre y por mí —dije.

—No es preciso —hizo una breve pausa antes de sonreír de nuevo y añadir—: tengo la ligera impresión de que, en breve, los demás tendremos que agradecerte a ti mucho más que unas cuantas camisetas.

No entendí exactamente lo que quería decir, pero me alegró escucharlo.

Decidimos ir a buscar al resto. La sección de trajes se perfilaba como el destino elegido por Tim para llevar a don Diego y actualizar un poco su vestuario. Como cualquier ciudadano de Occidente, tenía una visión más o menos clara de lo que representaba *El Zorro* y su comportamiento y, a decir verdad, don Diego no había dado signos de asemejarse a su *alter ego* ni indicios de poseer el arrojo que caracterizase al personaje de ficción. La impresión que daba era la de ser un tipo educado, caballeroso, pero poco dado a la pendencia y, para mi sorpresa, nada inclinado a la seducción. Supuse que me había dejado atrapar por el estereotipo, cuando lo cierto es que la explicación era, como de costumbre, mucho más simple: todavía no se había acostumbrado a nuestro mundo y su persona se esforzaba por asimilar toda la información que estaba recibiendo. Traté de ponerme en su lugar y llegué a la conclusión de que no debía resultar nada sencillo.

Antes de llegar a la zona en cuestión, rogué a Teresa que me esperase mientras me cambiaba en el aseo. Habría preferido darme una buena ducha antes, pero, siendo honesto, no iba a detenerme por ello. Entre ir vestido de andrajos y lucir ropa limpia y nueva, lo tenía bastante claro. Ella asintió gustosamente.

Encontramos a nuestros dos compañeros donde esperábamos. El sastre alababa la calidad del «disfraz» de don Diego ante la divertida mirada de Tim. Vestido al gusto actual, *El Zorro* no perdía ni un ápice de su elegancia y ahora se parecía bastante a un Clark Gable rejuvenecido. De hecho, resultaba notablemente más atractivo que el famoso actor.

—Vaya, veo que tenemos nuevo fichaje —celebró Tim.

Sonreí agradecido. Don Diego, de pie, recto, en el centro de un microcosmos formado por el sastre, el médium, Teresa y yo, como un sol recién nacido rodeado de planetas propensos a no quedarse quietos ni un segundo, también me regaló una de sus sinceras sonrisas.

—Tiene un aspecto envidiable —le comenté.

—Lo mismo te digo, chaval.

—Listo, señor —anunció el sastre.

Don Diego se puso frente al espejo que le indicó éste. Sus movimientos eran relajados, seguros y un tanto ceremoniales para nuestra época. Se examinó con detenimiento y otra incontenible muestra de satisfacción se dibujó en su rostro.

—Muchas gracias. Me sienta de maravilla.

En el fondo, pensé, aquella situación no dejaba de tener algo de chocante: Tim y Teresa habían asumido sin más los gastos de nuestro mantenimiento, incluyendo una vivienda. Sus razones no me quedaban muy claras, pero sí el hecho de que constituíamos una poco ortodoxa familia (mascota incluida).

—Parece que estamos todos listos —concluyó Teresa.

Entré como mendigo al centro comercial y salí reconvertido en *dandy*. Me dije a mí mismo que podría acostumbrarme a ello.

El exterior del centro se hallaba soleado y tranquilo. Tim Heredia extrajo un cigarro parcialmente consumido de una funda que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta y procedió a encenderlo. El grupo estaba feliz y dicha felicidad nublaba sus sentidos. De no haber sido así, y de disponer de un mecanismo que les hubiera permitido llevar a cabo una visión cenital, tal vez hubiesen advertido que la calle estaba repleta de unos personajes muy pintorescos (nunca mejor dicho). Algunos apostados en paredes estratégicamente situadas; junto a coches; en el interior de viviendas, detrás de las ventanas; sobre los tejados de algunos edificios; inmóviles en medio de la calle. Pero invisibles a efectos prácticos. Lo extremadamente convencional de su vestuario, salvo por el llamativo bombín que todos ellos lucían, les hacía pasar desapercibidos. Vestían como los personajes que poblaban el *Golconde* del pintor belga Magritte: traje negro, abrigo negro, camisa blanca, corbata roja (cierto que en el mencionado cuadro las corbatas eran negras; no así en otras pinturas del autor) y bombín. Algunos lucían complementos como paraguas y maletines, pero el uniforme básico era el mismo en cualquier caso. Aquellos hombres observaban con atención al grupo. No hacían nada más. De momento.

12

Se suele suponer que el universo es bueno por defecto (o por naturaleza), algo que puede advertirse en la bibliografía más reciente sobre misticismo con tintes pseudocientíficos, como el llamado *misticismo cuántico*. No obstante, otras leyes operan en él y, por desgracia, no todas resultan tan alentadoras. Una de ellas, sin ir más lejos, es la conocida *entropía*. Normalmente se emplea en el marco de la termodinámica y vendría a determinar la cantidad de energía que no puede emplearse para el trabajo (en un sentido físico, científico, no mundano) y describiría lo irreversible de los sistemas termodinámicos. Cabe destacar que generalmente se vincula el concepto de *entropía* con el de desorden, llegando a sostenerse que todo sistema tiende a éste. Desde un punto de vista físico, tal afirmación no es del todo cierta, si bien puede servir para ilustrar algunos aspectos del problema que ocupa a los *pasajeros*.

Las explicaciones áridas procedentes de la ciencia natural no llegan a despertar el interés del ser humano en su mayoría, aunque una aplicación más centrada en lo cotidiano puede que sí lo haga. Es muy sencillo advertir hasta qué punto la sempiterna lucha del bien contra el mal y viceversa no es sino una versión a pequeña escala, a escala humana, de los principios y fuerzas que han sido expuestos un poco más arriba. Caos *vs* orden; creación contra destrucción; Dios y el demonio. Formas de referirse a lo mismo.

Cabe señalar, por tanto, y dado que la teoría es incompleta y hasta la fecha indemostrable, que la confianza en la bondad del cosmos supone un acto de fe como otro cualquiera, carente de garantías, y cada persona se ve en la obligación de comprometerse con uno u otro extremo. Los *pasajeros* ya habían hecho de manera tácita su elección. Sólo quedaba

determinar qué opción tomarían aquellos señores vestidos de traje y cubiertos por un bombín que invadieron el espacio público sin llamar la atención.

Al universo le supone el mismo esfuerzo llevar a cabo una acción considerada perversa desde el punto de vista de la moral humana que otra buena y, considerando que bien y mal son categorías que no intervienen en sus cálculos, sus razones no pueden comprenderse, así como el curso de los acontecimientos no puede preverse de antemano en todos los casos. Ciencia y religión vuelven a darse la mano, puesto que, ante los designios cósmicos, sólo cabe conocer, rezar, esperar y confiar.

13

Soy plenamente consciente de la impresión que mis anfitriones se deben estar llevando. Según parece, aquí conocen mi historia e imagino que advertirán el contraste entre lo que hayan oído y lo que ven. Son lo suficientemente educados como para no darle demasiada importancia. He tenido suerte; podrían haber sido menos comprensivos. No sé cómo habría reaccionado yo en caso de verme en su situación.

Es cierto que soy incapaz de recordar nada acerca de mi viaje ni tampoco lo que hacía en los momentos previos, pero sí tengo muy claro cómo era mi vida en Baja California y quién era yo. Huelga decir que llevaba una vida tan holgada como doble, algo a todas luces sabido por los habitantes de la Tierra del siglo XXI. Don Diego de la Vega se transmutaba en *El Zorro*, el justiciero. Siempre del lado de los débiles, oprimidos e indefensos; siempre dado a defenderles y a plantar cara a los corruptos y a cualquiera que se excediera en el ejercicio del poder —y siempre, dicho sea de paso, sin perder las buenas formas ni la sonrisa, ni el humor ni un marcado gusto por el *fair play*—. De hecho, me perturba un tanto que el término «justiciero» se encuentre repleto de connotaciones negativas. Debo dejar bien claro que no me agrada tener que aplicar justicia por mi parte y que, sin lugar a dudas, preferiría que fuesen los representantes y agentes de la ley los que se ocuparan de tal función. Mas, si ellos no se hallan en disposición de hacerlo o sus intereses chocan con lo que exige el cumplimiento de la ley, mi honor me obliga a tomar cartas en el asunto. Todavía es pronto para que pueda saber cómo funcionan las cosas aquí en esta parte y época del mundo. Ojalá los encargados de velar por la seguridad y el bienestar de los ciudadanos estén cumpliendo su cometido de acuerdo a la caballerosidad, la rectitud y la honestidad.

Tengo razones para sospechar que en el momento de mi *transportación* estaba actuando de *El Zorro*. Lo sé porque aparecí en el *nuevo mundo* con la capa y, sobre todo, con el antifaz. Esa idea se nubla rápidamente al caer en la cuenta de que todos mis seres queridos, incluso mis conocidos, hace tiempo que deben haber muerto, desaparecido por completo. Me pregunto si podré volver en algún momento, si alguien será capaz de construir una máquina o ingenio que me permita regresar a casa; si el paso del tiempo puede ser revertido. Este lugar me provoca una desagradable, insidiosa y persistente sensación de soledad. Hecho del todo paradójico dado que se trata de un espacio superpoblado en comparación con mi tierra. Debe ser porque aún no me he acostumbrado, pero tengo la impresión de que los rostros de estas personas, de los habitantes de este sitio, muestran más tristeza que las de Los Ángeles, a pesar de presentar un excelente aspecto físico: dientes blancos, pelo limpio, buen olor (aunque un tanto artificial), ropas nuevas y extrañas, pero ojos abatidos. Y lo cierto es que no me sorprende; a pesar de llevar aquí muy poco tiempo, tengo la impresión de que estas personas han perdido la alegría de vivir. Es como si sus sentimientos y emociones estuvieran anestesiados y sus movimientos fueran mecánicos hasta el extremo, carentes de voluntad.

Iba reflexionando acerca de estas y similares cuestiones conforme abandonábamos lo que llamaron el centro comercial. Examinaba mi nuevo vestuario y, en honor a la verdad, tampoco me sentaba tan mal. Un caballero debe cuidar su imagen en todo momento. Nada tiene que ver con la vanidad o la coquetería; es una cuestión de respeto por uno mismo y por los demás. Aquel que no cuida de sí, difícilmente lo hará del resto.

Esta idea me lleva al pasado, concretamente a 1919 —fecha de la publicación del primer libro en que *El Zorro* aparecía, según algunos, y periodo en el que yo vivía, de acuerdo con mis recuerdos—. Esa noche se celebraría una cena de gala. Mi padre, don Alejandro, ofrecía una fiesta con motivo del éxito de una serie de asociaciones comerciales muy ventajosas. Los negocios parecían irle cada vez mejor, de manera ilimitada. Siempre empeñado en que

siguiera su senda y yo aguardando la caída de la noche para colocarme el antifaz y restablecer el equilibrio al amparo de las estrellas, con la luna y los maleantes como únicos y mudos testigos.

Mantengo en mi memoria cómo me arreglaba para la ocasión, sin prisa y con sumo cuidado. Me afeitaba por segunda vez ese día, con esmero. Cabía la posibilidad de que cierta dama se dejase ver y no podía permitirme presentarme de cualquier modo. Al igual que un guerrero siempre ha de mantener su sable en perfecto estado, por si se viera en la obligación de entrar en combate y no descubrirse como un hombre descuidado, un caballero debe preservar sus otras armas con la misma dedicación.

Guardaba la esperanza de que ni don Enrique Sánchez Monasterio ni don Ramón hiciesen acto de presencia, algo, en efecto, harto improbable. Solían acudir a cada gala que se organizaba en el condado, lo que, como consuelo, me posibilitaba acceder a un buen número de comentarios y planes sobre cómo destruir a ese «bandido» llamado *El Zorro*, es decir, yo. Constituye una gran suerte el hecho de que desconozcan la verdadera identidad de uno, en particular cuando se llevan a cabo acciones, digamos, mal vistas por las autoridades o, en cualquier caso, contrarias a sus intereses (despreciables, por otra parte).

Llegó la hora de la cena. Los invitados mostraban un ánimo alegre y el salón se llenó de risas y saludos, incluidos los de Sánchez Monasterio y don Ramón, cómo no.

—Una fiesta excelente —elogió el primero.

—Muchas gracias. Supone un gran honor que haya podido asistir.

—Oh, ya sabe que no me lo habría perdido por nada del mundo.

No lo dudé ni un instante. Don Enrique me apartó unos metros de un grupo de invitados próximo a nosotros, cogiéndome del brazo, como si fuese a hacerme algún tipo de confidencia.

—¿Ha oído usted hablar de ese industrial que tiene previsto instalarse en la zona?

—Me temo que en estos momentos…

—El portugués.

Entorné un poco los ojos y fruncí la frente, intentado hacer memoria.

—Lamento no estar al tanto.

—Descuide. En muy poco tiempo, todo el mundo sabrá quién es. He escuchado que planea explotar cada uno de los pozos de petróleo del suroeste americano. Texas fue su primera parada y ahora se desplaza hacia la costa.

—De haberlo sabido, habría estado encantado de invitarle.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en el rostro de don Enrique.

—No tiente la suerte, amigo. Tarde o temprano, él le encontrará a usted.

Medité durante unos segundos acerca de los múltiples significados posibles de aquella afirmación.

—Discúlpeme, tengo que atender a otros invitados.

Don Enrique asintió con la cabeza, aunque no apartó la vista de mí mientras me alejaba. La orquesta entonó una canción tranquila y sin exceso de sentimiento, casi decadente, tal y como requería la situación. Busqué, pausadamente y sin dar demasiadas muestras de ello, a doña Lolita Pulido. No la vi. Haciendo un gran esfuerzo para que mi decepción no se trasluciese, salí al balcón. Desde luego, para mí la fiesta había terminado incluso antes de comenzar.

La visión de la hacienda desde lo alto constituía un bello espectáculo. El cielo oscuro y el tupido manto de estrellas hacían que algo bullese en mi interior, del mismo modo que el influjo de la luna llena excita sobremanera al licántropo. En su ignorancia, don Enrique había expresado su inquietud por la presencia de un nuevo bribón en la zona. Los canallas siempre tan preocupados por la pérdida de parte de su infame pastel. Pero, por lo que a mí concernía, la aparición del llamado portugués suponía un incremento de mi ración: otro granuja al que

mantener a raya. Confieso que los desafíos me estimulan como ninguna otra cosa. Lejos de moralizar al respecto, considero que bien y mal son dos caras de una misma moneda. Es más, tal vez fuera inconcebible distinguir uno del otro de no ser por dicha antítesis (aspecto que solemos descuidar). Esta afirmación abre un debate problemático y polémico en cualquier caso: lo inevitable, e incluso lo necesario, del mal. Claro, soy de los que opinan que tal combate dialéctico (en un sentido no meramente lingüístico) se dirime en favor del bien, y a ello dedico mis esfuerzos. Me queda sin resolver una cuestión: ¿cómo es posible que el pueblo haya consentido que una minoría se haga con el botín y lo someta sin piedad? ¿Qué clase de temor le ha sido inyectado en el corazón? ¿Qué hace que las personas sean tan ciegas que no puedan ver hasta qué punto debería ser esa panda de granujas la que les tuviera miedo? Mientras esas preguntas encontraban respuesta, seguía cada noche velando por los desprotegidos.

Una brisa suave había comenzado a moverse. El lento y caótico movimiento de las hojas me serenaba. Sin saber por qué, miré hacia el cielo y entorné lentamente los ojos, tratando de abstraerme de la realidad circundante, sumergiéndome en una suerte de solipsismo controlado y momentáneo. No recuerdo si llegué a cerrarlos del todo, pero sí, y con absoluta perfección, lo que vino después; lo que pude advertir cuando los abrí de nuevo. Al principio no lo vi con claridad, pero mi instinto me empujó a que siguiera prestando atención. Olvidaba decir que *Zorro* no es una mera forma de enmascararme sino también de ser. Por expresarlo de algún modo, había desarrollado tales cualidades hasta extremos insospechados, más próximos al animal que al hombre. De entre la oscuridad surgió un ser como jamás había visto antes: sin duda, se trataba de un humano, pero su atuendo no dejaba de extrañarme. Lo que más me llamó la atención fue su curioso sombrero, similar a un hongo. Camisa blanca, una especie de lazo rojo al cuello (ya he aprendido que se denomina corbata) y un abrigo negro. Permanecía inmóvil, sin apartar la vista de mí. Mis ojos no tardaron en acostumbrarse

a la ausencia de luz y, poco a poco, descubrí que había más personajes prácticamente idénticos. Ninguno mostraba el menor interés en cambiar de posición. Pude verlos entre los árboles, entre los matojos e incluso creo haber visto alguno encaramado a las ramas, entre el follaje. No sabría precisar el número que no debía bajar de los quince. De manera inconsciente, me llevé la mano al cinto para comprobar si mi sable estaba en su sitio. No estaba, claro que no, ¿cómo iba a ir armado en mi propia casa? La música proveniente del interior no cesaba. Oía el murmullo, ecos imprecisos de conversaciones sofocadas por la multitud y la distancia.

Sin saber muy bien cómo, llegué a mi habitación a toda velocidad. No guardo en la memoria los pasos que seguí hasta alcanzar el centro de la arboleda, si bien ahora se presenta en mi mente de manera nítida un hecho: llegué al lugar donde se suponía estaban aquellos seres, pero ya no había nadie. Cubierto con la capa y oculto tras mi antifaz, miré alrededor. Habían desaparecido. Desenvainé mi espada con mucha cautela, aunque mi «sexto sentido» no me advirtiese de la presencia de peligro alguno. La brisa ahora se asemejaba al ulular de algún animal desconocido. Ni rastro de pisadas en la hojarasca. Ni un sólo ruido. Fueran quienes fueran aquellos hombres, ya no estaban. Se habían esfumado como por arte de magia. Miré a la casa desde donde me hallaba y me pareció más separada de lo normal, dándome la impresión de haberme alejado más de la cuenta. Aun así, tenía la certeza de encontrarme en el lugar adecuado. A pesar de ser plenamente consciente y, desde luego, sentirme despierto, algo apuntaba a que determinados aspectos se me estaban escapando. La mejor manera de describir la sensación era la metáfora del sueño. Era como estar y no estar en el mismo sitio a la vez. El sentimiento de familiaridad eran tan acentuado como el atisbo de extrañeza. No podría decir que me notase fuera de lugar, en cualquier caso no *fuera* del lugar que tan bien conocía, pero tampoco me encontraba del todo cómodo. Algo así debe sentir aquel que es objeto de una broma colectiva de la cual es el último en enterarse. Debo admitir que esa

sensación no se basaba en nada reconocible ni, claro está, descriptible. Lo atribuí a la lógica de mi felino instinto. ¿Tal vez una alerta? No había modo de saberlo… Por el momento.

Ahora sé que algo tuvo lugar en aquel instante. Algo que me envió casi un siglo después en el tiempo, a esta suerte de tierra baldía.

14

Nico García solía evitar el parque a ciertas horas. Sabía que su padre merodeaba por allí y no quería hacerle sentir incómodo. A veces pensaba cómo sería la vida de una persona sin ocupación ni apenas intereses (aparte de la búsqueda de alimentos). Él, después de todo, tenía sus pocos libros, su guitarra con alguna cuerda y un montón de acordes por aprender. Pero su padre únicamente disponía de su vergüenza y su sentimiento de fracaso absoluto, razón por la que se ocultaba en el parque —el equivalente moderno y urbano del bosque—.

Don Diego seguía sumido en sus cavilaciones, tratando de ordenar sus recuerdos del modo más fidedigno posible antes de comunicárselos a sus compañeros. Nico reprimió un suspiro antes de cruzar el punto de entrada al parque. Habían dejado las bolsas de la compra en la furgoneta. Daba vueltas a su cabeza. ¿Cómo iba a explicarle a su padre la situación? Lo de *El Zorro* ya era más que suficiente y añadir en la ecuación un médium, una filósofa, un nuevo trabajo y un nuevo alojamiento podría poner al bueno de José García sobre alerta. Y estaría plenamente justificado que albergase dudas tales como «¿qué pretenden estos tipos?».

—Sería recomendable que me permitieses a mí explicar este lío a tu padre —se adelantó Teresa.

—Nos tomará por locos, en especial a ustedes…

Teresa sonrió. Tenía la certeza de que podría convencer al carpintero.

—Déjalo en mis manos.

Los pronósticos del muchacho se cumplieron y, en efecto, encontraron al padre sentado en un banco. Tardó unos segundos en percatarse de la presencia de los *pasajeros*. Sobresaltado, exclamó al verles:

—¡Hijo! ¿Qué haces por aquí? —Por un instante, una sonrisa iluminó su rostro. Nunca recibía visitas, ni siquiera de su hijo. Pero la alegría se desvaneció con rapidez para dar paso a la precaución— ¿Quiénes son estos señores?

—Hola papá. A don Diego ya lo conoces. Ellos son doña Teresa y el señor Heredia.

—Encantado —respondió José un tanto azorado—. ¿Y esa ropa? —preguntó dirigiéndose a su hijo.

—En la furgoneta hemos dejado algo para ti también. Han venido a ofrecerte un trabajo y…

—… Señor García, acabo de llegar de viaje y he visto que mi casa necesitaba unos arreglos de carpintería. Vi el anuncio que su hijo había puesto y decidí contactar con él. No conozco a mucha gente por la zona ni tengo tiempo para buscar.

—¿Un anuncio? ¿Y qué forma de contacto figuraba en él?

El rostro de Nico se tensó antes de que Teresa diera una respuesta satisfactoria:

—«Para más información, diríjase al bar…», no recuerdo el nombre. Venía la dirección. Está justo enfrente de su furgoneta.

—¿Y le pareció un anuncio fiable?

—Digamos que siento una natural inclinación por lo fuera de lo común.

—Me alegro, aunque me temo que será mi única clienta. Últimamente estoy algo fuera del mercado.

—No —intervino Tim—, yo también estoy interesado.

José García abrió los ojos sin dar crédito a lo que oía. Unas personas tan distinguidas buscándole para ofrecerle trabajo. Aquello debía encerrar alguna trampa.

—Sé lo que está pensando —prosiguió el médium—, duda de nuestra sinceridad y cree que queremos hacer algo poco transparente, ¿verdad? Tal vez aprovecharnos de su hijo o quién sabe, pero lo cierto es que no.

El tono alegre y un tanto descarado de Tim contribuía a facilitar las cosas. Era uno de esos tipos que, a pesar de su aspecto grave, solía caer bien y daba una fuerte impresión de credibilidad.

—¿También usted vio el anuncio?

—Hummmm, no. La verdad es que me lo comentó mi amiga Teresa. —Aprovechó la ocasión para brindar una sonrisa a la lectora de Chesterton con necesario acuse de recibo.

—Así es.

La señorita De Silva mantuvo no sólo la sonrisa sino también la mirada más tiempo del necesario, dejando claro que no se arredraba ante nada. Admitía para sus adentros, por lo demás, que el descarado psíquico le resultaba muy atractivo. Algo que, lo asumía sin reservas, era mutuo.

—Oigan, les agradezco de veras el gesto, pero reconocerán que todo esto es bastante raro. ¿En serio no conocen a otros carpinteros más convencionales?

—Sí —respondió Tim—, pero no nos gustan tanto. Además, José, carpintero… ¿no le suena esa historia? Venga, no le dé más vueltas. Usted necesita el trabajo, su hijo una vida más llevadera y nosotros un carpintero. Como puede ver, todos salimos ganando.

José García suspiró.

—Veo que a usted también le han hecho unos «arreglos» —dijo dirigiéndose a don Diego.

—Pues sí y, francamente, me veo muy bien. Debería usted aceptar la ayuda de estas personas. Doy fe de que quieren lo mejor para ustedes.

—Es una locura, pero, seamos sinceros, no tengo muchas más alternativas.

—¡Oh, sí las tiene! —le corrigió Teresa—, pero no tan buenas como la que nosotros le ofrecemos.

—El problema es que mi furgoneta se encuentra…

—¿Con más equipaje de la cuenta? Puede usted instalarse con su hijo y con nosotros en una pequeña casa junto al mar, a no más de una hora de su nuevo trabajo y en el sitio justo de su segundo nuevo trabajo. Lo mire por donde lo mire, se trata de una ocasión redonda. ¿Qué nos dice?

Una sonrisa como ya no recordaba se fue agrandando progresivamente en la cara de José García, quien a modo de respuesta preguntó:

—¿Cuándo empezamos?

Tim miró a Nico y arqueó y destensó las cejas un par de veces, como queriendo decirle «¿Has visto? Lo logramos» y a lo cual el chaval respondió dando las gracias en voz alta, a todos sus acompañantes, incluido, de manera especial, su propio padre.

Llegaron a la conclusión de que lo mejor sería empezar por instalar al equipo en la base de operaciones: la casa de Tim Heredia. Realizarían el desplazamiento en la furgoneta de José García, algo que pareció agradar de manera ostensible al médium, quien dio muestras de estar disfrutando mucho sentado en la parte posterior, sobre el colchón. Acordaron renovar el utillaje empleado por José para sus quehaceres, noticia que fue recibida con gran alegría y gratitud por parte del principal interesado. Como era lógico, no había creído ni una sola palabra de las que le habían dicho, pero, reservas aparte, lo cierto es que aquellas personas parecían buenas. Nico estaba feliz y alguien tan descontextualizado como don Diego de la Vega también recomendaba tener fe en ellos. Además, volver a trabajar le llenaba de emoción y esperanza.

El espectáculo de ver el asombro en los rostros de José y Nico al ver la casa fue impagable; de vivir prácticamente en la calle a alojarse en la orilla de la playa, un auténtico sueño para algunos y una quimera imposible —hasta ese momento— para el carpintero y su hijo.

—Espero que mi modesta vivienda sea de su agrado —se disculpó de un modo un tanto impostado.

No hubo respuesta verbal por parte de ninguno. Estaban más que maravillados. Aquello era mucho mejor que el propio paraíso para dos personas que acababan de dejar atrás una vida en una tartana.

Heredia les mostró sus respectivas habitaciones, que fueron acogidas del mismo modo que lo habrían hecho unos cuantos niños en un campamento de verano. Tim ofreció a Teresa una provisional, para pasar la noche, dado que la filósofa había expresado su deseo de cenar con ellos y poder así charlar de manera distendida y, sobre todo, discreta.

—¿Les gusta la comida china? —preguntó Tim—. Aquí cerca hay un restaurante fabuloso y he pensado que podríamos pedir cena a domicilio.

Nadie se opuso.

—¿Qué tal se maneja usted con los palillos, don Diego?

—Supongo que tendremos ocasión de comprobarlo esta noche. Nunca he degustado ese tipo de comida, pero debe resultar muy apetitosa.

—Yo también usaré cuchillo y tenedor —dijo Nico. Su padre asintió en silencio. Tampoco se veía muy ducho en el uso de los tradicionales *sticks*.

—Sólo quedamos usted y yo, Teresa.

—En realidad, sólo usted. Prefiero sumarme al resto. ¿Sabe? El esnobismo no se encuentra entre mis defectos…

Tim se vio obligado, si bien lo hizo con mucho agrado, a sonreír. La dama le había desarmado. *Touché*.

—En ese caso, cuchillos y tenedores para todos.

El resto de la tarde transcurrió sin incidentes ni acontecimientos dignos de mención. Después de que algunos se dieran una relajante (y anhelada) ducha, pasearon por la playa y disfrutaron del sol.

—Una aguas muy tranquilas —apuntó *El Zorro*.

—Nunca verá otras iguales. El Mediterráneo es un mar único.

Teresa se había descalzado. Influyó en su decisión tanto el deseo de introducir los pies en el agua fría como el elevado precio de sus zapatos, poco propensos a ensuciarse de arena. La clase es la buena costumbre de no alardear y de naturalizar las buenas maneras, sin aspavientos ni exhibiciones. Quien se empeña en hacer gala de cualquier cosa, paradójicamente, carece de ella en sentido estricto. Era preciso admitir, por contra, que Teresa de Silva supuraba estilo por cada uno de sus poros. No tenía que esforzarse para conseguirlo; se había convertido en algo sumamente interiorizado, carente de artificio. El médium no pasó por alto dicha circunstancia.

Ya en casa de nuevo, José García se percató de la ausencia de televisor. No dejaba de ser, empero, lo menos raro que había visto desde que conociera a los miembros de tan heterodoxo grupo.

No demasiado tarde, pues el día había sido agotador, Tim Heredia pidió una abundante cena. Los sabores del oriente fueron del agrado de don Diego, quien incluso se lanzó a probarse con los palillos y pasó la prueba con nota. La reunión alrededor de la mesa contribuyó a que el ambiente se hiciera más distendido y dio la posibilidad de que los convocados se conocieran un poco mejor, para lo cual nada mejor que un buen puñado de datos informales y anecdóticos sobre la mesa. De este modo supieron que Tim había vivido mucho tiempo en Inglaterra (algo que Teresa había detectado al vuelo nada más verlo por primera vez), que la lectora de Chesterton procedía de portugueses y que había pasado algunos años en Japón; que don Diego era hijo de español y un gimnasta de alto nivel y que

José García era un excelente narrador de historias mundanas y chascarrillos populares. Nico les escuchaba con atención con Cata sobre su regazo.

A los postres, Tim ofreció unos cigarros puros, acogidos de buen grado por todos, incluida, para sorpresa del resto, Teresa.

—Coge uno, hijo. No te cortes por mi presencia.

Las miradas se centraron en él. La sonrisa pícara de Tim. El temple de don Diego de la Vega. La profundidad en los ojos de Teresa y la curiosidad de José García por saber la respuesta de su hijo.

—Tal vez dentro de unos años —resolvió el muchacho.

—Buen chico —señaló el anfitrión.

—¿Y qué nos cuentas de ti? —preguntó el padre.

Planteada por él, la cuestión adoptaba tintes violentos. A pesar de cohabitar un espacio tan reducido, el tiempo había logrado que dejaran de hacerse preguntas personales. Nadie quiere oír otro relato de pobreza, desamparo y desilusión.

—Ya sabes que intento tocar la guitarra y que leo lo que encuentro por ahí.

No era la respuesta que su padre deseaba oír, aunque estimó que lo más prudente era dejarlo estar. Ya tendría otra oportunidad de hablar con su hijo en privado. Aquellos años debían habérsele hecho eternos e infernales y esperaba poder compensarlo un poco o, en cualquier caso, darle las gracias por su entereza y madurez. Y, por encima de todo, por haber permanecido a su lado sin recriminarle absolutamente nada.

—¿Te gusta tocar la guitarra? Veo que compartimos algunas aficiones —dijo Teresa.

—No sé si el término «tocar» es preciso. La toco, sí, pero no suena como quisiera.

—Seguro que podemos arreglarlo.

—Bien. Si no les importa, me retiraré un poco antes. Estoy cansado y mañana me espera un día duro. Espero que no me salgan agujetas…

José García dejó el puro en el cenicero y se levantó. Miró a su hijo y le dijo:

—No te acuestes muy tarde. Tú también necesitas descansar.

—Muy bien, papá. No te preocupes. Buenas noches.

En su fuero interno, el muchacho sintió algo casi olvidado. Su padre volvía a ser una persona normal y se esforzaba por recuperar una dignidad perdida, una función renovada y una posición más definida. En pocas palabras, José manifestaba sin palabras su intención de volver a ser su *padre*, y no un compañero de chabola, aplastado y silenciado por la vergüenza y el infortunio.

Una vez se hubo ido, Teresa cambió el tercio de la conversación.

—Veamos, señores, creo que ha llegado la hora de que pongamos en común algunos datos, ¿no les parece?

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Tim.

Los dos restantes asintieron con la cabeza. Cata maulló.

—Parece que el señor Heredia recibió un mensaje del más allá que le indicaba que tenía que dar conmigo. Por mi parte, el *Instituto Pessoa* me *rogó* que localizase a un supuesto viajero en el tiempo.

—¿*Instituto Pessoa*? Desconozco dicha institución. ¿Es similar al *Tavistock*?

—En realidad se asemeja más al *Santa Fe Institute*, donde una serie de científicos y expertos interdisciplinares abordan problemas complejos de diversa índole.

—Pero Pessoa era un poeta…

—Y también significa «persona». Según parece, en Brasil han avistado más casos similares al de don Diego. En realidad, es del todo irrelevante de dónde procediera la petición, ya que, como ya imaginarán, este tipo de organismos se hallan conectados y son, por decirlo de algún modo, poco conocidos por el gran público.

—Y, con todos los respetos, ¿qué puede aportar una filósofa a la investigación sobre viajes en el tiempo?

—Es una pregunta lícita, señor Heredia. Estoy convencida que usted no ignorará que el tiempo es una paradoja. Tal vez la mayor de todas…

Tim dio una larga calada a su puro.

—¿Y qué puedo yo decir? —preguntó Nico.

—No olvides que encontraste a la gata.

—Más bien ella me encontró a mí y, ahora que lo dice, también influyó a la hora de permitir que Tim nos encontrase.

—Cierto.

Teresa aproximó la cara al cuerpo de la gata, mirándola con atención. El tono de su voz se hizo más bajo, dando la impresión momentánea de haber olvidado a los demás.

—Tenemos, pues, que suponer que esta criaturita tampoco está aquí por casualidad. Ya nos dirá lo que sabe, ¿verdad, bonita? —Pasó la mano por la cabeza del animal y éste cerró los ojos y ronroneó con deleite.

Llegó el turno de don Diego. Dio una chupada intensa al puro y torció un poco el morro de manera involuntaria antes de llevar a cabo su confidencia.

—Esta mañana, al salir de la sastrería, he recordado algunas cosas. Es probable que referentes a la noche en que desaparecí de mi mundo.

—No nos haga esperar —rogó Tim.

El Zorro relató lo acontecido, dedicando más tiempo a la descripción de los seres que había creído atisbar y que luego desaparecieron sin dejar rastro. También expuso cómo le pareció que su casa estaba más alejada de lo que cabía esperar. No omitió detalle y, sin reparos, trazó un paralelismo entre lo que sintió entonces y lo que la mayor parte de los mortales ha experimentado durante el sueño.

—Interesante —dijo Tim—. ¿Cree usted que fue transportado aquí durante el sueño o *un* sueño?

—No he pretendido decir eso exactamente. Noté que la realidad era ligeramente diferente. Reconocía los elementos de la misma, me eran familiares, pero extraños al mismo tiempo.

—Lo *siniestro*… lo familiar reprimido —añadió Tim como para sus adentros—. El Instituto Tavistock, Freud, Rubin Carter… Ustedes. Nada pasa por azar, ya ven. Disculpen mi digresión. —Abrió los ojos del modo en que lo haría alguien que acabase de salir de un breve trance.

—A partir de ese momento, no recuerdo nada más.

—No le dé importancia —intervino Teresa—. Ya lo hará.

—¿Qué planes tiene ese Instituto *Persona*?

Lejos de suponer una grosería, el gesto de Tim tuvo por finalidad permitir que don Diego descansase un poco y que su mente fuese trabajando a su ritmo.

—¿A qué se refiere?

—¿Son de fiar?

Una sonrisa de suficiencia trató de salir a la superficie, si bien fue controlada en el último momento.

—Son de fiar —resolvió Teresa sin molestarse en demostrarlo ni argumentar a su favor.

—¿Y qué saben sobre esas otras personas que han sufrido lo mismo que yo? —intervino don Diego.

—Lo están investigando.

—¿La han enviado a usted sola a investigar este asunto?

—En cierto modo, están ustedes también.

—Sí, pero ¿no hay nada que le haga pensar que, tal vez, esté siendo *supervisada*?

—Entre las personas como yo resulta del todo innecesario.

—Ya.

La mirada de incredulidad de Tim era manifiesta.

—Está claro que nos falta por conocer algunos detalles. Empezamos a saber qué nos ha unido, pero no cuál es nuestro objetivo.

—Parece que no vas a ser tan accesorio —le lisonjeó Teresa.

—¿Es necesario que lo haya?

—Tengo serias razones para pensar que no le han hecho a usted venir desde 1919 para tomar unas tazas de café con nosotros, ¿no está de acuerdo?

—Puede que no se trate de una acción conjunta.

—Ábrase a la evidencia. Ahora que han cenado comida china, me gustaría hablarles de un concepto muy interesante: la sincronicidad. Espero acabar convenciendo a los más escépticos.

15

Ah, sí, la sincronicidad. Un concepto sumamente importante al que los seres humanos no parecen darle en la actualidad la importancia que se merece.

Es muy probable que ustedes se hallen familiarizados con determinada concepción del pensamiento, así como del modo en que los acontecimientos se desarrollan y relacionan entre sí. ¿No es cierto que creen que las cosas siguen un esquema similar a A, B, C, D, donde A es causa de B, a su vez causa de C, luego, en última instancia, A es también causa de C? A este pensamiento se le denomina *pensamiento causal* y, como acaban de ver, es lógico y lineal. Ahora bien, sin salir de este mundo llamado *Planeta Tierra*, cabe señalar la existencia de otro tipo de pensamiento al que podríamos denominar *pensamiento sincrónico*, regido por el tiempo. Este tipo de pensamiento caracterizó, por poner un ejemplo, la mentalidad china clásica y es el que rige muchos de los intentos de adivinación como el tarot o el *I Ching*. En resumen, la tesis es que un momento clave condensa un conjunto de acontecimientos en apariencia dispersos, estableciendo así un determinado escenario en el cual se traza la probabilidad de que los hechos se sucedan en tal orden o que, al menos, se pueda tener una visión más amplia de los elementos influyentes y la forma en que se conectan.

Las mentalidades más «científicas» argumentarán que se trata de un pensamiento absurdo y poco fiable, a lo cual habría que objetar que hace ya tiempo que la ciencia oficial ha reconocido que el pensamiento causal no deja de arrojar una probabilidad, cada vez más elevada si se quiere pero probabilidad.

Por otra parte, muchos de los autodenominados científicos se sonrojarían al saberse descubiertos en pequeños actos como el hecho de decirse a sí mismos «Si sale cara, esta noche me llamará esa persona a la que espero» o «Si en cinco segundos cambia el semáforo,

significa que me ascenderán en el laboratorio» y afirmaciones similares. En otras palabras, se verían en la obligación de admitir el enorme peso del pensamiento sincrónico en su vida cotidiana.

Existe una red de relaciones —algo que, en el terreno de la ciencia, coincide con lo que se entiende por «campo»— entre los distintos acontecimientos que tienen lugar en un momento dado y, como es evidente, si logramos captar el patrón, podremos predecir las consecuencias con un cierto grado de éxito. Si además, como nuestros *pasajeros* parecían estar advirtiendo, la casualidad y el azar quedan reducidos prácticamente a nada, en consecuencia, procede reconocer que todo sucede por alguna razón, y no sólo eso sino que también sucede en la forma en que *debe* suceder de acuerdo a una lógica cósmica. El universo es muchas cosas menos caprichoso y gratuito, algo que quedó claro al tratar el tema del *dharma*.

No es por tanto casual que Tim Heredia, después de exponer estas ideas a sus invitados, tuviera un sueño.

16

Me desperté temprano, como de costumbre y descubrí que algunos de mis invitados se me habían adelantado. Don Diego miraba a través de la ventana. Le ofrecí un café que aceptó gustoso y agradecido. Aseguró haber pasado una buena noche. Yo, por el contrario, no podía decir lo mismo. Apenas había pegado ojo y debí caer rendido poco antes de despertarme, circunstancia que no impidió que tuviese un sueño críptico para otra persona, nítido para mí. Estoy bastante acostumbrado a que mis sueños no adopten la forma ordinaria de lo que se conoce como sueño, que rara vez son en blanco y negro o compuesto de manera exclusiva por un texto sobre un fondo monocromático.

En este caso, lo que acudió a mi mente fue una imagen fija compuesta de un texto con tipografía helvética (en blanco y negrita) y un fondo negro. La palabra entera, el verbo, se hallaba en mayúscula: CAMBIAR. Nada más abrir los ojos supe de manera instintiva que debía añadirlo al mensaje anterior, el que me ofreciera mi viejo amigo Blaise Pascal —no el famoso matemático, físico y filósofo, pero no por ello menos reflexivo y profundo— en casa de Böhme, en Görlitz. Así pues, el resultado arrojado era, por el momento, PODEMOS CAMBIAR. La pregunta obvia e inevitable se reducía a ¿cambiar qué?

Hacía mucho que ya no me preocupaba por tales interrupciones del significado, a sabiendas de que, en el instante preciso, éste se me revelaría. Aprovecho para hacer un breve inciso acerca de la tranquilidad: más que la capacidad de comunicarme con el más allá, si hay algo que me haya aportado una gran serenidad es el saber que cada cosa sucede cuando y donde debe suceder, al margen de que no seamos —en la mayor parte de las ocasiones— capaces de apreciarlo. El aparente determinismo que se desprende de dicha afirmación es perfectamente compatible con el ejercicio de la libertad, generándose una especie de

cooperación entre cosmos, destino e individuo. Cada elección que tomamos es, por definición, la correcta, a pesar de que los resultados puedan parecer catastróficos —y en ocasiones lo sean—. Imaginemos que las llaves de mi coche se me parten al ir a arrancarlo y me veo obligado a dejarlo aparcado en una gasolinera, en la que, dicho sea de paso, he tenido un gesto inadecuado con uno de los trabajadores. El primer impulso es maldecir la mala suerte, pero una conciencia más desarrollada del funcionamiento de los acontecimientos nos recomendaría alegrarnos. En primer lugar, puede que debamos pedir ayuda al trabajador de la gasolinera, lo cual nos exigiría, antes que nada, disculparnos por nuestro inexcusable comportamiento. De este modo, restituimos el equilibrio y podemos seguir nuestro camino en paz. En segundo lugar, nada nos impide pensar que, de haber cogido el coche, tal vez algo desagradable hubiese tenido lugar (un accidente, un atropello, etc.). De forma que si nuestro camino no era recorrer las consecuencias de un suceso de esa naturaleza, el propio universo corrige las posibles variables a fin de que el *plan* trazado por él siga su curso.

No ignoro que el recurso a la *inteligencia cósmica* ha sido empleado *ad nauseam* por los partidarios y devotos de la *nueva era*, no siempre con la debida seriedad y sí rozando la parodia caricaturesca en la mayor parte de las veces. Mas un mal uso no anula la validez de un planteamiento en su conjunto. Y lo cierto es que la tesis de la inteligencia cósmica, a pesar de haber sido aún poco explotada, es un hecho. El equilibrio físico no es el único equilibrio que mueve al cosmos… O sí, siempre que reconozcamos que desconocemos por completo las conexiones entre mente (pensamiento) y plano físico. En última instancia, nuestro conocimiento de la energía humana es más bien escaso, más que primitivo.

Oí caer el agua de la ducha.

—Debo preparar más café —dije a don Diego—. Doña Teresa acaba de despertarse…

No me preguntó cómo lo sabía, cómo sabía que era ella y no otro. La filósofa había accedido a pasar la noche con nosotros a pesar de su reticencia inicial. Tal vez influyese en su decisión no disponer de vehículo para regresar a casa.

El resto no tardó en dar muestras de actividad. Alguien golpeó con los nudillos la puerta del baño. «Un segundo». José García apareció en la cocina y nos dio los buenos días. Puesto que no había podido asearse, su pelo estaba alborotado y se frotaba con pudor los ojos, por si alguna legaña se resistía a abandonarle.

—¿Un café?

—Sí. Muchas gracias.

Dispuse más piezas de bollería en el cestillo y metí unas rodajas de pan en la tostadora. Nico fue el último en dejarse ver. Llegó desperezándose pero se contuvo al vernos.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Buenos días, hijo.

Se sentó a la mesa y agarró de manera mecánica un mazo de cartas del tarot que había a mano.

—¿Alguien sabe tirarlas?

Todos me miraron. Asentí con la cabeza.

—Ahora bien, es muy temprano para empezar con juegos… —Advertí.

—¿Cree usted que esas cartas predicen el futuro? —preguntó el padre de Nico.

—No. Ni estas cartas ni ningún otro procedimiento de adivinación. En realidad, lo que hacen es arrojar una probabilidad.

Don Diego arqueó una ceja.

—Una probabilidad de que las cosas se desarrollen como se muestra en las cartas, por seguir con este ejemplo. Es decir, proponen un escenario probable, constituido por el conjunto de elementos significativos que tienen lugar simultáneamente.

—Disculpe mi ignorancia…

—… No, no, no, señor García. No es ignorancia, es simple desconocimiento. Permítame que se lo explique un poco mejor: cada carta, representa una situación o un aspecto determinado de la misma. Al combinarse todas las cartas, luego todas las situaciones o aspectos relevantes de una situación, se presenta una escena global, algo así como un momento clave, que se corresponde con nuestra situación actual. Si a esto le añadimos la creencia en que los acontecimientos siguen un patrón, cíclico desde mi punto de vista, arquetípico para otros, es fácil presuponer el curso probable que seguirán (aunque no cómo lo harán de hecho). Y es donde entra el juego la decisión, la libertad: si, al ser conscientes de las consecuencias probables de determinado estado de cosas, modificamos alguna pieza, el futuro, previsiblemente, se modificará.

—¿Y no supondría tal acto alterar el rumbo de las cosas? —preguntó Nico.

—Excelente observación, pero no olvides que tú has visto esas cartas antes, de modo que la posibilidad de que cambiases algún aspecto ya estaba contemplada de antemano y no habrías puesto en peligro el futuro. ¿Lo entiendes?

—A la perfección.

No me quedaba muy claro que su padre lo hubiera cogido a la misma velocidad.

Nico jugueteaba con las cartas sin mirarlas.

—Y la probabilidad aumenta proporcionalmente a la cantidad de datos que poseamos —dijo Teresa a modo de entrada triunfal.

—Buenos días. ¿Un café?

—Triple, por favor. Es como una matriz a la que fuésemos añadiendo datos o un puzle con más piezas en su sitio: cuantas más haya así, mejor podremos ver el dibujo —dijo volviendo a Nico. Había oído esa parte de la conversación.

—¿Matriz? Desconocía su interés por las matemáticas —apunté mientras dejaba su taza de café sobre la mesa.

—Y yo el suyo por ciclos, patrones y arquetipos…

—A pesar de que mi orientación estaba clara desde mi nacimiento, o casi, durante mis años jóvenes me paseé por las facultades de matemáticas y física. ¿Por qué no hacer oficiales y homologados determinados conocimientos que poseía?

Conforme las palabras abandonaban mi boca, me arrepentía. Acababa de dar un espectáculo penoso al apelar a mis títulos universitarios, haciendo ostensible la *mercancía*. Teresa tuvo el buen gusto de dejarlo estar y limitarse a sonreír con condescendencia. ¿Para qué añadir nada más? Después de todo, yo mismo me había puesto en evidencia. ¿A quién demonios importaba mi formación académica? ¿A quién pretendía impresionar? Ah, eso sí estaba claro… Por desgracia para mí, la lectora de Chesterton no era fácil de sorprender y, desde luego, no con tales maniobras y manifestaciones de saber institucional.

—Anoche quedó pendiente una cuestión —señalé—. Don Diego tenía una fascinante historia que contarnos.

El Zorro me miró con atención.

—Me refiero a la de esos tipos con bombín, el sombrero… ¿Pudo saber algo más acerca de ellos? ¿Cómo nos olvidamos de algo tan relevante?

—No —respondió, dejando la segunda cuestión en el aire.

—Tengo la ligera sospecha de que no tardaremos demasiado en toparnos con ellos.

José García desayunaba sin prestar mucha atención a nuestra conversación. Imaginé que estaba más pendiente de su vuelta al mundo laboral que a las excentricidades de nuestro pequeño grupo.

—¿Serían ellos viajeros del tiempo? —apuntó Nico.

—Es muy probable —dijo Teresa.

—¿Y qué buscarían esos señores?

—Me temo que es algo que debemos descubrir. Coincido con Tim en que nuestros caminos se cruzarán.

—Bien, nosotros tenemos que partir —dijo la filósofa refiriéndose a ella y José García.

—Pasad un buen día.

—¿Qué haremos nosotros hoy? —se interesó don Diego.

—Tranquilo —respondí—, las ocupaciones nos encontrarán a nosotros.

Teresa y el carpintero se marcharon y el resto seguimos dando cuenta del desayuno. Traté de hacer memoria. No tenía constancia de otro grupo similar al nuestro y supuse que Teresa tampoco, dado que, de lo contrario, nos lo habría hecho saber. Sin lugar a dudas, la probabilidad de la existencia de otros buscadores era muy elevada. Resultaría pretencioso suponer que no. ¿Sabían ellos algo que se nos pasaba por alto? ¿Qué era eso del *Instituto Pessoa*? Nunca antes había oído hablar de nada similar. ¿Desde cuándo llevaban a cabo sus investigaciones? ¿La finalidad de las mismas era similar a la nuestra? De ser así, quedaba patente que nos llevaban ventaja; un siglo de ventaja como mínimo, dato que me inquietaba sobremanera. La primera tarea a la que debíamos enfrentarnos era, por tanto, la dilucidación de nuestra propia misión y mucho intuía que la respuesta se hallaría íntimamente relacionada con el mensaje que yo estaba recibiendo por partes. Poco o nada podía hacer entonces por forzar una solución y sólo quedaba esperar a que la conclusión apareciese en el momento oportuno.

Sugerí dar otro paseo por la playa, propuesta que fue acogida con agrado por Nico y don Diego. Nada podría haberme prevenido entonces acerca de lo que estaba a punto de suceder.

La playa estaba prácticamente desierta. Sólo unos pocos jubilados, en su mayor parte ingleses y alemanes, paseaban por ella. El sol potenciaba las tonalidades azules de las aguas mediterráneas. Mientras Tim, don Diego y Nico (con Cata en brazos) paseaban por la orilla se iba dibujando una silueta a lo lejos; una silueta formada por varias figuras agrupadas; una masa oscura, negra, que iba cobrando forma a cada paso que los tres daban. Sombreros y abrigos.

—¿Qué le dije? —preguntó Tim sin el menor atisbo de preocupación—, sabía que esas personas darían con nosotros y advierto que no se han hecho mucho de rogar…

—¡Son ellos! —exclamó *El Zorro*.

—Por supuesto que lo son. Y estoy convencido de que no han venido a darnos los buenos días nada más. Mírenlos. Son clavaditos al tipo de *Los vengadores*.

—¿No eran superhéroes? —preguntó Nico.

—No, chaval. Es una vieja serie de los sesenta. Te pilla un poco lejos…

—¿Quién ha encontrado a quién? —les interrumpió don Diego.

Tim esbozó una sonrisa de autosuficiencia. *Ouroboros*.

17

Estocolmo.

—Nuestro equipo ya ha localizado definitivamente al otro viajero del tiempo y a sus «anfitriones» —informó uno de los tipos vestidos con traje negro y bombín.

—¿Está seguro de ello?

—Nos hemos cerciorado; es la segunda vez que damos con él. Estamos preparados para establecer contacto.

El hombre al que parecían rendirle cuentas asintió con la cabeza. Se encontraba sentado en un lujoso y sobrio sillón cuya sola presencia imponía. Rojo, negro y madera decoraban la amplia sala, dotada de un enorme ventanal a través del cual penetraba la frondosa flora de los bosques suecos y una luz suave. El semblante del tipo del sillón era grave, impasible, adusto. Bastaba su gesto para establecer una barrera de seguridad a su alrededor.

El informador se despidió con una leve inclinación de cabeza y abandonó la habitación.

Una vez se halló en soledad, el hombre del sillón se puso en pie y se acercó a la ventana. Erguido, sujetó ambas manos atrás, a la altura del cóccix, y contempló la vegetación. Dar una respuesta a la pregunta por su edad habría resultado del todo en vano. Aparentaba no llegar a los cincuenta, pero podría ser mucho mayor (o mucho menor). Muy delgado y alto. Mentones pronunciados. Ojos penetrantes (¿claros?). Casi lampiño y pulcramente peinado con la raya en el lado y el resto hacia atrás con una precisión que dejaba clara la preocupación por los detalles. Piel tersa, aunque un tanto lívida. En definitiva, una constitución corporal milimétricamente ambigua.

No se veían edificios a lo lejos. Sólo el bosque. Un observador atento habría podido advertir que los árboles se disponían de manera simétrica: misma distancia entre unos y otros, misma altura, mismo grosor, como si fueran artificiales —a pesar de no ser así a todas luces—. El cielo presentaba un azul perfecto y unas nubes que parecían extraídas de un cuadro del pintor belga René Magritte. A decir verdad, lo que el hombre de Estocolmo veía era algo muy similar a un cuadro, si bien cada elemento que lo constituía había cobrado vida. Ésa era la impresión que aquel escenario suscitaba.

El despacho de aquel hombre, al menos era el aspecto que ofrecía, también ostentaba un sesgo atemporal; discretamente futurista o decorado acorde a una elegante decadencia.

El hombre regresó a su sillón. Sobre la mesa una especie de informe envuelto en un papel marrón, recio, similar a una cartulina, y cerrado mediante una cinta roja perfectamente dispuesta y anudada. En una pequeña etiqueta situada en el centro podía leerse: «Caronte». Caronte, así se llamaba el hombre de Estocolmo y él era el destinatario de aquel delicado dossier. Desató el nudo y abrió la carpeta. Allí se detallaba hasta el más insignificante descubrimiento realizado por los *golconditas*. Éste era el nombre que aparecía en el enorme rótulo que dominaba la sala, situado detrás del sillón de Caronte, bien visible para cualquiera que accediera al interior de dicho espacio. «*Golconditas*. PODEMOS CAMBIAR EL MUNDO» y un curioso logotipo o ilustración simbólica e institucional, formado por un círculo y una serie de líneas rectas trazadas en su interior que recordaban a la espiral de Fibonacci. El texto estaba escrito en francés. Había algo amenazador en aquel emblema, algo totalitario. ¿En qué sentido y a través de qué procedimientos estimaban que debían y podían cambiar el mundo?

Caronte examinaba con cuidado cada palabra de cada frase de aquel informe. Alguien había adjuntado fotografías donde se veía a don Diego de la Vega y al resto de los *pasajeros*. A pesar de su frialdad y a través de sus ojos impenetrables, se advertía cierta emoción en la

mirada del hombre de Estocolmo; la misma expresión de alguien que acabara de ver algo extraordinario (incluso en un sentido científico).

Caronte tomó un teléfono estilo londinense color rojo, un tanto fuera de contexto, y *discó* un número.

—Procedan.

Colgó.

Se levantó, cogió su abrigo del perchero, se encaló el bombín y abandonó la sala para dirigirse al bosque. Sus músculos no experimentaron la menor variación visible al entrar en contacto con el frío del exterior. Anduvo hasta haberse alejado lo suficiente de la casa y se giró hacia ella. Una mansión amplia, de estilo impreciso, similar a una casa de apoderados americanos de principios de siglo XX. O tal vez, similar a las preferidas por la burguesía austriaca. Todo allí quedaba suspendido en el tiempo —en un tiempo pasado o en uno aún por llegar—. Al echar una ojeada a la casa, Caronte no tuvo la sensación de haberse alejado tanto, si bien tampoco le concedió la menor importancia, puesto que conocía perfectamente la explicación a dicho fenómeno: la casa se hallaba sometida a constantes variaciones, en ocasiones mínimas e imperceptibles y en otras algo más notables. En otros términos, la vivienda no se encontraba en *ningún* lugar ni momento exacto sino en una suerte de movimiento y vibración perpetuos; en un cruce de instantes diferentes que arrojaban una ubicación aproximada pero diferente. Aquella extensión de terreno, junto con todo lo que contenía, parecía estar viajando en el tiempo incesantemente.

El hombre de Estocolmo extrajo una pequeña libreta del bolsillo de su chaqueta y una pluma y anotó algo. Después la guardó de nuevo con mucha parsimonia y volvió a examinar la posición de la mansión. La hojarasca crujía debido a la brisa helada. El azul del cielo, ahora acerado, polar, sugería que lo más recomendable sería regresar al interior. Y así lo hizo Caronte, justo después de fumar un cigarrillo que sacase de una pitillera dorada. Lo cierto es

que fumar no le iba nada y convertía su gesto en algo artificial, como si se tratase de un actor que en la vida real no fumase y se viese obligado por exigencias del guión a hacerlo delante de la cámara.

El *golcondita* regresó a su despacho y cogió algunos libros de una bien nutrida biblioteca que se encontraba en una habitación contigua. Los colocó sobre su mesa y fue examinándolos siguiendo un procedimiento bastante inusual: los abría por la página que deseaba leer y lo hacía a la primera. Más que leer, lo que aquel hombre hacía se asemejaba bastante a confirmar algo. Cerraba el libro en cuestión de segundos, cogía otro y hacía lo mismo. Así sucesivamente. No tomó ni una sola nota. Aquellos volúmenes eran ediciones de lujo y muchos de ellos debían ser bastante antiguos, encuadernados en cuero desgastado.

Una vez hubo hojeado los libros, se dirigió hacia una especie de giroscopio ubicado en el centro de la habitación y le propinó una especie de palmada que lo hizo comenzar a oscilar. Cuando se detuvo por sí solo, Caronte lo miró con una mezcla de satisfacción e indiferencia, la expresión de alguien que sabía de antemano el resultado que el artefacto iba a arrojar. Dicho aparato tenía grabados números, letras y símbolos en sus doradas piezas. Al activar Caronte algo parecido a un interruptor de la luz, un foco proyectó la sombra sobre un mapamundi en blanco que estaba colgado en una de las paredes de la sala. El mapa no presentaba los nombres de países o ciudades, tan sólo los contornos de los continentes y una serie de guías alfanuméricas en los bordes, similar al de un mapa de carreteras. La sombra trazaba una serie de vectores sobre el mapa que el hombre de Estocolmo analizó con sumo cuidado.

—Vuelve a coincidir —dijo en voz alta—. Es imposible que nos estemos equivocando.

Tres sombras avanzaban por la arena. A pesar de no ser fácilmente discernibles, los *golconditas* sabían a la perfección de quiénes se trataba. Los cálculos habían sido muy precisos y no cabía la posibilidad de un fallo. Había hombres cubiertos de abrigos negros y bombines por todas partes: sobre las montañas, en la playa, ocultos tras las rocas, en las proximidades —sin un orden fijo aparente—, en mitad de la carretera… Inmóviles y con la mirada clavada en aquellas figuras que caminaban. Poco a poco, los dos grupos se fueron aproximando.

—Buenos días, caballeros. ¿No les parece que hace un día estupendo? —saludó Tim Heredia.

Nadie respondió en ese momento. Don Diego daba muestras de intranquilidad, mas no de alteración o nerviosismo. No tenía miedo pero estaba alerta.

—Buenos días, señor Heredia —contestó finalmente el que parecía ser el representante de aquella pintoresca banda.

—¿Nos conocemos?

—Digamos que su pregunta plantea varias respuestas posibles. Para no hacer este asunto demasiado tedioso, le diré que nosotros a ustedes sí.

—Encantado, pues, de verles de nuevo. ¿Qué les trae hoy por aquí?

—Él —dijo el *golcondita*, señalando sin pudor a De la Vega.

—Vaya, ahora que lo dice, mi amigo también asegura conocerles…

—¿Qué quieren de mí? —intervino *El Zorro*.

—Deseábamos asegurarnos de que había llegado bien.

—¿Dónde?

El tipo del bombín no contestó y se limitó a inclinar ligeramente la cabeza hacia la izquierda.

—Nos complace comprobar que su viaje ha sido todo un éxito.

—Aparte de eso, señores, ¿serían tan amables de decirnos qué podemos hacer por ustedes? —medió Tim.

—Dudo que gran cosa.

—Veo que en el lugar de donde vienen no se estila demasiado el uso de los buenos modales… ¿De dónde son? ¿Españoles tal vez?

—Es usted un experto en formular preguntas ambiguas.

—La pregunta ha sido bastante clara.

—Tal vez usted lo vea así.

Al margen de su escaso tacto social, lo cierto es que aquellos hombres no daban muestras de agresividad o intención bélica y se asemejaban más, al menos su emisario, a una persona que padeciera el síndrome de Asperger.

Tim comprendió rápidamente que esos individuos no prestaban atención a lo superfluo y que sus bromas poco o nada les afectarían. Nico contemplaba la escena con atención y en silencio, asumiendo la función de cuidador de Cata.

—Bonita gata —dijo el *golcondita*.

—Me temo que no nos han presentado… aunque ya nos conozcamos —señaló don Diego.

—Si me está preguntando por mi nombre, debo decirle que ya no lo tengo.

—¿Se le ha perdido por el camino? ¿Quizá en algún punto del continuo espacio-tiempo?

Tim cedió al último impulso de sacar a pasear su sarcasmo.

—En cierto modo sí.

—Muy bien, caballeros, creo que ha llegado el momento de hablar claro y en serio: ¿a qué han venido? ¿Qué quieren de nosotros?

—Estaría encantado de decirles que hemos venido a ayudarles, si bien no lo tengo claro del todo. Digamos que estamos aquí para vigilarles, entre otras cosas.

—¿Y *qué otras cosas* tienen previsto llevar a cabo durante su visita?

—No creo que sea de su incumbencia.

—Muy bien, en ese caso, creo que nuestra conversación ha terminado.

—No se ponga usted así, señor Heredia. Después de todo, sabe perfectamente que volveremos a coincidir.

Tim advirtió que el inalterable mensajero sabía propinar buenos derechazos dialécticos. Echó una ojeada a su alrededor, descubriendo la presencia de varios, puede que decenas, de hombres ataviados al modo de su representante.

—¿De dónde vienen?

El *golcondita* respondió mediante una sonrisa mecánica, neutra, enigmática.

—Nos largamos —anunció Tim.

Nico y don Diego obedecieron sin hacer más preguntas. Dieron media vuelta y comenzaron a caminar en dirección a la casa del médium. Los hombres de negro permanecieron inmutables pero, una vez que los *pasajeros* alcanzasen la mitad del trayecto, el delegado de esos personajes gritó:

—¡No es fácil determinar de dónde venimos! ¡Tampoco de *cuándo*! Sólo le diré una cosa más: ¡Podemos cambiar el mundo!

Tim se giró de repente. ¿Acaso era fruto del azar que ese hombre terminase la frase que estaba esperando? El azar es sólo el resultado de una operación de cálculo que no se ha comprendido de manera adecuada, una ecuación a la que le faltasen variables. El médium vio cómo aquellos hombres comenzaban a desaparecer detrás de las montañas y de sus emplazamientos (o escondites). Supo que no tendría el menor sentido correr tras ellos. «Podemos cambiar el mundo» a pleno pulmón, el equivalente a las mayúsculas en un texto escrito. PODEMOS CAMBIAR EL MUNDO.

Puede que ni Tim ni los demás supieran cuál era la misión u objetivo de los *golconditas*, si bien ahora conocía a la perfección la suya. Tan sólo les quedaba otro detalle por descubrir y, obviamente, se trataba de las respuestas a las preguntas «¿cómo?» y «¿por qué?».

18

Detuvieron la furgoneta para repostar.

—Permítame —dijo Teresa sacando un billete para entregárselo al chico de la gasolinera.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

El contraste entre la sofisticación de la filósofa y el vehículo resultaba de lo más llamativo. Así lo percibió también el chaval del surtidor.

Al reanudar la marcha, José García preguntó, sin dudas después de haber dado muchas vueltas a la cabeza:

—Ya sé que me lo han explicado, pero quisiera volver a preguntarle por qué hace todo esto por nosotros.

—Sé que esta situación resulta un tanto extraña, aunque debe creerme: tenemos la sensación de que debemos ayudarles. En realidad, asumimos que también ustedes nos están ayudando a nosotros.

—¿Cómo? ¿En qué? ¿Qué podemos ofrecer?

—No se equivoque, señor García. Sé por dónde va y debo decirle que el dinero o los bienes materiales no suponen la única manera de ser útil. Su hijo posee una inteligencia fuera de lo común, algo que ya habrá advertido por usted mismo, lo cual resulta práctico en cualquier circunstancia. Además, la gata lo ha elegido a él.

—¿La gata?

—Le repito que este asunto escapa a nuestra lógica. Tampoco nosotros sabemos al cien por cien qué está sucediendo ni la razón ni qué nos espera, mas tendrá que reconocer que algo tan raro no puede ser fruto de casualidad, ¿no?

—Supongo que sí —respondió el carpintero sin saber muy bien qué más decir—. Bien, ¿y qué se ha estropeado en su casa?

Teresa no respondió de inmediato. Por el rabillo del ojo, José la descubrió sumida en algún recuerdo o pensamiento (él no podía precisarlo). Pensó que era una mujer muy hermosa. ¿Por qué tendría que ser tan rara?

—Siempre hay cosas que arreglar en una casa vieja, ¿no le parece?

—Ya lo creo.

Teresa estuvo tentada de preguntar por la madre de Nico aunque en el último momento no le pareció lo más oportuno y lo dejó estar.

La radio escupía «*O astronauta*» de Baden Powell, interpretada por Vinícius de Moraes.

—Me encanta esta canción —dijo Teresa.

—Es bonita —respondió José sin quitar los ojos de la carretera.

—¿Qué ha sido de usted estos años?

—¿A qué se refiere?

—Ya me entiende, ¿cómo ha ocupado su tiempo?

—Cuando las cosas se complican de verdad sólo hay una cosa en la que piensas: en sobrevivir.

—Imagino que a partir de ahora le resultará más fácil organizarse.

—¿Sabe? Mi vida es como una casa vieja: siempre hay cosas que arreglar.

Esta vez, Teresa le regaló una sonrisa franca. «De casta le viene al galgo», se dijo.

El olor a habitación cerrada que Teresa percibiese cuando aterrizó de Miami ya había desaparecido. José manifestó su asombro con un silbido. Era justo admitir que el apartamento de la lectora de Chesterton resultaba imponente: espacioso, ordenado, elegante.

—¿En serio cree que este sitio necesita un arreglo?

Teresa interpretó su pregunta como un cumplido. El carpintero deambuló por la estancia. Con el pretexto de encontrarse buscando desperfectos, José García curioseaba con inocencia por cada rincón. Se detuvo delante de una de las estanterías repletas de libros y dijo:

—A Nico le encanta leer. Una de las cosas que más lamento es no haberle podido proporcionar una educación mejor.

—Creo que todavía está usted a tiempo de hacerlo. Le confesaré un pequeño secreto —José la miró con atención—: los libros mueren cuando nadie los lee; supone una alegría para ellos pasar de manos.

—En ese caso, trataremos de rescatar unos cuantos.

Tal vez hubiese subestimado la inteligencia de aquel hombre, pensó Teresa. Los endemoniados prejuicios. ¿Cómo un hombre inteligente puede acabar escarbando entre la basura? Pues parece que es posible.

—Veo que comparte más de una afición con mi hijo —dijo señalando una guitarra que descansaba sobre su pie.

—Eso parece. Es curioso que lo mencione. Yo he pensado lo mismo de usted: que compartía algunos gustos con mi padre.

—¿En serio? ¿Cuáles?

—La música.

—¿A su padre le gustaba la música?

—Le encantaba —hizo una breve pausa antes de continuar—. Bueno, lo cierto es que era su vida. La música y los libros… Era saxofonista de profesión.

—Debía hacerlo muy bien…

El tono del carpintero dejaba poco espacio para las dudas. Su comentario guardaba relación con la calidad de la vivienda. Los saxofonistas no solían poder permitirse algo así.

—¿Lo dice por el apartamento? La familia de mi padre era bastante, podemos decir que, acaudalada. Él rompió con la tradición de convertirse en comerciante. El destino quiso que viviera en un apartamento así, aunque estoy convencida de que no le habría importado vivir en una furgoneta como la suya con tal de seguir haciendo lo que le gustaba. En su opinión la vida era lo suficientemente valiosa, maravillosa y excepcional como para desperdiciarla por algo tan vulgar como el dinero.

—Vulgar… Se nota que jamás le ha faltado.

—En eso lleva razón. Tal vez esté usted aquí para enseñármelo. ¿Se le había pasado por la cabeza?

—Nunca se me habría pasado por la cabeza que yo pudiera enseñarle algo a usted.

—Pues ya ve que se equivoca.

Un gesto de satisfacción se dibujó en el rostro del padre de Nico.

—Creo que examinaré las estanterías, revisaré las ventanas y verificaré que el suelo se halle en perfectas condiciones. ¿Le parece bien que empiece por ahí?

—Usted es el profesional. Si tiene dudas acerca de libros, pregúnteme; sobre carpintería, ya habrá comprobado que no tengo ni la más remota idea.

José García se puso manos a la obra y Teresa contempló la guitarra. Se aproximó a ella con paso lento y la acarició con ternura. El sillón de su padre, la guitarra y la presencia absoluta de su madre flotando por toda la sala. «Mi madre, esa mujer que daba la impresión de proceder del Japón feudal», solía pensar Teresa.

A su mente acudió el recuerdo del sueño de Velázquez y el retrato de don Sebastián de Morra. Seguía sin comprender su significado. Un De Silva cambiando el orden establecido, lo previsible, y otorgando a un enano una dignidad poco probable en su época. Cerró los ojos y sonrió tras un breve y alegre suspiro.

Don Diego (De la Vega) de Silva (Velázquez, Teresa, *El Zorro*), *enano*, dignidad, sus abuelos (inmigrantes portugueses), los libros, una guitarra, *los mismos gustos*, padres e hijos, Cortázar, gatos, Cata, el espíritu de su madre (de Teresa), Tim… Así funcionaba el cerebro de Teresa, estableciendo conexiones a gran velocidad; descubriendo y desentrañando los entresijos que el universo le ponía en el camino. Siempre cabía la posibilidad de establecer una relación entre los diversos elementos de la *ecuación*. Lo sublime de las matemáticas es que, si los cálculos se realizan de manera correcta, el resultado es concreto e irrefutable.

El teléfono comenzó a sonar.

—Diga.

—El mensaje ha sido descifrado.

Era Tim.

—¿Qué mensaje?

—Al que le faltaba algo, ya sabe: PODEMOS CAMBIAR… EL MUNDO.

—¿Podemos cambiar el mundo? ¿Ése era el mensaje?

—Así es.

—Qué vitalista.

Tim escuchó la risa ahogada de Teresa al otro lado del aparato.

—¿Qué le hace tanta gracia? —repuso divertido.

—He de admitir que esperaba algo menos manido. Es más, le diría que un mensaje así no me lo habría esperado ni de un adolescente, y mucho menos de uno como Nico.

—Para su información, no ha sido Nico quien ha resuelto el enigma. ¿Recuerda esos tipos de los que nos habló don Diego, los del bombín y el abrigo? Existen y acabamos de hablar con ellos.

—Vaya, vaya… ¿Están seguros de que no les conviene que abandone el grupo? En mi ausencia suceden las cosas más interesantes.

—Su capacidad para el sarcasmo es, sin duda, envidiable, pero estimo que sería de mayor utilidad que pusiera en funcionamiento esa mente privilegiada con que, según parece, los dioses la han dotado y trate de aportar alguna idea acerca de cómo podemos hacerlo.

—Debería tomarse la vida con más calma, señor Heredia.

—Dudo que sea posible. En cualquier caso, piense en lo que le he dicho.

—Está bien. Por cierto, ¿qué tal esos señores?

—Se lo contaré en persona. Tal vez usted pueda sacarnos de algunas dudas.

Tim colgó tras aquellas palabras.

—¿Todo bien? —oyó preguntar a José García.

—Perfecto. ¿Qué tal usted?

—Llevaba razón: incluso la mejor casa necesita algún arreglo en ocasiones.

Teresa asintió con la cabeza.

—Oiga, tengo que salir. Le dejo algo de dinero sobre la mesa por si necesita comprar material o lo que sea. No le recomiendo comer nada de lo que hay en la nevera. Puede quedarse mis llaves. Ya me las dará luego.

—¿No las va a necesitar?

—No. No obstante, le haré una copia para que no dependa de mí.

—Gracias por la confianza.

—Gracias a usted.

Teresa creyó oportuno sacar al señor *Impala* a tomar el sol. Bajó al aparcamiento y se detuvo un instante antes de retirar la lona del coche de su padre. ¿Cuántos años llevaría sin moverse? Cada semana desde la muerte de su padre Teresa bajaba allí y encendía el contacto para que la batería no se agotase. Lo tenía unos minutos en marcha aunque detenido. Tampoco su padre lo usaba, a decir verdad. Negro, extra largo, descapotable, piezas originales, ruedas bicolor (negro y blanco), limpio. Todo un clásico que, no obstante, no

adolecía los estragos del tiempo. La filósofa anudó un pañuelo a su cabeza, quitó con cuidado la capota, giró la llave y escuchó con satisfacción el sonido del motor. Seguía rugiendo de fábula. Al contacto con la luz de la calle, Teresa se colocó sus enormes gafas de sol negras y sonrió para sus adentros. No dejaba de suponer un enorme placer colocarse al volante de aquel superviviente.

—Muy bien, tomemos rumbo hacia la playa.

Encendió el aparato de música de última generación que el coche llevaba instalado (un capricho de la filósofa) y P.J. Harvey comenzó a interpretar «*A Perfect Day Elise*».

Los chicos se encontraban en el porche de la casa cuando vieron aparecer a Teresa a lomos del Chevrolet. Nico silbó en señal de sorpresa. De haberlo oído la filósofa, no se habría extrañado: no era la primera vez que oía algo así esa mañana.

—¿Nos ha echado usted de menos? —preguntó Tim— Veo que ha regresado antes de la cuenta.

—Bonito coche —dijo Nico.

—Ya lo creo.

La respuesta de Teresa sonó un tanto ambigua. Don Diego permaneció sin decir nada. No tenía criterios para distinguir un modelo de otro más allá de la forma y el estado del vehículo.

—No perdamos más tiempo —prosiguió la lectora de Chesterton—. ¿Qué van a contarme acerca de los señores del bombín?

—Todo apunta a que han venido buscándome —intervino don Diego.

—¿Por qué a usted? —preguntó Teresa casi más para sus adentros (aunque en voz alta) que para ser escuchada por el resto.

—He viajado en el tiempo y ellos también, tal y como se deduce de mi relato ahora confirmado.

—Le dije que no es usted el único viajero en el tiempo, de modo que o bien buscan a varias personas o usted posee algo especial.

—Tiendo a inclinarme por la segunda opción —respondió el *Zorro* con una sonrisa franca.

Su tono de voz experimentó una inflexión significativa. Por primera vez desde su aterrizaje, daba muestras de ser el personaje que todos conocían: el seductor canalla y divertido, dispuesto siempre a jugar al primer toque.

—Ahora debemos descubrir cuáles de esas peculiaridades suyas interesan a esos tipos.

—¿Puede guardar alguna relación con el mensaje que estaba esperando? —apuntó Nico.

Los adultos guardaron un momento de silencio, dedicado a la reflexión.

—«PODEMOS CAMBIAR EL MUNDO» y *El Zorro*… Me parece una asociación significativa —señaló Teresa.

—¿En qué sentido? —se interesó Tim.

—Disculpe mi falta de delicadeza —se disculpó Teresa refiriéndose a don Diego—. Todos sabemos que *El Zorro* era un defensor de la justicia. ¿A quiénes se enfrentaba?

—A Sánchez Monasterio, a don Ramón, a…

—…A caciques, políticos y agentes de la ley corruptos y todo tipo de tiranos —atajó Teresa—. ¿Les suena de algo?

Tim extrajo medio puro de su chaqueta y lo encendió con cierto ceremonial. Por supuesto que le sonaba lo que aquella elegante dama decía.

—Luego, ¿cambiar el mundo equivale a construir un mundo más justo? —añadió un tímido Nico.

—Sí, Nico, construir un mundo mejor. El sueño de todo adolescente…

—¿Y nos corresponde a nosotros?

—Eso parece. Por supuesto, de momento, se trata de una mera hipótesis. Hay otras, claro está: Tim es médium (el pasado, el karma, nuestros ancestros); yo soy filósofa (la cultura, el pensamiento···). Pero la presencia de Nico inclina mi balanza del lado de la primera idea; él es una clara víctima inocente de todas las aberraciones del Sistema...

—¿Qué podemos hacer?

—Ésa es la gran pregunta y puede que si Tim prepara un poco de café tengamos ocasión de encontrar la solución.

—A sus órdenes *mami*.

Mientras esperaba que Tim regresase con el café y estuviera presente, Teresa fijó su mirada en el mar. Cambiar el mundo y el *Zorro*; *El Zorro* y la justicia; la justicia y la corrupción… desde un punto de vista lógico, cambiar el mundo equivalía a restablecer la justicia mediante la abolición de la corrupción. Estaba claro. ¿Cómo llevar a cabo tan compleja tarea? Considerando la perspectiva histórica, los intentos del pasado habían resultado inútiles. En líneas generales, la conclusión que cabía extraer *a priori* era que ninguna solución podía surgir del ámbito institucional —lo cual podría verse como una contradicción en los términos: ¿cómo iban a iniciar los principales interesados en un desigual *statu quo* una serie de medidas que atentasen contra sus propios intereses?—. La clave residía en una implicación masiva y contundente del grueso de la población. ¿Huelgas y manifestaciones? Únicamente servían para aparentar transparencia en el juego democrático pero su empuje duraba muy poco y su eficacia todavía menos. La solución tenía que asemejarse a una «guillotina virtual», eso sí, pacífica, que cercenase la testa del Leviatán estatal y su cola financiera.

El desplome del Sistema sería tan rápido y sencillo como aplicar de forma radical el absentismo electoral e insumisión fiscal, si bien dicha medida podría atemorizar a un

porcentaje demasiado elevado de la población. Luego se imponía la necesidad de recurrir a otros mecanismos menos drásticos pero igualmente efectivos y duraderos. De antemano, como elementos imprescindibles del cambio se presentaban el espíritu de cooperación, la solidaridad, la cultura, la actitud crítica, la… Tim sacó a Teresa de su filosófica ensoñación.

—Su café.

—Muchas gracias.

—Y bien, ¿cuál es su diagnóstico y su propuesta para cambiar el mundo?

Teresa dio un sorbo al café caliente.

—Tendremos que llegar a la conclusión entre todos, pero se me figura que la solución, el cambio, pasará por el triunfo de la sociedad civil, dado que las instituciones tanto públicas como privadas están podridas, la esfera política es obscena y favorece la creación de élites extractivas que consumen los recursos de la mayoría.

—Uh, si llego a saber que íbamos a ponernos tan profundos esta mañana, habría desayunado un whisky doble…

Cata maulló de un modo apenas perceptible.

—¿Por qué piensan que esos señores, los del abrigo y el sombrero, le han transmitido a Tim la última palabra de la frase? ¿Por qué se interesan en don Diego? ¿Acaso quieren ayudarnos?

—De ser así —dijo Tim—, tienen una forma muy particular de hacerlo.

—¿Querrán ellos también cambiar el mundo? ¿Es posible que nos necesiten para poder llevarlo a cabo?

—Imagino que eso de cambiar el mundo debe resultar lo suficientemente complicado y agotador como para requerir un poco de ayuda —dijo el médium.

—¿Son ellos los que nos han unido? —medió don Diego.

Demasiadas preguntas, pensó Teresa. El *Impala* fulguraba bajo la luz del sol. Nico encendió un pequeño transistor que había sobre la mesa. Estaba sintonizado con la emisora favorita de su padre. Los primeros acordes de «*Standing on the Verge of Getting It On*» de *Funkadelic* se expandieron por el ambiente, mientras el grupo miraba al horizonte tratando de dar una respuesta a las múltiples cuestiones que les asaltaban.

«Cambiar el mundo, menuda pasada», se dijo Nico García y una sonrisa amplia se dibujó en su rostro. Sin una explicación lógica, sintió un súbito y repentino deseo de abrazar a su padre.

19

—Misión cumplida, señor.

Caronte no respondió a su aliado más que con un suave asentimiento con la cabeza. Éste abandonó la sala en silencio y el hombre de Estocolmo volvió a sumirse en una profunda lectura de *El hombre que fue jueves*. Parecía examinar cada letra con sumo detalle. La suya era una primera edición de 1908. Caronte solía decir a sus camaradas que la mayor parte de las respuestas se hallaba en ese texto y, en consecuencia, lo estudiaba como si se tratase de un libro sagrado, de la propia Biblia.

Solía sacarle una sonrisa socarrona el hecho de que la mayor parte de la población asociase anarquismo con el uso de pasamontañas o algún tipo de máscara para ocultar el rostro, así como con un extracto social bajo y un consecuente desaliño. Chesterton había dejado bien clara —empero, no había sido el único— la existencia de otras combinaciones posibles, tales como anarquismo y dandismo, desobediencia civil y elegancia, insumisión y cultura, etc.

Asimismo, el simpático escritor británico había plasmado en sus libros algo por todos conocido, aunque lo había llevado a cabo de una forma magistral; supo describir como pocos el modo en que las cosas no son siempre lo que parecen. Un supuesto asesino puede esconder un santo en su interior; un ladrón tal vez presente los modales de un *gentleman*; el mayor de los enredos puede resolverse mediante giros inesperados y poco previsibles; Dios quizá se esconda detrás del cabeza de una siniestra organización terrorista… Cierto era que Chesterton había violentado el pensamiento lógico gracias a sus paradojas y, en especial, al tratamiento poco convencional y nada estereotipado de las tramas y su errática lógica interna.

Caronte levantó los ojos del libro y se preguntó acerca de las consecuencias probables de que todo hubiese salido según lo previsto por él —de acuerdo con los cálculos que llevaba a cabo sin cesar—. Indudablemente los *pasajeros* se preguntarían por las motivaciones de los *golconditas*. También caía dentro de lo posible, si bien resultaba poco probable, que *El Zorro* les hubiese identificado como los hombres que vio la noche en que fue transportado a través del tiempo. Desde luego, Tim habría sabido advertir que acababan de ofrecerle la última parte del mensaje que esperaba y, a partir de ahí, se pondrían a pensar en la manera de ejecutar la misión que les había sido encomendada desde el «más allá». Teresa comenzaría a aportar ideas como si de una ametralladora filosófica se tratase y Nico tendría ocasión de hacer gala de su desaprovechada, hasta la fecha, inteligencia. La sorpresa final —detalle que suscitó algo parecido a una media sonrisa en la cara del hombre de Estocolmo— vendría de la mano, o de la pata, de Cata, la gata misteriosa. ¿Cuánto tardarían en descubrir el enorme potencial de aquel animalito en apariencia indefenso? Llegado el momento, cómo no. Se sorprendió de haberse formulado una pregunta cuya respuesta conocía de antemano. Después tuvo la impresión de que en eso consistía la humanidad. Saber las respuestas de casi cualquier cuestión con una probabilidad próxima al cien por cien resultaba aburrido hasta el extremo, por no hablar de que limitaba la necesidad de la comunicación verbal hasta un punto insostenible. El factor sorpresa, por tanto, era sumamente apreciado por Caronte, el hombre de Estocolmo, el impasible. El factor sorpresa. Chesterton. El modo en que el universo nos muestra su grandeza y nos recuerda que seguimos siendo humanos, demasiado humanos.

Para conocer el futuro, decía Caronte, sólo había que prestar atención a los datos que la observación nos proporcionaba. Ahora bien, dicha observación debía respetar una regla: la apertura de miras. Un buen observador era aquel capaz de conectar sucesos, fenómenos, acontecimientos en principio ajenos entre sí y para ello se imponía la necesidad de no cerrar la mente a lo extraordinario. Conforme se asumía que todo estaba relacionado, las conexiones

comenzaban a manifestarse. Al principio, sólo se las podía ver con carácter retrospectivo, pero con un poco de práctica incluso la persona más corriente sería capaz de anticiparse al devenir de tales eventos. Una mirada educada, metódica y atenta podía predecir el porvenir. No había nada mágico en ello.

Tampoco cabía hablar de magia si de extraños mundos paralelos, otras áreas de realidad y planos alternativos se trataba. Los *golconditas* habían tenido acceso con anterioridad a algunos datos que, posteriormente, la ciencia normal trataría de explotar con mayor o menor éxito. Sin ir más lejos, el físico francés Costa de Beauregard, en su libro *Le Second Principe et la Science du Temps*, llegó a la conclusión de que había dos áreas de realidad, luego dos clases de tiempo: la realidad física, ordinaria, estudiada por la ciencia, que estaría sujeta a la entropía —luego a la consiguiente pérdida de energía en cada proceso o acontecimiento— y otra realidad alternativa, un *otro lugar* (en términos suyos) donde no existe el tiempo (y mucho menos un tiempo lineal, vinculado de manera inexorable a la irreversibilidad); un *ailleurs* donde se crearían sistemas de energía superior, un lugar psíquico, algo inconsciente si se quiere; el ámbito donde se formarían las representaciones. Un escenario que, en palabras de Carl Gustav Jung, podría definirse como la fuente energética del inconsciente colectivo. Un espacio, o continuo espacio-tiempo, en el cual sería posible la *retrocausalidad* (el efecto precede temporalmente a la causa sin ser aquél causa de ésta).

Desde el punto de vista de Caronte, no había mucha diferencia entre las conclusiones a las que habían llegado, acertada o desacertadamente, la ciencia y las que la propia literatura sugería. ¿De qué si no hablaba Cortázar en *Rayuela* cuando afirmaba que «hay tiempos diferentes *aunque* paralelos»? ¿Cuál era, en última instancia, la esencia de ese mecano narrativo?

En la progresiva pérdida de energía, en el peso creciente de la entropía, estribaba parte de la necesidad que los *golconditas* tenían de los otros cuatro humanos y su gata. La

organización sueca se veía sujeta al desgaste, al paso del tiempo en cierto sentido (y no en otros), y, en consecuencia requería los «servicios» de un ejército más joven. Era verdad que algunos de los *pasajeros*, por no decir todos, habían sufrido mermas en su energía, debido asimismo a la transmigración, pero no hasta el punto en que las padecía el conjunto *golcondita*. Porque el tiempo, según creía Caronte haber escuchado o leído en alguna parte, lo destruye todo.

A decir verdad, lo contrario también habría resultado del todo cierto, a saber, que el tiempo lo crea todo (o todo se crea en el tiempo o el tiempo no destruye nada).

—Cómo hemos envejecido… —se lamentó el hombre de Estocolmo—. Me pregunto si nuestros ideales habrán corrido el mismo destino.

Sus palabras, aunque emitidas como en un susurro, inundaron la sala vacía. Su efecto se veía potenciado por el lema y el logotipo clavados en la pared, quedos guardianes de un proyecto oculto a las masas, a las hordas de ciudadanos sujetos al ritmo implacable de la cotidianidad y la vida moderna (madrugar, trabajar en algo desagradable o anodino, arañar un poco de vida familiar delante de la televisión, dormir y después morir).

Abandonó la mesa y se aproximó al ventanal, tratando así de insuflar a su corazón un poco de esperanza gracias a la luz solar y la visión de la vegetación que poblaba el otro lado, el que quedaba separado por el cristal. Para su alivio, una idea tranquilizadora cruzó su mente: a pesar de que ellos se hicieran *viejos*, sus ideales no morirían jamás. Cambiarían, se adaptarían a los tiempos, pero nunca desaparecerían, dado que formaban parte inherente del ser humano. Casi tanto como la tendencia a la esclavitud bajo cualquiera de sus formas —incluso, y en especial éstas, las más «amables»—. Algo parecido a un suspiro surgió de su pecho. Le consoló apreciar lo inevitable que resultaría el éxito de su plan. De un modo u otro, en algún sitio y en algún momento, alguien lograría llevarlo a cabo. Adoptaría otra forma, pero no otro contenido. Nada alteraría su verdadero significado. Ninguna fuerza externa

podría detenerlo, dado que encerraba en su interior la más poderosa que existía y contaba con el ejército más numeroso y entregado.

¿Estarían los *pasajeros* dispuestos a ayudarles?, se preguntaba Caronte. A toda estadística y cálculo de probabilidad subyace un número variable de imponderables que anulan la perfecta certeza tautológica de las matemáticas. El hombre de Estocolmo tendía a creer que sí, que las cosas saldrían según lo previsto y que el equipo formado por cuatro humanos y una gatita se pondría de su parte, mas no era capaz de determinar con precisión el modo en que ello sucedería. El factor incertidumbre lo atormentaba ligeramente, sabedor de que un mínimo cambio en el planteamiento podría poner patas arriba toda la combinatoria cósmica. Después meneaba la cabeza y sonreía lleno de melancolía, añorando los tiempos en que todavía era capaz de sorprenderse. La maldición de Casandra no era estar condenada a que nadie la creyese sino al tedio y apatía que se desprendían del conocimiento, del saber absoluto, de la visión totalizadora. No sería el primero de los compañeros en caer presa de la pasividad, el abatimiento, el desapego extremo, pero tal cosa no formaba parte de su destino. «No por ahora», habría señalado Caronte, siendo consciente de que ese «ahora» era eterno y esencialmente relativo.

El hombre de Estocolmo se dijo a sí mismo que había cumplido su parte de un tácito y secreto trato al transmitir a Tim la última parte del mensaje que debía recibir. Ahora los dos bandos estaban en igualdad de condiciones y una caballerosa contienda podía ya dar comienzo. Completar el resto del rompecabezas sería asunto suyo y de sus camaradas. A decir verdad, cada formación se vería enfrentada a sus propios enigmas, a la necesidad del desciframiento de sus oráculos particulares, y quien fuese más rápido en la dilucidación de los mismos se alzaría finalmente con la victoria. Las cartas habían sido arrojadas sobre el tapete y empezaba oficialmente la partida.

Caronte aspiró el aire con fuerza. «Podemos cambiar el mundo», repitió para sus adentros.

20

El sol comenzaba a ponerse y escasas eran las palabras que habían salido de la boca de ninguno de los invitados de Tim Heredia.

—Oye, chaval —dijo éste—, ¿crees que tu padre sabrá llegar hasta aquí desde la *city*?

—No olvide que antes de vivir en plena calle, mi padre trabajaba por la zona. Vino muchas veces por aquí, pero gracias por interesarse.

El médium hizo el gesto de despejar un balón imaginario con la mano y después se encogió discretamente de hombros, en un intento de quitarle importancia al asunto.

—Yo podría telefonear a casa.

Nico rió antes de señalar:

—No lo cogerá.

Teresa sonrió.

—Recuérdame que nos hagamos con un teléfono móvil para él. Es probable que lo necesite en esta nueva fase de su vida laboral. No queremos que pierda clientes, ¿verdad?

Tim se levantó de la silla y estiró los brazos ignorando la presencia de una dama (en primer lugar) y de otras personas (en segundo).

—Oiga, don Diego, ¿qué tal se le da a usted eso de la esgrima?

Don Diego «Gable» de la Vega, se irguió un poco más (a decir verdad, jamás se relajaba del todo ni perdía la compostura), como si acabara de despertar de una ensoñación diurna.

—Si me permite la franqueza, no se me da nada mal, señor Heredia. ¿Es usted ducho con el estoque?

—En mis tiempos jóvenes, más jóvenes quería decir —matizó, dedicando una pícara mirada a Teresa—, me entregué durante algún tiempo a la práctica y ejercicio de tan noble disciplina.

—Arte, querrá usted decir.

—Es usted todo un purista.

Don Diego se atusó el bigote con cierta afección ceremonial.

—Se lo decía —prosiguió Tim— porque, en fin, no creo que tenga muchas oportunidades de batirme, deportivamente, con *El Zorro* y me preguntaba si…

—Estaré encantado, señor Heredia. Desde que he llegado aquí no he tenido ocasión de practicar un poco y, de hecho, casi que le agradecería su ayuda. Será un placer tener un caballeroso encuentro con usted.

—Contienda a la luz de la luna —señaló Teresa divertida—. Suena bien.

En sus ojos, Tim pudo advertir la chispa del coqueteo. Ella mordió suavemente una de las patillas de las gafas, gesto inequívoco de desafío sensual.

—Es justo que nos divirtamos un poco, ¿no le parece, *señorita* De Silva? —El énfasis en el tratamiento de la dama fue percibido por el resto.

Una sonora carcajada de Nico desvió por un momento la atención del grupo.

—¿Divertirse un poco? ¡Es lo único que hemos hecho desde que nos conocemos!

Las palabras del muchacho encerraban una dosis de ternura e inocencia que no pasaba desapercibida a la única mujer del equipo. Tampoco a Tim, a pesar de su pose estoica y *cool*.

—Ve preparándote, muchacho, porque después te tocará a ti.

Don Diego, que advirtió el movimiento, se puso en pie y se ajustó la cinturilla del pantalón con una maniobra miles de veces ensayada. De pie junto al médium, la estatura del viajero se acentuaba aún más, no porque Tim fuese bajo sino porque *El Zorro* era mucho más

alto que la media. Para sus adentros, Tim se preguntó si en algún libro basado en sus aventuras se ofrecería algún dato al respecto.

—Así es, te enseñaremos a utilizar el sable.

Los ojos del chico se agrandaron como platos. Aquello excedía todas sus expectativas y, claro, ¿a qué joven no le apetecía aprender a manejar una espada nada más y nada menos que de la mano de *El Zorro*?

A todos pareció pasarle desapercibido cierto tono de ambigüedad en las palabras del encarnado personaje de ficción. A todos salvo a Teresa. Era evidente que el muchacho necesitaba algunas cosas que iban más allá de la comida y el alojamiento y, por supuesto, de la esgrima. Aquel adolescente precisaba algo fundamental para su sano desarrollo posterior: una buena sobredosis de autoestima. Teresa supuso que debía ser demoledor pasar la mayor parte de la adolescencia ahuyentando a las chicas, siendo invisible para ellas y, al menos desde una perspectiva teórica, nadie como *El Zorro* para enseñarle los secretos más profundos del arte de usar el «sable» («Gable», pensó la filósofa al tiempo que asentía lentamente con la cabeza y contenía la risa).

Poco a poco, los detalles de la misión iban ordenándose con precisión en su mente. Le faltaban piezas, por supuesto, pero ya se veía en disposición de señalar algunos indicios. Uno de ellos era la correspondencia entre grande y pequeño, desde una perspectiva estructural. Así como algunos científicos comenzaban a comparar en relación a la organización (interna, funcional) del cerebro humano y del universo, Teresa tuvo un destello de lucidez extrema, un *flash* revelador: no podrían cambiar el mundo si antes —o a la par— no cambiaban (arreglaban) su mundo, como si de un aforismo wittgensteniano se tratase («El mundo es *mi* mundo»).

Visto desde otro ángulo, la aventura de aquellos cuatro seres humanos y un gato se asemejaba bastante a una parodia un tanto bizarra de *El mago de Oz*, donde todos querían

regresar a algún sitio y a cada uno de los cuales le faltaba algo que, como todo buen arquetipo exigía, encontrarían a lo largo del camino.

—Debo tener algún juego por aquí dentro —dijo Tim volviendo al tema de la esgrima.

—Si no le importa —agregó don Diego—, yo utilizaré mi propio sable.

—No esperaba menos. Todo un honor batirme con usted y su *Excalibur*.

—¿*Excali*… qué?

—*Excalibur*, su espada. Una broma absurda.

—El honor será nuestro, no lo ponga en duda.

Nico escuchaba el intercambio dialéctico entre los dos espadachines mientras sus manos jugaban con unas cartas Zener que Tim había dejado sobre la mesa del porche.

—¿Le parece bien que lo hagamos antes de cenar?

—Una excelente idea. ¿En la playa?

Tim evaluó los pros y contras de dicho escenario y, tras considerar la fecha en la que se hallaban, estimó que no habría mayores inconvenientes.

—¿Luchará con ese traje o prefiere vestir el que traía de Los Ángeles?

—Me siento mucho más cómodo con el viejo. Espero que no le suponga ningún problema.

—En absoluto. Soy incapaz de pensar en un atuendo más adecuado para la ocasión.

—En ese caso, voy a prepararme. Estaré dispuesto en unos minutos y, a partir de entonces, cuando usted guste.

Tim asintió con la cabeza con cierta afectación. En el fondo estaba imitando sin malicia los ademanes un tanto encorsetados y arcaicos de su contrincante.

Don Diego se retiró y Tim, esperando un aplauso figurado que no llegó, ahogó un suspiro concentrando todo el aire exhalado en un pequeño, breve y agudo gemido. Teresa no lograba

extirpar de su mente el cliché y se imaginaba la escena que estaba a punto de desarrollarse con un tema de *Calexico* de fondo, concretamente «El picador».

Nico palpó sus bolsillos por impulso y descubrió algo que su padre le había dejado por la mañana, encargándole un recado que, por alguna razón inexplicable, olvidó de inmediato. Oyó ruidos en el interior de la casa y supuso que se trataba de Tim buscando las máscaras protectoras, el peto y su sable. A pesar de que el médium siempre había imaginado al *Zorro* con un florín, lo cierto es que éste se las arreglaba mejor con el sable y a Tim no le disgustaba en absoluto esa otra opción. Don Diego apareció con su traje habitual —al menos en el imaginario colectivo— perfectamente limpio, si bien había prescindido del antifaz.

—Debo admitir que tiene usted un porte envidiable —señaló Tim, ataviado con un ridículo peto sobre la camisa, una máscara puesta y el sable desenfundado. En la otra mano llevaba un protector para su oponente.

—No desconfío de su destreza, señor Heredia, mas preferiría no ponerme esa especie de armadura de cuero.

—¿Ni la máscara?

—Ni la máscara.

—En ese caso llevaré cuidado…

—Todo un detalle por su parte —dijo *El Zorro*, sabedor de su superioridad.

Tim tenía muy buen aspecto, pero no le quedaba nada bien, ni siquiera con un mínimo de dignidad, el uniforme de espadachín. Fue al verles cuando Nico recordó lo que le había prometido a don Diego.

—Don Diego —dijo—, mi padre me ha pedido que le devuelva esto y le dé las gracias —alargó la mano y ofreció las monedas de oro a De la Vega, que dudó entre si cogerlas o no—. Dice que ya no las necesita ahora que vuelve a tener trabajo.

—Tu padre es un hombre honrado, muchacho. Hazle caso, aprenderás mucho de él.

Nico tragó saliva al escuchar las palabras de su compañero, no por tristeza sino en un intento por contener lágrimas de emoción. Su padre un buen hombre. Nunca había dudado de que así fuera si bien no pensaba que tuviera ocasión de demostrárselo. Don Diego guardó las monedas en su bolsita y se volvió hacia Tim Heredia:

—¿Preparado? —preguntó.

—Por supuesto.

El médium carraspeó antes de ponerse en camino hacia la orilla de la playa, emplazamiento del improvisado combate. Don Diego mantuvo la mirada fija en los ojos de Tim, quien adoptó una postura que, si bien no estaba nada mal para un aficionado, ofreció a su oponente demasiadas evidencias acerca de su nivel. Un rápido y preciso examen del lenguaje corporal del contrincante debe ser siempre la primera medida antes de comenzar el asalto. La postura, el ángulo a la hora de coger el arma, los puntos débiles, las posiciones inestables, la estatura y otras particularidades de orden corporal podrían resultar decisivas a la hora de ejecutar con éxito un ataque. Ambos presentaron armas y, casi de manera inmediata, los metales comenzaron a chocar entre ellos. Cualquiera que se halle familiarizado con la esgrima u otro tipo de combates —incluyendo los de cuerpo a cuerpo más puro— sabe que los primeros golpes son de tanteo y tienen por objetivo afinar un poco más el análisis previo, el relativo al lenguaje corporal. Esta segunda evaluación ofrece a los luchadores mucha información acerca de aspectos como la fuerza, la decisión, el ímpetu, el temple, la rapidez, la destreza, indicios de resistencia, etc. Detalles que en contiendas más comprometedoras pueden resultar decisivos y vitales.

Teresa contempló con gran satisfacción aquella danza viril y caballerosa, lamentando el deplorable estado en que había caído —por norma general— el género masculino, perdiendo las formas a cada paso y embruteciéndose sin remedio. Nada comparable con los personajes de Chesterton o los de Conan Doyle, con mención especial de Sherlock Holmes, a quien la

práctica de un deporte de contacto como era el boxeo no le hacía perder ni un ápice de educación, buenas maneras y sentido del humor. Nico le acercó una copa de vino que ella agradeció con un movimiento cortés de cabeza. Para él, un refresco. La luz de la luna ya se había apoderado de la totalidad del espacio y bañaba los cuerpos convirtiéndolos en entidades plateadas.

Un sonido familiar se escuchó a lo lejos. Nico lo reconoció al instante y Teresa casi a la par. Se trataba de la furgoneta de José García. Llegó corriendo y un tanto asustado al ver a aquellos dos hombres batiéndose en duelo.

—¿Qué pasa? —le preguntó a su hijo, visiblemente alterado.

—Nada, papá. Están practicando un poco.

—¿Una copa de vino? —preguntó Teresa.

—Se lo agradecería, la verdad.

—Nico, por favor, ¿podrías traerle una copa de vino a tu padre? Gracias.

El chico corrió, pues no quería perderse ni un segundo de un combate donde Tim llevaba, desde el principio y en honor a la verdad, las de perder. No perdía el aplomo, pero se apreciaba que no le habría venido nada mal ejercitarse un poco (en general, y no sólo con el sable). Teresa supuso que el contacto continuo con los espíritus le había alejado más de lo recomendable del plano físico. Don Diego, sin embargo, hizo gala de su enorme tacto al no forzar a su oponente hasta la pérdida del decoro o la extenuación. Claramente superior, lo manejaba dejándole siempre un poco por debajo de sus posibilidades a fin de que Tim no tuviera que esforzarse sobremanera y mantuviese de este modo un aspecto digno y sin muestras de fatiga.

—Gracias —dijo José García al recibir la copa de manos de su hijo.

—¿No vas a preguntarle a tu padre cómo le ha ido el día? —preguntó Teresa con fingido desinterés, sin apartar la mirada de los combatientes.

—¿Qué tal?

La pregunta sonó tímida, cargada de esa inseguridad macerada durante algunos años.

—De fábula, hijo, ha ido de fábula. Ya le he dado de nuevo las gracias a la señora De Silva en tu ausencia, mientras has ido por el vino, por esta oportunidad.

—Le he dicho que no era necesario hacerlo y que prefería que me llamase Teresa a secas, ¿no es cierto?

José García asintió con la cabeza y su hijo, sonriendo, le pasó la mano por la cintura. Los tres volvieron a centrar su atención en los espadachines. Teresa aprovechó el «descuido» de padre e hijo para sonreír, henchida de orgullo y con una sensación de indescriptible felicidad.

De repente, Tim bajó el sable y se apoyó sobre él. Pasó una mano por su frente, miró a don Diego y sonrió. Estaba sudando a pesar de la temperatura ambiental.

—¡Está usted en plena forma! —reconoció el médium.

—Usted tampoco lo ha hecho nada mal.

Jadeando con discreción, Tim se acercó a su rival y le estrechó la mano. Después, tras dar una palmada en su espalda, avanzó hacia su escaso pero entregado público. Teresa, Nico y su padre aplaudían alegres. Cata, que acaba de incorporarse, maulló una vez.

—Pasemos dentro —sugirió Teresa—. No querrán enfriarse, ¿verdad?

—¡Ha sido genial! —exclamó el muchacho.

—Ve preparándote, chaval. Tu turno es el siguiente…

—¿Vas a pelear? —preguntó el padre un tanto alarmado.

—Va a aprender a defenderse todavía mejor —precisó don Diego—. Usted le ha dado las herramientas necesarias y, si lo aprueba, yo perfeccionaré su estilo.

—¡Yo nunca le enseñé a luchar!

—¿En serio? —*El Zorro* lanzó una mirada incisiva pero bondadosa a José García. Teresa supo al instante hacia dónde se encaminaba su compañero y quiso ver cómo proseguía—. Han vivido varios años en la calle y mírelo. ¿Acaso eso no es luchar?

José García contrajo las mandíbulas en una mezcla de mal recuerdo y gratitud.

—Gracias a todos. Gracias de verdad —acertó a decir antes de que percibiese cómo la emoción le iba inundando el pecho, amenazando con desbordarse.

—¿Qué les apetece cenar esta noche? Cocino yo —se ofreció Tim. Supo de inmediato que debía intervenir y romper la tensión.

—¿Sabe usted cocinar?

—No pensará usted, doña Teresa, que estos años me los iba a pasar de fonda en fonda…

—Por paradójico que pueda resultarle, yo no pienso nada.

—¿Le he dicho ya que me recuerda a mi actriz favorita? —el cambio en su tono de voz denotaba que pretendía adentrarse en otros terrenos.

—Depende de quién sea ella.

—Monica Bellucci, por descontado.

Nico y José García silbaron al unísono y sin decir nada más entraron a la casa seguidos de don Diego, sonriendo por lo bajo. Era oficial que entre esos dos personajes de aspecto decimonónico se estaba gestando una eléctrica historia de amor.

21

En el despacho de Caronte la actividad era frenética, dentro del estatismo que caracterizaba a los *golconditas*. Siete hombres rodeaban la especie de giroscopio que presidía el centro de la sala. Permanecían de pie, inmóviles. El hombre de Estocolmo ocupaba una posición privilegiada, con la bandera a su espalda.

—Ha llegado el momento de pasar a la acción —anunció Caronte.

—El cargamento ha llegado esta mañana.

—¿Se halla a buen recaudo?

—Tal y como usted ordenó.

—La distribución se llevará a cabo según lo señalado —intervino un tercero.

—En dos días, la mercancía estará debidamente ubicada.

—Perfecto.

—¿Está usted seguro de que don Diego y compañía no nos causarán problemas?

—Espero que así sea. No me gustaría tener que tomar medidas drásticas, si bien, como muy bien saben, en caso de verme obligado a hacerlo, no me temblará el pulso.

Una espeluznante risa unánime y ahogada hizo las veces de muestra de asentimiento colectivo.

—¿Qué le hace pensar que acabarán colaborando con nosotros?

La mirada que Caronte lanzó a quien acababa de formular la pregunta fue acerada, casi amenazadora.

—No tienen alternativa. No creo que deba recordarles que la misión que nos ha sido encomendada no procede de una instancia que sea fácilmente cuestionable. Las mismas fuerzas que operan sobre nosotros y que precipitaron la formación de nuestro grupo tienen

efecto sobre ellos. La única ventaja que por el momento les llevamos es que nosotros lo sabemos y ellos no. Indudablemente, es cuestión de tiempo, de poco tiempo, que lo averigüen y será entonces cuando dé comienzo la parte más delicada de nuestro plan. Ésta es la razón por la que tenemos que obrar de manera anticipada. El factor sorpresa, por irónico que pueda resultar, es clave para el éxito de nuestra misión.

Los convocados dedicaron una mirada al giroscopio.

—El reparto de material supone la parte más compleja de la operación y nos llevará aproximadamente un mes. Nuestros «amigos» tendrán ocasión de prepararse o, como poco, de realizar su jugada. Después de todo, la caballerosidad se nos presupone y siempre apostamos por el juego limpio.

—¿Tiene alguna hipótesis de por qué vías se decantarán?

La pregunta incomodó un tanto a Caronte.

—Las hipótesis… ¿Se acuerdan ustedes de cuando aún teníamos que recurrir a ellas? Sé con certeza lo que sucederá, lo cual me causa una cierta desazón.

—¿Hay algo que podamos hacer para evitarlo?

—Por desgracia no. Señores, seamos serios. No formulen preguntas cuya respuesta conozcan de antemano. —El interrogador agachó la cabeza avergonzado para reponerse casi de inmediato—. Lo único que cabe hacer es esperar. Quién sabe si el *jefe* no tiene preparada alguna broma para nosotros… Por lo pronto, les sugiero que vayan ocupando sus puestos. Esta reunión supone el comienzo oficial de la operación. Ya pueden estar preparados.

El grupo se disolvió en silencio, quedando Caronte como único guardián de la sala. Ocupó su sillón y hundió los ojos en un libro, en este caso una primera edición del *I Ching* en la traducción de Richard Wilhem e introducción de Carl Gustav Jung. «Sincronicidad, qué concepto tan sugerente», pensó el hombre de Estocolmo. Pasaba los dedos por encima de determinados hexagramas, como si tratara de extraer algún significado oculto vía dactilar.

Juntó los dedos en forma de pirámide y dejó que sus ojos vagaran por el vacío de la habitación. Su mente trabajaba a una velocidad que un ser humano corriente sería incapaz siquiera de imaginar y que dejaría al computador más avanzado al nivel de un cacharro desfasado. Ventajas de tener una relación privilegiada con el tiempo, habría contestado Caronte en caso de que alguien le hubiese consultado al respecto.

Su fascinación por el pensamiento chino era notable aunque no fuera capaz de recordar, muy a su pesar, en qué momento comenzó a sentir dicha atracción. A su juicio, la civilización china superaba a Occidente en muchos aspectos y era sólo una cuestión de geopolítica histórica —y tal vez, según él, algún capricho divino— que el punto de vista del hombre blanco hubiera acabado imponiéndose con no siempre deseables consecuencias. La ciencia contemporánea contemplaba abochornada cómo muchos de los planteamientos y conclusiones a las que habían llegado los chinos miles de años antes de que en esta parte del mundo se concibiera la idea de algo similar a la ciencia comenzaban a demostrarse como válidos. En última instancia, y en resumen, los postulados científicos más avanzados venían a coincidir, con una inquietante correspondencia, con los del pensamiento chino clásico: sincronicidad, ciclos, tiempo no lineal, planos paralelos de existencia, relativismo ontológico (la mariposa de Chuang Tsé), pensamiento holístico, fe en el poder de la mente, el espíritu y lo sobrenatural (entendido como ese dato o fenómeno que pone en jaque a la estadística), conexión íntima de cada uno de los elementos que componen nuestro hábitat —por no decir directa y claramente el cosmos—, significado místico de los números, etc. Al leer aquellos textos uno podría sentirse sin problemas en presencia del mismísimo Fibonacci, por poner un ejemplo relevante y lo suficientemente gráfico (amén de estereotipado). Pero también de Heisenberg o Schrödinger. O de Einstein.

Sólo las escasas miras y el exceso de vanidad de algunos de los más reputados representantes de la ciencia contemporánea —fiel reflejo del conjunto de la sociedad— posibilitaba que se perpetuase una absurda dicotomía entre ambas visiones del mundo.

A lo largo de los años, Caronte había intensificado su desconfianza en las esperanzas del ser humano respecto a su evolución y su dictamen era que, por primera vez en la historia de la humanidad, las personas involucionaban. El grado de comodidad física del que gozaba un porcentaje elevado del Primer Mundo —a la sazón, el más poderoso— y el adocenamiento sutil (las más de las veces) al que había sido sometido su población, habían empujado a hombres y mujeres a la búsqueda de nuevos estímulos y entretenimientos que los sumían en una progresiva regresión a estadios muy anteriores de la conciencia y espíritu humanos. Cuando estos pensamientos acudían a su mente lo hacían acompañados de otro recuerdo: el de los *Eloi* que aparecían en la famosa fábula de H. G. Wells *La máquina del tiempo*. El hombre de Estocolmo consideraba que el autor no se había equivocado en absoluto y que fue capaz de retratar con una precisión aceptable el futuro de la especie. La desconfianza de Caronte le empujó a recrudecer y radicalizar sus posiciones ideológicas y, en consecuencia, a imprimir a su plan un sesgo más violento. No obstante, por lo que concernía al pequeño grupo de *los pasajeros*, su opinión era del todo diferente.

A pesar de haber dicho a sus compañeros que Teresa y compañía ya tenían los elementos para empezar a jugar su partida, para sí tenía que el comienzo tuvo lugar mucho antes y, a decir verdad, aun sin saberlo ellos, habían avanzado mucho: se habían encontrado los unos a los otros; formaban un grupo con los roles bien definidos (a pesar de que todavía no supieran en qué sentido); intuían —al menos la filósofa— algunos aspectos clave (como el hecho de que nada lograrían en el exterior si antes no organizaban la *casa*) y, tal vez lo más importante, habían constituido una especie de familia no impuesta por la sangre sino unida por la pura afinidad y un destino común. Eso les confería una fuerza difícil de prever, determinar y

mucho menos controlar. A su juicio, el aglutinante del grupo era Teresa, una mujer enigmática sin lugar a dudas; una madre simbólica, arquetípica.

La presencia de la gata, sin embargo, le complicaba las cosas a Caronte, al menos desde su punto de vista. Volviendo a la idea de arquetipo, la tradición dejaba bien claro que si un animal está de parte del héroe, éste siempre gana. Cualquier otro no prestaría atención a dicho detalle, mas el hombre de Estocolmo tenía muy claro que eran justamente los aspectos en apariencia insignificantes los que podían dar al traste, y de hecho daban, con el plan más elaborado. Por otra parte, bien tenía presente que nada podía hacer al respecto. A pesar del enorme poder que ostentaba entre los suyos, no era el último responsable. Sabía de la existencia de entidades superiores a él… Si bien no era capaz de comunicarse con ellas a través del lenguaje ordinario, a la postre, el único que conocía.

Por primera vez en mucho tiempo, experimentó una especie de premura: supo que el tiempo, su amado y odiado tiempo, se le echaba encima. Quizá pudiera viajar a través de él, mas lo que constituía una ley inviolable era la prohibición no sólo de implicarse en causa alguna sino la de no alterar bajo ningún concepto el curso de los acontecimientos. Razón por la cual nada podría hacer para modificar el pasado —luego el futuro—. Incluso la ciencia ficción más atrevida y la ciencia más osada, con sus diversos efectos mariposa/tsunami, advertían sobre dicho extremo. Caronte no dejaba de advertir una gran ironía en ello. A la postre, el viaje en el tiempo suponía otro espectáculo *voyeur* que permitía ver sin intervenir (¿una variación actualizada del mito de Casandra?). Esta circunstancia, lejos de disgustarle, le agradaba. Para un hombre que añoraba su humanidad, los indicios de lo inexorable le hacían recordar la época en que también estuvo sujeto a los «caprichos» del destino. Es bien sabido que el conocimiento no siempre acarrea un incremento de la felicidad sino todo lo contrario. El hombre de Estocolmo lo tenía muy claro. Tal vez lo mejor que pudiera pasarle fuera que

los pasajeros acabaran triunfando, había pensado en alguna ocasión. Resultaría liberador para él.

Suspiró y miró a través de los cristales. Sí, se dijo, ojalá sean ellos los que arreglen las cosas y restablezcan el orden. Sintió unas ganas enormes de irse de vacaciones.

22

Aquella noche no dormí bien. Tim preparó una sabrosa cena mejicana y después nos sirvió un poco de tequila (doña Teresa se decantó por un par de *margaritas* y Nico por un jugo de lima sin alcohol; José García rezongó un poco pero al final accedió). No podía quitarme de la cabeza la visión de aquellos señores, los que vestían de negro y a los que ya había visto en mi tierra y mi tiempo. Sabían de mi existencia e incluso podría decirse que habían estado observándome, vigilándome, espiándome. Mi sentido del decoro y mi inclinación a guardar las formas me disuadió de ir tras ellos e intentar atrapar a alguno para interrogarle. Tampoco pretendía ponerme por encima de mis compañeros ni imponer mi criterio, máxime si tenía en cuenta la enorme hospitalidad de algunos de ellos y la bondad del conjunto y, en consecuencia, tendía a reprimir mis impulsos. Mas lo cierto es que aquella situación se me estaba haciendo un tanto cuesta arriba.

Por otra parte, me causaba un cierto desasosiego el hecho de que, después de asegurarse de que mi viaje se había efectuado sin incidentes, se marcharan casi sin más.

Sé que abrí los ojos de madrugada y me fijé en mi traje que estaba colgado delante de mí, como si se tratase de un trofeo o una reliquia, lo cual me hizo sentir un poco mal. En esta parte del mundo y en 2013, cualquiera parecía conocerme pero para ellos no era más que un personaje de ficción. Por otra parte, otros consideraban que mi llegada al presente (a *su* presente) atendía a una suerte de plan cósmico, circunstancia que lo convertía en algo necesario e inevitable. Doña Teresa, una dama excepcionalmente inteligente y sensitiva, circunscribía mi intervención al campo de la justicia. Según ella, e imagino que era una opinión compartida por el resto, mi papel de justiciero y enemigo de los infames corruptos

era lo que me había traído hasta aquí. Tim había llegado a la conclusión, gracias a los mensajes recibidos del más allá y de los tipos de negro, de que debíamos cambiar el mundo. De modo que, al menos en mi caso, la ecuación quedaba muy clara: mi aporte al cambio consistiría en combatir la injusticia y la corrupción. El problema es que yo no tenía muy claro quiénes eran los enemigos en este periodo de la historia y el hecho de sentirme ignorante e inferior era algo a lo que no estaba muy acostumbrado. Sabía que de ilustrarme se ocuparían mis compañeros, lo cual aliviaba escasamente la herida en mi vanidad.

Pensé en la señorita Pulido. ¿Qué sería de ella? ¿Qué habría sido de ella? ¿Cabía la posibilidad de que siguiera viva en una especie de plano paralelo o mundo alternativo? ¿Y mi familia? ¿Y mis amigos? Supliqué al cielo que no los enviase a un limbo temporal y recé para que no lo hubiera hecho ya.

Eran esos momentos los que me hacían advertir que era un extranjero en tierra extraña. A pesar de mi aplomo característico, la situación comenzaba a superarme. Me sentía desorientado y la enorme e importantísima misión a la que según parecía estaba convocado (por no decir «abocado») postergaba la resolución de mi problemática individual, esto es, mi regreso. Quería creer que sería posible y que mi mundo seguiría estando en alguna parte del tiempo. Por el momento lo único que cabía por mi parte era esperar, ahora bien de un modo más activo que hasta el momento. Si quería dejar de ser un mero pasajero tenía que aprender las reglas del lugar donde había sido empujado. ¿Cómo? Desde abajo, desde el principio más absoluto. Y para ello, nada mejor que un maestro de la talla de Nico García: adolescente, superviviente y adorable. Además, se sentiría mejor si le cobraba algo por sus clases de esgrima y éste me parecía un precio justo.

Fui el primero en aparecer por el salón. Estaba amaneciendo y la playa, escenario de nuestro amable combate la noche anterior, estaba desierta. La luz del sol en el Mediterráneo

era muy hermosa. Reconozco que es muy probable que no la hubiese conocido jamás de no ser por el pequeño incidente que alteraba por completo las leyes de la física conocidas por mi gente y, según pude comprobar, por los hombres del futuro (mi actual presente).

—Buenos días.

Se trataba de José García. Su hijo iba detrás.

—Buenos días.

—¿Cómo es que ha madrugado tanto? —me preguntó el carpintero.

—Esta noche me ha costado un poco dormir. Creo que han sido los nervios por lo del duelo con Nico —bromeó.

—Lleven cuidado —recomendó el padre sin excesiva preocupación.

—Sobre todo yo… No quiero que me dé una buena paliza.

José García asintió con la cabeza. Estaba preparado para ir a trabajar.

—¿Va a salir así, sin desayunar?

—Tomaré algo por el camino.

Me sentí un tanto incómodo al reflexionar sobre mi pregunta. Tim, nuestro anfitrión, aún no se había levantado y andar hurgando en su despensa no habría resultado ni mínimamente decoroso. No sé cómo se me pudo pasar ese detalle. El insomnio…

Doña Teresa se había empeñado en regresar a casa a pesar de nuestras reservas. Esperó a que se le pasase un poco el efecto de los *margaritas* y cabalgó a lomos de su caballo metálico llamado *Impala*, según creí oír. Ya sé que no se trataba de un caballo metálico, sino de un coche. Incluso los indios, en mi anterior vida, sabían distinguir entre un carruaje, una locomotora y un buen pura sangre. Nunca llegué a entender por qué los *gringos* se mofaban de ellos rebajándolos al nivel de estupidez más infame cuando, a todas luces, habían demostrado tener un grado de espiritualidad y una conciencia respecto al medio ambiente muy superiores a la suya (y doy fe de que también a la de los habitantes del siglo XXI).

Nuestra elegante amiga aseguró que le fascinaba conducir de noche y yo la comprendí perfectamente; también habría deseado poder galopar sobre mi fiel compañero equino bajo la luz de la luna, como hacía en Los Ángeles.

—No se marchará de aquí sin haber tomado un buen café primero —Tim apareció en bata y de muy buen humor—. Y, ya que va a coincidir con doña Teresa, ¿sería tan amable de decirle que me llame a este número? Quisiera preguntarle un par de cosas.

Escribió algo en una hoja de una libreta pequeña y se la entregó al padre de Nico.

—Por supuesto.

—Muy bien, pues ¡todos a desayunar!

Sin más dilación, mi extrovertido compañero se dispuso a preparar una cafetera, pan tostado y huevos revueltos.

—Normalmente, sólo tomo un par de tostadas y un buen café —dijo de espaldas al resto, mientras cocinaba con gran diligencia y desenvoltura—, pero deseo que nuestros invitados extranjeros se sientan como en casa. —Hizo una breve pausa y se giró para dedicarme una sonrisa.

—Todo un detalle —agradecí.

—¿Tienen algún plan para hoy?

—Había pensado iniciar el entrenamiento con Nico. ¿Se agrega?

—Se lo agradezco, pero ya tuve suficiente anoche. Además, tengo otros asuntos de los que ocuparme esta mañana. Nos veremos a la hora de la comida. ¿Les parece bien?

—Estupendo —dijo Nico. Parecía que la palabra «comida» le hubiese hecho despertar del todo.

—Perfecto. Hay algo de dinero, del siglo XXI —deduje que había añadido la aclaración por mí—, en el cajón de la mesa de la cocina. Si necesitan algo, no duden en cogerlo.

—No creo que sea necesario —señalé.

—Tanto mejor. Debe saber, mi querido amigo, que por estas tierras el dinero es uno de los temas favoritos de conversación, preocupación y de entretenimiento.

Traía un plato con los huevos revueltos mientras señalaba dicho extremo. Llevaba una bata negra de seda y todavía no se había afeitado. Supe de inmediato que se comportaba así para intensificar el sentimiento de familiaridad y camaradería, pues sus modales eran exquisitos por lo demás y no cabía un descuido tal en sus formas. También advertí que él sabía que me había percatado; su sonrisa cómplice le *delató*.

José García se disculpó por abandonar la mesa antes de que el resto hubiese acabado.

—No se preocupe —dijo Tim—. Comprendemos que no quiera llegar tarde al trabajo.

Pude observar que la falta de ocupación remunerada en 2013 era mucho más traumática que en 1919 y que muchos de los esfuerzos tanto de doña Teresa como de Tim iban encaminados a reforzar la autoestima y dignidad del padre de Nico. Tener trabajo equivalía a haber recuperado la propia vida. Imagino que cada época se enfrenta a sus problemas y a su realidad de formas diferentes. Lo que me queda claro es que, a corto o medio plazo, el ser humano no dejará de padecer de un modo u otro en su relación con los otros y con el propio mundo. No hay paraíso en el futuro…

—Bueno, Nico, ¿preparado para el combate? —pregunté al muchacho tras recoger la mesa.

—Claro.

—Estupendo. Te espero fuera.

—¡No seas duro con él! —oí decir a Tim camino de la ducha.

—¡Cuente con ello! —contesté.

—¡No le decía a usted, señor De la Vega!

«*Touché*», me dije.

Nico y yo salimos fuera. El chaval iba equipado para su entrenamiento y yo repetía atuendo, es decir, mi viejo y cómodo uniforme de noche; mi traje de *El Zorro*.

—¿Listo? —le pregunté. Él asintió con la cabeza.

Para mi primera lección no fue necesaria la espada ni las protecciones. Le hice quitárselas y prestarme un poco de atención.

—Antes de coger un sable debes adoptar la actitud y la postura adecuadas. Ambas te serán útiles en cada una de las facetas de la vida y no sólo en la contienda.

Pasé la mano por su espalda de manera clínica, tratando de hacer un diagnóstico más profundo de su postura corporal, fiel reflejo de su carácter. Como supuse, se encorvaba un poco y tenía la espalda cargada a su vez; el cuello, los hombros y la cintura escapular estaban rígidos; la barbilla ligeramente inclinada hacia abajo. Subía la mano desde su estómago hasta el cuello, pasando por su pecho, aplicando una suave presión. Mi intención era que contrajese el abdomen y sacase pecho. También le insté a alzar la cabeza, levantando la barbilla un poco.

—Tienes que enderezar la espalda. No es cuestión de que vayas absolutamente recto en todo momento, pero tu aspecto debe ser el de alguien menos apático. Tu lenguaje corporal proyectará seguridad o temor, entre otras cosas, y el miedo no te conviene tampoco en la lucha.

A falta de otro, me puse de ejemplo: estiré la espalda, levanté la cabeza y saqué pecho. Mis brazos sutilmente arqueados hacia adentro, algo tensos, pero no demasiado, como exhibiendo más anchura corporal a la altura de la zona pectoral. Por último miré al frente y sonreí. Nico estalló en un sonora carcajada que me sacó de golpe de mi actuación.

—¿Qué sucede?

—¡Es usted igual a como lo retratan en los cómics y los libros!

En ese instante caí en hasta qué punto había permanecido en una suerte de ensoñación desde que llegase. No había mostrado interés por ver un ejemplo de cómo se me representaba en este mundo.

—Me gustaría ver un retrato… de *mí*.

—Dirá un dibujo o una película.

—Sí, un dibujo o eso —rectifiqué movido por su observación.

—Lo encontraremos.

Decidí que era bueno proseguir con el entrenamiento. Ya habría tiempo para las odiosas comparaciones.

—Es importante que desarrolles confianza en ti mismo. Te ayudará en los momentos difíciles como los que has atravesado, porque sabrás que aunque las circunstancias sean adversas tu valor seguirá intacto.

—¿Es lo que le sucede a usted ahora?

—Sé que volveré a casa cuando haya concluido nuestro trabajo, sea el que sea. —El muchacho me miró con una mezcla de decepción y tristeza—. Muy bien, ahora quiero que camines. Tu paso debe ser firme y tus movimientos lentos pero con presencia, como si tu cuerpo fuese macizo. Si te desplazas como una rata, parecerás una rata y, muy probablemente, acabarás siéndolo. Así que contundencia. Demos un paseo.

Caminamos un rato. No era dado esperar muchos cambios en la primera sesión, si bien debo decir que el chaval aprendía rápido. Daba la impresión de que esas enseñanzas las hubiera llevado dentro de sí toda su vida, aunque no hubiesen aflorado hasta el presente.

—Lo haces bien —le animé.

—Gracias.

—Oye, ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Claro.

—¿Cuánto tiempo llevas sin… cortejar a una chica?

—¡Tengo dieciséis años! ¡Nunca lo he hecho!

—Entiendo…

—¿Y usted?

—Lo cierto es que no lo tengo muy claro… ¿Un siglo?

Nico rió y me señaló con el dedo. No era la primera vez que lo hacía al proferir yo algún comentario ingenioso. Supuse que se trataba de un cumplido galante.

—¡Wow! Sí que es mucho tiempo.

—Supongo que ambos tendremos que remediarlo.

El joven pareció sorprendido para bien.

—Me parece una buena idea —confirmó.

Volví a pensar en doña Lola.

23

El teléfono sonó alrededor de las cinco de la mañana. Abrí los ojos y tanteé a ciegas la mesa que había junto a la cama. No era el despertador.

—¿Sí?

—Lamento llamar a estas horas —dijo una voz en portugués.

—¿Milton?

—Sí.

—Sabes que me cuesta coger el sueño…

—Discúlpame. Los del Instituto me han pedido que contactase contigo. Quieren saber si has averiguado algo más sobre lo que te solicitaron.

—¿No podía ser en otro momento? ¿Qué hora es en…? Bah, déjalo.

—Dicen que te han llamado varias veces pero no han podido localizarte. Deberías comprarte un móvil.

—Me has sacado de la cama, ¿lo sabes? Hay una cosa llamada privacidad. ¿Imaginas dónde quedaría si tuviera un cacharro de esos? —Hice una pausa para ahogar un bostezo—. Aún no he descubierto lo que buscamos, pero creo que tengo alguna pista. —Mi voz sonaba un poco pastosa.

—Soy todo oídos.

—Prefiero no adelantarte nada hasta que mis averiguaciones sean más sólidas.

—¿Puedes decirme algo más?

—No somos los únicos que buscamos a los viajeros del tiempo, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Oye, Milton, voy a preparar un poco de café. Descuida, me pondré en contacto con vosotros y dile a los chicos que sean más creativos. Un móvil…

Colgué el teléfono y me froté la cara. Otra noche en vela.

Milton era un viejo amigo del *Instituto Pessoa*. Viajaba mucho, por lo que haberle preguntado por la hora implicaba saber primero dónde se encontraba y era una cuestión que había aprendido a no formular. Mi implicación en los diversos proyectos se limitaban al plano intelectual y no deseaba bajo ningún concepto tener conocimiento de las actividades de mis contratantes (las cuales suponía dentro de la ley).

Me levanté de la cama y me dirigí a la cocina. Cafetera para seis dosis en una sola taza, bravo Teresa. José García estaba haciendo un trabajo estupendo. Y siempre me ha encantado el olor a madera lijada. Un ejemplar de bolsillo de *El club de los negocios raros* descansaba sobre la mesita de lectura, junto al sillón de mi padre. A él también le encantaba Chesterton, cómo no. Café y aserrín. Y Chesterton. Y el fantasma de mi padre.

Debían ser sobre las ocho de la mañana cuando el teléfono volvió a sonar. Resoplé al pensar que sería Milton de nuevo o alguien del Instituto.

—Diga.

—¡Buenos días, mi esquiva compañera! —saludó un efusivo Tim. Minutos más tarde sabría que su verdadera intención era que yo le llamase a él, pero daba la impresión de que no había podido esperar.

—No pensaba que madrugase usted tanto.

—Y lleva razón, pero la casa está llena de gente y no quería que se pusieran en marcha antes de desayunar. ¿Ha desayunado usted?

—Varias veces.

—En ese caso podemos pasar a la acción. Acerca de lo que estuvimos hablando ayer, ¿no le parece que debemos ponernos manos a la obra?

—Estoy absolutamente de acuerdo. ¿Alguna sugerencia?

—Ya he notado que se muestra reacia a la tecnología en general, pero debe conceder que las redes sociales suelen ser un buen comienzo.

Chasqueé la lengua. Otra vez las redes sociales y su embrujo (la ilusión de la democracia y la libertad).

—Ha acertado: detesto las redes sociales y los avances en la progresiva deshumanización de la especie.

—No lo vamos a tener nada fácil, ¿eh?

—Ustedes pueden hacer lo que quieran. No lo censuro.

—El problema es que tengo la ligera impresión de que ninguno de nosotros se las arregla muy bien en ese terreno.

—Es algo que podría resolverse de una manera sencilla.

—Usted dirá.

—Estoy segura de que esto va a sonar fatal, pero tengo algunos amigos que…

—Lleva toda la razón: ha sonado bastante mal.

A pesar del contenido de la frase, el modo en que fue emitida denotaba que Tim estaba bromeando, como de costumbre. Sin ánimo de hacer ninguna digresión, debo decir que no termino de comprender a los hombres ni su empeño en no serlo al cien por cien.

—¿Y qué ha pensado hacer a través de las redes sociales?

—¿Qué tal preguntar a la gente qué mundo quiere? Admitirá que hacer las cosas por nuestra cuenta no nos diferenciaría mucho de aquellos a los que, al menos en teoría, debemos derrocar.

—Se me figura un poco complicado, ¿no le parece?

—Tal vez, mas podríamos agilizar las cosas recurriendo a un *hashtag* llamativo, como, por ejemplo, *#ElMundoQueYoQuiero*.

—El mundo que yo quiero… Es bonito, la verdad. Un *hashtag*...

—Abriríamos perfiles en las principales redes sociales y tantearíamos a la ciudadanía. Es un modo de dar el primer paso —dijo, ignorando mi último comentario.

—¿En nombre de quién?

—Sea usted creativa.

La interpelación del señor Heredia me hizo guardar silencio durante unos segundos, durante los cuales tuve tiempo de realizar un viaje prolongado por el interior de mi mente. Quería ofrecer un nombre o apodo que resultase pegadizo y representativo. Hice memoria acerca de cómo nos habíamos encontrado los unos a los otros. Pensé en cada uno de nosotros, en nuestras peculiaridades, hasta advertir un nexo bastante nítido: en cierto modo, todos estábamos en tránsito, lo que también nos ligaba de manera inexorable al curso general de la Historia y a la raíz última de la realidad. Si todo era cambio, como estimaban los taoístas y Heráclito; si nuestro viaje no terminaba aquí sino que se trataba de una escala más, éramos pasajeros. Sonreí antes de sentenciar:

—Lo tengo. Nuestro *nick* será *Los Pasajeros*.

—Vaya, vaya, veo que es usted una literata en toda regla.

—Más bien lectora.

—Dese su tiempo. Por lo pronto le diré que su propuesta me parece de lo más acertado. De hecho, me encanta.

—Resulta usted halagador, señor Heredia.

—La seguridad que me ofrece estar hablando por teléfono me hace parecer más atrevido de lo que realmente soy…

—Hum. —Hice una pausa lo suficientemente prolongada—. Avisaré a un buen amigo para que se ocupe de la parte técnica. Es un experto en estas cuestiones.

—Genial. Por cierto, José García no tardará en llegar a su casa.

—Gracias por avisar. Voy a darme una ducha. Hablamos luego.

Colgué el auricular en el momento justo, tras haber generado en el médium una idea sugerente (o eso esperaba). Nunca se me ha dado bien establecer relaciones con el género masculino, especialmente si son de tipo sentimental o erótico. ¿Un peculiar complejo de Electra mal canalizado? Es probable, aunque lo cierto es que, cuando una se aproxima a los cuarenta, nada de eso importa. El caso es que ese canalla de Tim Heredia se me figuraba cada vez más atractivo (un tanto histriónico, pero atractivo).

Salí de la ducha antes de que el padre de Nico llegase y puse otra cafetera en el fuego. Éste no tardó mucho en hacer acto de presencia.

—Buenos días —saludó—. ¿La he despertado?

—Ya ve que no. ¿Un café?

—Acabo de tomar uno en casa del señor Heredia, pero le agradecería otro. No suelo decir que no a uno.

—Ya somos dos.

Después de servirle una taza y preguntarle qué tal le había ido con los chicos la noche anterior, le deseé una feliz jornada y me puse a lo mío, que consistía en telefonear a un viejo conocido, un *hacker* de pura cepa.

Nada más descolgar el auricular a la segunda señal, y yo sabía que le sobraba una, exclamó:

—No me lo puedo creer, ¡Teresa de Silva! ¡Cuánto tiempo!

—No tengo perdón, lo sé. ¿Cómo te va?

—Como siempre, salvo por el detalle de que me casé.

—¿Y no avisaste?

—Teresa, siempre estás desaparecida. No me culpes.

—¿Y qué tal la vida marital?

—No puedo quejarme.

—Me alegro.

—Veamos, sé que no me has llamado para saludarme, así que, ¿en qué puedo ayudarte?

—Viejo zorro… Te agradecería que pudieras hacerme un pequeño favor.

—Dispara.

Le expuse por encima nuestro plan sin entrar en detalles, únicamente lo que el bueno de Enrique Junco, mi amigo, debía hacer.

—Uhh, ¿ahora te ha dado por las redes sociales?

—Neh, se trata más bien de un juego.

—Me encanta jugar. Puedes dar por sentado que conocerán ese *hashtag* hasta en el fin del mundo.

—No esperaba menos de ti…

—Y no me quedaré sólo en eso. Le daré un buen meneo a vuestra idea.

—Muchas gracias. ¿Tú qué harías para cambiar el mundo?

Mi camarada estalló en una sonora y genuina carcajada al escuchar mi pregunta.

—Mi respuesta no cabría en ciento cuarenta caracteres… Pero creo que se podría empezar por enjaular a ciertos agentes indeseables.

—¿A qué te refieres?

—Elimina la impunidad política, limita a los bancos y exígele responsabilidades, boicotea a las empresas amigas de las prácticas más indeseables y rastreras, aprovecha las nuevas tecnologías para recuperar una democracia más participativa y, si nada de ello funciona, practica la abstención electoral y la insumisión fiscal, colapsando de esta manera la estructura

nociva del Estado. No tardarían en mostrarnos su cara menos amable… Justificando así una intervención más drástica y contundente por parte de los ciudadanos.

—Sigues siendo el mismo sentimental de siempre.

—Anarquista, amiga, se llama anarquista.

—Lo dicho, un romántico.

—No estamos hablando de una utopía. Un mundo mejor y más justo es posible, pero, para conseguirlo, primero debemos despertar.

—Es una suerte poder contar con gente como tú.

—Bah, lo único que quiero es que mis hijos no tengan que vérselas con el mismo mundo que nosotros.

—¿Hijos? —Hice una pausa un tanto efectista antes de proseguir—. Llámame.

—Lo haré, Teresa, y en ese momento espero que podamos hablar de ti.

—Todo sigue igual.

—Ya. Cuídate.

—Igualmente.

Enrique Junco, sus teléfonos y cacharros blindados. De no ser él, no me encomendaría a un tipo tan amante de los juguetitos electrónicos. Después de todo, no se puede combatir la deshumanización a través de la tecnología. Es una contradicción en los términos. Tenía plena confianza en Enrique, una de las pocas personas que yo conocía que sería capaz de dar incluso la vida por algo en lo que creyera, y tendía a creer en lo justo. Era así, por mucho que su aspecto invitase a la sospecha de que no sería más que un soplón en caso de ser interceptado. Por fortuna para él, y alivio para mí, en esta ocasión no tenía otra cosa que hacer aparte de ejecutar un poco mejor lo que cualquier chaval —salvo nuestro Nico, por razones evidentes— sabría hacer de manera casi natural.

El siguiente paso sería esperar y escuchar lo que los internautas, una muestra del conjunto de la población y de la opinión pública, tenían que decir al respecto. No obstante, no podía dejar de dar vueltas a una idea: ¿en serio esta compleja broma cósmica tenía por objeto convertirnos en adolescentes con fantasías de revolución pequeño burguesa? Una conjura ciertamente macabra, habría que admitir. No. Tenía que haber algo más. Mi mente aceptaba de buen grado la existencia de un orden superior a nosotros, un plan imposible de comprender por el ser humano. Hasta ahí bien, pero nuestra misión no podía quedarse en enviar unos cuantos *tuits*, desde luego que no. La sincronicidad que caracterizaba nuestro encuentro y lo que a partir de entonces había acaecido debía atender a otras razones, en mi opinión, más elevadas. El problema es que no era capaz de determinar cuáles.

Escuchaba a José García trabajar con diligencia. ¿Cómo un hombre así había podido perder el trabajo y no encontrar otro durante tanto tiempo? ¿Cómo había llegado a acabar viviendo prácticamente en la calle? Mi amado Chesterton lo habría resuelto con alguna paradoja del estilo: «era un buen hombre, luego acabó muy mal». Razón no le habría faltado.

Otros que, a todas luces, tampoco paraban de trabajar eran los chicos del *Instituto Pessoa*. Milton me había dejado bastante claro que nuestro grupo no era el único que se había puesto manos a la obra en la búsqueda de otros viajeros del tiempo. Es más, en sentido estricto, ellos se nos habían adelantado. Me habían buscado a mí para localizar a don Diego *porque* sabían que yo le encontraría y que había más. No estaba dispuesta a «delatarle», coherente con mi suposición, delirante por lo demás, de que nuestra misión encerraba connotaciones cósmico-universales que excedían las limitadas y exiguas perspectivas de nuestros intereses humanos. Confiaba en Milton, pero preferí aguardar un poco. Asimismo, tampoco tenía mucho sentido ocultar el hecho de que le había cogido cariño a ese tipo entrañable y descontextualizado que era *El Zorro*. Pensé que en algún momento debería regresar a casa, y formaba parte de nuestra tarea posibilitarlo.

Sin demasiada lógica, me pregunté si entre los internautas que nos leyeran habría alguno capaz de revertir el tiempo. Seguro que sí. Dicen que en la Red se encuentra cualquier cosa. ¿Podría don Diego encontrar a su familia a través de la fibra óptica? Albergaba serias dudas al respecto, pero en este mundo de locos incluso eso era posible.

Es probable que en un futuro no muy remoto, la totalidad de la realidad (de cierta realidad) pueda ser registrada, pero aún no ha llegado ese momento. Sin ir más lejos, yo misma conocía muy poco acerca de mi familia más allá de mi abuelo, un emigrante portugués que debió castellanizar parte de su apellido, sustituyendo el «Da Silva» original por el «De Silva» que ya ostentásemos mis padres y yo. Antes de eso, un enorme vacío, un agujero negro. Algo parecido a la antimateria existencial. Me habría tomado otro café, pero preferí no hacerlo.

24

Tenía una mirada acerada, dura. Diego da Silva —de apellido similar al del autor de *Las Meninas*, pero sin tratarse de la misma persona— había tenido muy claro desde niño que su objetivo en la vida era convertirse en un hombre acaudalado. Sexto hijo de una familia humilde, siempre vivió la pobreza en que se había criado como una gran humillación. Cuando llegó a América, Norteamérica, lo hizo solo. Su mujer y sus dos hijos permanecieron en Portugal. No tenía la menor intención de quedarse en una tierra que, a su juicio, estaba ocupada por bárbaros, pero estaba dispuesto a hacerse con cada gota de petróleo que fuera capaz de recoger. Lucía un poblado bigote, lo que acentuaba su rudeza. No obstante, Diego da Silva cuidaba enormemente su atuendo y solía vestir de negro, a su juicio, el color de la elegancia.

Aunque la mayor parte de los cazadores de fortuna se dejasen arrastrar por la fiebre del oro, Da Silva prefirió emular a Edwin Drake, quien perforase el primer pozo de petróleo en 1859, al pensar que el futuro, y la riqueza, se forjaría a base de crudo. Antes de llegar al Nuevo Mundo, el antepasado de Teresa de Silva ya había generado una pequeña fortuna gracias al comercio de telas exóticas y otros artículos de lujo. Su filosofía empresarial era muy sencilla: acaparar lo que fuese escaso. Poco importaba que se tratase de diamantes u otras piedras preciosas, telas, petróleo, agua, maderas nobles, incunables, etc.

Llegó a Nueva Inglaterra una noche de 1917. Un fuerte temporal les impidió atracar a plena luz del día y el barco tuvo que esperar cerca de la costa a que la tormenta amainase. Tenía muy presente en su memoria el cielo plomizo, las nubes grises, el color negro apocalíptico de la bóveda celeste y los detalles en rojo, como si de una suerte de lava aérea se tratase. No estaba asustado; tan sólo acrecentaba su fe en su misión. Se decía a sí mismo que

no podía fallar a su familia ni a sí mismo. En aquel momento, veía la muerte como un fracaso. Salvó la vida a dos marineros aquel día y un curioso personaje le ofreció un valioso consejo a él. En plena tormenta, un caballero vestido al más puro estilo londinense subió a cubierta con una taza de té. El viento no parecía tener demasiado interés en descubrirle y dejó su sombrero en la misma posición. El hombre de negro, con un único adorno en forma de corbata roja, se movía con una parsimonia pasmosa, como si aquella situación o bien no fuera con él o no fuese capaz de afectarle lo más mínimo. El resto, como cabía esperar, se afanaba en las tareas de salvamento y protección.

—¿Qué hace usted ahí? —le gritó Da Silva desde el otro extremo—. ¡Va a sufrir un accidente!

—¡No lo creo! —respondió pausadamente el hombre de negro—. ¡Ya no hay accidentes para mí!

Diego da Silva no comprendió muy bien a lo que el otro señor se refería y llegó a creer que no lo había oído bien.

—¡Baje a resguardarse!

—¡Prefiero el aire fresco!

El viento soplaba con fuerza, el enorme barco daba fuertes bandazos y personas y objetos daban tumbos de un lado para otro totalmente empapados, nada de lo cual sucedía al misterioso caballero.

—¿Le apetece una taza de té? —preguntó a pleno pulmón.

—¿Está usted loco?

El hombre de negro dio un sorbo a su bebida en lugar de responder. Comenzó a aproximarse al portugués, el cual se esforzaba por atar unos cabos sueltos.

—No debería estar aquí —dijo Da Silva un poco más calmado pero sin dejar de trabajar.

—Oh, si lo dice por mi sombrero, no debe preocuparse. No creo que se estropee demasiado…

—Sería una pena, desde luego.

Como por ensalmo, la tempestad comenzó a calmarse. Diego da Silva miró al cielo y después al recién llegado.

—Le dije que podía estar tranquilo.

—¿Cómo lo supo?

—De donde yo vengo sabemos mucho acerca de tiempo.

Da Silva suspiró aliviado, aunque tratando de disimular tanto la agitación como el agotamiento. Sacó una petaca del bolsillo interior de la chaqueta y dio un sorbo largo al *brandy*. Le ofreció un trago al hombre de negro, quien declinó la invitación cortésmente.

—Diego Da Silva.

Ambos hombres extendieron la mano.

—Podemos hablar en portugués si lo prefiere. Es mucho mejor que el inglés de ambos —señaló el hombre de negro con una ligera sonrisa.

—Se lo agradecería. Como habrá podido comprobar, todavía no me expreso muy bien en el idioma del Nuevo Mundo.

—No está nada mal para venir usted del Continente.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—No se lo he dicho. Tal vez le resulte un poco extraño, pero lo cierto es que no lo recuerdo.

—¿No recuerda su nombre? ¿Se ha dado algún golpe o ha sufrido algún accidente?

—No que yo sepa.

En aquella ocasión fue Diego da Silva el que esbozó una sonrisa.

—¿Dónde se dirige usted?

—Todavía no lo he decidido —respondió el hombre de negro—. ¿Y usted?

—He venido a probar fortuna.

—Dicen que ésta es la tierra de las oportunidades.

—Es la primera vez que vengo.

—En ese caso, tal vez le interese saber que debería ir al sur. El futuro está en el petróleo. Debería usted hacerme caso y visitar Texas —en este punto su mirada se volvió mucho más penetrante y un tanto insolente—. Desde allí hasta la Costa Oeste se halla su fortuna.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por desgracia, sé muchas cosas.

—Es usted un tipo curioso, ¿lo sabe?

—Lo imagino. Ha sido un placer charlar con usted, señor Da Silva. Tal vez volvamos a encontrarnos en algún otro momento.

Sin mediar palabra, se dio media vuelta y se alejó ante la atenta mirada del portugués.

—¡Ah! —Exclamó desde la distancia—. Acabo de recordar cómo me llamaban: Caronte.

Diego da Silva no volvió a verle ese día.

Casi subyugado por las palabras del extraño, el portugués tomó rumbo al sur. Instalado en Texas, no le costó demasiado reclutar a un equipo de fieles trabajadores (cancerberos incluidos). Tenía muy presente que en el oeste las cosas funcionaban mucho mejor con unas cuantas pistolas y no tuvo el menor reparo en rodearse de personas inclinadas a emplearlas si la cosa se ponía fea, es decir, desfavorable a sus intereses. No hay gran fortuna sin sangre.

Ya corría 1919.

Fijó su siguiente objetivo en Nuevo México y decidió establecer su sede en Santa Fe, ese otro *meridiano de sangre*. Se sentía particularmente cómodo en un clima desértico y, lejos de su familia y cegado por el oro negro, se entregó a la bebida más allá de lo recomendable.

Algunas noches, sin razón aparente, salía al exterior tambaleándose y disparaba al cielo, como si deseara acabar con el Altísimo. Lo cierto, empero, es que jamás puso fin a la vida de nadie.

Puede que fuera durante el transcurso de alguna de aquellas noches cuando alguien le habló de la familia De la Vega. Al parecer, entre sus negocios se especulaba que pudiera haber alguno relacionado con la explotación petrolífera y él no estaba dispuesto a compartir ningún trozo del oleoso pastel, por lo que estimó oportuno desplazarse hasta Baja California y comprobar en primera persona el tipo y alcance de los negocios de la familia De la Vega. Partiría al día siguiente acompañado de tres hombres de confianza, uno de ellos buen conocedor de la zona así como de algunos miembros reputados de la comunidad —como el señor Sánchez Monasterio y don Ramón Montero, por mencionar dos ejemplos notorios—. Fuera de día o de noche, desde su llegada a la tierra de las oportunidades, Diego da Silva siempre dejaba un cielo negro detrás de sí. Tan negro como el que retrasase unas horas su desembarco. Tan negro como el traje de Caronte.

Se instalarían en un pequeño campamento en mitad del desierto. Nada de hoteles lujosos ni casas de huéspedes. Don Diego da Silva procedía como un felino, agazapado en mitad de la oscuridad, aguardando su momento. Desde allí vigilarían la residencia principal de los De la Vega y también desde el mismo emplazamiento iniciaría la búsqueda del enmascarado justiciero.

Decir que el antepasado de Teresa de Silva era un hombre corpulento resultaría excesivo, por no decir abiertamente falso, si bien su ferocidad era temida por cualquiera que hubiese cruzado unas cuantas palabras con él. Un hombre sin miedo a la muerte y dispuesto a resistir hasta el final dejaba poco espacio a la diplomacia y el diálogo. Su espíritu curtido en el afán de superación le predisponía a la aceptación de la derrota como algo inevitable. Ahora bien, sólo era capaz de concebirla inseparable de su propia muerte. En los Estados Unidos había

desarrollado algunas costumbres poco ortodoxas y, para este viaje, pidió a uno de sus acompañantes que vistiera de negro, se tintara la cara de blanco y dibujase una terrible figura de esqueleto al más puro estilo mexicano en el día de los muertos en su rostro. Viajar con la muerte, aunque fuese figurada, cumplía las veces de *memento mori* al tiempo que una medida realmente intimidatoria. Del resto, y si se daba el caso, ya se ocuparían los revólveres.

El portugués pronunció una sentencia antes de iniciar el viaje: «Todo hombre debe atravesar su propio desierto». Sus esbirros comprendieron el significado y asintieron en silencio. No cargaban demasiado equipaje en las alforjas, conocedores de los rigores de la tierra baldía que separaba Santa Fe de Los Ángeles y, de ese modo, tres vaqueros y un *hombre muerto* iniciaron el periplo que les conduciría a su destino. De haberse desarrollado el viaje en pleno siglo XXI en lugar de a principios del XX, un altavoz procedente de algún imaginario lugar habría escupido el «*Go With The Flow*» de *Queens Of The Stone Age*.

La primera persona con quien se reunió a su llegada a Los Ángeles, sede de operaciones en el oeste, fue don Enrique Sánchez Monasterio. Confirmó algunos de los rumores referentes a las industrias de los De la Vega y se ofreció para facilitarles la información que precisasen a cambio, por supuesto, de ciertos incentivos. También les habló de un justiciero empeñado en exterminar a los corruptos y delincuentes llamado *El Zorro*.

—No estoy sugiriendo que sus negocios sean ilícitos, señor Da Silva, pero cabe la posibilidad de que en el transcurso de sus operaciones se las vea con el hombre del antifaz.

—¿Hay algo que le haga pensar que va a intimidarme un tipo con el rostro cubierto? —repuso don Diego tras dar una larga y un tanto teatral calada a su habano.

—Estoy seguro de que sabe usted defender sus intereses. Su leyenda le precede.

El elogio pareció complacer al portugués, quien se repantigó en su asiento y puso el brazo por encima del respaldo, con el efecto —calculado por lo demás— de ampliar su espacio vital, luego su importancia.

—Sepa que sabré recompensar su apoyo y su esfuerzo —dijo.

—Es un placer hacer tratos con caballeros.

—¿Dónde cree que podré encontrarme con nuestro *héroe*?

Sánchez Monasterio esbozó una media sonrisa lateral y respondió:

—Lo más probable es que sea él quien le encuentre a usted. No se impaciente ni lo dude ni un instante: tarde o temprano, se verán las caras.

Esta última afirmación no agradó al extranjero tanto como la anterior. Que su destino dependiera de los pasos de otro hombre no entraba en sus planes y, en consecuencia, avivó todavía más su deseo de dar con él. Con *El Zorro*.

La noche de autos, el destacamento se apostó en un bosque cerca de la residencia de los De la Vega. No tenían intención de entrar en acción, sólo de observar al objetivo. Dando por sentada la presencia de un dispositivo de seguridad, no se acercaron en exceso. Aguardaron más de dos horas hasta que comenzaron a escuchar el crepitar de hojas secas en algún punto indeterminado. El portugués descartó que la causa fuera un animal, dado que el sonido era considerablemente más alto de lo que éste podría haber provocado, con independencia de su tamaño. Desenfundaron las armas y se colocaron en posición defensiva, haciendo un círculo con sus cuerpos, dándose la espalda unos a otros de forma que pudieran abarcar todos los flancos. No se veía nada. Don Diego da Silva tuvo ocasión de advertir una figura masculina en uno de los iluminados balcones de la residencia De la Vega que pronto desapareció. No le concedió mayor importancia y siguió buscando otros peligros. El sonido de las hojas cesó, lo que no hizo que el pequeño grupo recobrara la calma. La atención del portugués se centró entonces en una especie de claro que había en el bosque. Una silueta oscura apareció en la escena. Capa, sombrero… Y antifaz. Con sigilo, pidió a sus camaradas que se girasen y apuntasen al recién llegado.

—Vaya, vaya —susurró—. Parece que vamos a vernos antes de tiempo…

El enmascarado desenvainó su sable de modo preventivo. Diego da Silva hubiese jurado que él podía ver algo, tal vez el causante del ruido en las hojas.

—¿Qué hacemos? —preguntó el hombre de la cara pintada.

—Esperemos —respondió mientras acercaba el dedo al gatillo de su rifle.

Don Diego da Silva nunca había matado a nadie, pero consideró que había llegado el momento de su debut. Tal vez el exceso de alcohol hubiese causado estragos en su mente. Ningún hombre le arrebataría lo que, a su juicio, le correspondía. Apuntó despacio y se dispuso a apretar el gatillo. Una especie de temblor de tierra les sobrecogió a todos. Se miraron entre sí y, cuando volvieron la vista al *Zorro*, éste ya había desaparecido.

25

En 1953, el pintor de origen belga René Magritte ofreció al mundo su conocida obra *Golconde*. En ella, entre otras cosas, se reflexionaba acerca de la delgada línea que une o separa al individuo de la colectividad, representada ésta como una masa uniforme, cuyos elementos resultan indiscernibles pero a los que se les presupone una identidad única. Fue también el mismo artista quien, en otro momento y lugar, afirmó que «La libertad es la posibilidad de ser, y no la obligación de ser». Algo que, a todas luces, se olvida con demasiada frecuencia.

A finales de la década de los sesenta del siglo XX, un grupo de clérigos colombianos adscritos a lo que dio en llamarse la *teología de la liberación* y encabezados por René García, decidió pasar a la acción y establecer las pautas de su lucha contra la injusticia y la opresión, para lo cual abogaron por el método científico —a pesar de sus raíces teológicas y eclesiásticas—. Los desmanes del capitalismo, el imperialismo y la burguesía se convirtieron en sus objetivos predilectos, frente a los que propusieron la solidaridad como alternativa. El progresivo radicalismo del discurso de algunos de los miembros de la *Golconda*, nombre que eligieron para su cruzada, les llevó a vincularse a grupos guerrilleros como el ELN o las FARC. Otro ejemplo más de cómo algunas buenas intenciones acaban de un modo desastroso y contrario al pretendido.

A principios de 2011, José García perdió su trabajo por culpa de una crisis causada por la codicia humana y fue empujado a vivir en una furgoneta en compañía de su hijo Nico.

Sin duda, cosas que pasan.

26

En Frankfurt el sol brillaba con más fuerza de lo habitual. La sede del Banco Central Europeo se erguía anodino, como una suerte de añadido artificial y sin ningún tipo de encanto. Nadie podía imaginar cómo un edificio de tales características había ganado a otros proyectos (trescientos, en concreto); no se integraba en el entorno —tal vez una manifestación más de las intenciones y maneras de aquello que representaba—. Algunos barcos eran mecidos por el agua en un embarcadero cercano.

Varios hombres ataviados de negro, corbata roja, camisa blanca y bombín ocupaban lugares francos: una cafetería, un banco de un parque, una confitería. Leían el periódico, tomaban café e incluso alguno degustaba un egregio puro.

—De la majestuosa Golconda india a esta birria —dijo uno de ellos para sus adentros.

La aparente tranquilidad que se respiraba alrededor del edificio no lograba convencer a los *golconditas*. Éstos sabían que la vigilancia era extrema y que desde algún lugar ellos mismos eran, al menos potencialmente, vigilados. No parecía, empero, ser algo que les preocupase demasiado. El tráfico humano entrando y saliendo del edificio era escaso luego no les pasó desapercibida la llegada de un hombre vestido exactamente como ellos a la puerta de la sede. Portaba un convencional y sobrio maletín de cuero de máxima calidad. Por una fracción de segundo, imperceptible incluso para las cámaras de seguridad que acordonaban la zona, los ojos de los *golconditas* se desviaron del objeto que contemplasen antes de que el camarada apareciese en la escena y certificaron su entrada al edificio. Todos permanecieron en sus posiciones.

No pasaron ni diez minutos antes de que cada uno de los hombres de negro recibiera una señal a través de algún dispositivo diferente: uno miró el reloj, otro cogió un móvil y leyó el

contenido de un mensaje, otro examinó un punto indeterminado y así sucesivamente. Sin llamar excesivamente la atención y con un exquisito civismo, los *golconditas* fueron abandonando el lugar donde se hallaban y desaparecieron sin dejar rastro. Ningún espectador ajeno a la operación habría podido advertir nada, pero los caballeros del bombín habían recibido un mensaje claro: el primer maletín había sido depositado con éxito en la cámara de seguridad.

Otro insulso edificio albergaba al Consejo Europeo en Bruselas y otro de características similares por lo tocante a su estética salvaguardaba entre sus muros al Tribunal de Justicia en Luxemburgo. El edificio Louise Weiss, una de las sedes del Parlamento Europeo ubicada en Estrasburgo, gozaba de un entorno privilegiado y se demarcaba ligeramente, aunque no lo suficiente, de los otros centros institucionales de la Unión Europea en materia de belleza. En los tres lugares se repitió el episodio de Frankfurt: hombres apostados en diferentes emplazamientos tratando, y consiguiendo, pasar desapercibidos. A sendos edificios accedió un tipo vestido al más puro estilo *golcondita* llevando un maletín. Se reprodujo la escena: menos de diez minutos para que los hombres de negro recibiesen alguna notificación de que la misión había sido un éxito y que debían proceder a abandonar el sitio.

Resultaba sorprendente que ningún vigilante detuviese al intruso ni siquiera para pedirle su acreditación en cualquiera de los edificios. ¿Poderes sobrenaturales? ¿Control mental? En ocasiones, los problemas se *disuelven* avanzando con paso firme, confiado, y absoluta naturalidad, sin necesidad de recurrir a otros mecanismos menos ortodoxos. Ni siquiera los dispositivos de reconocimiento facial y ocular que protegían el acceso a las cámaras acorazadas podrían resistirse al encanto de los ciudadanos de un multiverso pues, como si de un *kōan* se tratase, ¿quién podría responder a la pregunta «¿dónde estaban mis ojos, mis manos y mi cara antes de que yo apareciese?»?

En Estocolmo, Caronte examinaba desde su sillón la especie de giroscopio que presidía el centro de su despacho, como si éste fuese a arrojar alguna clave. Tenía constancia de que todos los maletines estaban a buen recaudo en las distintas sedes y edificios oficiales más emblemáticos de la Unión Europea. Para sí se guardaba el informe de operaciones que se estaban llevando a cabo en otros lugares del planeta, especialmente en Estados Unidos. Dicha información, según él, no era relevante para el destacamento europeo.

Lo interesante de un giroscopio, pensaba Caronte, era que a pesar de las oscilaciones retornaba al equilibrio —visto en este caso en forma de estatismo, algo accidental pero no esencial—. Uno de los presupuestos teóricos del movimiento *golcondita* era su fe en el equilibrio como motor principal del universo tanto a nivel físico como aplicable a las leyes que rigen el *dharma*. Por supuesto, esta hipótesis planteaba no pocas incógnitas y legitimaba algunas conclusiones ciertamente incómodas como, por ejemplo, la validez de la venganza como forma de restitución del equilibrio o el recurso a la violencia para instaurar el orden. Asimismo, desde la perspectiva *golcondita*, dicho equilibrio cósmico se alejaba un tanto de conceptos como la «constante cósmica» (*lambda*) propuesta por Einstein en una de sus afirmaciones más controvertidas, así como de las derivas de las energía oscura. Aplicando una simplificación un tanto grosera, Caronte y los suyos asumían que el universo, así como la esfera humana y terrenal, se hallaba en un incesante desequilibrio que tendía a corregir y, una vez, rectificada la situación concreta, un nuevo desequilibrio tenía lugar. De forma que el hipotético estatismo que constituía la solución a la ecuación de la constante cósmica, a efectos prácticos, jamás podría tener lugar y tanto al ser humano como al universo le correspondía una especie de papel de juez y mecánico perpetuo. A ello había, además, que sumarle la existencia de varios universos paralelos o multiverso, multiplicando así la complejidad del asunto.

Caronte, que ya no podía distinguir entre recuerdos y vivencias presentes, olvidó toda pretensión de conocer cómo llegó a tales conclusiones. En algún otro momento de su viaje, bien pudo ser físico, pero también adicto a la *ayahuasca* o yogui. Cada una de estas opciones posibilitaba el viaje en el tiempo y el vislumbre de otros universos. Quizá hubiese sido todas esas cosas antes de convertirse en el cabecilla de esa curiosa organización llamada los *golconditas*, empeñada en devolver al cosmos un instante de orden.

Y, a propósito del orden, había llegado la hora de pensar en la siguiente fase del plan. Mas, como si de una caballerosa partida de ajedrez se tratase, primero tocaba el turno de los otros implicados: los *pasajeros*.

27

El *Impala* se deslizaba al ritmo de los pensamientos de Teresa de Silva. Había programado una *playlist* en el reproductor y ahora era el turno de *Calexico* y su «*Black Heart*», al que seguiría «*The Vampyre of Time And Memory*» de los *Queens of the Stone Age*. En el fondo, se daba una extraña resonancia entre los dos temas. Tal vez un eco del desierto.

Teresa no pudo evitar pensar en Tim Heredia. Lo hizo de una manera suave, exenta de apasionamiento. A pesar de seguir siendo una mujer joven, consideraba que su adolescencia quedaba algo atrás y los aspavientos emocionales no iban con ella, a su entender. La atracción madura que sentía por el médium atendía al carácter juguetón de éste, a su cierto encanto personal, a su elegancia y a un sinnúmero de factores que, como suele suceder, escapaban a su mente racional. Cada uno con sus peculiaridades, no dejaban de presentar ciertas afinidades: sobriedad, clase, formación, cultura… Nada determinante pero sí a tener en cuenta.

Cuando llegó a casa de Tim, encontró a los chicos en el porche, tomando lo que, presumiblemente, sería su quinto café. Nico se esforzaba en sacar algo parecido a una melodía con una guitarra vieja a la que le faltaban algunas cuerdas y una notable falta de conocimientos.

—¡Es buena! —le animó Teresa desde el *Impala*. Le estaba cogiendo mucho cariño a ese chaval.

—¡Gracias!

—¿Siempre están aquí? ¿Saben? Parecen un grupo de mafiosos desocupados, esperando que llegue algún encargo…

Don Diego leía un periódico, el *Vientos de cambio*, y resultaba prácticamente imposible si deseaba informarse acerca de las noticias de un mundo que, en parte, le era del todo ajeno o si se limitaba a maravillarse con cada una de las nuevas locuras que había traído consigo el siglo XXI. Sus ojos se detuvieron en un infame artículo firmado por un tal León Poiccard. Tim le había prestado algo de ropa, que le quedaba un poco grande, prometiéndole que más tarde irían a comprar un par de pantalones y algunas camisas. Don Diego había aceptado vestir las ropas de otro hombre, agradecido pero un tanto incómodo. No le gustaba llevar ropas de nadie que no fuera él mismo. Sabía que sus anfitriones hacían lo mejor que sabían, pero tenía la ligera impresión de que se le trataba como a un ser extraño, una mezcla de personaje real y ficticio; un tipo que estuviera fuera de cualquier onda, ¡cuando lo cierto es que se trataba del mismísimo don Diego de la Vega, el *Zorro*, azote de maleantes y caciques! Tampoco le gustaba la idea de llevar ropas de jornalero (que era lo que opinaba de las camisas que no fueran blancas y formales y de los pantalones que se estilaban en esta época). Hacía, no obstante, gala de exquisitos modales, de una resignación amable y de un enorme sentimiento de gratitud. Sí, sus anfitriones hacían lo mejor que podían.

Tim se demoró un poco antes de ponerse en pie para recibir a Teresa —algo que también haría don Diego—.

Teresa descendió del vehículo con su innata majestuosidad. Dirigió una mirada furtiva a Tim, topándose de frente con los ojos de éste.

—¿Cuál es el plan para hoy, caballeros? —preguntó Teresa al modo de una ejecutiva o mujer que intentase hacerse valer en un mundo dominado por hombres.

—Señorita De Silva —se adelantó Tim—, lo curioso de nuestra «misión» es que nunca sabemos a ciencia cierta qué es lo que tenemos que hacer. De hecho, hemos tenido que realizar grandes esfuerzos para convencernos de que existe algo que tengamos que llevar a cabo nosotros…

—Tampoco creo que debamos, pues, pasar el día entero ociosos. ¿No ha recibido llamadas de clientes, señor Heredia?

—¿Y usted?

—Por supuesto —respondió Teresa ajustándose las gafas de sol—. Sin ir más lejos, esta misma noche me han telefoneado desde una de las instituciones para las que trabajo, el *Instituto Pessoa*, que le he mencionado en alguna ocasión.

—¿Y qué deseaban?

—Querían saber sobre ustedes. —La respuesta entrañaba una gran carga retórica y tuvo el efecto deseado. Todos la contemplaron con atención, esperando a que añadiera más datos—. A decir verdad, tenían interés en saber si había localizado a más viajeros en el tiempo. Concretamente si sabía más acerca de don Diego, aunque no lo mencionaran de forma expresa. No olviden que es uno de mis objetivos principales…

—¿Qué les ha contado? —intervino el interesado.

—Nada, por supuesto. Por extraño que esté resultando todo esto, tengo la certeza de que lo que nos ha sido encomendado desde algún extraño lugar es mucho más grande y decisivo que una investigación científica secreta, por importante que ésta sea. Los chicos del *Instituto* son buenos —hizo una pausa para pensar y ya no terminó la frase.

—¿No les llama la atención que esos tipos del bombín no se hayan presentado de nuevo? ¿Acaso todo el mundo me está buscando?

—No sabemos nada de ellos aparte de lo que hemos visto y lo que usted mismo nos relatase—contestó Tim.

—¿Son amigos o enemigos? —preguntó Nico.

—¿Cómo saberlo? Lo que ha quedado claro es que no parecen tener interés en luchar contra nosotros.

—Tal vez no haya llegado su momento —matizó el *Zorro*.

—Cierto. No habíamos caído en ello.

—Por ahora, no creo que sean nuestra principal preocupación. ¿Se sabe algo de lo de las redes sociales?

—Supongo que aún es pronto. Además, como bien saben, carezco de ordenador —respondió la lectora de Chesterton.

—Eso es algo que podemos resolver sin mayores dificultades.

Tim entró en la casa y regresó con un portátil. Conectó el ordenador y ofreció un café a la filósofa que fue aceptado de buen grado. A pesar del poco tiempo del que había dispuesto, Enrique Junco había realizado un gran trabajo. Las primeras aportaciones de internautas, blogueros y usuarios de la Red ya habían llegado ligados a la etiqueta *#ElMundoQueYoQuiero*: «*#ElMundoQueYoQuiero* es uno donde el tiempo valga más que el dinero» (@utopiadesuenyos); «*#ElMundoQueYoQuiero* se concentraría en cuatro direcciones: alimentación, cultura, investigación y trabajo. Todo ello, a su vez, en democracia» (@Pugliessino); «En *#ElMundoQueYoQuiero* la sociedad tendría la educación sin ideales políticos que dirijan al individuo hacia el fin de él mismo» (@a_delsan), etc. Las había de todo tipo: ingenuas, cándidas, generales, agresivas, violentas, excesivamente politizadas, vagas, etcétera, y estaban escritas en varios idiomas.

—Parece que su amigo se conduce bien por este escenario.

—Es el mejor —sentenció Teresa sin apartar la vista de la pantalla—. ¿Podría imprimírmelas para que pueda examinarlas más tarde?

—Mmmm, creo que tengo una impresora ahí dentro, sí.

Teresa seguía leyendo en silencio. Organizaciones de mujeres aportando un punto de vista menos mercantilizado que el masculino, propuestas de asociacionismo, pensamiento localista, atención a lo emocional, rechazo de un modelo democrático obsoleto y escasamente participativo, desprecio de la clase política y de las prácticas empresariales más detestables,

algún que otro boicot. Definitivamente, la gente sabía lo que quería y lo que era preciso ejecutar si se anhelaba un cambio profundo. A juicio de Teresa, sólo faltaba una coordinación de todos esos sentimientos y pensamientos latentes en la sociedad civil y una buena dosis de coraje. A ellos, a los *pasajeros*, les correspondía ofrecer alternativas y medidas concretas para atajar una situación que, sencillamente, amenazaba con dar lugar a un nuevo e indestructible *Leviatán*. Los antecedentes históricos no dejaban lugar a dudas: se estaban dando los pasos necesarios para consolidar una pequeña élite mundial y un sistema totalitario sin precedentes. La máquina de generar esclavos ya se había puesto en marcha, sin apenas derramamiento de sangre dentro de los márgenes de Occidente, pero podía llegar a ser imparable a menos que se tomaran medidas de urgencia. De lo contrario, el mundo correría una suerte que ni siquiera cabía imaginar pero cuyas características más aterradoras sí era dado contemplar en el presente: ausencia de privacidad e individualidad, control, esclavitud, desigualdad, pobreza y adocenamiento. La diferencia con otros totalitarismos estribaba en que de éste resultaría más difícil, por no decir imposible, escapar. Un mundo convertido en panóptico, en prisión feliz. ¿La III Guerra Mundial? Ya había tenido lugar de manera inadvertida y la había perdido el noventa y nueve por ciento de la población, aun sin saberlo.

Por encima de las propuestas de orden político y socioeconómico, la gran labor que debían llevar a cabo tanto los *pasajeros* como el conjunto de la población era la restauración de la ilusión, la emoción y la esperanza en el género humano. Sin duda, había llegado la hora de abandonar ojos y miradas abatidas, resignadas, mecánicas, carentes de fe en un mundo mejor —nada más destructivo ni paralizante— y recuperar la alegría, la vitalidad, el sentimiento de hermandad, ya que contra eso ningún régimen ni orden tóxico mundial podría luchar, o en cualquier caso vencer, jamás. El júbilo colectivo fue, es y siempre será el arma más poderosa que posee la sociedad civil, formada por los verdaderos héroes (en muchos casos anónimos pero imbatibles).

La edad de la impresora de Tim contrastaba con la apabullante modernidad del ordenador portátil.

—Como pueden observar, la impresora no me la regalaron con el ordenador… —señaló al advertir que Teresa prestaba atención al sonido que ésta emitía.

La filósofa recogió los folios impresos y los llevó al *Impala* ante la mirada desconcertada del resto.

—Me gusta examinar las cosas con detenimiento, a mi ritmo —se justificó a su regreso.

Nico daba buena cuenta de un bollo en silencio. Era un chico bastante observador y, como pronto tendrían ocasión de constatar, mucho más inteligente que la media. Cata parecía haberse adaptado a la perfección a su nuevo entorno, algo bastante inusual entre los felinos, probablemente porque no se separaba de las piernas de su «padre adoptivo». El chaval la acariciaba apenas sin darse cuenta y sin cesar y ella ronroneaba satisfecha.

Se generó una suerte de silencio. Había llegado el momento de asumir que lo único que podían hacer por ahora era esperar, lo cual no resultaba tan grave si atendían al hecho de que la mayor parte de las «instrucciones» habían llegado en el momento oportuno y a través de los medios más inverosímiles.

Tim se sumió en sus propios pensamientos. Lo cierto era que le había desagradado la observación de Teresa respecto a su escasa clientela, si bien prefería enmascararlo de genuina implicación en la misión. Una de sus hipótesis, en la que trabajaba casi en secreto, era que los espíritus no sólo se manifestaban de un modo caprichoso sino que era posible mantener con ellos algo parecido a una conversación iniciada por el propio médium. En otras palabras, se resistía a tener que esperar pasivamente a que las entidades del plano superior se manifestasen y se afanaba en buscar procedimientos para contactar con ellos a voluntad. Se había dicho a sí mismo, fiel a su carácter guasón, que la única razón por la que se atrevía a experimentar en esa dirección era que, puesto que el tiempo tal y como los humanos lo

entendían ya no cabía en el plano que habitaban los espíritus, nunca les pillaría durmiendo ni les interrumpiría mientras realizaban alguna actividad. «Ojalá el inmenso Tesla se hubiese tomado en serio estas cuestiones en lugar de ridiculizarlas», repetía para sus adentros. A su juicio, la mente poderosa del genio austriaco habría podido normalizar una serie de fenómenos que la ciencia ordinaria había confinado al baúl del esoterismo más irrisorio. Por fortuna, los errores y fracasos de la ciencia eran tan numerosos como sus aciertos.

—Y bien —prosiguió Tim—, ¿ha venido usted sólo a imprimir estos *tuits*?

—En realidad he venido a llevarme a Nico conmigo. Me apetece que pase un día lejos de su… «Edificante» influencia. ¿Qué te parece, Nico?

—Por mí vale. ¿La gata se queda aquí?

—Puedes hacer lo que quieras, siempre que no manche la tapicería de mi coche.

Tim contemplaba a la filósofa con la intención de captar algún indicio de por qué obraba de ese modo. Aquella mujer no solía dar pasos ni en falso ni gratuitos.

—Se viene con nosotros.

—Perfecto —añadió el médium—. Don Diego y yo aprovecharemos para hacer algunas compras y quién sabe qué más se les ocurrirá a dos adultos bien parecidos.

—¿Tomar un vermut?

—Puede ser un excelente principio.

Nico entró a preparar una pequeña bolsa de viaje. Teresa permaneció de pie. Tim y don Diego parecían dos ancianos prematuros, huraños y cascarrabias sentados en sus respectivas mecedoras, bebiendo café.

—¿Ya? —preguntó la lectora de Chesterton cuando vio salir al muchacho.

—Sí.

Ambos se despidieron de los otros y se encaminaron hacia el *Impala*.

—¡Cenaremos pescado al limón! —gritó Tim desde el porche.

El rugido del motor fue lo que obtuvo por respuesta.

José García se alegró de ver entrar a su hijo por la puerta de casa de Teresa. Los ojos del chico tardaron en adaptarse a tanta belleza y sofisticación. Su alma se emocionó al percibir de nuevo, años después, el aroma del trabajo de su padre; ese olor a madera lijada y a cola. Inconfundible.

—Doña Teresa me ha pedido que venga a pasar el día con ella. Creo que quería enseñarme el lugar donde estabas trabajando ahora.

—Así es —confirmó Teresa con una sonrisa.

Nico no quería tocar nada. Realmente no se atrevía. Todo tan ordenado y presumiblemente caro. Ni hablar.

Una guitarra descansaba sobre su pie junto al sofá. El joven no la pasó por alto, ni Teresa dicho detalle.

—¿Te gusta?

—Es preciosa.

—Cógela.

—No, no. Muchas gracias.

—No va a morderte.

El chaval titubeó. Finalmente la cogió con una suavidad extrema. Pulsó algunas cuerdas sin ningún orden y después trató de hacer uno de los pocos acordes reales que conocía. Sonó.

—Veo que te suenan los acordes. Es un paso muy importante.

La gente que jamás ha tocado un instrumento musical se sorprende al descubrir que ni un saxo ni una trompeta suenan cuando se sopla a través de ellos ni una guitarra permite que el sonido de un acorde suene si éste no está debidamente ejecutado.

—¿Qué tipo de música prefieres? —preguntó Teresa.

La formación musical del muchacho se limitaba a la emisora que su padre solía escuchar en la furgoneta. Por suerte, no era de las peores.

—Me gusta el rock.

—El rock, ¿eh? Es el estilo ideal para un chico de tu edad.

Nico se preguntó cuál sería la música favorita de su padre. Nunca se lo había preguntado. Aprovechó que estaba por allí para salir de dudas.

—¡Papá! —le llamó—. ¿Cuál es tu músico o grupo favorito?

El padre se aproximó, titubeó un poco. Dirigió una mirada tímida a Teresa y respondió:

—Captain Beefheart y Frank Zappa.

Teresa arqueó ambas cejas simultáneamente y frunció el morro en señal de asombro. No esperaba que un carpintero tuviese unos gustos tan sofisticados. Inmediatamente cayó en la cuenta de que se trataba de un pensamiento clasista, pero, desde un punto de vista estadístico, su postura era la más razonable. Por fortuna, la estadística no es una ciencia exacta.

—Supongo que de tanto escucharlos en la radio —se justificó José García. La radio, a pesar de su denominación genérica, se limitaba en su caso a la mencionada emisora.

—No me extraña nada que Nico adore la música —sonrió Teresa. José García lo interpretó como un cumplido y se la devolvió.

La lectora de Chesterton se sentó junto al muchacho y le pidió que le prestara la guitarra. La cogió con delicadeza y la apoyó sobre su pierna derecha, al modo popular, en lugar de en la izquierda, tal y como solían hacer los músicos «con estudios».

—Quiero que practiques estos acordes.

Reprodujo una secuencia elemental de tres acordes básicos y sin cejilla que siempre animaba al principiante, pues le daba la sensación de estar interpretando un tema que sonaba realmente bien y no resultaba excesivamente complicado. Muchos de los clásicos suelen ser así. El muchacho repitió el ejemplo sin excesiva dificultad y sonrió emocionado.

—Hey, hey, no lo hagas tan bien o me veré obligada a pasar directamente al jazz… —bromeó Teresa apoyando una mano en el hombro del joven.

El sonido de la lija y los utensilios de José García se escuchaba a lo lejos, casi acompasado con el de la guitarra.

Pasaron la mañana cada uno con su ocupación: José trabajando, Nico ensayando y Teresa consultando textos y revisando las hojas que Tim había impreso. Habían habilitado un pequeño cojín para catalina. Comieron todos juntos un delicioso asado de pescado que la filósofa preparó.

—Es usted una cocinera excelente —la felicitó el carpintero.

—Una de las cosas que me enseñó mi madre.

—¿Sigue viva? Es usted muy joven.

—No. Tanto ella como mi padre fallecieron hace algunos años. Yo acababa de terminar la universidad. Apenas hubo un año de diferencia entre sus muertes. Mi padre nos dejó el primero. Imagino que mi madre murió de tristeza.

—Lo lamento, no he querido parecer entrometido —se disculpó el padre de Nico.

—No se preocupe. Platón nos enseñó que la filosofía es una preparación para la muerte. Y eso es justamente lo que yo estudié.

Nico guardaba silencio.

Después de comer, José García trabajó un par de horas más y se despidió. Teresa le había pedido permiso para que su hijo pasase la noche allí y él no se opuso.

—Me gustaría enseñarle unos libros.

—Estoy seguro de que se lo agradecerá. Le gusta mucho leer y por desgracia no he podido proporcionarle demasiados.

—Estamos a tiempo de corregirlo —señaló ella—. Ya se lo dije.

Una vez que el padre se hubo marchado, Teresa invitó a Nico a que echase un vistazo a su librería. El chaval recorrió la impresionante biblioteca y cogió un libro como por impulso. Se trataba de *Las puertas de Anubis*.

—Vaya, no sabía que te atrajese la ciencia ficción.

—A veces me tiro esos rollos —respondió él con una candidez entrañable.

Teresa le dejó examinar el libro y extrajo una especie de facsímil de la estantería. Un ejemplar de los *Diarios de Turner*. Nico giró la cabeza para ver qué había seleccionado ella.

—Quiero contarte la historia de este libro. *Turner Diaries* o el ejemplo perfecto de cómo la ira puede ser mal canalizada hacia la violencia.

—¿Por qué me lo enseña?

—Por la sencilla razón de que nos enfrentamos a una situación similar. He revisado detenidamente los *tuits* que hemos recibido por ahora y percibo una tendencia polarizada. Por una parte, las personas manifiestan sus deseos de mejora de una forma pacífica; por otra, justo lo contrario. Los hay que llegan a proponer una revuelta armada. No es la primera vez que sucede en la historia de la humanidad y los resultados siempre han sido los mismos y nefastos. La violencia sólo engendra violencia y nunca soluciones. No lo olvides jamás.

—¿Nunca se da una excepción?

—Es un problema delicado. Por ejemplo, la Revolución Francesa se esgrime como argumento en favor de lo que dices, pero mira dónde nos ha conducido. El amor ha sido y siempre será la única solución.

Cogió un mando a distancia y pulsó unos cuantos botones. «*Keep Falling*» de *Jazzanova* comenzó a sonar.

—Los *Diarios de Turner*, escrita en 1978 y distribuida de manera clandestina, narra el intento de un grupo de radicales de acabar con el gobierno de los Estados Unidos e instaurar una especie de nueva raza aria mediante el terrorismo y la guerrilla. En el libro, la *resistencia*

gana la batalla. Muchos de los atentados y asesinatos que tuvieron lugar con posterioridad a la publicación, por decirlo de algún modo, del libro parecieron estar directamente influidos por éste. Ten presente que la Guerra de Vietnam finalizó en 1975 y dejó a la población estadounidense sumida en un estado de desolación, desamparo y frustración. ¿Te suena de algo? —Nico asintió con la cabeza—. Nuestra misión ahora consiste en evitar que algo así vuelva a repetirse. Por eso debemos potenciar la solidaridad y las acciones pacíficas en lugar de las invitaciones a que los ciudadanos se tomen la justicia por su mano en el sentido que acabo de mencionarte.

—¿Se te ocurre alguna idea?

—En realidad, se me ocurren varias. Las ideas son mi profesión —sonrió—. ¿Qué te parecería arrojar los móviles a la basura? O mejor ¡por la ventana!; recuperar el placer de la conversación, cara a cara; reducir el consumo y toda la mierda que compramos —el muchacho se sorprendió al escuchar esa palabra en boca de la educada Teresa—; limitar nuestra relación con la tecnología; preocuparnos activamente por los que nos rodean, en lugar del griterío en las redes sociales en defensa de tal o cual acción cuyos efectos no podremos evaluar de primera mano…

—La veo un tanto reacia al progreso…

—¿Progreso? Mira, chaval, a lo que tú llamas progreso, yo lo denomino camino hacia el control absoluto. El progreso verdadero es aquel que conduce a la liberación del ser humano, a un mayor grado de inteligencia, mentalidad crítica y sensibilidad no a esta basura premasticada, a este sucedáneo de vida y de futuro. Ya tienes dieciséis años. Coge el *Anubis*, pero también *1984*, *Fahrenheit 451* y *Un mundo feliz*. Disfruta de *El señor de las moscas*; lee a Arthur C. Clarke, Philip K. Dick, Asimov, Heinlein, Sturgeon. Disfruta del *Matadero Cinco* de Kurt Vonnegut. No te lo creerás, pero a nosotros nos los hacían leer en la escuela. Después llegaron las videoconsolas e Internet y con ellas toda la virtualización y domesticación de la

realidad: la cárcel envuelta en ocio con que han acabado atontando a las mayorías. No lo olvides: lo que aparece en una pantalla es fácilmente manipulable. Demasiado, diría yo.

—Lo dicho: es usted una romántica.

Se generó un momento de silencio roto por el chaval.

—A propósito —prosiguió—, ¿cuándo piensa hablar de sus sentimientos hacia Tim?

—Tal vez cuando tú empieces a tutearme.

Los dos sonrieron.

28

—Parece que nos han dejado solos —dijo Tim.

—Así es.

—¿Le apetece que vayamos a comprar un par de camisas nuevas, algunos pantalones y, ya de paso, nos ponemos al día?

—Es una gran idea —respondió el *Zorro*.

Los dos hombres se pusieron en pie. Tim sugirió ir al centro dando un paseo. Consideró que se trataría de una excelente oportunidad para saber más cosas sobre su misterioso huésped. No podría decirse que de niño hubiese mostrado una inclinación excesiva hacia los cómics, libros de aventuras ni, en general, productos de la cultura popular, pero el *Zorro* era el *Zorro*… A dicho personaje sí le había dedicado unas cuantas horas. Una especie de fugaz *flasback* le retrotrajo a su niñez. No es que no le interesase demasiado lo que a los demás niños sino que, sencillamente, sus padres no habían fomentado esa faceta, potenciando sus altas habilidades en otros terrenos. Sólo una tía lejana llevó como regalo para el pequeño un libro ilustrado con las aventuras del *Zorro: La maldición de Capistrano.* Qué delicioso azar, siempre entrecomillado, le había traído al personaje en carne y hueso.

—¿Sabe? Toda la vida he sentido curiosidad por saber cómo sería la vida cotidiana de un héroe, me refiero a la que quedaba fuera del disfraz, ya me entiende.

—En realidad no tiene nada de especial. En mi caso, y si es que usted tiene a bien considerarme uno de ellos, me gusta cultivar, como ha podido observar, el arte de la esgrima así como ciertos ejercicios gimnásticos. De joven deseé ser médico, pero los negocios familiares tuvieron más peso. Indudablemente sigo interesándome por tales cuestiones y sigo estudiando en mis ratos libres.

—Tendría usted que ver cómo se lo montan los *matasanos* aquí en el siglo XXI.

—¿*Mata*-qué? Ah, supongo que se refiere a los doctores.

—Eso quería decir —aclaró Tim sin perder su sonrisa pícara.

—Me fascina la química y la física.

—No le digo más…

Tim estalló en una incompresible —para don Diego— carcajada.

En ese momento, el médium advirtió que su acompañante debía ser mucho más joven de lo que aparentaba. Sin duda, pensó, se mantenía muy bien para su edad (siempre que su edad fuera superior a la real). Tuvo la tentación de preguntarle por ella pero no lo hizo. Quizá encontrase la información en las novelas (honestamente, debía reconocer que no recordaba ese dato).

—La imagen que tenemos de usted por estos lares —prosiguió Tim— es la de un galán en toda regla. ¿Se ajusta a la realidad?

Don Diego aclaró la garganta. No estaba acostumbrado a que le formulasen preguntas tan personales de un modo tan directo.

—No le negaré que gozo de gran popularidad entre las damas, aunque mi corazón pertenece a doña Lola Pulido.

—¿Están prometidos?

—Me temo que no he tenido aún el arrojo para proponérselo.

—Vaya, esperaba que pudiera usted darle alguna lección al respecto a nuestro joven amigo Nico. El chico está un poco… pegado.

Gran parte del lenguaje coloquial del siglo XXI, por muy elemental que resultase, se perdía en una nebulosa lingüística antes de que don Diego pudiera llegar a comprenderlo.

—Se me figura que el chico debe haberlo pasado bastante mal.

—Acierta.

—Y hablando de damas, ¿piensa usted confiarle sus sentimientos a doña Teresa?

—No pierde detalle, ¿verdad?

—Perdone mi franqueza, pero no se ha esforzado usted demasiado en ocultarlo.

—¿Me dará algunos consejos a mí también?

Ambos sonrieron en un gesto de camaradería.

El centro de la ciudad era como el de cualquier destino costero pequeño: establecimientos que funcionaban medianamente bien en verano y poco o nada en invierno. Tampoco era frecuente encontrar tiendas con un producto selecto, salvo en aquellas orientadas sobre todo a los turistas extranjeros. Tim, no obstante, conocía una par de buenas camiserías y allí condujo a su invitado. Don Diego se esforzaba por rechazar cortésmente el ofrecimiento de más obsequios por parte de su anfitrión, pero el señor Heredia se empecinó en comprarle dos camisas blancas de alta calidad y una de color negro, así como dos pares de pantalones de vestir. Después, siguiendo la sugerencia de Teresa, le llevó a una pequeña cantina donde servían un vermut excelente.

—A mi llegada vi un par de imágenes de Los Ángeles en la actualidad —señaló *El Zorro*—. Cómo ha cambiado…

—El mundo es muy diferente hoy en día. Imagino que todo le seguirá resultando extraño.

—No puede hacerse una idea.

—¿Qué me diría si supiera que los Estados Unidos están gobernados por un negro?

—Estados Unidos… Admito que me sorprende bastante, aunque no me desagrada. Jamás he tenido nada contra los hombres de color, pero si me hubiese dicho hace un siglo algo así, no le habría creído.

—¿Y si le dijera que ya no se puede fumar en ningún local? —Don Diego le miró perplejo—. Sí, el mundo ha cambiado mucho en poco tiempo. En cierto modo le envidio. Ha conocido usted una época que, a pesar de sus defectos, presentaba una ventaja con respecto al nuestro: el factor humano. Aquí y ahora cualquier cosa se reduce a números, beneficio y pérdida, cálculo.

—Ustedes tienen buen aspecto.

—No creo que salgamos ganando con el cambio, créame.

—¿Piensa usted que algún día podré regresar a casa?

—Siempre he creído en el poder de la ciencia, si bien reconozco que no puedo darle una respuesta precisa. Nuestra tecnología todavía se halla bastante lejos de poder ofrecerle garantías en ese sentido.

—¿Por qué yo? —preguntó don Diego.

—Supongo que es otra de las cuestiones que debemos resolver.

—¿Puede usted hablar con los muertos?

—Así es.

—¿A voluntad?

—Todavía estoy perfeccionando mi método. Algún día lo lograré. ¿Por qué me lo pregunta?

—Si mis seres queridos estuvieran muertos, quizá usted podría comunicarse con ellos.

—Entiendo. Lo que usted plantea es más complejo de lo que parece, dado que, en un sentido estricto, sus seres queridos no están ni muertos ni lo contrario. Obviamente, están muertos para nosotros, aquí en este plano, pero no descarto que sigan con vida en otro. El tiempo es un asunto endiablado…

—¿Podría intentarlo?

—Podría.

—Se lo agradecería muchísimo.

Tim sopesó su respuesta.

—Esta noche veremos qué podemos hacer.

Un atisbo de esperanza se dibujó en el rostro del héroe.

En cuestión de segundos, Tim hizo recuento de los pasos a seguir de manera mental. Básicamente se reducía a uno: entrar en un estado de trance gracias a la meditación. Sólo la mente vacía puede albergar algo más, algo verdaderamente importante y transcendental. De repente cayó en la cuenta de que también gracias al mismo procedimiento uno podría viajar en el tiempo. A la postre, contactar con los seres del más allá no dejaba de ser una especie de viaje de tales características, así como una conexión entre dos planos de la realidad.

—Los hombres del bombín… —susurró.

—¿Perdón?

—Los hombres de negro, ellos tal vez hayan sido los primeros viajeros del tiempo. Me refiero a los primeros que han sido capaces de realizarlo con éxito en diversas ocasiones y, además, han podido materializarse de nuevo.

—Lleva razón pero, a diferencia de usted, ellos parecen controlarlo a voluntad.

—Si hubiese algún modo de que nos dijesen cómo…

—… Resolveríamos el enigma. ¿Cómo? ¿Cómo? —repitió el médium.

—Tengo una idea: usted puede contactar con los muertos y, presumiblemente, esos seres también pueden morir.

—¿Qué sugiere?

—Lo sabe perfectamente.

—Tiene que haber otra forma. Ninguno de nosotros es un asesino.

—¿Alguna otra alternativa?

—Debemos hablar con doña Teresa. Es probable que a ella se le ocurra algo.

—Le dije que esa mujer le convenía —señaló don Diego con una sonrisa en la cara.

29

Conviene ser realista por lo que al tiempo se refiere. Caronte lo tenía muy claro. Para él, el tiempo era fuente de destrucción. La Historia no dejaba dudas al respecto. Cierto que muchos avances y progresos desde una perspectiva material habían tenido lugar pero el coste espiritual y las desgracias que había acarreado le movían a creer que poca creación cabía en lo que se consideraba evolución. Su propia materialidad comenzaba a resentirse. La suya y la del resto de los *golconditas*. A fuerza de descomponerse y recomponerse a nivel molecular sus cuerpos adolecían cierta tendencia a la desaparición. No era que se estuvieran convirtiendo en algo translúcido similar a los fantasmas tal y como eran representados en la cultura popular. El proceso tenía lugar en el plano interno y molecular. Por decirlo de un modo bastante gráfico, su envoltorio material presentaba más espacio vacío a un nivel atómico. Asociado a esto, sus funciones corporales así como sus necesidades biológicas habían quedado reducidas prácticamente a cero. Comían, bebían y algunos incluso fumaban, mas lo hacían de manera simbólica, nostálgica, como si se aferrasen a la poca humanidad que les quedase. Tampoco su mente funcionaba del mismo modo. Elementos como los recuerdos ya carecían de importancia para ellos. Pasado, presente y futuro se combinaban en sus cerebros como un todo homogéneo, como una llanura sin fisuras en el terreno. Como un conjunto blanco donde todas las formas y colores hubiesen sido entrelazados y combinados hasta el extremo.

Las acciones que había planeado —si es que fuera posible atribuirle a él y a su equipo la autoría última de las mismas— se asemejaban bastante a un reto o desafío; a un oráculo que los elegidos, en este caso los *pasajeros*, debían resolver si querían evitar lo inevitable. Una contradicción verbal que no era tal desde una perspectiva cosmológica. Y es que el Universo y sus leyes no tiene nada que ver con los argumentos y mucho con aparentes paradojas

(*matemáticas de Dios*: quien más da, más tiene). La ciencia fracasa a la hora de resolver las grandes cuestiones porque se limita al uso de las estructuras matemáticas elementales (suma, resta y algún derivado de las mismas). Pero los números son algo más que matemáticas. Son símbolos cargados de significado espiritual y conceptual. En el pasado algunas personas, como los pensadores de la China antigua, los pitagóricos o los estudiosos de la *Cábala*, se habían esforzado en demostrarlo con mayor o menor fortuna. Por poner un pequeño ejemplo, según el pensamiento chino clásico, el cinco no es el siguiente después del cuatro sino que representa la unidad del cuatro, así como el cuatro la del tres.

Cuestiones tales como por qué esas cuatro personas y una gata, y no otras ni en otro momento, se veían en la tesitura de dar una respuesta al problema resultaban del todo irrelevantes a los ojos de Caronte. Eran ellos y punto. Únicamente cabía asumirlo. Ni siquiera su sofisticada mente se atrevería a preguntar al Universo, a lo inefable, a lo que nunca un ser humano por evolucionado que esté podrá abarcar en su totalidad. ¿Cómo habían acabado él mismo y los suyos formando parte de ese engranaje? Imposible de dilucidar. Demasiadas variables en juego. En un mundo donde incluso los personajes de ficción podían habitar encarnados en otros planos, la pregunta por el cómo carecía de respuesta.

El hombre de Estocolmo miró con atención el giroscopio y suspiró. Pensaba, como casi siempre, en las particularidades del viaje en el tiempo (su gran tema, su obsesión). Mientras que un individuo situado en un momento presente podría desplazarse hacia atrás en el tiempo sin mayores complicaciones, hacerlo hacia adelante, hacia el futuro, entrañaba más riesgos, puesto que el futuro no dejaba de ser mera probabilidad. Concedía que conforme el análisis probabilístico se hacía más y más sutil el riesgo decrecía y la facultad de predecir resultados aumentaba. Y esto sucedía hasta el punto de que alguien acostumbrado a acertar olvidase la delimitación entre los diversos estados temporales (esa «llanura blanca sin fisuras»). En

realidad, dicho movimiento constituía un gran atrevimiento, un descuido de consecuencias potencialmente desastrosas del cual ni siquiera los *golconditas* estaban exentos.

La accidental grieta en la estadística era lo que llenaba de pavor a Caronte. Einstein podía estar equivocado.

En su fuero interno, el líder de los *golconditas* sabía que su propia salvación pasaba por el despertar de la humanidad. La otra vía era la destrucción colectiva. Una apuesta arriesgada y sin la menor garantía de éxito. Una humanidad adormecida estaba abocada a la autoinmolación, a la reproducción de los episodios más trágicos de su historia amplificados hasta extremos insospechados. Por ello quería tener fe en los *pasajeros*. Por ello se aferraba con fuerza a esa idea. Únicamente fracasando, alcanzaría la victoria. Tal era la paradoja que albergaba en su interior.

Descolgó el teléfono rojo y escuchó la respuesta a una pregunta que no había formulado. Sin decir una palabra, colgó. Se levantó para dar un golpe calculado al giroscopio, observó los resultados que aquellas sombras proyectaban en la pared y salió al exterior. Dio unos pasos largos, como si midiese el terreno. Después miro hacia el cielo y aspiró el aire con fuerza.

«No nos queda mucho tiempo», se dijo para sus adentros.

30

De camino a casa de Tim, Teresa se recreaba en los últimos momentos de la noche anterior, la que pasase con Nico García. Podría decirse que había sellado definitivamente su amistad. Recordaba cómo había puesto el «*Hard To Handle*» de Otis Redding a un volumen bastante alto y el muchacho se había lanzado a saltar sobre su cama. Ella lo contemplaba con cariño y rigidez, hasta que él le alargó la mano para que le acompañase. Al principio, sus movimientos eran toscos pero poco a poco se fue soltando. De haber formado parte de una película, la escena se habría desarrollado a modo de tomas falsas, cortadas a destiempo, en mitad del movimiento, creciendo en intensidad y risas conforme la canción avanzase y los ánimos se viniesen arriba.

La guitarra de la filósofa iba en el asiento de atrás del *Impala*, acompañada de los libros recomendados por Teresa, más *Las puertas de Anubis* y el *Más que humano* de Ted Sturgeon. Nico disfrutaba del trayecto y sus ojos se posaron en un grupo de chicas que paseaban por el paseo marítimo. Ya no las contemplaba igual y, de haberse cruzado sus miradas, les habría dedicado una sonrisa. A decir verdad, el chaval resultaba ciertamente atractivo y, sin lugar a dudas, ellas le habrían correspondido. Tuvo suficiente con tener constancia de que así habría sido.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —respondió Nico.

—¿Cuánto tiempo llevas sin escolarizar?

—Un año. Después de que nos fuésemos a vivir a la furgoneta, seguí acudiendo a clase un poco, pero las cosas se pusieron feas. No podíamos pagar los libros, iba siempre sucio, el almuerzo… Total, que decidí dejar de ir.

—¿Qué dijo tu padre al respecto?

—Mi padre ha tenido que tragar mucha mierda, si me disculpas la expresión.

—¿Y los servicios sociales?

Nico contuvo una risa melancólica y desencantada.

—Me temo que los servicios sociales tienen sus propios problemas. Sus agentes no tienen ni idea de cómo es la vida en la calle. Ni ellos ni los psicólogos. Una vez me llamaron para hacerme unas preguntas debido a mi, cada vez mayor, absentismo. El tipo se limitó a tomar notas en su *tablet*, con la mirada compasiva de quien sabe que sus quebraderos de cabeza cesarán a las dos de la tarde, cuando salga del despacho. Preguntaron por mi padre. Creo que fue la última vez que me dejé caer por allí.

—No es por nada, pero no te expresas como un chico de la calle.

—Ya te dije que tuve una vida antes de vivir como un pordiosero. Es más, al salir del instituto, solía pasar largas tardes en la biblioteca, pero, al final, conforme mi ropa y yo mismo empezamos a oler peor, decidí aparcar mi afición a la literatura. Sí que sacaba algún libro y lo llevaba a casa… Después me limité a leer lo que encontraba en la basura.

—¿Algo interesante? —preguntó Teresa con una sonrisa cómplice.

—He visto más bazofia en los escaparates de algunas librerías que en los contenedores…

—Te creo.

No había nadie en casa de Tim cuando llegaron, de modo que decidieron esperarlos en las hamacas del porche. El médium y don Diego tardaron una hora en aparecer.

—¿Nos están calentando las sillas? —preguntó Tim, socarrón. Teresa no respondió—. Hemos salido a comprar algo para desayunar. ¿Gustan?

Heredia agitó una bolsa que contenía unos churros con forma de gota. Según aclaró, los mejores del mundo.

Nico alargó la mano para coger uno.

—¿Qué tal su día ayer? —preguntó Teresa.

—Parece que a don Diego le gusta nuestro vermut. —*El Zorro* asintió con la cabeza para certificar la veracidad de la afirmación del médium.

—Fantástico… —señaló con ironía la filósofa.

—Perdonen que sea tan directo —dijo Nico con la boca llena, tras haber cogido un segundo churro—, pero no nos hemos movido mucho de aquí para llevar a cabo la misión o lo que sea que tengamos que resolver. Lamento ser tan repetitivo.

—Escucha, mi *pequeño saltamontes*, el maestro taoísta Lao-Tsé decía que el hombre sabio no necesita salir de casa para conocer el mundo.

—Porque tendría Internet.

—Nada de Internet; se refería a la mirada interior.

—El chico lleva razón —atajó Teresa—: no estamos avanzando demasiado. Damos palos de ciego.

—En eso se equivoca. Sin ir más lejos, don Diego tuvo una excelente idea que queríamos compartir con usted.

El médium expuso la propuesta de su compañero, señalando las reservas que él mismo albergaba al respecto.

—Me alegra saber que no están dispuestos a asesinar a nadie. Supone un gran alivio. Por lo demás, dan por sentado muchas cosas como, por ejemplo, que volveremos a encontrarnos con esos tipos, aunque yo también creo que así será, y que son mortales. Incluso en ese caso, es poco probable, corríjame si me equivoco, que el señor Heredia pueda contactar con un muerto a voluntad.

—Estoy perfeccionando mi método —apuntó Tim.

—Demasiadas son las variables.

—Pensábamos que usted podría aportar alguna alternativa.

—Gracias por tenerme en tan alta consideración —hizo una pausa—. Se me ocurre que, si fuésemos capaces de viajar a un tiempo futuro, aunque fuera mentalmente, cabría la posibilidad de llegar al punto en que alguno de esos seres hubiese fallecido por causas ajenas a nosotros. Mas, como pueden ver, supondría una solución paradójica, ya que deberíamos conocer con antelación la respuesta a la pregunta que tendríamos que formular a nuestro objetivo, a saber, cómo es posible viajar en el tiempo. —Tim se frotó los ojos—. En cualquier caso, y si lo desean, puedo consultarle a Milton, un compañero del Instituto Pessoa. Quizá ellos sepan algo más sobre viajes en el tiempo.

El médium escuchaba mientras daba un desganado mordisco a un churro. Se generó un silencio breve y tenso, roto por un maullido suave de Cata.

—Sé que a don Diego no le agradará demasiado esta idea, pero si él, que para todos nosotros era un personaje de ficción, ha llegado hasta aquí, tal vez podríamos hacer algo parecido: crear un relato y tratar de que se hiciese real.

—Siguen empeñados en creer que soy un personaje de ficción.

—Todos le hemos conocido a través de textos.

—¿Y a Homero?

Teresa esbozó una leve sonrisa.

—¿Qué te parece, Teresa? —preguntó el muchacho.

—¿Desde cuándo se tutean? —Tim arrugó el entrecejo.

—Ya va siendo hora de que los formalismos pasen a un segundo plano —respondió la lectora de Chesterton. Su respuesta entrañaba un claro doble significado.

Tim resopló antes de exclamar:

—¡Qué demonios! ¡Al cuerno con las formalidades!

Teresa sonrió disimuladamente, Nico de forma más explícita y un rictus tenso se apoderó del rostro de don Diego, poco acostumbrado a los modales laxos del siglo XXI. Se atusó las puntas del bigote y carraspeó.

—Muy bien. ¿Cómo proponéis que empecemos? —Tim no ocultó su satisfacción en el debut de su tuteo.

—Podrías concentrarte en ese momento futuro durante tu meditación o trance o lo que sea que hagas cuando intentas contactar con los espíritus —respondió Teresa.

—No se me había ocurrido —dijo Tim casi para sus adentros—. Brillante.

El médium se sumió momentáneamente en sus propios pensamientos. ¿Era la imaginación el elemento que le faltaba para perfeccionar su método? Salió de su fugaz letargo para precisar:

—Pero antes, ¿quién quiere un poco de chocolate caliente para acompañar estos churros?

Nico levantó la mano en señal de asentimiento y los demás se agregaron.

No había el menor indicio de que se hubiese llevado a cabo algún tipo de ritual esotérico en la habitación de Tim. Las ventanas estaban bajadas y la luz era tenue. Él descansaba con los ojos cerrados en una silla, relajado. Daba la impresión de que se hubiese quedado dormido en esa posición, nada más. A pesar de que se supone que durante la meditación la mente debe quedar en blanco (algo imposible, por lo demás), la suya era un enorme agujero negro. Trataba de imaginar un instante futuro, dando una suerte de orden mental, haciendo de la voluntad su mayor aliado. Nada. Ni rastro de los hombres del bombín, ni vivos ni muertos; especialmente así: muertos.

En la parte de fuera, Nico había comenzado a tocar la guitarra a una distancia lo suficientemente prudente como para que el sonido no llegase a donde el médium se hallaba. Teresa hojeaba páginas sueltas de los libros que había prestado al chaval y vigilaba a la gata.

Don Diego, por su parte, seguía sumido en una especie de limbo, dando vueltas a la cuestión del protocolo y a la posibilidad de regresar a casa.

Nico hizo una pausa y pidió permiso a Teresa para sintonizar en el *Impala* la emisora que solía escuchar su padre. Ella accedió y él giró la rosca que ponía en funcionamiento la radio. Sonaba el tema de *Catatonia* «*Mulder and Scully*» y Teresa trató de hacer memoria pues la canción le sonaba. Prestó atención a la letra y casi se sonrojó. Fue entonces cuando apareció Tim por la puerta. Se le veía algo abatido. En un primer momento, Nico supuso que la música le había molestado y se puso un poco nervioso. Teresa negó con la cabeza mirando fijamente a los ojos del médium. Él le respondió de la misma manera. La filósofa hizo una mueca con la boca dando a entender que lamentaba que sus intentos hubieran sido en vano. Tim se sentó junto a ella y, sin mediar palabra, le cogió la mano. A ella no pareció molestarle, ni siquiera sorprenderle.

—Me temo que tu regreso a casa tendrá que esperar un poco —dijo a don Diego. Éste se encogió de hombros y resultaba difícil establecer si se debía a la frustración que la noticia le producía o al hecho de que su compañero se hubiese dirigido a él tratándole de tú por primera vez.

—No te preocupes. Todavía me quedan cosas por descubrir aquí —dijo *El Zorro* intentando respetar las reglas de un juego que no le gustaba demasiado y que le incomodaba un tanto.

«*My bed is made for two and there´s nothing I can do*».

Nico volvió a coger la guitarra para rasgar sus cuerdas sin mayores pretensiones. En parte, también le fastidiaba que su idea no hubiese resultado. La extraña *banda de Möbius*, el desalentador trabajo de Sísifo, que suponía su aventura amenazaba con reiniciarse de nuevo. Los *pasajeros* se veían en la penosa circunstancia de tener que admitir que la cosa no terminaba de arrancar, que ni siquiera se vislumbraba el camino por el cual debían adentrarse.

Como si de un relato kafkiano se tratase, cuatro seres humanos y una felina estaban abocados al cumplimiento de una tarea trascendental sin conocer de qué se trataba al cien por cien ni las razones de su elección como paladines de una causa tan decisiva. Tal y como Nico había apuntado, lo único cierto es que pasaban los días tomando café en el porche de la casa de Tim, aspecto que los convertía en los héroes más extravagantes y estáticos de la Historia.

No resultaba, empero, menos veraz que, como el bueno de Lao-Tsé afirmase, el hombre sabio no necesitase salir de casa para conocer el mundo, ni que las batallas del espíritu requieran escenarios exóticos para su desarrollo. En ocasiones, una mente con fondo negro y el mar de fondo bastan para librar la guerra más importante de todas.

31

Una vez repuestos del sobresalto, el portugués y los suyos procedieron a examinar el terreno. Caminaban con pasos lentos y no todo lo seguros que les hubiese gustado reconocer. Sus armas señalaban el camino y sus oídos estaban agudizados al máximo. El sonido a su alrededor parecía haberse congelado desde lo que se asemejase bastante a un temblor de tierra tras el cual desapareciera el hombre del antifaz. Don Diego da Silva guiaba al grupo, dirigiéndose hacia el epicentro del fenómeno. Contraía las mandíbulas y tenía el dedo pegado al gatillo, apuntando al frente. Se hallaba dispuesto a disparar sobre lo primero que se moviese. Ya preguntaría después. El grupo vislumbró un claro en el bosque a los pocos pasos y caminaron hacia él. Una zona despejada no suele ser el mejor lugar al que acudir, pues hace visible a cualquier objetivo, pero el portugués se dejó arrastrar por su instinto y así entraron en una zona redonda y desforestada. Una mente supersticiosa no habría tenido mayores reparos en creer que algo había estado allí poco tiempo antes; algo que se había evaporado, dejando atrás tan sólo unas hojas secas. Justo en el centro, el portugués divisó una silueta oscura y, sin pensárselo dos veces, disparó. La figura permaneció en la misma posición y don Diego efectuó un segundo disparo con idéntico resultado. Se encendieron las luces de más habitaciones dentro de la casa y algunas personas salieron al balcón.

—Buenas noches, don Diego —saludó una voz que don Diego creyó reconocer—. ¿Qué tal le va la conquista del oeste? —Había un deje de ironía en sus palabras.

—¿Qué hace usted aquí?

La figura avanzó unos pasos al frente y la luz de la luna lo iluminó. Era Caronte.

—Ya le dije que este lugar estaba lleno de riqueza.

Los hombres del portugués apuntaban a aquel hombre con bombín que no parecía inmutarse ni perder la calma.

—Si da un paso más, volveré a disparar.

—¿De veras cree que es necesario? No disponen de mucho tiempo. Muy pronto vendrán a ver qué a sucedido aquí. Ha sido una estupidez disparar, perdone que se lo diga.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—Le di la oportunidad de hacerse todavía más rico, pero no a toda costa. Se ha dejado cegar por la codicia y, como bien debería usted saber, todo acto tiene consecuencias —don Diego seguía apuntándole con el arma, a sabiendas de que constituía un gesto carente de sentido. El hombre de Estocolmo siguió hablando—. Al igual que sabía dónde irían a parar sus balas, y ésta es la razón por la que no ha podido alcanzarme, suponía que vendría, si bien confiaba en la pequeña probabilidad de que no fuese así. Se le ha ofrecido la opción de escapar a un destino fatal y la ha desperdiciado. No obstante —se dispuso a añadir tras hacer una pausa un tanto ceremonial—, sigue teniendo una oportunidad de corregir sus errores. Puede que no de manera directa, pero —esbozó una sonrisa desencantada antes de acabar la frase—, ¿qué es nuestra vida individual en comparación con la eternidad, con aquello que no tiene principio ni fin?

—Está usted loco.

—Ya llegan. Pueden ustedes correr como ratas o morir como atracadores…

—Deberíamos marcharnos, señor —dijo el que llevaba la cara pintada—. Están muy cerca.

—Buen consejo —concedió Caronte—, y bonito disfraz, si me permite la observación.

Don Diego se dio media vuelta y ordenó a los suyos que se batieran en retirada.

—¡Buena suerte, señor Da Silva! —exclamó Caronte mientras los pasos de los hombres de De la Vega y algunos invitados a su fiesta sonaban con más fuerza.

El portugués no volvió a verle jamás.

Diego da Silva falleció dos meses después por causa de un ataque al corazón, pero la huella psíquica que aquel suceso provocó en él no le abandonó hasta el fin de sus días.

32

Me sentí decepcionado cuando fracasó el intento de Tim de viajar al futuro mediante la proyección mental. No con mis compañeros, por supuesto, sino ante el hecho en sí. El *puzle* cada vez tenía más piezas y nuestros movimientos eran cada vez más escasos. De hecho, se podría decir que nos habíamos quedado plantados en aquel porche (literalmente).

Aquella mañana revisamos de nuevo las entradas en Twitter y otras redes sociales y comprobamos que la mayor parte iba en la misma dirección que antes. La polaridad entre el recurso a la violencia y un cambio de modelo impulsado desde abajo, con protagonismo de la sociedad civil frente a las grandes élites (políticos, banca, megacorporaciones empresariales), resultaba evidente. Fuera cual fuera la opción, comenzaba a advertir que en el planteamiento general había una gran falla: no se cuestionaban las reglas del juego; o incluso peor, no se tenía fe en la posibilidad de modificarlas de manera efectiva.

Por poner un ejemplo tomado de la informática, habíamos llegado a un punto (el cálculo, sin ir más lejos) en el que humano pierde, máquina gana. Aplicado a la vida política (en un sentido etimológico), sucedía algo similar: la asimetría y desigualdad entre nuestras armas y las de las élites era abismal. En consecuencia, siempre acabaríamos perdiendo. ¿Alguien pensaba que podríamos burlar sus medidas de seguridad? Se equivocaba; ¿Saturando los cerebros con información «clasificada», al más puro estilo *Wikileaks* o *Anonymous*, lograríamos mover a la sociedad civil a la acción? La experiencia había demostrado que no, aunque desde Aldous Huxley ya debería habernos quedado claro que éste sería el desenlace: una masa atontada y adormecida mediante el ocio y la saturación informativa y hedonista.

Únicamente un cambio de conciencia colectiva y una revisión de los valores nos ofrecería una salida airosa de la situación en la que el mundo, nuestro mundo, se hallaba. La primera

fase debía ser, tal y como yo lo entendí en aquel momento, despertar a la población del letargo en el que se hallaba. Un letargo producido por un hedonismo irresponsable, una tendencia al ocio vacío y a la virtualización de lo real. La vida transmutada en videojuego nos convierte en *Eloi* (aprendí esa palabra leyendo uno de los libros que me prestó Teresa: *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells). El individuo, convertido de una vez por todas en dinero o en máquina de consumir queda inutilizado para propiciar el cambio, siendo reducido a algo parecido a un cerdo enjaulado hasta el culo de antibióticos, listo para ir al matadero de la manera más dócil posible. Y, por supuesto, de forma «voluntaria y feliz». El siguiente paso requeriría pulverizar, desde una perspectiva conceptual, todo aquello sobre lo cual se basaba el poder de las élites; hacer que sus «recompensas» dejasen de resultar atractivas. Por ejemplo, si la riqueza material o el estatus social dejasen de ser un valor a tener en cuenta, las personas no se volverían locas persiguiéndolos.

Más adelante tendría ocasión de topar con muchos libros que se esforzaban por explicar la erótica del poder desde un punto de vista casi biológico: aquel que es más rico, famoso o poderoso ha demostrado su superioridad respecto a los demás, luego se halla en disposición de ofrecer una mayor protección a los suyos. Pobre visión de la seguridad y la estabilidad, pues, para lo que verdaderamente importa en la vida, ni el dinero ni lo alto que nos encontremos en la pirámide social nos servirá de nada.

Comencé a preguntarme qué podía hacer yo, de qué manera podría contribuir a cambiar el estado de las cosas. Coherente con mi idea de que el primer paso era promover una especie de despertar, llegué a la conclusión de que, desde mi humilde posición, tenía que convencer a mi generación de la conveniencia del mismo. Supe que sería más sencillo luchar desde dentro, dinamitando los cimientos. Si los chicos de mi edad comenzaban a olvidar la importancia de la cultura y abrazaban un *carpe diem* mal entendido como única forma de vida, les daría una cariñosa bofetada preventiva. ¿Imaginan a un deportista de éxito o un

músico de renombre entre las masas hablando de la importancia de otros valores que no fueran la fama y el dinero? Por supuesto que asumía el carácter utópico que entrañaba mi proyecto y daba por sentado que sería un proceso largo y para cuyo cumplimiento necesitaría la ayuda y el apoyo de muchos otros. No obstante, a pesar de mi juventud, tenía muy claro que si uno no da un primer paso ningún camino puede recorrer. Fue en ese momento cuando decidí qué quería ser en mi vida, en qué me quería convertir. Agarré la guitarra de Teresa y juré que no la soltaría hasta que la dominase. Mi mensaje estaría formado de acordes y letras cargadas de esperanza. ¿Un sueño adolescente? Sólo el tiempo me diría, y también a los demás, si aquella idea era fruto de la edad o si, por el contrario, contribuiría a cambiar el mundo. Después de todo, fue el mismísimo Einstein (también conocería esta cita algo más tarde en mi andadura personal) quien afirmó que «si una idea no parece absurda de entrada, pocas esperanzas hay para ella». Y la historia de la humanidad está llena de ideas inicialmente absurdas, como la electricidad.

Por otra parte, tampoco tenía nada que perder.

Decidí no decir nada a mis compañeros de viaje. Estimé que su condescendencia no me habría sido de gran utilidad y preferí trabajar en solitario, sin prisa ni presión de ningún tipo. Quise celebrarlo poniendo «*Smooth Sailing*» de los *Queens of the Stone Age* a toda hostia. Por desgracia, carecía de un reproductor musical.

33

Por la noche, los *pasajeros* decidieron salir a cenar fuera. Tim sostuvo que necesitaban airearse un poco, especialmente Nico. Ya que los planes no habían salido como ellos esperaban, qué menos que distraerse un poco y cambiar de escenario. José García les acompañaría.

Las tareas de reparación en casa de Teresa estaban dando su fruto, el padre del muchacho se hallaba muy contento y la filósofa satisfecha.

—Veo que no me equivoqué en la elección de carpintero. Está haciendo usted un trabajo magnífico —dijo ella.

—Muchas gracias. La verdad es que todo está quedando muy bien.

Nico seguía arreglándose en su habitación, mientras Tim y don Diego degustaban un fabuloso habano en el porche.

—¿Dónde te parece que vayamos? —preguntó el médium.

—¿Me preguntas a mí? Sabes perfectamente que todavía no me he hecho con el *barrio* —Tim sonrió con complicidad—. ¿Cómo se divierten los jóvenes por estos lares?

—Creo que se me ocurre algo…

Nico apareció en ese momento. Nadie habría dicho que había pasado dos años viviendo en plena calle y presentaba un aspecto envidiable. Llevaba una camisa de cuadros sobre una camiseta, según el gusto norteamericano, unos vaqueros artificialmente desgastados y unas zapatillas azul eléctrico. Dicho de otro modo, resultaba totalmente indiscernible de un chaval cualquiera de clase media y de su misma edad, con la diferencia de que Nico era francamente atractivo.

—Estás muy guapo —dijo Teresa.

—Gracias.

Trató de ocultar la cara de bobo que amenazaba con ponérsele haciendo como que buscaba algo con la mirada y con movimientos rápidos de cabeza.

—Oye, Nico —le llamó Tim—, me han dicho que por aquí hay una bolera. Hemos pensado que te gustaría ir. ¿Sabes jugar a los bolos?

—Nunca he estado en una.

—Perfecto. Tengo la impresión de que ninguno de nosotros lo ha hecho. Además, me apetece comerme un perrito caliente… ¿Os parece bien? —el resto asintió con la cabeza.

—¿Qué hacemos con la gata?

—Ella sabrá ocuparse de sí misma.

De camino, *El Zorro* le apartó del grupo unos metros, cogiendo al chico discretamente del brazo.

—Oye, ¿recuerdas la clase de «esgrima» que te di?

—Claro.

—Pues tenla presente esta noche.

El adolescente le miró algo confundido pero, de manera instintiva, enderezó la columna y adoptó la postura que don Diego le había enseñado. Éste le miró de soslayo, sonrió para sus adentros y regresó con los demás. Algunas chicas caminaban por el paseo marítimo y Nico pensó que no estaría mal cambiar «*Loser*» de Beck por «*Sexx Laws*».

La estampa en la bolera no podía resultar más esperpéntica: dos señores con traje, como recién salidos de un relato decimonónico tardío, una dama vestida de negro, un muchacho como otro cualquiera y un señor de lo más convencional (su padre). Comían perritos calientes y patatas fritas, bebían refrescos y, a todas luces, no tenían la menor idea de jugar a los bolos. Don Diego no dejaba de mirar los curiosos zapatos que le habían hecho ponerse antes de entrar a la pista.

—Te sientan muy bien esos zapatos —susurró Tim a Teresa pegando su mejilla a la oreja de ésta.

—Tú también estás muy gracioso.

La sala estaba llena de chavales y, para su sorpresa, algunas muchachas se acercaron a Nico con el pretexto de que las enseñase a jugar a los bolos. El chico miró hacia donde estaban sus acompañantes, buscando la aprobación, y don Diego arqueó una ceja e hizo una mueca con la boca. Era su manera de sugerirle que fuese con ellas. Nico sonrió y así lo hizo.

—Parece que nos han dejado solos —dijo *El Zorro* a José García.

—Así es.

—¿En serio ésta es la música que escuchan los chavales aquí? —preguntó el americano al grupo. Una música machacona y monocorde inundaba el local.

—¿Creías que la velada estaría amenizada por unos mariachis? —apuntó Tim con una sonrisa—. La verdad es que es un asco, pero a Nico no parece importarle demasiado.

El chico se lo estaba pasando de maravilla. Un grupo de adolescentes y sus hormonas coqueteaban con él, le cogían de la cintura para darle lecciones de tiro, habida cuenta de su torpeza a la hora de derribar los bolos.

—No sé a vosotros, pero a mí me apetece una cerveza. Una de las ventajas de ser adulto —puntualizó la lectora de Chesterton.

—¡Amén! —exclamó el médium—. Ah, José, hemos llegado a la conclusión de que ya era hora de tutearnos. ¿Te unes?

—Ufff —suspiró el carpintero—, por fin. No terminaba de acostumbrarme a tanta formalidad. Me uno.

—Estupendo. Voy a por esas cervezas para celebrarlo.

Dos cervezas más tarde (tomadas por los adultos), Nico regresó con algunos teléfonos anotados en una servilleta. Les dijo a sus nuevas amigas que había olvidado el móvil en casa

y que luego les haría una llamada perdida. El muchacho estaba radiante, como si acabara de nacer. Y, en cierto modo, así había sido; había arrojado un capítulo desagradable de su vida al cubo de la basura, tenía un objetivo en la vida y empezaba a relacionarse con personas de su edad.

De camino a casa, y mientras el chico relataba su experiencia a José y don Diego, Tim tomó la iniciativa y, separando un poco a Teresa del resto, se propuso ponerse al día en cuestiones sentimentales. Estar rodeados de libros y espíritus no estaba nada mal pero lo cierto es que tampoco suponía una mala idea eso de compartir algún aspecto íntimo con otra persona de carne y hueso, especialmente si se trataba de un ejemplar del sexo contrario. Tim justificaba su soltería y escasez de relaciones amorosas con las particularidades de su oficio; Teresa apelaba a las mismas razones, si bien concedía que se daba en ella una especie de rechazo del género masculino. Admitía sentirse apegada a su padre y reprochaba, entre comillas, la frialdad de su madre. No le quedaba ninguna duda acerca del amor que ésta sintiera por ella, mas habría preferido que fuese más expresiva. Era plenamente consciente de que su postura no le acarrearía más que sufrimiento y no era capaz de hacer nada por resolverlo. Su mente brillante había evaluado todas las variables posibles, salvo una, la decisiva: que las cuestiones del alma no pueden ser comprendidas a través de la razón.

—Tengo la sensación de ser así desde niña —reconoció.

—Sin ánimo de dármelas de psicólogo o experto en la materia, tengo la impresión de que quizá arrastres algo de naturaleza kármica.

—¿Crees en esas memeces?

—Creo que en este universo nuestro operan más fuerzas de las que el ser humano puede alcanzar a comprender y no está de más explorar otras vías, mantener una mente abierta.

—¿Acaso no te parece que ya lo hago? Esta aventura no es lo que digamos una ecuación matemática.

—O sí. En cualquier caso, fíjate: eres incapaz de mirarte a ti misma como otra cosa que no sea una máquina de realizar cálculos. Vistes todo el día de negro…

—… El color de la elegancia.

—Y de las mortajas. Eres una mujer atractiva, lo sabes y no tiene sentido que trate de ocultártelo. Sería deseable que explorases esa faceta de tu personalidad e intentases poner en orden algunas cosas dentro de tu cabeza, de tu corazón y de tu espíritu.

—Hey, ¿vas a invocarme?

A pesar de su defensa, Teresa esbozó una sonrisa melancólica. Tim llevaba razón. A lo largo de toda su vida ella se había refugiado en los libros y en el razonamiento analítico para tratar de comprender el mundo que le rodeaba y a sí misma. Mentalmente era capaz de entenderlo todo, incluso el zen o el taoísmo pero, como un Kierkegaard atormentado, no era capaz de dar el salto hacia la fe, no en un sentido cristiano sino general, desprendiéndose de este modo de su angustia.

—Tal vez debería —dijo Tim en un tono entre serio y reflexivo.

—Pero estoy viva.

—¿Qué tal una regresión?

Teresa soltó una carcajada que hizo que los demás se girasen hacia donde ellos estaban. Ella adelantó la mano para que no le dieran importancia y siguieran con lo suyo.

—¡Venga ya!

—En serio. ¿Qué pierdes?

—Tim… ¿Credibilidad?

—Bah, estás entre amigos. Además, ¿qué es la credibilidad frente a la liberación?

—Qué poético…

—Me prestaré a tu locura. Quién sabe si no contribuiré a que des un paso más en tu investigación de un método evolucionado para comunicarte con los del otro barrio.

—Todo sea por la ciencia, Teresa. Mañana podemos ocuparnos de ello, pues, aunque no hayamos bebido demasiado, mi código deontológico me impide realizar una regresión habiendo consumido una gota de alcohol en las últimas doce horas.

—No te hacía tan profesional.

—Hay cosas que todavía están por descubrir. Pero una está bien clara —la filósofa abrió los ojos esperando la respuesta—: que todavía podemos descorchar una egregia botella de vino que guardo en mi bodega particular.

—¿Significa eso que debo pasar la noche aquí?

—Bueno, todavía no te he contado por qué no me he casado aún.

Teresa torció el morro y exhaló por la nariz haciendo un ruidito similar a «hum». Tim la cogió por la cintura de un modo ligeramente forzado y teatral pero no tardó en relajarse. La verdad es que estaba empezando a gustarle cada vez más. Nico empezó a tararear el «*Beside You*» de Iggy Pop. Nadie pareció darse por aludido.

A varios miles de kilómetros, concretamente en Estocolmo, Caronte daba un paseo por el bosque. Se había alejado un poco de su casa, por lo demás, centro de operaciones de los *golconditas*. Hacía frío, pero no era algo que le molestase. Es más, a su juicio, le ayudaba a despejar la mente y fijar las ideas. Sintió un súbito escalofrío y sonrió. Supo que los acontecimientos se estaban desarrollando según lo previsto y se reconfortó. A la mañana siguiente se dirigiría a Los Ángeles, donde debía resolver unos asuntos que requerían su atención. Concederles un tiempo resultaba imprescindible para que la partida siguiera desarrollándose. Los Ángeles, pensaba. Curioso nombre para una ciudad que había olvidado casi por completo cualquier relación con el voto de pobreza, el *perdón de Asís* o a la austera Santa María de los Ángeles, en cuyo honor el gobernador español Felipe de Neve, allá por 1781, llamó a la ciudad *El Pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles de Porciúncula*.

Los Ángeles… No dejaba de molestarle que el término se hubiese cargado tanto de tintes teológicos, perdiendo el sentido etimológico de «mensajero». No le importaba tampoco que se le viese como a un ser protector, pero la lectura del ángel como entidad inmaterial y puramente espiritual le desagradaba sobremanera. Las religiones monoteístas habían introducido los conceptos de culpa y castigo, algo de lo cual ni siquiera él había podido desprenderse pues, en sentido estricto, seguía siendo humano y siempre lo había sido, al margen de que pudiese estar al servicio de algún dios que ni siquiera él conocía o bien no recordaba. Los Ángeles… Personajes ficticios que, no obstante, existían a su manera.

34

La ficción, ese elemento tan necesario como molesto. Siempre detrás de lo que es real y lo que no, como si no resultasen estados intercambiables en más ocasiones de las que estamos dispuestos a admitir.

Sin adentrarnos demasiado en cuestiones técnicas referentes a la teoría de los universos paralelos, bien en su forma de hiperespacio, multiverso o universos paralelos cuánticos, cabe señalar algunas ideas bastante sugerentes. Una de ellas la constituye un intento de explicar la famosa paradoja del *gato de Schrödinger*, según la cual, si introducimos un gato dentro de una caja cerrada, en la cual hemos metido también una pistola o dispositivo capaz de disparar un veneno radiactivo (supongamos uranio) y que vinculásemos este mecanismo a un contador Geiger… —en realidad podríamos saltarnos este paso para simplificar el experimento, y así lo haremos—, una vez abierta la caja, advertiríamos que o el dispositivo se habría accionado, y en consecuencia el gato estaría muerto, o no lo habría hecho y el felino seguiría vivo. Esta obviedad para el sentido común, y que la explicación clásica habría admitido sin problemas (el gato está vivo o muerto antes de abrir la caja) no lo es tanto para la explicación ligada a la teoría cuántica, y una primera conclusión, de ahí su carácter paradójico, es que el gato estaría vivo y muerto a la vez (como sostiene la Escuela de Copenhague) o, para ser más exactos, se daría una superposición de estados posibles (el dispositivo podría no haberse disparado y el gato estar muerto, pero dejémoslo aquí) hasta la llegada del observador. Uno de los intentos de resolver la paradoja, quizá de las más divertidas, fue la teoría de los «muchos mundos» propuesta por Hugh Everett (padre, por lo demás, de un poco famoso músico y un poco menos famoso escritor contemporáneo). Los diversos mundos o universos se ramificarían formando una especie de árbol cuyas ramas abarcarían hasta el infinito todas las

posibilidades. También desde el campo de la filosofía, David Kellogg Lewis defendió la existencia de infinitos mundos, ahora bien, desconectados unos de otros.

Podría decirse que cada universo estaría separado de otro por una suerte de membrana de imprecisa naturaleza, produciendo el efecto de la «decoherencia», según la cual todos los universos quedarían como meras posibilidades que no llegasen a concretarse, como si se tratase de una radio que, al sintonizar una emisora, descartase las demás (que seguirían siendo posibles pero no actuales). Estas otras emisoras, aun existiendo, ya no serían «coherentes» (debemos esta idea a Steven Weinberg). Este tipo de explicaciones se engloban dentro del campo de lo material.

Existen otras aproximaciones al problema, como la de Costa de Beauregard quien, en su investigación acerca del tiempo, algo más conceptual que palpable, llegaría a postular la existencia de varios tiempos, uno de los cuales podría albergar las representaciones más fabulosas o arquetípicas. Resulta sencillo advertir hasta qué punto, a partir de este otro tiempo posible —asociado inevitablemente a otro universo paralelo en el que tuviese lugar—, pudiera darse una situación en la que resultase imaginable otro mundo en el cual nuestros personajes de la ficción (los personajes de la ficción en *este* mundo) fuesen tan reales como los seres e individuos que habitan el nuestro. El tránsito de un mundo a otro, de un tiempo a otro, era el problema esencial al que se enfrentaban los *pasajeros* y cuya respuesta esperaban recibir de los *golconditas*. Aun a riesgo de aventurarnos demasiado, podemos afirmar que encontrar una solución de carácter más o menos científico (máquinas del tiempo al más puro estilo H. G. Wells u otras fantasías de la cultura popular) no resultaba viable a corto o medio plazo. La desintegración y posterior recomposición atómica, controlada en un marco espacio-temporal concreto, que permitiese tal proeza distaba mucho siquiera de ser una posibilidad —a menos que uno se arriesgase a reaparecer en un universo donde, por ejemplo, la comida jamás se enfriase y siempre hubiera una humeante taza de café sobre la mesa, al lado de una

caja de puros— y la única vía de aproximarse a ello residía en las capacidades mentales y espirituales del ser humano; en un desarrollo de la imaginación y un viaje hacia y a través del vacío (¿acaso el teletransporte en cualquiera de sus formas no requiere, en última instancia, *surfear* por el vacío atómico?). Sí, todo es vacío. Lo sabían los filósofos chinos de la antigüedad, los practicantes del zen y los científicos que se esfuerzan en dividir el átomo en elementos cada vez más pequeños. Pero el vacío, lejos de suponer un escenario estéril, es la matriz dentro de la cual cabe todo lo posible. Hay sólidas razones para pensar que el viaje en el tiempo no es otra cosa que una cuestión de voluntad. Algo que muy pronto descubrirían los *pasajeros*.

35

Tim fue el primero en levantarse aquella mañana. Quiso darse un paseo por la playa antes de comenzar la regresión de Teresa. Asumía la gran responsabilidad que entrañaba adentrarse en el alma de una mujer, y más como ella, aunque estaba convencido de la necesidad de realizar algo así. Deseaba soltar el lastre que le impedía el desarrollo de otras facultades y, lo que era más importante, posibilitar que ella fuera feliz, consciente de que un carácter aferrado a la racionalidad más extrema era propenso al resentimiento. Lo había visto en demasiadas ocasiones, incluso en personas muy cercanas y queridas. La mente es un escorpión empecinado en inyectarse veneno a sí mismo, un *ouroboros* incapaz de salir del bucle que ella misma constituye. Las heridas del corazón no se curan en el quirófano de la cabeza.

Una pareja escuchaba música que surgía de un teléfono móvil en la orilla de la playa. Tim no reconoció el tema. Se trataba «*Evangeline*» de *Cocteau Twins*. Anduvo dando vueltas a la cuestión de por qué él mismo se había resistido a cualquier tipo de compromiso con una mujer y, como romántico empedernido que era, se dijo a sí mismo que la estaba esperando a ella. Lo cierto, empero, era que hasta bien entrada su madurez —momento a partir del cual ciertos asuntos se complican—, su carácter se había caracterizado por una acentuada tendencia al infantilismo emocional: caprichoso, juguetón y con propensión a necesitar demasiado tiempo y espacio para sus actividades. De cara al exterior llevaba una vida convencional, si se obviaba su peculiar profesión, pero un innegable hedonismo similar al de los *dandy* del pasado se apoderó de su personalidad. Su vida, a su juicio, era incompatible con una pareja. Hasta el momento en que conoció a la filósofa. Vio en ella una persona con la que compartir un proyecto de vida sin tener que renunciar a casi nada. Ahora tenía que ayudarla. A fin de cuentas, incluso desde una perspectiva egoísta, ayudarla a ella suponía

ayudarse a sí mismo. No podía saber de antemano qué encontraría allí dentro, en el corazón de Teresa, lo que no dejaba de causarle temor. No creía que fuese algo imposible de reparar, pero podía suponer un duro golpe para ella. Adentrarse en alma propia o ajena es una de las tareas más complejas a las que puede enfrentarse el ser humano. Oteó el horizonte, tratando de contagiarse del espíritu del mar, símbolo de vida en muchas civilizaciones, y regresó a casa.

Como de costumbre, Nico se hallaba hincándole el diente a un bollo. Teresa estaba en la ducha y don Diego examinaba con atención un viejo cómic que habían encontrado la noche anterior en casa de Tim.

—Debo reconocer que el parecido conmigo es notable.

Nico abrió los ojos, con la boca llena, en señal de asentimiento. Se trataba de una edición vieja de las aventuras de *El Zorro*.

—Luego podemos echar un vistazo al ordenador de Tim, si no tiene inconveniente. También te pareces a uno de los actores que… te representó. No conozco su nombre. —Se refería a Guy Williams.

—Será un placer —dijo sin separar la vista del cómic.

Teresa salió al porche un poco antes que Tim hiciera su aparición en la escena.

—¡Buenos días! —exclamó éste con un tono jovial—. ¿Listos para un viaje al pasado?

Don Diego levantó los ojos al oír eso, pero cayó en la cuenta de que se refería al asunto de Teresa. La noche anterior ya habían comentado sus intenciones.

Sin descuidar su habitual manera de vestir, Teresa se decantó por un cómodo pero elegante vestido negro un poco más amplio que los que solía llevar. Atendiendo a su estilo, podría decirse que apostó por un *look* informal, lo que, a los ojos de Tim al menos, la hacía más atractiva si cabía. El médium intentaba transmitir con su lenguaje corporal tranquilidad y restarle gravedad al asunto, cuando, en realidad, se encontraba ligeramente alterado. Por

supuesto que no podía proceder en ese estado (un médium es un canal neutro), de modo que debía encontrar la forma de serenarse.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Teresa sin dar rodeos.

—Lo mejor será que pasemos tú y yo a la habitación, que nadie me malinterprete por favor. Nico y don Diego —a pesar del tuteo mantenía este modo de dirigirse a él— pueden perfeccionar sus técnicas de esgrima o lo que estimen oportuno. Mi concentración debe ser total y absoluta, luego os agradecería que no me distrajeseis de ningún modo. Es fundamental el silencio.

—Me parece bien —dijo don Diego—. Nico y yo tenemos muchas cosas de las que hablar, ¿no es verdad Nico?

El chaval asintió con la cabeza por pura cortesía.

—Estupendo. Pues vamos a dar comienzo.

Cogió a Teresa de la mano y la condujo al interior de la casa. El muchacho y *El Zorro* aguardaron en el exterior. Una vez en su habitación, Tim sacó unas velas de un armario, las encendió y bajo las persianas. Pidió a Teresa que se tumbase sobre la cama, se pusiese cómoda y tratase de relajarse.

—Todavía no es preciso que cierres los ojos. Quiero primero explicarte en qué se basa esta técnica —Teresa escuchaba con atención—. La idea fundamental, o una de ellas, es que existe una serie de registros *akásicos* que mantienen la memoria de todo lo acaecido a lo largo de los tiempos, como si de una especie de conciencia universal se tratase. Como es casi seguro que sabes, fue la teósofa Annie Bésant quien acuñó el término. También sé que eres escéptica al respecto. Yo mismo lo sería de no haber visto lo que he visto en multitud de ocasiones. En cualquier caso, mi lectura es, cómo decirlo, más «científica» y se apoya también en propuestas psico-filosóficas como la teoría de las constelaciones familiares de Bert Hellinger, sin descuidar, no te engañaré, la rama más esotérica. Te rogaría que, durante

el proceso, pusieras en suspenso tu mentalidad crítica —hizo una pausa—. He llegado a la convicción de que las entidades del más allá buscan la restauración del equilibrio. También las dolencias del alma, en la mayor parte de los casos, se deben a un desajuste en el orden que uno ocupa en esta vida o en el rol que desempeña. No es extraño advertir que muchos de nosotros cargamos con «los pecados de nuestros padres». Para tu tranquilidad, quiero decirte que no notarás nada salvo una profunda relajación. Cuando hayas entrado en el estado adecuado, comenzaré a hacerte una serie de preguntas básicas, tales como nombres, fechas, lugares, y posteriormente intentaré que me describas lo que vayas viendo o sintiendo. ¿Comprendido?

—Sí —fue la lacónica respuesta de Teresa.

Tim colocó una especie de medidor de la tensión muy pequeño en el dedo pulgar de la filósofa. Ella no preguntó nada.

—Pues vamos a comenzar. Cierra los ojos, por favor, y comienza a respirar con normalidad.

Ella obedeció y él aprovechó para poner en un reproductor una grabación a caballo entre la música, el ruido suave, el murmullo y un mantra de difícil filiación. Más tarde le comentaría que la grabación era un regalo de un viejo y buen amigo, y un gran antropólogo.

—Ahora intenta llevar el aire al abdomen, lentamente —hizo una pausa para que fuera asimilando el proceso—. Y trata de llevar tu mirada, sin abrir los ojos, al punto que hay entre los dos ojos, un poco más arriba. Ya sabes que me refiero a lo que se conoce como el *tercer ojo*. Sólo céntrate en él, sin cuestionar nada, dejando que tus pensamientos se acerquen a ti pero sin apresarlos. Deja que se vayan.

Mientras ella se esforzaba por alcanzar el vacío, Tim observaba el tensiómetro. Pasaron diez minutos antes de que el aparato señalase que Teresa se hallaba en un estado de relajación adecuado.

—¿Me escuchas?

—Sí —respondió ella con voz cavernosa.

—¿Cómo te llamas?

—Teresa. Teresa de Silva.

Pensó preguntarle por su edad, pero se decantó por una cuestión más galante e igualmente válida: su dirección. Respondió sin problemas. Realizó otras preguntas de control y después paso a investigar otros detalles.

—¿Sabes dónde te encuentras? ¿Puedes decirme lo que ves?

El sonido procedente del reproductor se mantenía constante y envolvente.

—No sé dónde estoy. Está de noche. Creo que estoy en un bosque, pero no hay demasiados árboles. El terreno es árido y hace calor.

—¿Hay alguien contigo?

—No.

—¿Ves alguna persona a tu alrededor?

Teresa tardó en responder.

—No. Puede que haya una casa a unos metros, aunque no puedo verla bien. —Su voz era pausada, surgida de las profundidades de su pecho, como si la hubieran despertado en mitad de la noche y todavía no se hubiese incorporado del todo o como si sucumbiese a los efectos de la anestesia.

—¿A qué huele?

—A tierra.

—¿A humo de coches? ¿A productos químicos?

—No. Sólo huele a tierra, a tierra seca.

Tim trataba de ubicar el momento histórico en el que se hallaba. Preguntó si el olor era desagradable o si era incapaz de reconocer algún aroma. Teresa afirmó que no, que todo olía

bien si bien con mucha intensidad, como si la contaminación no existiese allí. Tras una breve pausa, añadió que percibía un tenue olor a estiércol, muy vago.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy asustada. Tengo la ligera impresión de que hay alguien conmigo, pero no consigo verle. Siento algo familiar respecto a esa persona, que también está asustada. Ahora puedo notar un olor fuerte a sudor. No veo a nadie.

El tensiómetro no señalaba ninguna alteración anormal en el pulso de Teresa. De pronto, empezó a agitarse un poco sobre la cama.

—¿Qué sucede?

Teresa no contestó.

—Buenas noches, señorita De Silva. Le estaba esperando.

Caronte apareció en la oscuridad de la mente de la filósofa. Ella se sumió en un profundo silencio.

36

Una casa comenzó a vislumbrarse al fondo. Teresa y Caronte se hallaban frente a frente. La lectora de Chesterton guardó silencio un instante antes de responder. Examinó con detenimiento a su interlocutor. Evidentemente lo reconocía; era uno de esos hombres de negro a los que buscaban, si bien, a la vista de los acontecimientos, no quedaba muy claro quién buscaba a quién. Teresa pensó que la oportunidad para saber la respuesta a cómo viajar a través del tiempo podía encontrarse delante de sus narices, por lo que debía jugar sus cartas con suma cautela.

—¿Quién es usted?

—Me llaman Caronte y creo que ya nos conocemos —chasqueó la lengua—, a pesar de que no nos hayan presentado formalmente…

—¿Qué quiere de mí?

—Tenía entendido que me buscaban.

Teresa no contestó al instante y sopesó su respuesta.

—Con nosotros se encuentra un hombre que no pertenece a nuestra época. Desearía volver a casa.

—A casa… —repitió Caronte con un deje de melancolía—. Muchos somos los que no pertenecemos a época alguna y, en consecuencia, jamás podremos regresar a casa.

—Él afirma haberles visto, en 1919.

—Y dice la verdad. También en esa fecha y en este mismo lugar tuve mi segundo encuentro con su abuelo, don Diego da Silva. ¿Sorprendida? No me diga que es usted tan ingenua como para pensar que su papel en esta historia era casual.

—He tenido ocasión de comprobar que no es así.

—Lamento que haya tenido que cargar con parte de las consecuencias de los actos de su antepasado. No es cosa mía, se lo garantizo. Maldito karma, ¿verdad? Su padre logró escapar. «Prefirió» vincularse a su madre y apartarse de los negocios de su progenitor. Siempre fue un hombre muy sensible, ¿no le parece? Imagino que, en el fondo, se sentiría un poco culpable por no haber continuado el legado familiar, dejando morir la empresa iniciada por su padre. Para su consuelo, le diré que tomó la mejor decisión. Supo, por lo demás, transmitirle su amor por la lectura y la música y ahora usted se lo está inculcando al joven Nico García. Un muchacho fascinante. Tal vez aún no lo sepa, pero jugará un papel decisivo en este asunto. Intuyo que ha sido llamado a cambiar el mundo.

—¿Cómo logran viajar en el tiempo? —preguntó sin rodeos.

—Todo a su debido tiempo, doña Teresa. Si se lo dijera en este momento, tanto su probabilidad de éxito como la mía se desplomaría. Ambos necesitamos al señor De la Vega entre nosotros; es una pieza clave en la resolución del conflicto que deberán resolver en breve.

—¿A qué se refiere? ¿Qué traman?

—No se anda por las ramas. Muy bien, seré franco: planeamos volar por los aires unos cuantos edificios emblemáticos, como el Parlamento Europeo, la sede del Banco Central y el Consejo, etcétera. No es nada personal. Hemos detectado un creciente descontento social y estimamos que debemos intervenir de un modo contundente. La destrucción de símbolos suele funcionar bastante bien en estos casos.

—Sembrarán el caos.

—¿El caos? El caos es el desarrollo de metamateriales que posibiliten la creación de objetos y armas invisibles. ¿Imagina coches estrellándose en mitad de la carretera contra nada, colisionando contra el aparente vacío? ¿Puede visualizar personas tiroteadas desde

ninguna parte? El caos es una sociedad dominada por una élite cuyos únicos fines son la riqueza y el control de la población. La esclavitud masiva. Eso, señorita De Silva, es el caos.

—Morirán inocentes.

—Morirían de cualquier modo, o algo mucho peor. Piense en una dominación como nunca se ha visto en la historia de la humanidad; en hambre y sufrimiento sin perspectivas de resolución. ¿Prefiere algo así?

—En absoluto, pero la violencia jamás es la alternativa.

—Celebro su actitud y ahí es justamente donde entran ustedes. Les propongo un trato: anularemos los atentados si son capaces de ofrecernos una salida más razonable o civilizada, como sin duda usted preferirá llamarla. Si ustedes proponen otra solución válida, nadie saldrá perjudicado.

Caronte extrajo un papel del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó a Teresa. Ella lo miró con detenimiento. Se trataba de una especie de logotipo. Pudo advertir que el hombre de Estocolmo llevaba tatuado en la muñeca el mismo símbolo.

—Veo que se ha dado cuenta —dijo mostrándolo abiertamente—. Es una señal de nuestro compromiso… —hizo una pausa—. Cuando despierte de esta, digamos, ensoñación, conservará el papel que acabo de entregarle. Le daré alguna pista más: la figura está compuesta por la fecha, o los números, según desee verlo, 1604, año en el que Kepler observó la última supernova avistada dentro de nuestra galaxia y en el que el gurú Arjan compiló los textos pertenecientes al *Gurú Granth Sahib*, libro santo del *sijismo*. Aunque le sorprenda, este detalle me interesa más que la supernova de Kepler.

—¿Nos hace responsables de las vidas de las personas que pudieran fallecer en sus ataques? —prosiguió Teresa, ignorando la perorata sobre temas inconexos.

—Les hago responsables de dar con un modo que los evite.

—¿Y si nosotros también detestamos el Sistema? ¿Y si, en el fondo, nos importa poco que esos edificios se hundan?

Caronte sonrió con condescendencia antes de responder:

—En ese caso, no habrá nada que lamentar. Pero seamos realistas: sí les preocupa y mucho. No podrían vivir con un peso así sobre sus espaldas, especialmente ahora que son conscientes de lo que va a suceder si no intervienen de una manera efectiva.

—Está loco. ¡Todos ustedes lo están!

—No se precipite. ¿Se ha parado a ver la televisión últimamente o a leer la prensa? Asesinatos, corrupción generalizada y consentida, pérdida de la privacidad, secuestros, violaciones, pederastia, pobreza, desigualdad… Sucediendo sin cesar ante la mirada pasiva de una sociedad incapaz de tomar cartas en el asunto, que se limita a dejar constancia de su malestar en el ciberespacio. ¿Quién está loco? Sé que le resulta delirante, si bien deseo dejarle claro que estamos de su parte. Queremos ayudarles.

—¿Y por qué no ofrecen ustedes esa otra solución que esperan de nosotros? Esta barbaridad acabaría mucho antes.

—La respuesta a esa pregunta es compleja. Ha pasado la vida entre libros y no ha prestado atención a su corazón. De haber sido así, quizá ya hubiese dado con ella. Llegado el momento, se sorprenderá de lo sencilla que era.

—¿Cuándo llevarán a cabo dichos atentados? ¿De qué tiempo disponemos?

—No se preocupe por eso. Tendrán noticias del resultado. Ustedes sólo tienen que ponerse a buscar esa otra vía pacífica que tanto demanda.

Teresa se pasó la mano por la boca.

—Dado que es capaz de viajar en el tiempo, ¿qué me impide pensar que conoce de antemano el desenlace? No es una partida justa.

—Muy inteligente, como de costumbre, señorita De Silva. Ahora bien, por desgracia para los dos, no puedo determinar con precisión matemática cómo terminará este asunto. Tiendo a pensar que ganarán ustedes, mas no se lo puedo garantizar. En fin —añadió tras encogerse de hombros—, creo que ha llegado la hora de que nos despidamos por el momento. —Una voz procedente de ninguna parte comenzó a llamar a Teresa. Se trataba de Tim—. Ahora es libre para amar, doña Teresa. Sus padres y yo mismo le damos la bendición.

La voz del médium se hizo más y más cercana. Teresa despertó en la cama. Tuvo la momentánea sensación de haber estado en un coma profundo durante un tiempo indeterminado. El primer movimiento consciente que realizó fue abrir la mano. El papel que le había entregado Caronte seguía allí, tal y como le había asegurado. Tim se encontraba junto a ella. Su rostro denotaba nerviosismo y preocupación. La tenía cogida de la mano.

—Tim —dijo ella—. Ha sido horrible. —Sus ojos estaban bañados en lágrimas.

37

Observé a Teresa durante su trance. Me sorprendió su capacidad para alcanzar un grado de relajación tal. Nunca lo hubiese dicho de ella y supuso un grato descubrimiento. Pude ver cómo se sumía de manera progresiva en el interior de su propia alma. Su cuerpo se hallaba casi paralizado y esa quietud sólo era interrumpida ocasionalmente por algún movimiento brusco y breve. Sus párpados temblaban al igual que sucede en la fase REM del sueño, señal inequívoca de que accedía al material profundo de su mente o su espíritu. Sin que ella dijera nada, se había predispuesto a lograrlo; de lo contrario, una persona tan racional no lo habría conseguido a la primera. En silencio, le agradecí su gesto mientras ella se enfrentaba a su *Leviatán*. Nunca me había sucedido que una paciente (la llamaré así en este contexto) dejase de responder a mis preguntas —y su pulso señalaba que seguía viva, para mi tranquilidad—. Interpreté ese detalle como una señal de que Teresa había penetrado en una capa de su psique mucho más profunda que cualquier otro paciente a lo largo de mi carrera (y debo señalar que no han sido pocos).

En este tipo de circunstancias, no siempre logro traspasar la barrera entre el paciente y yo. Tampoco lo logré de manera absoluta en esta ocasión. La información me llegaba muy entrecortada (por utilizar un símil fácilmente comprensible). Si cerraba los ojos, algo que hacía cuando sentía que iba a recibir un impulso desde el centro del corazón de Teresa, advertía que se hallaba en una situación tan delicada como cargada de elementos amenazantes. Supe que no estaba sola, si bien no lograba determinar quién o qué estaba con ella. A mi mente acudió un dibujo, el logotipo que Caronte entregó a Teresa y que posteriormente ella nos mostró (y cuyo significado nos fue expuesto). El papel con el logotipo constituía una prueba más de que esos seres, al menos el tal Caronte, eran capaces

de materializar objetos, y seguramente personas, desde el otro lado, desde otro tiempo o universo. Conocedor de algunas de las teorías más extravagantes de la física, no pude evitar recordar la hipótesis de los «muchos mundos» de Hugh Everett; era como si dichos individuos consiguiesen que, como mínimo, dos de esas ramificaciones o desdoblamientos de los que hablaba Everett se solapasen y además podían hacerlo a voluntad, de manera precisa y no aleatoria. Para mí, como físico y no como médium, un hecho de tales características me hacía sentir una profunda y sincera admiración.

Tengo grabado en mi memoria el despertar de Teresa, o la primera vez que la vi como un ser asustado e indefenso; como un ser humano de verdad. Tardó algunos minutos en reponerse del todo y en ese tiempo no dejé de abrazarla. Sentí su aroma como nunca antes lo había hecho. Traspasé la frontera de su perfume y pude aspirar el olor de su propio cuerpo, de su pelo; constatar que su piel seguía siendo tan suave como la de una mujer con quince años menos. Notaba los latidos de su corazón algo acelerado, el subir y bajar de su pecho y la respiración ligeramente entrecortada en mi cuello. Era como si también ella misma, la verdadera Teresa, hubiese regresado de un largo viaje. Fue la primera vez que nos besamos.

Una vez se hubo serenado, salimos al exterior. Nico y don Diego estaban sentados en la orilla de la playa. Recuerdo gaviotas y una luz bellísima sobre sus cabezas. Los llamé. Por entonces todavía no éramos conscientes, salvo Teresa, de la enorme responsabilidad que se nos venía encima. Los vi llegar hasta nosotros con un gesto inequívoco de curiosidad y preocupación.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el muchacho al ver a Teresa.

—He hablado con uno de los tipos de negro.

Esa respuesta era la última que cualquiera de nosotros habría esperado.

—¿Qué te ha dicho?

—¿No os quejabais de que no había acción en esta aventura? —Teresa sorbió los mocos—. Pues ahora la vamos a tener, y mucha.

—Será mejor que nos sentemos —intervine.

Teresa trató de relatarnos con la mayor calma y exactitud posibles la conversación que había mantenido con Caronte, uno de los hombres de negro. Nos impactó. La empresa que debíamos acometer era monumental y las armas con las que contábamos no tanto. ¿Cómo podrían un médium, un muchacho, una filósofa, *El Zorro* y una gata evitar una masacre? Temía que no dispusiésemos de mucho tiempo para averiguarlo y estaba en lo cierto. Mentalmente, repasaba la información que nos había proporcionado Teresa: un número (¿una fecha?), un logotipo y un tatuaje, un texto sagrado desconocido por mí, planes de atentados en múltiples escenarios de difícil acceso... ¿Debíamos llamar a la policía? Nuestro testimonio era lo bastante inverosímil como para que no nos creyeran y suficiente para que nos investigasen. En otras palabras, carecíamos de pruebas concluyentes; estábamos obligados a actuar por nuestra cuenta. La realidad superaba con creces nuestras expectativas iniciales y nos implicaba más de lo que hubiese deseado. Los acontecimientos podían empezar a precipitarse a una velocidad vertiginosa y debíamos estar preparados para responder.

Se desprendía de la conversación con Caronte que esos individuos pretendían ayudarnos, de un modo un tanto inquietante en cualquier caso. No conseguía entender por qué unos señores capaces de viajar en el tiempo y enviar material físico a través del hiperespacio necesitaban la colaboración de unos seres tan proporcionalmente insignificantes como nosotros. Tampoco acertaba a explicar la razón por la cual no se limitaban a resolver ellos mismos el problema sin necesidad de recurrir a nuestro pequeño y modesto «clan», y sin proponer un juego tan macabro.

Conecté el ordenador para localizar más información referente al sijismo y me alivió constatar que no se trataba de otra religión demente, así como que su doctrina apuntaba a un

mayor entendimiento entre todos los seres humanos. Seguía, por lo tanto, escapándoseme qué tenía que ver una matanza con todo eso. Por otra parte, rogué al cielo que la resolución del conflicto no estribase en algún códice secreto o vieja tradición religiosa, algún rito mistérico y ese tipo de lugares comunes a los que tan acostumbrados nos tenía la literatura actual. Casi mejor los no menos manidos marcianos, con sus pequeñas cápsulas provistas de patitas todoterreno y cañones láser, como en *La guerra de los mundos*.

—¿Sigues teniendo esas monedas de oro? —pregunté a don Diego.

—Dado que no me habéis dejado que os las entregue, sí.

—Tengo entendido que a Caronte, al menos al mitológico, le gustaban las monedas… —Hice una pausa antes de proseguir—. ¿Y vosotros tenéis ganas de viajar?

—¿Qué estás pensando? —preguntó Teresa.

—Si estos señores de negro desean jugar, lo haremos —extraje un puro de mi chaqueta y ofrecí uno al resto. Todos declinaron la invitación—. Ha llegado la hora de que reclutemos a nuestro propio ejército.

Cata ronroneaba mientras se giraba hacia arriba y ofrecía su barriga al sol.

38

Si nada se interponía en su camino —esto es, si los *pasajeros* no daban con la solución al problema que Caronte les había planteado—, en una semana los edificios oficiales elegidos por los *golconditas* saltarían por los aires. El curioso giroscopio del hombre de Estocolmo había arrojado esa fecha como la adecuada. Mientras tanto, un número considerable de hombres vestidos de negro se apostaban en las inmediaciones de los mismos. Su vestimenta extremadamente convencional, salvo por la licencia un tanto anacrónica del bombín, cumplía con eficacia las funciones de camuflaje. Uno de ellos leía la primera parte de *El Quijote*, que vio la luz un año después de la fecha sobre la cual se construía el logotipo de tan excéntrica organización (si bien eran ya conocidas algunas versiones piratas del mismo alrededor de 1604). Locos contra molinos; «*mala simiente sobre la faz de la tierra*».

Los escenarios de los futuros atentados eran tan cosmopolitas como la propia organización *golcondita*. Sus miembros habían sido reclutados (si es que el término «reclutar» podía aplicarse en este caso) en diversos países y épocas. Cada uno de ellos había sufrido una transportación similar a la de don Diego, para reaparecer en otro lugar, en otro momento, y con un aspecto ligeramente diferente. Al igual que sucediese al *Zorro*, todos ellos habían atravesado un momento de desconcierto y confusión. Uno a uno habían pasado por el onírico despacho de Caronte, presidido por un no menos estrafalario giroscopio que parecía sacado de una fantasía *steampunk*. Despertar en una lujosa villa sueca situada en mitad del bosque, vestido de negro, con un bombín y con un extraño tatuaje en la muñeca suscitaba como primera reacción la sensación de hallarse dentro de un sueño. Caronte guiaba a los recién llegados a través de aquel río Aqueronte cósmico, facilitándoles el tránsito y haciendo que éste resultase menos traumático; advirtiéndoles acerca de algunas de las

facultades que en breve adquirirían (como esa especie de glosolalia que caracterizaba a los *golconditas*). Les ofrecía un café y un cigarro puro que no todos aceptaban. De manera pausada, les explicaba la función que debían desempeñar, la inutilidad que suponía formularse preguntas acerca del porqué de su elección como miembros del grupo y el hecho notable de la ausencia de mujeres entre sus filas. Ningún ejemplar del género femenino había dado comienzo a una guerra (otra cosa era que hubiesen sido la causa en algún momento histórico) y no estaban dispuestos a cambiar el estado de las cosas. Su respeto por la figura de la mujer era sagrado; en su seno descansaba la reserva espiritual de la humanidad y toda esperanza de mejora. Nada de eso, empero, les desviaría del plan trazado a la hora de ejecutar su apocalíptico plan; si una mujer se hallaba allí dentro en caso de activar los explosivos era porque se había alejado de su naturaleza de protectora de la vida y se había entregado a los asuntos de esa Babilonia emponzoñada en que se habían convertido los poderes estatales y la banca, símbolo de los cuales eran aquellos edificios oficiales. Tal era el punto de vista de los *golconditas*.

A diferencia del resto, Caronte se había visto obligado a cruzar las aguas del *Aqueronte* temporal sin ayuda de barca ni barquero alguno. Desapareció de su casa, situada en Nevada, en 1953, y despertó en Estocolmo, en la mansión que posteriormente se convirtiera en sede de los *golconditas*. A pesar de que sus recuerdos eran difusos, tenía la impresión de que todo se encontraba tal y como la contemplaron a su llegada los siguientes: el logotipo en el tapiz de la pared, los libros, el giroscopio. También iba ataviado con el traje negro y el bombín y el tatuaje en la muñeca. Una taza de café humeante le esperaba al lado de una caja de habanos. Sin duda, sintió miedo y confusión. ¿A quién pertenecía esa casa? ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Por qué iba vestido de esa manera? ¿Dónde se encontraba? ¿Qué sucedería si alguien lo descubría en ese lugar? ¿Qué hacía ese tatuaje en su muñeca? ¿Qué significaba todo aquello?

¿Estaba soñando? ¿Había muerto? Miles eran las preguntas que se formularía a lo largo de las siguientes semanas hasta llegar a convencerse de la esterilidad de las mismas.

Al lado de ese primer café, que ni llegó a tomar ni a enfriarse, descansaba una pila de periódicos de todas las nacionalidades. En muchos de los titulares se hablaba de las pruebas nucleares realizadas en 1954 en el atolón Bikini, en el Pacífico, pertenecientes a la denominada *Operación Castle*. Su memoria iría jugándole malas pasadas a partir de poco después, cuando tuvieran comienzo las primeras excursiones a través del tiempo, pero, por aquel entonces, él todavía era consciente —o al menos eso creía él— de haber desaparecido en 1953. ¿Cuánto tiempo llevaba fuera de casa? El único alivio que experimentó fue el saber que no había dejado atrás a ninguna familia. Su dedicación en cuerpo y alma a la física le había alejado de otras relaciones que no fueran con las de los miembros de distintos laboratorios. Físico de formación, era uno de los integrantes de la *Operación Upshot-Knothole*, predecesora de la *Operación Castle* e igualmente dedicada a la experimentación nuclear en la misma Nevada. Nunca tuvo miedo de padecer los efectos de la radiación, pero sí comenzó a sentir un cierto cargo de conciencia ante las posibles aplicaciones de los resultados de los experimentos. Los efectos de la *Little Boy* sobre Hiroshima pesaban sobre él, aunque no hubiera participado en su diseño. Otro diario, 1955, Guerra de Vietnam. 1972, emblemática foto de Nick Ut y la niña del napalm. Cada periódico que cogía le sumía en un desconcierto mayor, rayano al horror. ¿En qué año se encontraba? ¿Por qué no había envejecido? ¿No sería aquella una suerte de broma macabra? Miró a su alrededor. Los libros que constituían la sofisticada biblioteca eran primeras ediciones. Algunos de ellos contaban con varios siglos de antigüedad.

Fue entonces cuando llegó a la conclusión de que sus otros experimentos, los que llevaba a cabo en sus ratos libres, los que de verdad le motivaban, habían tenido éxito. Nunca supo por qué había acabado formando parte de un equipo dedicado a la investigación nuclear, dado

que su genuino interés era el estudio de los átomos con fines muy distintos. Como otros tantos, durante su infancia se había sentido fascinado por el clásico de H. G. Wells *La máquina del tiempo*. Ello le llevó a licenciarse en física y doctorarse con los máximos honores pocos años más tarde. Indudablemente, la construcción de máquinas del tiempo seguía siendo en 1953 una idea delirante y tuvo que orientar su carrera profesional en otra dirección. Se entregaba a su sueño a título personal. Nunca llegaría a comprender, ni siquiera después de adquirir las enormes capacidades que su nuevo estatus le otorgaría, si aquella especie de abducción se debía a sus avances en materia de viajes en el tiempo o a su oposición a la última prueba dentro de la *Operación Upshot-Knothole*, la denominada *Climax*, y, en general, a todo el planteamiento de sus superiores en materia de experimentación nuclear atendiendo a razones de orden moral. Ese gesto supuso su primer acto de valentía. ¿Cabía la posibilidad de que el gobierno de su país, en un intento por apartarle de la operación y evitar que se produjese un escándalo social, le hubiese confinado en aquella edificación y tratara de volverlo loco? ¿Había funcionado alguno de sus experimentos sin él saberlo? ¿Había quedado atrapado en un *limbo* temporal al no ser capaz de establecer con precisión la fecha y el lugar de la reordenación molecular tras el viaje por el tiempo?

Otro diario mostraba la bandera del atolón Bikini, devastado por el *Joint Task Force 7 (JTF-7)*, y su enigmático lema: «Todo está en las manos de Dios».

Cada día encontraba un plato de comida humeante en el comedor, a mediodía y por la noche, y un café de similares características en su despacho. Los primeros días no probó bocado, pero después estimó que lo más conveniente para su supervivencia era aparcar las reservas y alimentarse. Poco importaba quién dispusiera las viandas. Pasarían unos cuantos días más hasta que el lema del atolón Bikini volviera a resonar en su cabeza; incluso con

relación a la comida «todo está en las manos de Dios». A partir de ese momento, sus recuerdos comenzaron a ser sustituidos por revelaciones.

Los *golconditas* dispuestos en las inmediaciones de los edificios oficiales tenían como único objetivo vigilar y controlar cualquier movimiento sospechoso, evitando así que los maletines cargados de explosivos fuesen detectados e interceptados. Nada apuntaba a que los acomodados ciudadanos de la parte más rica de la eurozona, y mucho menos aquellos que trabajaban para el Imperio, sospecharan nada acerca de los planes de Caronte y los suyos, pero debían estar prevenidos. El líder de los *golconditas* también había previsto que los *pasajeros* no pondrían en peligro la operación, pues eran conocedores de las demoledoras consecuencias que una mala intervención ocasionaría. De modo que los hombres de negro se limitarían a observar y esperar a la fecha que el giroscopio había arrojado basándose en imposibles cálculos más allá de toda lógica humana.

Lo que ellos no imaginaban era que las plácidas calles de Frankfurt, Bruselas y Estrasburgo pronto serían invadidas por el ejército más desconcertante jamás conocido.

39

La opinión general es que el tiempo se desarrolla en una especie de línea recta; uno puede mirar hacia atrás, y a eso se le llama Historia, o hacia delante, hacia ese punto que denominamos «el futuro». Existen, no obstante, otras vías de aproximación al problema del tiempo, como es el caso de la llamada «ucronía». El término, acuñado por el filósofo francés Charles Renouvier en el siglo XIX, hace referencia a lo siguiente: considérese un *punto Jonbar*, entendido como suceso decisivo que puede cambiar el curso de la historia, y tómese la opción que no fue el caso. El resultado es una realidad distinta a la que conocemos. Por ejemplo, si Hitler hubiese ganado la guerra, este mundo sería muy diferente; a un nivel más cotidiano, si una persona cualquiera hubiese elegido otros estudios u otra pareja, su vida, con toda probabilidad, habría sido muy distinta.

La ciencia-ficción es prolífica en este tipo de relatos, aunque desde la perspectiva de la física cuántica y la teoría de los viajes caben otro tipo de respuestas (no menos fascinantes, dicho sea de paso). La infinita ramificación de los sucesos que componen la realidad (ese «darse y no darse efectivos de estados de cosas» del que hablaba Wittgenstein en el aforismo 2.06 del *Tractatus Logico-Philosophicus*), en función de los caminos tomados y desechados y de acuerdo con lo que se desprende, al menos parcialmente, de la teoría de Hugh Everett III, podría explicar la existencia de un mismo objeto en varios mundos paralelos así como de nuevas entidades en otros planos. Conforme a este doble enfoque, por ejemplo, sería posible aclarar la presencia de *El Zorro* en el mundo de 2013. Su estancia en esa época supondría un elemento ucrónico. Asimismo, y de acuerdo a estos presupuestos, la misión de los *golconditas* bien se entendería como la de generar puntos Jonbar, susceptibles de provocar cambios en el curso de la Historia. El problema estribaba en determinar la deriva que los

acontecimientos futuros tomarían, así como el carácter de los mismos. A su juicio, ellos pretendían ayudar a los *pasajeros* y, en consecuencia, al resto de la humanidad. Mas no había forma de probarlo. ¿Tendría su intervención que ver con el hecho de que el mundo no colapsara por completo en 2013? ¿La victoria de los *pasajeros* posibilitaría otra de las constantes salvaciones del género humano al evitar una presumible nueva guerra mundial? ¿Qué bifurcación debían tomar unos y otros? Tan sólo la experiencia lo diría. Para bien o para mal, ambos bandos únicamente disponían de una metafórica bala en el cargador y muy pronto se verían en la tesitura de tener que emplearla.

40

El avión surcaba los cielos con destino a Frankfurt, el primero de los destinos programados por los *pasajeros*. Don Diego se encontraba como dentro de un sueño. ¿El ser humano volando? Aunque reprimía su temor, su postura corporal denotaba tensión. Nico también volaba por primera vez, si bien, a diferencia de su compañero, vivía la experiencia verdaderamente excitado. Dos sueños cumplidos a la vez: volar y viajar fuera de España. Cata se vio obligada a viajar en la bodega a pesar de las protestas del muchacho. José García continuaría su rutina de trabajo en casa de Teresa.

La idea que iluminó la mente de Tim fue aplaudida por el resto. Con ayuda de Enrique Junco, habían logrado dar difusión masiva a su idea, que corrió como la pólvora por las redes sociales y los blogs de medio mundo.

COMUNICADO

A todos los ciudadanos del mundo,

Deseamos haceros partícipes en este nuevo proyecto de *gamificación*. El honorable y acaudalado hombre de negocios a quien llamaremos *Caronte* a fin de preservar su identidad os invita a formar parte de una *performance* anti-sistema con objeto de poner de manifiesto su oposición a las políticas europeas. Sostiene que todos nacimos libres y que el ser humano, por tanto, no necesita ser gobernado, y mucho menos de un modo irresponsable e irracional. No es preciso que se compartan sus puntos de vista anarquistas para participar en este juego que consiste en localizar una serie de monedas de oro que pasarán a ser propiedad de aquel que las encuentre. Dichas monedas [los *pasajeros* incluyeron una fotografía de la bolsa de don Diego

en el comunicado], con un valor total de dos millones de euros, se hallarán en posesión de unos señores vestidos de negro, con bombín y corbata roja (símbolo del conformismo) [se adjuntó reproducción del *Golconde* de Magritte para más información sobre el aspecto de los *golconditas*] y son fácilmente identificables por el siguiente tatuaje en la muñeca [colgaron una fotografía del papel que Caronte entregase a la filósofa]. Se encuentran en las inmediaciones del Banco Central Europeo (Frankfurt), el Consejo Europeo (Bruselas) y el edificio Louise Weiss, una de las sedes del Parlamento Europeo (Estrasburgo). Estos edificios han sido seleccionados como emblemas del sistema capitalista, que actúa con la connivencia de la banca y los diversos Estados.

Las normas del juego se limitan a no aplicar la violencia. Todo el perímetro estará fuertemente vigilado y aquel que atente contra la integridad física de los hombres de negro será expulsado de inmediato. En caso de detectar a uno de los portadores de las monedas, estos se las entregarán sin ofrecer resistencia alguna. Ningún hombre de negro llevará más de una moneda encima. Algunos pueden no llevar ninguna. No es preciso insistir. No olviden que se trata de un juego perfectamente organizado.

La organización les desea suerte en la búsqueda. ¡Empieza la búsqueda, cazarrecompensas!

¡Larga vida a los hombres y mujeres libres!

La propuesta no dejaba de entrañar riesgos, pero Tim supuso que, al menos ganarían tiempo y provocarían un movimiento lo suficientemente intenso como para despistar y tener ocupados a los *golconditas*. Los demás *pasajeros* dieron el visto bueno. Si los hombres de Caronte, tal y como él mismo había señalado, no deseaban otra cosa que ayudar, resultaba poco probable que detonasen los edificios rodeados de más víctimas inocentes de las necesarias. Pero si habían mentido… La cosa se pondría fea.

El alojamiento en las diversas ciudades correría a cuenta de varios amigos de Teresa y Tim.

Ya en su primera parada pudieron constatar que la convocatoria había sido un éxito rotundo. Miles de personas, muchas más de las habituales según las fuentes consultadas, se congregaban alrededor del Banco Central Europeo a la caza y captura de hombres de negro. Éstos, sin embargo, no habían hecho acto de presencia. Las medidas de seguridad estatales se habían incrementado y varios grupos de policía vigilaban el edificio, a pesar de que nadie provocase el menor altercado. Y es que los representantes del orden establecido comenzaban a temer una revuelta popular en algún momento, fruto de la crispación y el desencanto ciudadano imperante en la mayor parte de Europa. Cualquier indicio debía ser analizado con lupa (o microscopio electrónico).

Si estaban dispuestos a pasar a la acción, don Diego insistía en lucir su traje de *El Zorro*. A pesar de las reservas iniciales de Teresa y Tim, al final accedieron, considerando que podía formar parte de la *performance* ficticia que habían programado. Después de todo, ¿quién mejor que *El Zorro* para combatir contra corruptos y opresores?

Nico, por su parte, había programado una lista de reproducción, que incluía el «*Off To The Races*» de Lana del Rey, en el *mp3* que Teresa le había regalado (según ella, no lo utilizaba).

—¡Ah, Frankfurt! ¡Qué buenos recuerdos! —exclamó Tim.

—Espero que sigas pensando igual dentro de unos días —dijo la filósofa.

—Estoy convencido de ello, muñeca.

El halago fue recibido con una mirada de soslayo por parte de Teresa.

—¿Sabemos si esos individuos se dejarán ver por aquí? —intervino don Diego.

—Buena pregunta. Es difícil de saber, casi tanto como cuándo, si es que finalmente deciden hacerlo.

—Sería razonable pensar que no querrán estar presentes en el momento de la detonación…

—Quizá puedan activar los explosivos por control remoto.

—Estoy de acuerdo pero, poniéndonos en su lugar, es más que probable que hayan establecido un dispositivo de vigilancia. No me da la impresión de que esos tipos dejen nada al azar.

—Recemos por que así sea.

La exhortación de Teresa hizo caer a Tim en la cuenta de que no sabía si su compañera era o no creyente. Si tanto aprecio sentía por las obras de Chesterton, supondría una actitud coherente.

—¿Crees en Dios?

Ella se sintió un tanto sorprendida, lo cual no le impidió responder con rapidez:

—No. Al menos en el sentido ordinario. ¿Por qué lo preguntas?

—Por tu amor hacia el autor de *El hombre que fue jueves*.

—Creo en una fuerza ordenadora, en una inteligencia superior cuyas razones jamás serán del todo comprendidas por el ser humano, pero no en ese Dios al que haces referencia. Ni creo en ése ni en ningún otro.

—Hummm —Tim hizo una pausa para ordenar sus ideas—. ¿Recuerdas cómo termina la novela que he mencionado? Bueno, ¡vaya pregunta! Sabrás de sobra quién era el jefe, *Domingo*.

—Ya veo por dónde vas. No pensarás que…

—Era un simple apunte. No sé por qué me ha venido a la mente.

—Confieso que yo también lo he pensado. Es curioso.

Cata caminaba a su lado. Sabían que no se escaparía. La gatita observaba atentamente lo que le rodeaba. Su paso era seguro, casi podría decirse que alegre y despreocupado.

Tim, cuyas reservas hacia la tecnología no eran tan grandes como en el caso de Teresa, se había hecho con un móvil con cámara de vídeo y conexión a Internet. Aunque no hubiera

golconditas por la zona, se grabó exhibiendo unas cuantas monedas de oro. Envió el vídeo a Junco y también lo subió a los perfiles en redes sociales de los *pasajeros*. Estaba dispuesto a caldear el ambiente.

—En pocos minutos, este sitio se llenará aún más de gente.

Y así fue. Las inmediaciones del Banco Central comenzaron a inundarse de ciudadanos dispuestos a regresar a sus casas con unas cuantas monedas de oro. Otros se contentaban con participar en una curiosa protesta anti-sistema. Quienes no aparecieron fueron los *golconditas*, lo que indujo a pensar a los *pasajeros* que tal vez no se presentasen.

—Nadie dijo que las cosas fuesen a salir bien a la primera —dijo Tim entre resignado y divertido—. Si no hacen acto de presencia a lo largo del día, mañana viajaremos a Estrasburgo.

Don Diego no quitaba la vista de encima de los agentes de seguridad. Advertía su creciente nerviosismo conforme el flujo humano se hacía más y más intenso y constante. Los ojos de los policías prestaban especial atención a chavales con sudaderas con capucha, *skaters* y otros sospechosos habituales dentro de la guerrilla urbana. Lo cierto, no obstante, era que los cazafortunas pertenecían a diversos grupos sociales y no todos eran jovencitos con ganas de dar salida a su malestar. Había ancianos con sus nietos, mujeres de mediana edad, padres de familia en apuros, grupos de amigos en avanzado estado de embriaguez, parejas e incluso individuos que en algún momento tuvieron fe en un cambio de dirección en el rumbo de las políticas europeas. Como hasta las cámaras de seguridad podrían captar, no todos los anarquistas llevaban pasamontañas.

Casi desde el primer momento del anuncio, la Red se había colapsado de leyendas urbanas y rumores, siendo una de las más suculentas la que sostenía que las monedas de oro que se habían ofrecido como recompensa procedían de las arcas del Banco Central; que habían sido robadas por los colaboradores del excéntrico empresario Caronte (sobre su

verdadera identidad hubo multitud de hipótesis, incluso algún internauta afirmó haber mantenido conversaciones con él) y ahora eran devueltas a los ciudadanos, en una suerte de guiño a Robin Hood.

—Creo que será mejor que volvamos al estudio que amablemente nos ha cedido mi buen amigo el doctor Theodor Fromm —dijo Tim—. No parece que los hombres de negro vayan a dejarse caer por aquí hoy y debemos estar descansados para el viaje. Vayamos a casa y compremos los billetes para Estrasburgo.

Estrasburgo, como habría sucedido con Luxemburgo en caso de haber viajado hasta allí, tampoco se presentó como un escenario propicio para el encuentro entre ambos bandos. Al igual que sucediera en los alrededores del Banco Central, las proximidades del edificio Louise Weiss presentaban una actividad inusual. Cientos de personas merodeaban por la zona en busca de las preciadas monedas de oro, mas no había rastro de los *golconditas*.

Los *pasajeros* habían dormido poco y se encontraban agotados. Nico fue el elegido en aquella ocasión para figurar ante la cámara del teléfono móvil del médium como uno de los ganadores de una moneda. Pocos minutos después de subir el vídeo a la Red, el tráfico humano se intensificó en dicha sede del Parlamento. Se repetía la escena de Frankfurt: centenares de ciudadanos recorrían frenéticamente las calles; vigilancia reforzada; ausencia de incidentes.

El nerviosismo comenzaba a hacerse patente en algunos miembros del grupo, especialmente en Teresa. Le desconcertaba el hecho de que no existía un patrón lógico, por mucho que se esforzasen en rastrearlo. Si no localizaban a los *golconditas* en Estrasburgo, se desplazarían a Bélgica, pero ¿quién les decía que los hombres de negro no estarían en Frankfurt en ese momento? Al igual que la mayor parte de las personas trata de ajustar la realidad a lo que sus pensamientos determinan, ellos, los *pasajeros*, se afanaban en establecer una secuencia probable de acontecimientos basándose exclusivamente en su intuición o, por

qué no decirlo, expectativas. Sin embargo, los *golconditas* bien podrían haber trazado otro calendario para llevar a cabo sus actuaciones, bien podrían estar vigilándolos o incluso conocer de antemano sus movimientos (una de las ventajas que otorga la capacidad de viajar en el tiempo). Tim intentaba tranquilizarla, apelando a los instintos y al *sexto sentido* femenino como poderosa arma. Seguirían el plan que ellos habían trazado con la esperanza y la fe en que los acontecimientos se desarrollasen según sus predicciones.

—¿Cuánto tiempo estaremos en esta ciudad? —preguntó don Diego.

No hubo una respuesta inmediata. Tanto Tim como Teresa se miraron en un intento de comunicación cuasi-telepática.

—Estamos cansados —dijo Teresa—. No es mala idea pasar un par de días aquí. El apartamento que nos ha cedido el Instituto es una delicia…

El *Instituto Pessoa*, por mediación de Milton, había puesto a disposición de la filósofa un bonito apartamento cerca de la *Place Kléber* cuando ésta le comentó un plan más o menos verosímil (aunque enteramente falso).

—¿Para qué necesitará una fundación como el *Instituto Pessoa* un piso de estas características en un lugar como éste? —preguntó Tim.

—Nunca se sabe —respondió Teresa—. Quizá su destino era alojarnos a nosotros…

El médium se encogió de hombros, aunque, instantes después, volvió a su suposición original: que aquello era un picadero de lujo para gente que había logrado ganar una pequeña fortuna desarrollando tareas poco precisas. A su juicio, otra de las pruebas de la existencia de un poder en la sombra mucho más decisivo que el ostentado por los diversos Estados. A esta conclusión había llegado tras preguntarse en repetidas ocasiones: «¿Quién pone el dinero para esto, y para qué?».

Aquella noche disfrutaron de unos deliciosos *flammekueche* y un buen vino alsaciano (que siempre hacía que a Tim le viniese a la mente Harry Haller, el protagonista de *El lobo*

estepario de Hermann Hesse). El grupo recuperó el buen humor y consiguió relajarse un poco y desprenderse de parte de la tensión acumulada en los últimos días. Este ánimo les permitió encarar algunas de las cuestiones que surgieron en el transcurso de la cena sin caer en la preocupación.

—¿Creéis que daremos con esos señores?

—Más nos vale, Nico —respondió *El Zorro*—. De lo contrario me tocará quedarme aquí para siempre, aunque admito que empieza a gustarme este sitio… O esta época.

Teresa sujetó el antebrazo del americano con fuerza y ternura, tratando de insuflarle ánimos. Era plenamente consciente de que parte del interés del enmascarado era descubrir el modo de viajar otra vez a casa.

—Lo lograremos —resolvió Tim—. No debemos olvidar una cosa: por la razón que sea, ellos quieren que los encontremos; propusieron un enigma a Teresa y, en algún momento, tendremos que dar nuestra respuesta.

—Nuestra respuesta… —musitó la lectora de Chesterton.

—Está muy cerca, ya lo verás. Llegará en el momento oportuno. —Cata, que estaba junto a la silla de Nico, maulló un par de veces—. ¿Veis? La gata está de acuerdo conmigo.

Todos rieron el comentario. No pasó desadvertido para Nico y don Diego que Tim y Teresa llevaban las manos cogidas la mayor parte del tiempo desde hacía unos días. No hizo falta preguntar nada para saber que se habían convertido en una pareja de enamorados. *El Zorro* alzó su copa y propuso un brindis:

—Por vosotros, camaradas; por el trato que nos habéis dispensado, como a miembros de una maravillosa familia. ¡Salud!

El resto se sumó al brindis y las copas chocaron. Cata maulló de nuevo, lo cual fue interpretado por Nico como un deseo de participar.

Se retiraron pronto a la cama. Dedicarían el día siguiente al descanso y a visitar la ciudad (Tim la conocía bastante bien). Después cogerían otro vuelo al que, esperaban, sería su último destino: Bélgica.

Aquella noche, Teresa cayó en la cuenta de que la respuesta había estado delante de ellos todo el tiempo. Tim yacía a su lado y ella se dirigió a él en voz baja:

—Tim, encontraremos a los hombres de negro en Bélgica.

—¿Cómo lo sabes? —el médium se incorporó un poco.

—Nada es azaroso: su estética, Bélgica, el pintor René Magritte, Chesterton, *El hombre que fue jueves*… No sé cómo se me ha pasado por alto.

—Cariño, lo que yo no entiendo es cómo trabaja tu mente, estableciendo conexiones tan extrañas.

—Lo sé. Mi cerebro ha funcionado así desde siempre. De niña ya podía fijar lazos entre acontecimientos aparentemente inconexos. Nosotros mismos adjuntamos una imagen del *Golconde* a nuestro falso comunicado. Ahora sé que no quieren hacernos daño.

—¿Y qué quieren entonces?

—Una respuesta.

—¿Una respuesta que ya conocen?

—Ellos sí, el mundo no.

—¿Y por qué no se la comunican ellos directamente?

—Sucede igual en psicoterapia o en la formación en corrientes espirituales: de nada sirve que alguien te dé la respuesta; la única vía de aprendizaje es descubrirla por ti mismo.

—¿Y qué pretenden que aprendamos y transmitamos a los demás?

—Ésa es la última pieza del puzle.

—¿Y cómo daremos con ella?

Teresa sonrió y su rostro se iluminó de un modo que ni siquiera ella misma había visto antes:

—Lo conseguiremos. Tú mismo nos diste la clave: debemos tener fe.

Y reflexionando sobre ello, ambos fueron rindiéndose al sueño. Tenían que reservar fuerzas para una última prueba.

41

Nico no dejaba de maravillarse ante el espectáculo que ofrecían las nubes vistas desde el avión. Llevaba puestos los cascos del *mp3* y escuchaba «*Crystal Frontier*» de *Calexico*. Supuso que le habría gustado a don Diego. Nico desconocía que *La frontera de cristal* era también el nombre de una obra del escritor mejicano Carlos Fuertes, autor, entre otras muchas cosas, de *Gringo viejo*, basada en la biografía del autor del *Diccionario del diablo*, Ambrose Bierce. En efecto, nada sucede por casualidad, aunque sólo seamos capaces de advertirlo de manera retrospectiva.

La distancia entre Estrasburgo y Bruselas no justificaba, en realidad, coger un vuelo, pero Teresa y Tim habían llegado a la conclusión de que tanto al muchacho como a don Diego les haría ilusión repetir la experiencia (sobre todo al chaval). No se equivocaron.

Nico tomaba apuntes para futuras letras de canciones compuestas por él en una pequeña libreta que Tim le había regalado; *El Zorro* parecía viajar sumido en el interior de otro viaje. A decir verdad, él suponía la prueba viviente de la existencia de varios planos, y lo hacía de manera múltiple. La primera, y más obvia, la constituía el hecho de haber viajado en el tiempo (y el espacio); la segunda, que su carácter había experimentado variaciones drásticas con respecto a su forma de ser anterior: el aguerrido y simpático justiciero se había convertido en un observador calmado, maduro y serio casi en exceso. Dicho cambio bien podría justificarse desde la perspectiva de la más básica etología, y el objeto de estudio no dejaría de ser un individuo en proceso de adaptación a un medio y un entorno diferentes, que observaba con cautela y desconocimiento. Lo mismo que haría cualquier otro animal (especialmente, un gato). Desconocía si, una vez encontrasen a los *golconditas*, él regresaría o si —y rezaba a Dios para que no sucediese— moriría, razón por la cual había tomado

algunas medidas y mentido piadosamente a sus compañeros. Antes de la partida, dejó más de la mitad del contenido de la bolsa en el cajón donde José García guardaba su ropa, junto con una nota en la que explicaba que, a pesar de que en 2013 las monedas que había traído consigo suponían una pequeña fortuna, para él carecían de importancia, no porque fuese rico (mintió de nuevo), sino porque prefería que ellos la disfrutaran. Era su regalo para Nico y su muestra de agradecimiento hacia él y su padre. Tuvo la precaución de colocarlas debajo de la tercera o cuarta camiseta, de modo que fueran descubiertas días después de que se hubieran marchado. Volando a través de aquel mar de nubes, advirtió que su gesto tenía un significado más profundo: si retomaba su identidad anterior, tal vez pudiera revertir el curso de los acontecimientos. Desde luego que era consciente de lo absurdo y pueril de la idea, pero ¿acaso toda la historia que estaba viviendo no era una locura en sí misma? Poco a poco, sin decirlo muy alto, iba atando cabos. Cualquier observador mínimamente atento podría advertir que el objetivo se aproximaba conforme determinados elementos se ponían en orden: Tim maduraba, y Teresa abandonaba la racionalidad extrema y se abría al mundo de los sentimientos; Nico y su padre recuperaban una vida normal; él se acercaba de nuevo a sí mismo y, quizá, a su mundo anterior; Cata… Bueno Cata seguro que habría encontrado el equilibrio a su manera dentro de esa peculiar familia. ¿Cuál era la pieza final, la que todos ellos, como conjunto, como grupo, debían situar en su lugar? La voz metálica de una azafata ordenó que se abrochasen los cinturones de seguridad para iniciar el descenso.

Después de dejar el magro equipaje en un humilde piso ubicado cerca de la *rue Esseghem*, los *pasajeros* se desplazaron al *Résidence Palace*, sede del Consejo Europeo. El inmueble era propiedad de Edward James —no el famoso mecenas del surrealismo y amigo del pintor belga, pero de nombre similar—, conocido psicoanalista y parapsicólogo e íntimo amigo de Tim. En el número 135 de la *rue Esseghem*, el pintor Magritte había vivido una

larga temporada y posteriormente la casa se convirtió en el *Museo René Magritte* (más modesto y menos concurrido que el *Museo Magritte*, situado en la *Place Royale*). Por el camino, Tim iba narrando anécdotas acerca de su viejo amigo Edward James, ausente por cuestiones de trabajo.

—Seguramente, se hallará atendiendo a algún paciente en Sussex… No, no, creo que en la *West Dean*… —ahogó una carcajada.

La broma pasó desapercibida para todos, salvo para Teresa, quien sabía perfectamente que ése era el nombre que recibía la casa, propiedad de la acaudalada familia James y a la cual asistía con cierta regularidad el rey Eduardo VII (del cual decían las malas lenguas era hijo el propio Edward Frank Willis James).

Tim sostenía que el *otro* Edward James, su amigo, se había mudado a ese lugar movido por su fascinación por el creador de *Le soir qui tombe* y, por supuesto, *Golconde*. Sería erróneo afirmar que algún miembro de los *pasajeros*, con un margen de error por lo referente a Cata, no sentía un pálpito: presentían que ahora sí iban a dar con los hombres de negro.

Teresa apartó con discreción al médium para comentarle algo en privado.

—Anoche tuve un sueño —Tim aproximó su oído a la boca de la filósofa, pegando un poco el cuerpo e inclinándose ligeramente—. En él, tú te llamabas Gabriel Syme, *jueves*, ibas vestido como un *golcondita* y llevabas el tatuaje en la muñeca. Formabas parte del Consejo Central de Anarquistas y te reunías con Caronte, una personificación de *Domingo*.

—¿De qué hablábamos?

—No pude escucharlo. Él te decía algo al oído. Ahora, despierta, imagino que podría tratarse de la respuesta que buscamos. Tu intuición a la hora de conectar la novela de Chesterton con nuestra misión no estuvo desencaminada.

—¿Insinúas que Caronte es una epifanía de Dios?

—No sabría decirte, aunque me parece excesivo pensar algo así. No obstante, tengo la certeza de que el atentado no se llevará a cabo. Tan sólo ha sido un señuelo para que nos reunamos.

—¿Piensas que desean ayudarnos?

—Pienso que somos nosotros los que debemos ayudarles a ellos. Ellos únicamente son mensajeros.

—Mensajeros…

A su llegada, la *Résidence Palace* ya era un hervidero de gente. Algo diferente se palpaba en el ambiente. La agitación era mayor que en los otros escenarios.

—Algo pasa ahí —dijo don Diego. Sacó su antifaz del bolsillo y se lo puso.

—¿Por qué te lo pones? —preguntó Nico.

—Me temo que *El Zorro* va a entrar en acción…

—¿Qué demonios…? —Tim no llegó a terminar la frase.

—¡Joder, están allí! —señaló el muchacho.

El caos comenzaba a desatarse. Cientos de personas corrían detrás de decenas de hombres de negro. Estos desaparecían repentinamente y volvían a aparecer metros más allá, en los pocos claros que quedaban y repetían la operación cada vez que eran interceptados. La gente reía al considerar que se trataba de un fabuloso juego de magia, parte del espectáculo.

—¡Tenemos que localizar a Caronte! —exclamó Teresa.

—¿Cómo reconocerlo?

—Yo me ocuparé —dijo la filósofa.

—Nosotros intentaremos apresar a cualquiera de ellos por si pueden conducirnos a su jefe —sugirió don Diego.

—Mucha suerte y llevad cuidado. Nos veremos en esta cafetería de aquí cuando todo haya terminado. —El nerviosismo era patente en la voz de Tim. Se pasó la mano por la boca

y vio cómo el chaval, seguido de la gata, y el enmascarado corrían en dirección al epicentro de la acción.

Nico se colocó los auriculares y pulsó *play* en su reproductor de *mp3*. No se le ocurrió una banda sonora más adecuada para la ocasión que el «*Sabotage*» de los *Beastie Boys*.

Sorteaban ciudadanos y policías en busca de unos hombres de negro verdaderamente esquivos. ¿Cómo atrapar a seres capaces de descorporeizarse a voluntad? A vista de pájaro, el escenario no podría resultar más asombroso: una multitud corriendo en desbandada ante la impotente mirada de un Cuerpo de Seguridad cada vez más tenso y un puñado de «puntos negros» desapareciendo y reapareciendo sin cesar. Poco a poco fueron apareciendo coches y patrullas de policía a modo de refuerzo. La situación se hallaba ya, y a todas luces, fuera de control. Algunos individuos portaban pancartas con eslóganes anti-sistema. Otros corrían. Las proclamas de protestas se mezclaban con las risas y los silbatos de las autoridades. Había estallado una revuelta pacífica en toda regla. Pocos lograban siquiera tocar a los *golconditas*, quienes, por lo demás, tampoco daban muestras de nerviosismo y mucho menos recurrían a la violencia para zafarse de sus perseguidores. Esperaban.

Teresa se vio rodeada de cazafortunas juguetones. Hombres y mujeres de todas las edades pasaban junto a ella rozándola en ocasiones. Un policía le dio el alto y ella se quedó paralizada. No tenía escapatoria. El agente estuvo a un milímetro de agarrar su brazo, pero una voz poderosa le desvió:

—Si desea mantener esa mano pegada al cuerpo, le sugiero que no se le ocurra ponérsela encima a la dama… —*El Zorro* había desenfundado su sable—. Mi *Excalibur* se pone muy nerviosa cuando le da la luz.

—¿Qué hace? ¿Me está amenazando con un arma? —preguntó entre gritos, y en francés, el policía.

Don Diego no dijo nada y siguió con la espada orientada hacia él. El nerviosismo de Teresa iba en aumento. El agente hizo el amago de sacar su arma reglamentaria y el enmascarado supo que aquello podía ser el fin.

Una marabunta empujó al policía, impidiendo que este desenfundase y permitiendo que los dos *pasajeros* desaparecieran a toda velocidad.

—¡La cosa se pone fea! ¡Ahora, ese agente irá a por ti! ¡Resultas fácil de identificar! —exclamó la filósofa en plena carrera—. Pero muchas gracias. Nos hemos librado de una buena.

—No hay de qué. Ese señor se estaba extralimitando.

Nico corría detrás de un *golcondita* y Tim se hallaba detenido en mitad del tumulto, tratando de localizar a Caronte, cuyo rostro, a decir verdad, no recordaba. Las autoridades comenzaron a reprimir a los manifestantes con porras y pistolas que disparaban pelotas de goma. La multitud comenzó a dispersarse presa del pánico. Los cinco *pasajeros* confluyeron en mitad de la calle y crearon un círculo, dándose las espaldas, a fin de abarcar la mayor parte de campo de visión posible. Fue en ese preciso instante cuando se produjo la escena más fascinante que habían contemplado hasta el momento. Los despavoridos asistentes seguirían creyendo que formaba parte de tan macabro espectáculo, pero los *pasajeros* sabían que nada tenía que ver con eso.

Como desvinculados por completo de la fuerza de la gravedad, los hombres de negro se quedaron inmóviles y, en bloque, comenzaron a ascender lentamente, recreando el famoso cuadro de Magritte que, parcialmente, daba nombre a su organización: el *Golconde*. Permanecieron en esa posición unos instantes hasta desaparecer por completo finalmente y de golpe.

—¿Puedes ver a Caronte? —preguntó Tim sin quitar los ojos de lo que estaba teniendo lugar—. No disponemos de mucho tiempo antes de que la policía nos detenga o que tengamos que huir.

Siete hombres pertenecientes al Cuerpo de Seguridad, incluido el que intentase detener a Teresa, todos ellos presa del pánico y la desorientación, se aproximaban a ellos a toda velocidad, con las armas en la mano.

—¡Mierda, tenemos que salir corriendo de aquí! —exclamó Nico mientras se agachaba para coger en brazos a Cata.

—¡Ahí está!

Teresa acababa de avistar a Caronte, que se acerca hacia ellos con la muñeca en alto, exhibiendo el tatuaje y sonriendo. Una luz blanca cegadora se apoderó de toda la calle y la tierra comenzó a temblar violentamente. No se oía nada. El silencio resultaba eterno e insoportable.

Al abrir los ojos, no podían creer lo que estaban viendo. No tenían ni idea del tiempo que había transcurrido. Se palparon el cuerpo en un movimiento instintivo; querían saber si seguían de una pieza. Caronte estaba justo delante de ellos. Una cafetera humeaba y cinco tazas descansaban junto a ella. También había una caja de habanos en la mesa y un comedero con dos platos, uno lleno de agua y otro con una especie de paté, en el suelo. Cata se acercó a él y se dispuso a tomar un tentempié.

—¿Se encuentran ustedes bien? —preguntó Caronte—. ¿Desean un café o un cigarro?

Los *pasajeros* seguían examinando la lujosa estancia. Grandes cristaleras, una biblioteca bien nutrida a lo lejos, un tapiz con el logotipo de los *golconditas*, un giroscopio.

—Les doy la bienvenida a mi hogar —prosiguió Caronte—. Están ustedes en Estocolmo. Muchas gracias por venir.

42

—Parece que ha llegado el momento de la verdad —dijo Caronte. —Don Diego desenfundó el sable, gesto que fue reprobado por el anfitrión con un gesto de cabeza y una sonrisa condescendiente. El líder de los *golconditas* echó una rápida ojeada a Cata y sonrió—. Es una gata muy bonita, ¿no les parece? —Nico no quitaba los ojos de ninguno de los dos—. Deberían aprender de ella y tomarse las cosas con un poco de más calma. ¿De veras no desean un café? También puedo ofrecerles algo de comida.

—Tenemos una baja tolerancia al veneno —se aventuró Tim.

—¡Oh, no deben preocuparse por eso! No, al menos, hasta que me den la respuesta al acertijo que les planteé…—Caronte sonrió con complicidad.

Extrajo una especie de mando del bolsillo de su chaqueta. Sólo constaba de un botón rojo.

—Las plazas ya han sido desalojadas y el riesgo de bajas inocentes se ha reducido al máximo, por no decir a cero. Incluso los trabajadores de los edificios oficiales que todavía pueden saltar por los aires han sido debidamente evacuados. Lo han logrado: nadie morirá —Teresa suspiró aliviada—. Pero ustedes y yo seguimos teniendo un trato. De modo que, ¿por qué no debería volar esos símbolos de la barbarie? Sería la mecha que encendería una revolución que únicamente necesita una excusa para precipitarse; despertaría a muchos ciudadanos de la ensoñación en la que los más salvajes defensores y representantes del capitalismo los han mantenido. ¿En realidad no creen que le estaríamos haciendo un favor al mundo? Estos señores, acorazados detrás de sus instituciones, sus leyes que protegen al infractor, su desfachatez… ¿No estarían mejor fuera de juego?

—No voy a volver a repetírselo —dijo Teresa—: no somos partidarios de la violencia y sí de los cauces pacíficos.

—La paz —añadió Caronte en tono teatral—, esa bella utopía. ¿Se han planteado alguna vez que no puede haber paz sin guerra? De hecho, nada existe sin su contrario y todo está sujeto a un incesante y bipolar movimiento. Los pensadores chinos de la antigüedad intentaron transmitirlo con su teoría del *ying* y el *yan*. Cuánta razón llevaban. ¿No han observado los ciclos cósmicos? Creación y destrucción en un intento imposible de alcanzar el equilibrio. Un equilibrio siempre relativo, siempre temporal. Del equilibrio perfecto no puede surgir nada. Esta es la razón por la que el ser humano jamás lo alcanzará. La gran paradoja divina es que toda la creación tiende a un equilibrio inalcanzable por estéril. Estamos condenados a perseguir aquello que, de conseguirlo, lo destruiría todo. Nacimiento y muerte son las únicas realidades posibles, o mejor, las dos caras de una misma moneda. ¿Qué proponen ustedes para alcanzar la paz?

—Acabamos de demostrarle que la sociedad civil puede oponerse a un régimen totalitario —respondió Teresa.

—Se equivoca. Lo han hecho por dinero, aunque admito que la idea de las monedas ha sido muy ingeniosa.

Cata saltó sobre la mesa y se acomodó, indiferente a la conversación.

—Había personas que no perseguían esa recompensa —añadió Tim.

—Soy todo oídos —Caronte cruzó las manos formando una especie de pirámide entrelazada.

—Algunas personas desean el cambio. Un cambio de conciencia.

—Estupendo… ¿Y en qué se basaría ese cambio que usted sugiere?

—Creemos en un mundo justo.

—Lamento tener que decirle que, al cabo de pocas vueltas, el mundo sería exactamente igual; unos pocos seguirían dominando al resto. Tenemos poco tiempo. Sean ustedes más creativos. ¿Cuál es su respuesta? ¿Qué debería impedirme pulsar el botón?

El silencio cortaba como una cuchilla afilada. Nico dio una paso al frente ante la mirada atónita del resto.

—Usted mismo acaba de ofrecérnosla —Cata bajó de la mesa y se encaminó hacia el muchacho. Se detuvo a sus pies, ronroneó y él la tomó en brazos—. El equilibrio es inalcanzable. Poco importa que ustedes detonen las bombas y hagan que los edificios salten por los aires, porque serán reconstruidos y el discurso que se generará fortalecerá los ideales de aquellos contra los que ustedes también parecen actuar. Es más, podrían dinamitar todos los edificios y nada cambiaría. Sólo cabe una alternativa —los ojos de Caronte se abrieron de par en par—: recuperar la humanidad como valor. De lo contrario, la máquina siempre gana. Como bien ha señalado, nuestra sociedad se rige por parámetros de beneficio y pérdida, el cálculo; nuestra realidad está basada en lo mesurable, en lo numérico y en ese terreno la máquina nos supera. La solución no pasa por «pensar más rápido» o llevar a cabo cálculos más precisos. El *computador* que controla nuestros pasos ya nos ha ganado: jamás podremos engañar a los de arriba, no podremos *hackear* las redes de comunicación mediante sistemas que ellos han creado. La raza humana ya no puede escapar del control… Salvo de una manera: abandonando el pensamiento regido por la pérdida y ganancia, apostando por la solidaridad y el amor.

—… Escapando de la rueda del *saṃsāra.* ¿Has leído *Siddhartha* de Hermann Hesse, muchacho?

—No, señor.

—Te la recomiendo —Caronte suspiró. Dio media vuelta y dejó el mando sobre la mesa. El giroscopio osciló suavemente, por *voluntad* propia, ante la mirada de todos y arrojó una especie de luz verde sobre el *mapamundi* en blanco. Caronte asintió con la cabeza y ofreció a sus invitados una sonrisa franca—. Muy bien. Parece que el chaval ha dado con la clave. Ya

veo que no fue reclutado de manera aleatoria. No le pierdan de vista, este chico está llamado a hacer algo grande.

Nico sonrió y miró a sus compañeros, que seguían extasiados. Cata maulló un par de veces y pasó la cabeza por el pecho del joven. Tim, por su parte, se dijo que ya tenía tema de conversación para su próxima reunión con los colegas mentalistas. ¿Acaso aquel ingenio no podía ser ese *libro* en perpetuo cambio sobre el cual hablaban en casa de Jakob Böhme? Dejo volar su imaginación en un momento francamente inoportuno.

—¿Ya está? —preguntó Teresa.

—¡Oh, no! Podemos decir que les ofrecemos una tregua. Por ahora, les dejaremos seguir para ver si su propuesta prospera. Ahora es su turno y deben continuar la misión que han comenzado. Les estaremos observando… A propósito —su voz experimentó una clara inflexión—, ¿qué les contarán a los chicos del *Instituto Pessoa*? Mejor, no les digan nada. Ellos lo entenderán de todos modos... Me preguntan si ya está... ¿Conocen ustedes «El banquero anarquista» de Fernando Pessoa? ¡Vaya, Pessoa! Menuda coincidencia, ¿verdad? —Caronte guiñó un ojo a sus interlocutores.

—No —respondió Teresa.

—Bien, pues deberían echarle un vistazo para comprender que algunos procesos no requieren fases intermedias para completarse...

—¿Y que harán ustedes mientras tanto? Aparte de vigilarnos, claro —intervino Tim.

—Yo, por lo pronto, creo que me tomaré unas vacaciones. ¿Saben? Siempre deseé visitar Jamaica, ponerme una camisa estilo hawaiano y disfrutar de un cóctel de coco caribeño con ron.

Los *pasajeros* se miraron extrañados. Don Diego tomó la palabra.

—Tengo una duda, señor.

—Adelante, pregunte.

—¿Cómo puedo viajar en el tiempo, cómo puedo volver a casa?

—¿Seguro que no le apetece formar parte de nuestro equipo? Le sientan muy bien los sombreros…

—Mi sitio está en otro lugar.

—Entiendo. Debo decirle que su intuición en el avión era correcta: volviendo a su verdadera esencia, a su propia naturaleza, deshará el tiempo. Sólo hay un modo de viajar en el tiempo, mi querido amigo —golpeó dos veces con su dedo índice la sien derecha—: con la imaginación.

Dicho lo cual, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta que daba a otra estancia de la vivienda, silbando.

—¡No se preocupen por lo de volver a casa! ¡En breve estarán en el lugar que les corresponde! —le oyeron decir desde otra habitación.

Luz blanca y temblor.

Teresa conducía el *Impala*. Un sonriente Tim ocupaba el lugar del copiloto y don Diego, Nico y Cata viajaban detrás. Atravesaban una carretera desértica a toda velocidad.

—¿Finalmente regresarás a casa? —preguntó el médium.

—Ahora que sé cómo hacerlo, creo que me quedaré aquí un poco más. Después de todo, tampoco se está tan mal en este sitio y aún no le he dicho a Nico cómo se desviste un caballero, algo que necesitará saber en breve —Teresa hizo el amago de girar la cabeza—. En fin, no te haré esperar, muchacho. Un caballero se quita primero los zapatos y los calcetines. Esto es muy importante: una dama jamás debería ver esa prenda innoble. Después, se desprende de la camisa y, por último, de los pantalones y la ropa interior. Y un último consejo: nunca interrumpas la maniobra de desvestir a una dama y, bajo ningún concepto,

permitas que su camisa o camiseta se quede atascada en su cabeza. Resulta violento para ambos.

—¿Camiseta?

—Estoy aprendiendo mucho, Tim. Ya te lo dije.

—Estupendo —dijo Teresa—. Una vez hechas estas interesantes aclaraciones, ¿podéis decirme hacia dónde nos dirigimos ahora?

—No tengo ni idea —confesó el médium—, aunque estoy seguro de que llegaremos al lugar adecuado.

Don Diego, aún ataviado de *El Zorro*, y Nico asintieron con la cabeza y una sonrisa en la cara. La misión acababa de comenzar; la rueda eterna no se detenía. Su aventura con los *golconditas* había supuesto una fase, una etapa de una carrera interminable. Ellos, los *pasajeros*, habían iniciado un viaje que otros tendrían que proseguir a lo largo de los siglos; un viaje sin principio ni final.

—¿Qué tal un poco de música?

—¿Podemos poner la emisora que siempre escucha mi padre? —pidió Nico.

—Por supuesto —concedió Teresa y sintonizó el dial.

«Saludos, queridos oyentes de *Radio Cosmos*. Otro día más al pie del cañón y, como de costumbre, ofreciéndoos la mejor música, la música de vuestra vida y la de la nuestra. La música que cambiará el mundo. Muchas gracias por permitirnos acompañaros en vuestro viaje».

Sin más preámbulos, los primeros armónicos del «*Ty Cobb*» de *Soundgarden* inundaron el ambiente. Al cambiar el tempo de la canción de manera frenética y repentina, Nico aulló y el descapotable salió del plano dejando a la vista un desierto que jamás había estado más poblado, pues se encontraba repleto de la esperanza de millones de seres.

43

Restauración del equilibrio… ¡Qué cosas! Un mundo que acepta pasiva y sumisamente la obediencia a un poder injusto y cruel debe ser sacudido. Aunque, a decir verdad, los de abajo, siempre han sido y serán la única mayoría absoluta y aplastante.

El universo sigue patrones simples, aunque a veces difíciles de comprender por el cerebro humano. Las pequeñas estructuras, como la familia o los sistemas celulares, las luchas entre civilizaciones y épocas, la guerra y la paz, no son sino una recreación en miniatura de los movimientos que el cosmos realiza: creación y entropía, masa y vacío… Siempre lo mismo.

La naturaleza, la creación, en su infinita sabiduría ha dispuesto mecanismos y señales para que sus criaturas puedan comprender y, cuando esto resulta imposible, envía a sus mensajeros, que bien pueden llamarse *golconditas* o *pasajeros*. En realidad poco importa. En este tránsito infinito, los personajes vienen y van, pero no el sentido de la misión. Unos se irán y otros llegarán y así será hasta el fin de los tiempos.

En ocasiones, estos enviados cambian el rumbo de los acontecimientos y ésta es una de las razones por las que el mundo, *su* mundo, no se sumió en el caos más absoluto en 2013, de donde no se sigue que algo así no tenga lugar más adelante. De ustedes depende.

¡Ah! Lo olvidaba. Tendrán que disculpar mi despiste. No me he presentado todavía: hoy soy Cata, discapacitado psíquico en el siglo XVII, costurera en la Edad Media, prostituta en tiempo de los romanos, esclavo antes de Cristo y otras innumerables vidas. En otras ocasiones y contextos, se me denomina, sencillamente, fuerza cósmica o *universo*.

Espero que hayan aprendido la lección y den una oportunidad a su corazón, dado que ahora les corresponde acompañar a nuestros héroes. De hecho, si han llegado hasta aquí, puede decirse que se han convertido en *pasajeros*.

Ahora relájense, tómense su tiempo. Prepárense su bebida favorita y pongan la canción que más les emocione. En este mismo instante, usted podría comenzar a sentirse muy ligero. Tal vez se vea sorprendido por una intensa luz blanca y un violento temblor bajo sus pies. No debe preocuparse cuando vea que ha desaparecido de donde se hallaba y aterrice en otro lugar y en otro momento, porque ya es uno de los nuestros.

Ha sido un placer acompañarle en esta etapa del viaje y, tal vez, volvamos a encontrarnos.

¡*Miauuuuuu*!

AGRADECIMIENTOS

Escribir una novela es un asunto solitario. Todo el mundo lo sabe. Esto no significa que uno se encuentre solo. De hecho, nada más lejos de la realidad.

No puedo dejar de mencionar a algunas de las personas que han contribuido de un modo u otro a que este libro que tienes en tus manos haya podido llegar a ti. Asumo que olvidaré muchos nombres, pero os aseguro que a ellos, a los *olvidados*, los llevo en el corazón.

En primer lugar, deseo darte las gracias a ti, lector, pues sin tu confianza esta aventura no habría llegado ni a buen ni a mal puerto.

También agradezco a Ernest Folch, Lucía Luengo, Carmen Romero, Ilu Vilchez (sé que te debo varias) y al equipo de *Ediciones B* y *B de Books* el haber confiado en mí.

He tenido también el privilegio de contar con el apoyo de personas que encontré en el ciberespacio (y fuera de él), como Sara @greenpeeptoes, Cristina de @abrirunlibro, Montse @almaprendida y @eliott_ceb, Inma @lectoradetot, Olga Andérez, @darandil, @doktorzero, @joanramonb, @M4ugan, Carlos Andalstur @pugliessino, @wishu, @marikowskaya, @mesanzga, @carlosJG, Marc Alonso, Ray Jaen de *Audio relatos*, José Ángel Martos de *Editorial Diëresis* y de la revista *Qué Leer*, Fernando García de *El País*, Dani Arjona de *El Cultural*, Santi Camacho, Luis Endera, Gregori Dolz Kerrigan, Javier Muñiz, Dany Campos, Antonio Rentero, Isra Vicente, Nacho Vigalondo y un largo etcétera.

No me olvido de escritores y escritoras como (súper) Almudena Navarro, Sara Ventas, Désirée Matas, Roberto López Herrero, Pablo Poveda, Juan Luis Galán Olmedo, Antonia Romero, Esteban Navarro, Nieves Abarca, Manel Loureiro, Juan Gómez Jurado y, por supuesto, de dos con los que me une un lazo muy especial y cuya deuda con ellos es eterna: César Pérez Gellida y Bruno Nievas; grandes escritores y personas con un corazón y humanidad inabarcables.

No se me escapan mis ilustradores favoritos y grandes amigos: José Ángel Ares y Ándrex.

Incalculable la labor de corrección de José Luis «ojo de halcón» Parra. Las erratas que no veis las interceptó él antes.

Fuera de los focos, deseo enviar un saludo a los amigos de toda la vida: Diego, Manolo, Javi, Víctor, Juanma, Mariajo, Su, Juan, Alberto, Jawad, Jesús, Andrés, *Cañailla*, y los de siempre (esos que no fallan nunca).

Indudablemente, sin la ayuda de mis padres, mis hermanos y mi familia natural y política, nada de esto habría sido posible. Su apoyo constante e incondicional ha sido un estímulo fundamental.

Mi hijo, Adri, mi mayor fan (y el crítico más severo), no podía quedar fuera de este apartado. Chico, tienes madera de genio.

Y finalmente, cómo no, quiero agradecer a una persona muy especial todo aquello que excede el mundo de las letras y que constituye eso que suele llamarse *vida*. A ella, mi musa, mi lectora cero por excelencia, mi mano derecha y mi ventrículo izquierdo; mi Irene Adler, mi Kathleen Brennan, mi Siri Hustvedt; LA MUJER con la que cada noche discuto sobre música, libros, películas, física cuántica, religiones comparadas y cualquier cosa que seáis capaces de imaginar; a ella, la que me hace levantarme todas las mañanas y ponerme a escribir y a respirar; a ese milagro a quien, en realidad, van dedicadas todas mis novelas y mis oraciones; a *Flu*, quiero expresar otra vez mi más sincera gratitud y amor infinito.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

El búnker de Noé

Estación Orichalcum

Pueden seguir a Gabri Ródenas a través de:

Twitter: @gabrirodenas
O
Su web: www.comomeconvertienunescritormillonario.com

Gabri Ródenas no utiliza *community manager* y responde personalmente a sus mensajes. Ruega que tengan un poco de paciencia en caso de que la respuesta se demore.